

CCIO

VOLTAIRE

CARTAS  
ESCOGIDAS

2

PC2084

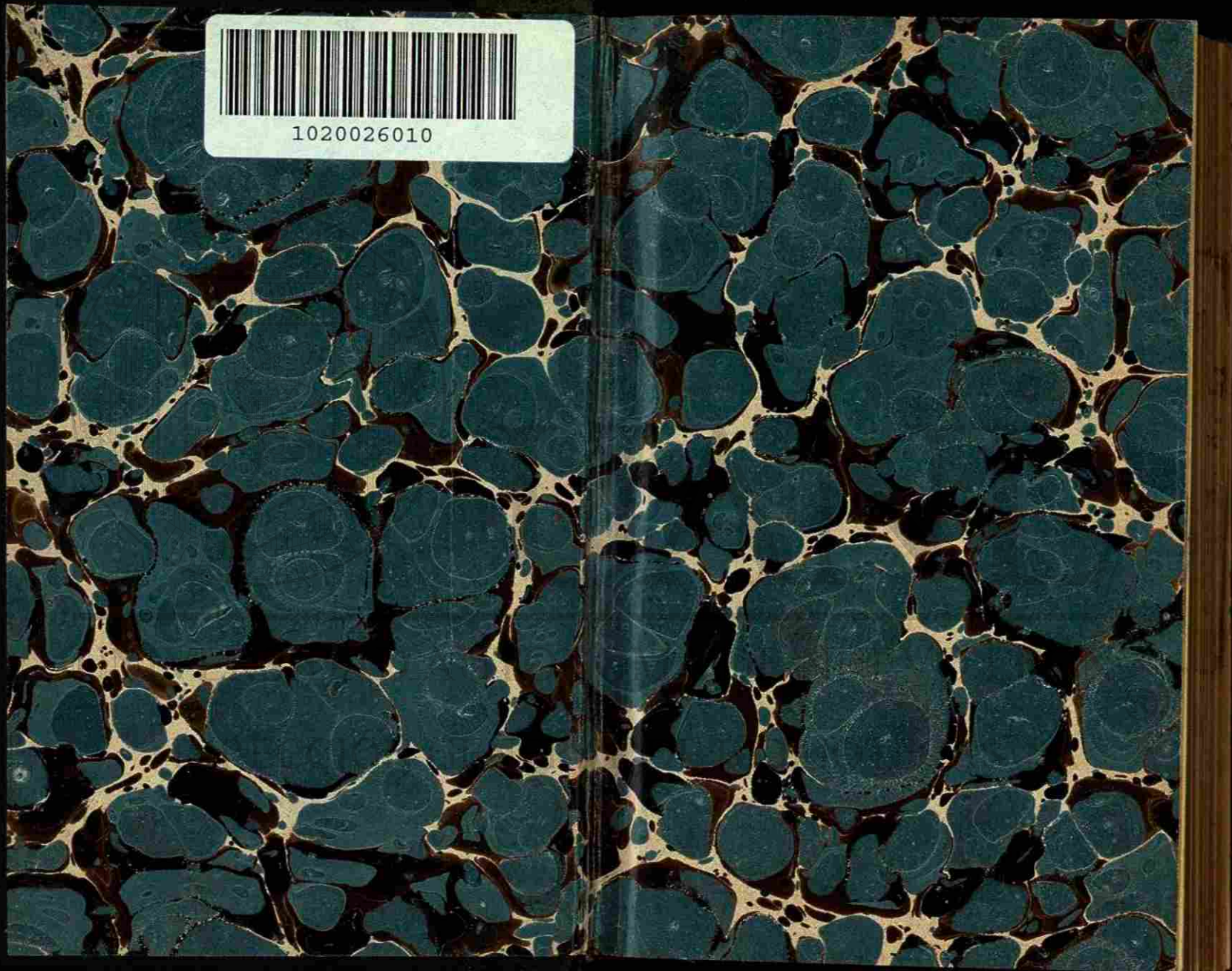
A2

C3

v.2



1020026010





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

846.5  
V935c  
30970  
-8-  
Fecha  
Clasifico  
Catalogo



CARTAS ESCOGIDAS DE VOLTAIRE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CARTAS ESCOGIDAS

DE

# VOLTAIRE

CON UNA NOTICIA BIOGRÁFICA Y NOTAS EXPLICATIVAS

POR

LUIS MOLAND

Versión castellana,  
aumentada con las cartas dirigidas á personajes españoles,  
ó referentes á cosas de España,

POR

AURELIO CASTELLANO

*Prof. Moland*  
*Aurelio Castellano*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO SEGUNDO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

101044

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE LEÓN"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES,  
6, rue des Saints-Pères, 6

1912

30970

846.  
F.

PQ2084

.A2

C3

v.2



CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO XI 1212-1284"  
Apto. 1825 MONTREY, MEXICO

CARTAS ESCOGIDAS

# DE VOLTAIRE

À M. DUCLOS

Ferney, 1.º de Mayo de 1761.

Después del *Diccionario de la Academia*, obra tanto más útil cuanto que la lengua empieza á corromperse, no conozco empresa más digna de la Academia ni más honrosa para la literatura que la de editar las obras de nuestros clásicos con notas instructivas.

He aquí las proposiciones que me atrevo á presentar á la Academia con tanta desconfianza de mí mismo como sumisión á sus decisiones. Creo que se debe empezar por Pedro Corneille, puesto que es el primero que empezó á dar respetabilidad á nuestra lengua ante los extranjeros. Las bellezas en él son tan sublimes, que hasta dan el mayor precio á todo lo que es menos digno de su genio. Parece que debemos considerarle como los griegos consideraban á Homero: es decir, como el primero en su género y el único, aun á pesar de sus defectos. Es tan grande el mérito de haber iniciado una empresa, y se hallan los inventores tan por encima de los demás hombres, que la posteridad perdona hasta sus mayores defectos. Por consiguiente, haciendo justicia á este hombre ilustre, y señalando al mismo tiempo los vicios de lenguaje en que pudo in-

currir, y hasta las transgresiones que pudo cometer contra las reglas del arte, me propongo hacer una edición en cuarto de sus obras. Me atrevo á creer, caballero, que la Academia no me desatenderá si propongo hacer esta edición en beneficio del único hombre que lleva hoy el nombre de Corneille, y en el de su hija. No puedo dejar gran cosa á la señorita Corneille, á causa de los deberes que tengo con mi familia. Madame Denis y yo procuramos darle una educación digna de su nacimiento. Creo cumplir con un deber dando cuenta á la Academia de las calumnias que un tal Fréron ha difundido acerca de esta educación. En uno de los periódicos de este año dice que la referida señorita, tan respetable por su infortunio como por sus costumbres y su nombre, es educada en mi casa por un saltimbanqui á quien albergo y mantengo como á un hermano.

Puedo asegurar á la Academia, que se interesa por el nombre de Corneille, y á la que creo deber dar cuenta de mis gestiones, que esta calumnia absurda carece en absoluto de fundamento; ese supuesto saltimbanqui es un cirujano dentista del rey de Polonia; no ha vivido nunca en el castillo de Ferney, y no ha venido á él sino una vez, para ejercer su arte. No concibo cómo el censor de los escritos de ese Fréron ha podido dejar pasar una mentira tan personal, tan insolente y tan grosera contra la sobrina del gran Corneille.

Aseguro á la Academia que esta joven, que cumple todos los deberes religiosos y sociales, merece por completo el interés que espero se tomará por ella. Mi idea consiste en que se abra una sencilla subscripción sin pagar nada de antemano.

No dudo de que los más ilustres señores del reino,

muchos de los cuales son nuestros colegas, se apresurarán á subscribirse por algunos ejemplares, y hasta estoy persuadido de que toda la familia real será la primera en dar el ejemplo.

Mientras algunas personas celosas se encargan de recoger estas subscripciones, es decir, únicamente el nombre de los subscriptores, á fin de ponerlos á vuestra disposición ó á la de la persona encargada de ello, los mejores grabadores de París se encargarán de hacer las viñetas y láminas, á un precio tanto más razonable cuanto que se trata del prestigio de las artes y de la nación. Las láminas serán entregadas al impresor de la Academia, ó á la persona nombrada al efecto. El impresor me enviará caracteres fundidos expresamente por el mejor fundidor de París; me enviará igualmente el mejor papel de Francia, así como también un tipógrafo y un obrero hábiles. De esta suerte todo se hará en Francia y por medio de franceses. El librero no tendrá que hacer ningún desembolso; el importe de los ejemplares vendidos será entregado á una persona nombrada por la Academia, y la ganancia será distribuida entre el heredero de Corneille y el librero encargado de la impresión de las obras, siendo, como es natural, la mayor parte para M. Corneille.

Suplico á la Academia que se digne aceptar la dedicatoria. Cada subscriptor tomará el número de ejemplares que quiera. Creo que cada ejemplar podrá venderse á cincuenta libras.

Los señores Cramer considerarán como un placer y una honra el dirigir bajo mi inspección esta obra; se les darán por sus honorarios cierto número de ejemplares para los países extranjeros.

Durante el curso de la impresión me tomaré la libertad de consultar algunas veces á la Academia. Le su-



plico que tenga en cuenta que no puedo encargarme de este trabajo sino en el caso en que todo se haga á mi vista, pues mi método consiste en trabajar siempre con las pruebas, dado que el entendimiento ve más claro cuando la vista está satisfecha.

Por otra parte, me es imposible abandonar ni un momento un país que estoy roturando. Puedo responder de que la edición, una vez empezada, quedará terminada en seis meses. Tales son, caballero, mis proposiciones, acerca de las cuales espero las órdenes de mis respetables colegas.

Paréceme que esta empresa proporcionará alguna gloria á nuestro siglo y á nuestra patria; se verá que nuestros literatos no merecian ciertamente la ofensa que se les ha hecho cuando se ha osado imputarles sentimientos poco patrióticos, una filosofía peligrosa y hasta cierta indiferencia por la gloria de las artes que cultivan.

Espero que varios académicos tendrán á bien encargarse de otros autores clásicos. El señor Cardenal de Bernis y el señor Arzobispo de Lyon harian seguramente una obra digna de su ingenio y del cargo que ocupan dirigiendo una edición de las *Oraciones Fúnebres* y de los *Sermones* de los ilustres Bossuet y Massillon. Las *Fábulas* de La Fontaine tienen necesidad de notas; sobre todo para enseñanza de los extranjeros. Más de un académico se ofrecerá seguramente á desempeñar esta empresa, que ha de parecer tan agradable como útil. Por mi parte, creo que me conviene atreverme á ser el comentador del gran Corneille, no sólo porque es mi maestro, sino porque el heredero de su nombre es un nuevo motivo que me apega á la gloria de este hombre ilustre.

Ruégoos, pues, caballero, que tengáis á bien convo-

car una reunión lo más numerosa posible, á fin de que mis proposiciones sean examinadas y rectificadas, y de que me conforme en todo á las órdenes que la Academia tenga á bien comunicarme por vuestro conducto, etc.

## AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

11 de Mayo de 1761.

### ACTO V, ESCENA SEGUNDA

MEDIMA, armada, soldados por el foro

(á su padre)

(á su séquito)

No, no sigáis adelante. — Herid; y vosotros soldados, dejad perecer á Medima y no la venguéis. Demasiado bien habéis secundado mi audacia; merezco la muerte, haced vosotros por merecer el perdón; salid, repito.

MOHADAR

¡ Ah cruel ! ¿ eres tú en persona ?

MEDIMA, arrojando sus armas.

Por última vez, señor, oidme. Beso esa mano que debe darme la muerte; pero á cambio de mi sangre perdonad á Ramiro. Es suficiente venganza, y esta sangre, que fué la vuestra debe tener bastante precio á vuestros ojos.

Acaso estas últimas palabras pronunciadas con cierta grandeza mezclada de ternura podrán producir algún efecto.

N. B. Que Mohadar diga en la última escena :

J'ai trop vu, je l'avoue, en ce combat funeste.

Antes decia :

J'ai trop vu, malgré moi, dans ce combat funeste.

Lo cual hacía dos veces *malgré moi* en dos versos.

He aquí, ángel divino de qué manera obedezco inmediatamente á vuestra carta. Si no estáis contento procuraré hallar algo mejor.

Sacrificio mis temores y mis remordimientos á las esperanzas y á la absolución que me dáis. Adelante, pues, ya que así lo ordenáis. Algo he conseguido con que la señorita Gaussin no desempeñe el papel de Enido, pero hay que cuidar de que la señorita Clairón no comunique su tono á la señorita Hus, y que en lugar del contraste interesante de dos caracteres opuestos, no se vea sino una alumna repitiendo su lección delante de su maestra. En ese caso todo estaria perdido. Sabe la señorita Clairón lo suficiente para enseñar una manera de representar distinta de la suya.

Me proporcionáis, ángel querido, el mayor placer dando á Le Kain el producto de la impresión. Será preciso que vigile para impedir las ediciones furtivas. Podéis prometer la ganancia que procure la edición de *Tancredo* á la señorita Clairón. De esta suerte no habrá envidias, y Le Kain podrá disfrutar abiertamente de este pequeño beneficio, dando por supuesto que la pieza tenga éxito. Habéis de saber que *Tancredo* se halla corregido según ordenasteis vos y Madama Scaliger.

Voy á pedir os un favor de rodillas. Hay en Paris un M. Jacques. Vos no conocéis este nombre; se trata de un literato que tiene talento y no tiene que comer. Quería venir á mi casa; desgraciadamente tomé en su lugar una especie de geómetra, que me hace meridianos, relojes de sol y levanta planos, así es que no he podido hacer nada por M. Jacques. Le destinaba 500 franco sobre la parte de los derechos de autor que doy á lo

cómicos, y 200 sobre la edición que doy á Le Kain (suponiendo siempre que sea cierto el éxito que me anuncian, para lisonjearme, mis ángeles): en nombre de Dios reservad 500 francos para Jacques. Hasta sería bueno que se encargase de la edición, y que hiciese el prefacio.

Acaso me diréis: ¿Por qué no dáis á Jacques 500 francos de vuestro bolsillo? Os contestaré que estoy arruinado; que he cometido la tontería de edificar y plantar en tres sitios á la vez; que tengo en casa tres personas á quienes he tenido la insolencia de señalar una pensión; que Madama Denis, después de su recepción en Francfort, tiene derecho á no privarse de nada en el campo; que la proximidad de una gran ciudad y la afluencia de extranjeros exigen grandes gastos; que, por último, me he convertido en un gran señor, es decir, que poseyendo una gran renta tengo deudas, y no tengo dinero; tal es el caso en que me encuentro, pues no hay que ocultar nada á su ángel guardián.

Nada me habéis contestado acerca del justo odio que tengo á Paris. ¿Acaso no tengo razón? Pero la tengo, ciertamente, mucho más para amaros hasta el último suspiro con el más tierno agradecimiento. ¿Me permite Madama Scaliger que le diga otro tanto?

He olvidado las señas de Jacques. Vivía en Paris calle de Saint-Jacques, cerca de la fuente de San Severino en casa de... no me acuerdo. Creo que es en casa de un señor Audelet, ú Audet, agente de negocios... Podrían darse billetes á Jacques.

## Á MADAMA DE FONTAINE

EN PARÍS

31 de Mayo de 1761

Mi querida sobrina: puesto que acabáis de pasar ocho dias en compañía de M. de Silhouette, debéis saber al dedillo la historia de la ciencia económica. Creo que piensa como el *Amigo de los hombres*; que no es el amigo de un montón de bribones que han sabido hacerse respetar y hacerse necesarios apropiándose el dinero de la nación; pero creo que M. de Silhouette es un médico que ha querido administrar demasiado pronto el emético á su enfermo. El duque de Sully no pudo poner orden en la hacienda pública sino durante la paz. Yo sé que las depredaciones son horribles; y sé también que los que han sido bastante poderosos para llevarlas á cabo no lo serán menos para evitar el castigo. Querida sobrina, esto es un verdadero naufragio. Sálvese el que pueda, es la divisa de los particulares. Cultivemos, pues, nuestro jardín como Cándido: Ceres, Pomona y Flora son grandes santas, pero hay también que festejar á las musas.

Acaso habré tenido tiempo de hacer una tragedia antes de que la pequeña Corneille haya leído el *Cid*. Parece que hago más que ella por la gloria de su nombre: he emprendido el hacer una edición de Corneille, con observaciones que pueden ser instructivas para los extranjeros y hasta para mis compatriotas. La Academia debe hacer ediciones análogas de los mejores autores del siglo de Luis XIV; por lo menos tal es su proyecto, y yo he empezado su ejecución. Esta edición de Corneille será magnífica, y su producto está

destinado á la niña que lleva su nombre y al pobre padre de la misma, que hace cuatro años ignoraba que hubiese habido en el mundo un Pedro Corneille.

Creo que el folletito <sup>1</sup> de M. Dardelle podria divertiros; os lo envío, y os abrazo de todo corazón, asi como á los vuestros.

## AL ABATE DE OLIVET

24 de Junio de 1761.

*Facundissime et carissime Olivete*, leed el programa sencillo y corto que someto á la Academia. Si lo aprueba, se lo enviaré al Señor duque de Choiseul y á Madama de Pompadour. Quiero que el rey se subscriba, y que el presidente Hénault haga á la reina subscribirse. Quiero la gloria de Francia y de la Academia.

Creo que podria resueltamente en un programa impreso dar los nombres de todos los académicos, que pondria inmediatamente después de los principes, puesto que son los colegas de Corneille.

Enviadme, si lo tenéis á bien, mi programa, aprobado. *Nec patres conscripti concidant nec deficiant.*

Seria conveniente que todos firmasen mi programa. El señor duque de Nivernais se ha subscripto ya por diez ejemplares. ¿Quién será el valiente académico que se encargue de la subscripción de sus hermanos de cruz de oro y de cordón azul?<sup>2</sup> *Ciceronis amator, Cornelium tuere.*

1. *La Conversation de l'abbé Grizel et de l'intendant des menus.*

2. Caballeros de la orden del Espíritu Santo.

## AL SEÑOR PRESIDENTE HENAULT

25 de Junio de 1761.

Mi querido y respetable colega : Creo que se trata de la honra de la Academia y de Francia. Hay que fijar la lengua corrompida por 20.000 publicaciones ligeras, hay que imprimir con notas útiles los grandes autores del siglo de Luis XIV, y que se sepa en San Petersburgo y en la Ukrania por qué es grande Corneille y cuáles son sus defectos. Vos alentáis esta empresa, que sólo tendrá éxito si me permitís consultaros con frecuencia. Creo que sería honroso para Francia realzar el nombre de Corneille en sus descendientes. Hallándome en Londres, se averiguó que había una hija de Milton ciega, anciana y pobre; en un cuarto de hora se vió rica. La nieta de un hombre muy superior á Milton no es, en verdad, ni vieja, ni ciega, es más, tiene muy hermosos ojos. Pero esto no es una razón para que los franceses la abandonen. Es verdad que por el momento se halla al abrigo de la pobreza; pero ¿á quién mejor que á ella correspondería el producto de las obras de su abuelo? Los hermanos Cramer son bastante generosos para cederle el provecho de esta edición, que sólo será destinada á los subscriptores. Trabajamos, pues, por la gloria de Corneille, por la Academia y por Francia. Con esta obra quiero poner fin á mi carrera, ¡y qué poco costará el hacer que salga bien esta empresa! Cuarenta francos por ejemplar son una cantidad tan insignificante para los primates de la nación, que se apresurarán seguramente á inscribir su nombre en la lista de los protectores de *Cinna* y de la descendencia de Corneille.

Me lisonjeo de que el rey, protector de la Academia,

permitirá que su nombre figure al frente de la lista de subscriptores. Confío en que vuestro carácter, tan benévolo como amable, nos conseguirá el favor de la reina. No considere Su Majestad que es un profano el que emprende este trabajo, sino la nación sobre que reina.

¿Qué nombres de amigos vuestros he de hacer imprimir? ¿Qué número de ejemplares subscribirán nuestros académicos de la corte? Tened en cuenta que los Cramer no han de tirar sino el número de ejemplares subscriptos, y que este libro, que no se ha de vender nunca al público, será un monumento de la generosidad de los subscriptores. El que quiera puede hacer ediciones pequeñas; pero la nuestra grande será la única. Vuestra influencia es mayor que la de nadie, y será digno del que ha hecho conocer tan bien á Francia, proteger al gran Corneille, cuando ya no hay un solo actor digno de representar á *Cinna* y muy pocos individuos dignos de leerlo.

Paréceme que abro una puerta de oro para salir del laberinto de nimiedades en que la multitud se pasea.

Recibid la expresión de los cariñosos y respetuosos sentimientos; etc.

Pido mil perdones á Madama du Deffand. Esta empresa no me deja un momento, y sin embargo tengo obras inmensas, carneros y procesos á que atender.

## AD SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 26 de Junio de 1761.

Apenas me quedan fuerzas para escribir, pues desde hace algún tiempo escribo de día y de noche. Han d

saber mis ángeles que estoy agradecido al corsario que ha hecho escribir *Zulima*. La impresión me ha hecho observar un defecto capital que había en dicha pieza. Tal era la uniformidad de los sentimientos de la heroína, que decía siempre : « Amo; » es una hermosa palabra, pero no hay que repetirla con exceso : hay que decir alguna vez : « Aborrezco. »

Empiezo á estar menos descontento de esta obra, y me lisonjeo, por último, de que no será enteramente indigna de las bondades con que mis ángeles la honran. Estará dispuesta cuando lo ordenen. Sin embargo, no dejaré de atender á mis mieses, á mi iglesia y á mi pequeña negociación con el Papa. Leo de nuevo á *Corneille* con gran atención. Lo admiro cada vez más al ver de dónde partió. Es un creador; sólo hay gloria para esa clase de individuos. Nosotros no somos hoy sino niños de la escuela. Estoy persuadido de que mis notas puestas al pie de las páginas de las excelentes piezas de *Corneille* no dejarán de ofrecer utilidad y solaz. Podrán formar una poética completa, sin tener la insolencia y el fastidio del tono dogmático.

Estoy resuelto á no hacer imprimir sino el número de ejemplares subscripto. Las ediciones pequeñas serán para provecho de los librerías; y si hay, como creo, en la nación algún amor á la verdadera gloria, la edición grande asegurará algún bienestar á los herederos del nombre del gran *Corneille*. Así acabaré mi carrera de un modo honroso, y que no será indigno de la antigua amistad con que mis ángeles me honran.

Les suplico que tengan á bien procurarme lo más pronto posible el nombre del señor duque de Orleans, por medio de M. de Foncemagne, á fin de que lo imprima en el prospecto.

También desearia tener el del primer presidente;

bien me lo debe, en desquite de la bancarrota de que me ha hecho victima su cuñado. Jamás procurará mi empresa á los descendientes de *Corneille* la mitad de lo que me ha robado *Bernard*. Creo haber avisado ya al señor conde de *Choiseul*, el embajador, que no dudaba de que honraria mi lista con su nombre, y espero sus órdenes. El mismo favor solicito de M. de *Courteilles*, de M. de *Malesherbes*, de su señora hermana y de todos los amigos de mis ángeles.

Desearia vivamente la subscripción del presidente de *Meynières* y de algunos miembros del Parlamento, en expiación de las simplezas de *Maese Ledain* y de *Maese Omer*.

No he escrito aún al señor duque de *Choiseul* acerca de este pequeño asunto. Suplico al señor conde, embajador, que tenga la bondad de hablarle; ambos son también mis ángeles. Beso á todos la punta de las alas, y recomiendo á vuestras bondades á *Cinna*, á *Horacio*, á *Severo*, á *Cornelia* y á la prima hermana de *Cornelia*. Si me secundan con algún interés, la edición estará terminada en seis meses.

Mi sobrina y V. os envían los más cariñosos recuerdos.

AL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL

13 de Julio de 1761. <sup>®</sup>

Monseñor, ya sabéis que al salir de un gran consejo celebrado con motivo del testamento del rey de España, Luis XIV encontró á cuatro de sus hijas jugando, y les dijo : « Vamos á ver, ¿qué partido tomariais en mi lugar? » Las jóvenes princesas le dijeron francamente su parecer. El rey les replicó : « Cualquiera que sea el

partido que tome, siempre tendré quien me censure. »

Vos os conducís conmigo, que soy un viejo hablador, como Luis XIV con sus hijas.

Queréis que hable, que hable, y que compile, compile. Vuestras bondades y mi manera de ser, que no tiene importancia, me dan siempre el derecho que Gros-Jean se arrogaba respecto de su cura.

En primer lugar, creo firmemente que todos los hombres han sido, son y serán siempre dirigidos por los acontecimientos. Respeto mucho al Cardenal de Richelieu; pero observo que no se metió con Gustavo Adolfo sino cuando éste desembarcó en Pomerania sin consultarle; es decir, que se aprovechó de las circunstancias. El Cardenal Mazarino se aprovechó de la muerte del duque de Veymar; obtuvo la Alsacia para Francia, y para sí el ducado de Rethel.

Luis XIV no esperaba, seguramente, al hacer la paz de Ryswick, que su nieto heredaría, tres años después, la corona de Carlos V; menos aún esperaba que el biznieto abandonaría á los franceses durante cuatro años á las depredaciones de Inglaterra, dueña de Gibraltar. Ya sabéis qué casualidad dió lugar á la paz con Inglaterra, firmada por el bueno de lord Bolingbroke. Vos haréis como los más grandes hombres de esta especie, que se han aprovechado de las circunstancias en que se han encontrado.

Habéis tenido á Prusia por aliada, y ahora la tenéis por enemiga; Austria ha cambiado de sistema, y vos también. Rusia no pesaba nada hace veinte años en la balanza de Europa, y hoy pesa considerablemente. Suecia desempeñó un gran papel, y ahora lo desempeña muy pequeño. Todo ha cambiado y cambiará; pero, como vos habéis dicho, Francia será siempre un hermoso reino, temible para sus vecinos, á no ser

que las clases de los Parlamentos lo echen á perder.

Ya sabéis que los aliados son como las parejas á quienes se invitaba en mi tiempo para bailar rigodones: se cambiaba de pareja á cada paso.

Paréceme, por otra parte, que la amistad de los señores de Brandeburgo ha sido siempre fatal para Francia. Nos abandonaron cuando Carlos V puso sitio á Metz. Recibieron mucho dinero de Luis XIV, y le hicieron la guerra. Ya sabéis que Luc os hizo traición dos veces en la guerra de 1741, y seguramente no lo pondréis en disposición de que os haga traición por tercera vez. Su poder era entonces puramente accidental, fundado en la avaricia de su padre y en el ejercicio á la prusiana.

El dinero ha desaparecido, y le han derrotado con su ejercicio. No creo que queden ahora cuarenta familias en su hermoso reino de Prusia. La Pomerania se halla devastada y el Brandeburgo miserable; nadie come allí pan blanco. Sólo circula moneda falsa, y aun esa, escasa. Sus Estados de Cleves se hallan secuestrados; los austriacos triunfan en Silesia. Sería más difícil al presente sostenerle que aplastarle. Los ingleses se arruinan procurándole socorros indiscretos hacia el ducado de Hesse, y gracias al cielo hacéis inútiles esos socorros. Tal es la situación de las cosas.

Ahora, si se tratase de apostar, sería preciso, según la regla de las probabilidades, apostar tres contra uno á que Luc se perderá con sus versos, sus bromas, sus injurias y su política, que son igualmente malos.

Terminado este asunto, y suponiendo que un arranque de desesperación no venga á mejorar su estado y arruinar vuestra política, todo acabó en Alemania. Tenéis un magnífico Congreso en el que salís siempre garante del tratado de Westfalia; y vuelvo siempre á

mi tema de que los príncipes de Alemania dirán: « Luc ha caído porque se indispuso con Francia; nos conviene tener á Francia por protectora. » Seguramente, después de la ruina de Luc no vendrá la reina de Hungría á pedirnos ni Estrasburgo, ni Lille, ni la Lorena. Esperará por lo menos diez años, y entonces, si tenéis dinero, le soltaréis á los turcos y á los suecos.

El punto esencial consiste en tener mucho dinero. Enrique IV se preparó á hacerse árbitro de Europa, haciendo que el duque de Sully pusiera orden en el Tesoro. Los ingleses sólo triunfan, gracias á las guineas y al crédito que las decuplica. Luc no hizo temblar á Europa durante algún tiempo, sino porque su padre tenía más talegas que botellas en sus bodegas de Berlín. Ya no estamos en los tiempos de Fabricio. El más rico es el que triunfa; de la misma manera que entre nosotros es el más rico el que compra una plaza de magistrado y gobierna después el Estado. Esto no es noble, pero es verdad. Los rusos me causan algún embarazo; pero nunca tendrá Austria con qué comprar su auxilio durante dos años, como vos.

España me embaraza, porque no tiene nada que ganar en desembarazaros de los ingleses; pero por lo menos es seguro que tendrá más odio á Inglaterra que á vos.

Inglaterra me embaraza porque querrá siempre arrojaros de la América del Norte; y por muchos armadores que tengáis, éstos caerán todos en su poder al cabo de cuatro ó cinco años, como ha sucedido en todas las guerras.

¡Ah monseñor, monseñor! Cuando hay que habérselas con los vecinos, hay que vivir al día. En sus negocios particulares puede uno seguir un plan, aunque no siempre se hace. Pero cuando se juega contra los

demás, descarta uno según el juego que tiene. ¡Un sistema, gran Dios! el de Descartes ha caído; el imperio romano ya no existe; el mismo Pompignán pierde su crédito; todo se destruye y todo pasa. Temo mucho que en los grandes negocios suceda lo mismo que en la física: se hacen experimentos, pero no se tiene sistema.

Admiro á la gente que dice: La casa de Austria va á ser muy poderosa y Francia no podrá resistirle. ¡Eh! caballeros, un archiduque se apoderó de Amiéns, Carlos V estuvo en Compiègne, y Enrique V de Inglaterra se hizo coronar en París. ¡Bah, bah! Se sale de casos mucho más apurados, y no tenéis que temer que Francia se arruine por muchas tonterías que haga.

¡Cómo! ¡nada de sistemas! Por mi parte sólo conozco uno, el de vivir bien en su casa. Entonces todo el mundo os respeta. El ministro de Negocios Extranjeros depende del de la Guerra y del de Hacienda. Haya dinero y victorias, y entonces el ministro hará lo que quiera.

#### AL SEÑOR ABATE DE OLIVET

Ferney, 16 de Agosto de 1761.

Somos viejos ambos, mi querido Cicerón: por consiguiente, tenemos que darnos prisa. He enviado al secretario perpetuo de la Academia la epístola dedicatoria dirigida á la misma, el Comentario sobre *los Horacios* y *Cinna*, y el prefacio del *Cid*. Os envío las observaciones acerca del *Cid*, y os ruego que me auxiliéis con vuestras luces, pues estáis tan al corriente de la historia literaria de esta época. Espero de vuestra antigua amistad que tengáis la bondad de apresurar

algo la obra. Sólo esperamos para empezar la impresión, la aprobación del Augusto Cuerpo al que dedico este monumento, que me parece bastante honroso para nuestra nación.

Casi todos los aficionados están de acuerdo en desear un comentario perpetuo acerca de todas las tragedias de Pedro Corneille. Esta obra no es ni tan larga ni tan difícil como se piensa, para un hombre que desde hace largo tiempo se ha dedicado á la lectura asidua y reflexiva de todas estas piezas; no hay ninguna que no tenga hermosos pasajes. Las observaciones acerca de las faltas podrán ser útiles y las notas históricas interesantes.

No me embaraza el cómo imprimirán la obra los Cramer: es asunto suyo. Habrá probablemente seis ó siete volúmenes en cuarto: y vendiéndose cada ejemplar á dos luses de oro habria seguramente una gran pérdida, á no ser por la protección que el rey y los primates del reino conceden á esta empresa. Probablemente tendré el honor de contribuir á ella tanto como el rey mismo; porque será preciso que adelante todos los gastos y que supla las faltas; pero no hay nada que no haga uno para satisfacer sus pasiones; y la mia consiste en erigir antes de mi muerte un monumento que la nación me agradezca. Ya véis que se me ha pegado algo de vanidad con la lectura de Cicerón; pero os advierto que no hay nada hecho si la Academia no me secunda.

Suplico al señor secretario que señale al margen todo lo que yo haya de corregir, y lo corregiré inmediatamente. No fatigaré á la Academia con mis observaciones acerca de *Pertharite*, *Agésilao*, *Surena*, *Atíla*, *Andromena*, el *Vellocino de Oro* y *Pulqueria*; en una palabra, sobre las piezas que no se representan nunca,

y cuyos comentarios serán muy cortos; pero me tomaré la libertad de consultarla siempre que tenga duda. Comprenderéis que semejante obra debe ser sancionada por la Corporación, á fin de poder hacer un libro clásico que instruya á los extranjeros y á los franceses.

Coronad vuestra carrera, querido amigo, consagrand vuestros cuidados al éxito de esta empresa.

Me veo obligado á dictar todo lo que escribo, en vista de que sólo me queda la palabra, y de que dicto al levantarme, al acostarme, mientras como, y mientras sufro. *Vale, care Olivete.*

#### Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

Ferney, 18 de Agosto de 1761.

He conocido, señora, á algunos individuos que se quejaban de vivir con tontos, y vos os quejáis de vivir en compañía de gente de ingenio. Si os habéis figurado que encontraríais la cortesía y los encantos de los La Fare y Saint-Aulaire, la imaginación de los Chaulieu, la brillantez del duque de la Feuillade y todo el mérito del presidente Hénault en nuestros literatos de hoy día, os aconsejo que no os hagáis ilusiones.

Decís que no sería posible interesaros en la cosa pública. Seguramente es el mejor partido que se puede adoptar; pero si os vieseis obligada como yo á dar de comer todos los días á rusos, ingleses y alemanes, os causaria algo de embarazo el ser francesa.

Me ocupo en el tiempo pasado para desquitarme del tiempo presente. Creo que es preferible comentar á Corneille que leer lo que se escribe hoy día. Todas las



noticias afligen, y casi todos los libros nuevos causan impaciencia.

Mi comentario también la causará, porque será muy largo. Es una empresa terrible discutir á *Cinna* y *Agésilao*, á *Rodoguna* y *Atila*, al *Cid* y á *Pertharite*. No creo que después de Escaligero haya habido un pedante mayor que yo. La obra constará de siete ú ocho grandes volúmenes; es cosa que causa miedo.

Debéis, señora, tener actualmente á vuestro lado al presidente Hénault. Es preciso que me sirváis de abogada para con él. He enviado á la Academia la epístola dedicatoria, que juzgo curiosa; el prefacio sobre el *Cid*, en el que hay también algunas anécdotas que podrán divertirnos; las notas acerca del *Cid*, de los *Horacios*, de *Cinna*, *Pompeyo*, *Heraclio* y *Rodoguna*, que no os divertirán, porque es preciso tener á la vista el texto.

Desearía que el señor presidente Hénault tomase todo esto de manos del señor secretario, y que diese su parecer sobre ello juntamente con M. de Nivernais. Creo que convendría que fuesen ambos á la Academia, y que me juzgasen; porque necesito la sanción de dicha Corporación, y es preciso que la obra que le está dedicada se haga de acuerdo con ella. No tengo apego excesivo á mis opiniones; pero sí deseo ser útil, y esto sólo puedo lograrlo con la aprobación de la Academia. Es una negociación que pongo en vuestras manos, señora; la de M. de Bussy será más difícil.

Os quejáis de no tener nada en qué ocuparos. Consagraos á Pedro Corneille, pues vale ciertamente la pena de ello, por su sublimidad y por el exceso de su miseria.

Os agradezco mucho, señora, el que leáis la *Historia de Inglaterra*, por Thoyras. La hallaréis más exacta,

profunda é interesante que la de nuestro insípido Daniel. No perdonaré nunca á este jesuita el haber hablado más del hermano Coton que de Enrique IV, y el haber dejado apenas entrever que este Enrique IV era un grande hombre.

Si os gusta la historia, os enviaré dentro de algunos meses una que es muy atrevida, y que creo verdadera de la cruz á la fecha; pero en la actualidad dejadme en compañía del gran Corneille.

Os reitero, señora, las gracias en nombre de mi pequeña alumna, que lleva tan hermoso nombre sin darse cuenta de ello. Me pongo á los pies de la señora duquesa de Luxemburgo.

Adiós, señora, sed tan feliz como os sea posible, y llevad con paciencia la vida: ya sabéis que muy pocas personas gozan de ella. Os habéis acostumbrado á vuestras privaciones; tenéis amigos, y estáis segura de que cuando van á veros, lo hacen por vos misma. Sentiré siempre no tener este honor, y os profesaré el más verdadero afecto hasta el último momento de mi vida.

Á M. DUCLOS

18 de Agosto de 1761.

Siempre he olvidado, señor, hablaros de la persona que pretendía llevaros papeles de mi parte. No he tenido el honor de dirigiros ninguno sino por medio de M. d'Argental. Habéis debido recibir la epístola dedicatoria á la Academia, el prefacio del *Cid* y las notas acerca del *Cid*, los *Horacios* y *Cinna*. Os ruego que lo comunicéis todo al señor duque de Nivernais y al señor presidente Hénault; pero sería más conveniente aún que todo ello fuese examinado en la Academia;

noticias afligen, y casi todos los libros nuevos causan impaciencia.

Mi comentario también la causará, porque será muy largo. Es una empresa terrible discutir á *Cinna* y *Agésilao*, á *Rodoguna* y *Atila*, al *Cid* y á *Pertharite*. No creo que después de Escaligero haya habido un pedante mayor que yo. La obra constará de siete ú ocho grandes volúmenes; es cosa que causa miedo.

Debéis, señora, tener actualmente á vuestro lado al presidente Hénault. Es preciso que me sirváis de abogada para con él. He enviado á la Academia la epístola dedicatoria, que juzgo curiosa; el prefacio sobre el *Cid*, en el que hay también algunas anécdotas que podrán divertirnos; las notas acerca del *Cid*, de los *Horacios*, de *Cinna*, *Pompeyo*, *Heraclio* y *Rodoguna*, que no os divertirán, porque es preciso tener á la vista el texto.

Desearía que el señor presidente Hénault tomase todo esto de manos del señor secretario, y que diese su parecer sobre ello juntamente con M. de Nivernais. Creo que convendría que fuesen ambos á la Academia, y que me juzgasen; porque necesito la sanción de dicha Corporación, y es preciso que la obra que le está dedicada se haga de acuerdo con ella. No tengo apego excesivo á mis opiniones; pero sí deseo ser útil, y esto sólo puedo lograrlo con la aprobación de la Academia. Es una negociación que pongo en vuestras manos, señora; la de M. de Bussy será más difícil.

Os quejáis de no tener nada en qué ocuparos. Consagraos á Pedro Corneille, pues vale ciertamente la pena de ello, por su sublimidad y por el exceso de su miseria.

Os agradezco mucho, señora, el que leáis la *Historia de Inglaterra*, por Thoyras. La hallaréis más exacta,

profunda é interesante que la de nuestro insípido Daniel. No perdonaré nunca á este jesuita el haber hablado más del hermano Coton que de Enrique IV, y el haber dejado apenas entrever que este Enrique IV era un grande hombre.

Si os gusta la historia, os enviaré dentro de algunos meses una que es muy atrevida, y que creo verdadera de la cruz á la fecha; pero en la actualidad dejadme en compañía del gran Corneille.

Os reitero, señora, las gracias en nombre de mi pequeña alumna, que lleva tan hermoso nombre sin darse cuenta de ello. Me pongo á los pies de la señora duquesa de Luxemburgo.

Adiós, señora, sed tan feliz como os sea posible, y llevad con paciencia la vida: ya sabéis que muy pocas personas gozan de ella. Os habéis acostumbrado á vuestras privaciones; tenéis amigos, y estáis segura de que cuando van á veros, lo hacen por vos misma. Sentiré siempre no tener este honor, y os profesaré el más verdadero afecto hasta el último momento de mi vida.

Á M. DUCLOS

18 de Agosto de 1761.

Siempre he olvidado, señor, hablaros de la persona que pretendía llevaros papeles de mi parte. No he tenido el honor de dirigiros ninguno sino por medio de M. d'Argental. Habéis debido recibir la epístola dedicatoria á la Academia, el prefacio del *Cid* y las notas acerca del *Cid*, los *Horacios* y *Cinna*. Os ruego que lo comunicéis todo al señor duque de Nivernais y al señor presidente Hénault; pero sería más conveniente aún que todo ello fuese examinado en la Academia;

vuestras observaciones serían para mí una ley. Las demás piezas seguirán inmediatamente, y los Cramer empezarán á imprimir sin tardanza.

Las subscripciones que tenemos bastarán para empezar la empresa, en el caso de que podamos contar con el pago de los cuatrocientos luises que el rey se digna conceder. También contamos con poder rogar á los literatos que no son ricos que se dignen aceptar un ejemplar como homenaje debido á sus luces, sin recibir de ellos una cantidad que sólo deben abonar aquellos á quienes la fortuna pone en disposición de favorecer las artes.

Paréceme que es condición esencial para una obra tan importante y dedicada á la Academia el que figuren en la lista de los subscriptores los nombres de los académicos.

El señor duque de Nivernais ha empezado por subscribirse por doce ejemplares.

El señor Cardenal de Bernis por otros doce.

El señor duque de Richelieu por otros doce.

El señor duque de Villars por seis.

El señor conde de Clermont por seis.

El señor presidente Hénault por dos.

En mi calidad de iniciador de este asunto y de padre de la señorita Corneille, me tomo la libertad de subscribirme por ciento. No lo hago por vanidad, sino por necesidad; porque, si se emplea papel grande, y si la obra consta de ocho volúmenes, como lo pretenden los señores Cramer, los gastos llegarán á 50.000 libras.

Habia escrito al señor codjutor dándole las gracias por la bondad que tuvo de enviarme su discurso, y á M. Watelet conocido por su afición á las artes y por su talento; aún no he tenido respuesta. Debo confesaros que sería vergonzoso para Academia, de la que forman

parte tantos grandes señores, el que los grandes asen-  
tistas hiciesen más que ella en esta ocasión; es más,  
eso écharía sobre nuestra corporación un ridiculo de  
que sacarian no poco partido los Fréron. El señor arzo-  
bispo de Lyon subscribirá el mismo número que mon-  
señor de Bernis; pero para imprimir su nombre en la  
lista conviene que esté acompañado del del coadjutor de  
Estrasburgo y del del preceptor del señor duque de  
Borgoña. Nadie mejor que vos puede proponer esto,  
señor, dado el puesto que ocupáis.

Se dirá acaso que nuestros grandes señores no acu-  
den á la Academia sino el dia de su recepción; que se  
contentan con hacer un discurso, y que se desdeñan de  
proteger una empresa honrosa para la Academia y  
para Francia. Cuento con vos, señor, como con el pro-  
tector más activo de esta empresa digna de vos. Os  
ruego que me déis luces y que me auxiliéis en todas  
las dificultades anejas á todo lo que es nuevo y esti-  
mable.

Preveo que los señores Cramer persistirán en la re-  
solución de publicar la edición en cuarto, tomo por  
tomo, de tres en tres meses, sin estampas, y que la  
obra, que costaria por lo menos tres luises de oro en  
las librerías, no costará sino dos. Resultaría una muy  
gran pérdida si no fuera por las bondades del rey y de  
varios principes de Europa, y por la generosidad del  
señor duque de Choiseul y de Madama de Pompadour.

En realidad, no pedimos subscripciones: no es posi-  
ble imponer condiciones á los que emplean tiempo,  
dinero y trabajo para honra de la nación. Sólo solicita-  
mos el nombre de todo el que desee tener un libro útil  
y barato, á fin de que los libreros proporcionen el nú-  
mero de ejemplares al de los subscriptores, y de que  
los que hayan tenido la bajeza de temer dar dos luises

de oro para instruirse, no puedan jamás tener un libro que serian indignos de poseer. Dispensad mi noble cólera.

Cuento absolutamente con vos en nombre de Pedro y de María Corneille.

### AL SEÑOR ABATE DE OLIVET

CANCELLER DE LA ACADEMIA FRANCESA

Castillo de Ferney, 20 de Agosto de 1761

Me habiais dado, querido canceller, el consejo de no comentar sino las piezas de Corneille que forman parte del repertorio. Queríais aliviarme así de una parte de la carga, y yo había consentido en ello, menos por pereza que por el deseo de satisfacer cuanto antes al público; pero he visto que en el retiro disponia de más tiempo del que creía, y habiendo ya comentado todas las piezas de Corneille que se representan, me encuentro en disposición de poner algunas notas útiles á las demás.

Hay varias anécdotas curiosas que agrada conocer. Hallo, por ejemplo, varias palabras que han caído en desuso entre nosotros, y hasta se hallan enteramente olvidadas, y de que se sirven felizmente nuestros vecinos los ingleses. Poseen un término para significar esa clase de broma, verdaderamente cómica, esa alegría, esa urbanidad y esas ocurrencias que un hombre emplea sin darse cuenta de ello; y expresan esta idea por medio de la palabra *humour*, que pronuncian *iumor*. Creen que ellos solos los poseen, y que las demás naciones carecen de un término propio para expresar esa clase de ingenio. Sin embargo, es una antigua palabra

de nuestra lengua empleada, en este sentido en varias comedias de Corneille. Por lo demás, cuando digo que este *humour* es una especie de urbanidad, hablo á un hombre instruido que sabe que hemos aplicado mal la palabra *urbanidad* á la cortesía, y que *urbanitas* significaba en Roma lo mismo exactamente que *humour* significa entre los ingleses. En este sentido dice Horacio: *Frontis ad urbanæ descendi præmia*; y jamás se emplea en otro sentido esta palabra en la sátira que poseemos con el nombre de Petronio, y que tantos hombres faltos de gusto han tomado por la obra de un cónsul del mismo nombre.

La palabra *partie* se halla también en las comedias de Corneille empleada por *ingenio*. Es lo que los ingleses llaman *parts*. Esta palabra era excelente, porque es propio del hombre el tener sólo *partes*. Se tiene una clase de ingenio, una clase de talento, pero no todas. La palabra *esprit*, francesa, es demasiado vaga.

¡Cuántas expresiones nos faltan hoy, que eran enérgicas en tiempos de Corneille, y cuánto hemos perdido, ya por pura negligencia, ya por exceso de delicadeza! Se asignaba ó señalaba (*on appointait*) una cita, una hora; el que llegaba al sitio convenido en el momento señalado y no hallaba al que había hecho la promesa, sufría un desencanto (*était désappointé*). Hoy no tenemos una palabra para expresar la situación en que se encuentra un hombre que cumple su palabra, y á quien se deja en blanco.

¿Qué sucede cuando se llega á las puertas de una ciudad y se encuentran cerradas? No tenemos hoy palabra para expresar esta situación; en otro tiempo decíamos *forclos*, palabra expresiva que ha quedado reducida á la lengua forense. Las ansias de la muerte (*affres*), las angustias (*angoisses*) de un corazón dolo-

rído, son palabras que no han sido reemplazadas.

Hemos renunciado á expresiones absolutamente necesarias, con que los ingleses se han enriquecido. Una calle, un camino sin salida se expresaban muy bien con las palabras *non-passe, impasse* (sin paso) que los ingleses han imitado; y nos vemos reducidos á la palabra vulgar é impertinente de *cul-de-sac*, que se presenta con frecuencia, y deshonor la lengua francesa.

No acabaría si hubiera de entrar aquí á examinar en detalle todas las frases felices que habíamos tomado de los italianos, y que hemos abandonado: no quiere esto decir que nuestra lengua no sea abundante y enérgica, pero podría serlo mucho más. Lo que nos ha privado de una parte de nuestras riquezas de esa multitud de libros frívolos en los que sólo se encuentra el estilo de la conversación, y un inútil conjunto de frases vulgares y de expresiones impropias. Esta dichosa abundancia es la que nos empobrece.

Paso á un punto más importante, que me determina á comentar hasta *Pertharite*; y es que en el seno de esas ruinas se encuentran tesoros ocultos. ¿Quién creería, ejemplo, que el germen de *Andrómaca* se encuentra en *Pertharite*? ¿Quién creería que Racine ha tomado de allí sentimientos y hasta versos? Sin embargo, nada hay más verdadero y palpable. Grimoaldo amenaza en Corneille á Rodelinda con hacer perecer á su hijo, que está en la cuna, si no le acepta por esposo:

Son sort est en vos mains: aimer ou dédaigner  
Va le faire périr, ou le faire régner.

Pirro dice precisamente en la misma situación:

Je vous le dis, il faut périr ou régner.

Grimoaldo, en Corneille, quiere castigar

..... Sur ce fils innocent  
La dureté d'un cœur si peu reconnaissant.

Pirro dice en Racine:

Le fils me répondra du mépris de la mère.

Rodelinda dice á Garibaldi:

Comte, pensez-y bien; et, pour m'avoir aimée,  
N'imprime point de tache á tant de renommée;  
Ne crois que ta vertu, laisse-la seule agir,  
De peur qu'un tel affront ne te donne á rougir.  
On publierait de toi que les yeux d'une femme,  
Plus que ta propre gloire auraient touché ton áme.  
On dirait qu'un héros, quand si renommé,  
Ne serait qu'un tyran, si n'avait point aimé.

Andrómaca dice á Pirro:

Seigneur, que faites-vous, et que dira la Grèce?  
Faut-il qu'un si grand cœur montre tant de faiblesse?  
Voulez-vous qu'un dessein si beau, si généreux,  
Passe pour le transport d'un esprit amoureux?  
.....  
Non, non; d'un ennemi respecter la misère,  
Sauver des malheureux, rendre un fils á sa mère,  
De cent peuples pour lui combattre la rigueur  
Sans me faire payer son salut de mon cœur,  
Malgré moi, s'il le faut, lui donner un asile,  
Seigneur, voilà des soins dignes du fils d'Achille.

La imitación es visible y la semejanza completa. Hay más aún, y voy á asombraros. Todo el fondo de las escenas de Orestes y de Hermione está tomado de Garibaldi y de Eduvigis, personajes desconocidos de esta desdichada pieza desconocida. Aun cuando sólo hubiera sido por estos nombres bárbaros, hubiera caído *Pertharite* en el olvido; á esto alude Boileau cuando dice (*Arte poética*, CAP. III):

Qui de tant de héros va choisir Childebrand.

Pero Garibaldo, á pesar de su nombre, no deja de desempeñar con su Eduvigis el mismo papel que Orestes con Hermione. Eduvigis ama aún á Grimoaldo como Hermione á Pirro. Quiere que Garibaldo la vengue de un traïdor que la abandona por Rodelinda; Hermione quiere que Orestes la vengue de Pirro que la abandona por Adrómaca.

EDUVIGIS

Pour gagner mon amour il faut servir ma haine.

HERMIONE

Vengez-moi, je crois tout.

GARIBALDO

Le pouvez-vous, madame, et savez-vous vos forces?  
 Savez-vous de l'amour quelles sont les amorcees?  
 Savez-vous ce qu'il peut, et qu'un visage aimé  
 Est toujours trop aimable à ce qu'il a charmé?  
 Si vous n'abusez votre cœur vous abuse, etc.

ORESTES

Et vous le haïssez! avonez-le, madame.  
 L'amour n'est pas un feu qu'on renferme en une âme:  
 Tout nous trahit: la voix, le silence, les yeux,  
 Et les feux mal couverts n'en éclatent que mieux.

Estas ideas que el genio de Corneille lanzó al azar sin aprovecharse de ellas, las recogió y les dió valor el gusto de Racine; en esta ocasión sacó oro de *stercore Ennii*.

Corneille no consultaba con nadie, y Racine consultaba con Boileau; así es que el uno fué siempre dando caidas, á partir de Heraclio, mientras que el otro se fué elevando continuamente.

Se cree bastante comunmente que Racine afeminó y hasta envileció el teatro con esas declaraciones de

amor que se han posesionado por completo de nuestra escena. Pero la verdad me obliga á confesar que Corneille las empleaba antes que él, y que Rotrou no dejaba de echar mano de ellas antes de Corneille.

No hay ninguna de sus piezas que no esté en parte fundada en esta pasión: la única diferencia consiste en que no la han tratado bien, en que no han hablado jamás al corazón, ni han logrado enternecerle. El amor no se ha mostrado conmovedor sino en las escenas del *Cid*, imitadas de Guillén de Castro. Corneille puso amor hasta en el terrible asunto de Edipo.

Ya sabéis que me atrevi á tratar este asunto hace cuarenta años. Conservo aún la carta de M. Dacier, á quien enseñé el cuarto acto imitado de Sófocles. Me exhorta en dicha carta, de 1714, á introducir los coros, y á no hablar de amor en un asunto en que esta pasión es tan impertinente. Seguí su consejo; lei el borrador de la pieza á los cómicos; éstos me obligaron á quitar una parte de los coros, y á poner por lo menos algún recuerdo de amor en Filoctetes, á fin, decían, de que se perdonase la insipidez de Yocasta y de Edipo en favor de los sentimientos de Filoctetes.

Aun lo poco que dejé de los coros no fué representado. Tal era el gusto detestable de aquella época. Se representó algún tiempo después *Atalia*, esa obra maestra del teatro. El público debió echar de ver que la escena podía prescindir de un género que degenera á veces en idilio y en égloga. Pero como *Atalia* se hallaba sostenida por lo patético de la religión, supusieron que en los asuntos profanos era siempre necesario el amor.

Por último, *Méropé*, y más tarde *Orestes*, han abierto los ojos del público. Estoy persuadido de que el autor de *Electra* piensa como yo, y que jamás hubiera puesto dos intrigas de amor en el más sublime y es-

pantoso asunto de la antigüedad, si no se hubiera visto obligado á ello por la desdichada costumbre que entonces reinaba de desfigurarle todo con esas intrigas pueriles extrañas al asunto: se comprendía que era ridículo y, sin embargo, se exigía á los autores. Los extranjeros se burlaban de nosotros, pero nosotros lo ignorábamos. Creíamos que una mujer no podía mostrarse en la escena sin decir *Amo*, de cien maneras, y en versos cargados de epítetos y de ripios. Vuelvo á Corneille, que se elevó muy por encima de esas pequeñeces en sus hermosas escenas de los *Horacios*, *Cinna*, *Pompeyo*, etc., y os repito que todas esas piezas pueden suministrar algunas anécdotas y reflexiones interesantes.

No os asustéis si todos estos comentarios producen tantos volúmenes como vuestro *Cicerón*. Alentad á la Academia para que continúe dispensándome sus bondades y sus lecciones, y sobre todo dadle el ejemplo.

A M. D'ALEMBERT

31 de Agosto de 1761.

Señores de la Academia Francesa, os suplico que toméis con empeño mi empresa. No faltéis los días de reunión, y sed muy asiduos. ¿Puede haber nada más entretenido, me parece, que tener un Corneille en la mano, hacerse leer mis observaciones, mis anécdotas, mis extravíos, dar su parecer en dos palabras, criticarme, y hacerme una obra útil, como jugando? Todo lo espero de vos, mi querido colega.

Me parece que M. Duclos se interesa por la cosa. Me lisonjea creer que también os servirá de distracción, y que alguna vez veré notas vuestras al margen de mis

escritos. Alentadme mucho, porque soy dócil como un niño; sólo quiero que la cosa salga bien; antepongo á Corneille á mis opiniones; escribo de prisa, y corrijo de la misma manera; secundadme, ilustradme y amadme.

A M. DUCLOS

Delicias, 25 de Diciembre de 1761.

Presento á la Academia mi respetuoso testimonio de agradecimiento por la bondad que ha tenido en examinar mi comentario sobre las tragedias del gran Corneille, y en darme muchos consejos de que me aprovecho.

Vamos á empezar inmediatamente la edición, y van á anunciarla al público; los nombres de los subscriptores irán impresos en este anuncio; allí se verá al emperador, á la emperatriz reina y á la emperatriz de Rusia, que han subscripto por tanto número de ejemplares como el rey nuestro señor <sup>1</sup>. Esta empresa es considerada por toda la Academia como muy honrosa para la nación y para la Academia, y como muy útil para las bellas letras.

El nombre de Corneille, y la expectación con que aguardan los extranjeros para saber lo que deben admirar ó desdeñar en él, servirán para extender el prestigio de la lengua francesa en Europa.

La Academia ha parecido confirmar todas mis apreciaciones en lo relativo á la lengua, y me deja completa libertad en lo concerniente al gusto; es ésta una libertad de que sólo haré uso conformándome á su modo de

1. Luis XV, protector de la Academia.

sentir en cuanto me sea posible comprenderlo. Es difícil explicarse por completo estando tan lejos, y en tan breve tiempo.

En los primeros bosquejos que tuve el honor de enviar, hice notar en la *Medea* de Corneille los encantos que emplea en el teatro; y como mi comentario es histórico lo mismo que crítico, y comparo los demás teatros con el nuestro, digo que « en la tragedia de *Macbeth*, considerada como una obra maestra de Shakespeare, aparecen tres brujas en el teatro. »

Estas tres brujas llegan, en medio de relámpagos y truenos, con un gran caldero, en el cual hacen hervir hierbas. *El gato ha maullado tres veces*, dicen, *ya es hora*; echan un sapo en la caldera y le apostrofan gritando en coro. Me parece que esto vale tanto como las serpientes llegadas de África en un momento, y las hierbas que Medea cogió con los pies descalzos, haciendo palidecer á la luna, etc.

Estos encantamientos convienen principalmente á la ópera, á ese espectáculo consagrado á las fábulas, y en ella han sido mejor tratados.

Tengo la intención de presentar á la vista del lector motivos de comparación, y creo que no hay nada más instructivo. Por ejemplo, Máximo dice:

Vous n'aviez point tantôt ces agitations,  
Vous paraissiez plus ferme en vos intentions,  
Vous ne sentiez au cœur ni remords ni reproches.

CINNA

On ne les sent aussi que quand le coup approche,  
Et l'on ne reconnaît de semblables forfaits  
Que quand la main s'apprête à venir aux effets.  
L'âme, de son dessein jusqu'alors possédée, etc.

Acto III, escena II.

Shakespeare, sesenta años antes había dicho lo mismo en idénticas circunstancias; Bruto, á punto de asesinar á César, habla así:

« Todo el intervalo que media entre el designio y la ejecución de una cosa tan terrible, no es más que un sueño espantoso. El genio de Roma y los instrumentos mortales de su ruina parecen celebrar consejo en nuestra alma trastornada. Este estado funesto del alma tiene algo del horror de nuestras guerras civiles. »

Pongo á la vista estos motivos de comparación y dejo al lector que juzgue.

Había olvidado insertar en mis observaciones enviadas á la Academia, una anécdota que me parece curiosa. El último mariscal de La Feuillade, hombre que tenia muy ingeniosas ocurrencias, hallándose en el teatro en una representación de *Cinna*, no pudo tolerar estos versos de Augusto:

Mais tu ferais pitié, même à ceux que j'irrite,  
Si je t'abandonnais à ton peu de mérite.  
Ose me démentir, dis-moi ce que tu vaux,  
Conte-moi tes vertus, tes glorieux travaux,  
Les rares qualités par où tu m'as su plaire, etc.

Acto V, escena I.

« ¡ Ah! dijo, eso me echa á perder toda la belleza del *Soyons amis*, *Cinna*. ¿Cómo puede decirse *Seamos amigos*, á un hombre á quien se desprecia profundamente? Puede perdonársele para conquistarse una reputación de clemencia; pero no se le puede llamar *amigo*; para eso era preciso que Cinna tuviese mérito aun á los ojos de Augusto. »

Esta reflexión me pareció tan exacta y tan aguda, que la presento á la Academia.

Esta observación acerca del personaje de *Cinna* me lleva á examinar su carácter. Creo, con la Academia,



que durante los dos últimos actos es Octavio el que cautiva el interés; pero seguramente en los primeros lo conquistan Cinna y Emilia. Augusto resulta tan execrable que todos los espectadores se convierten en conjurados al oír el relato de las proscripciones. Es, pues, evidente que el interés cambia en esta pieza, y probablemente por esta razón preocupa más la mente que el corazón.

N. B. Es casi el único pasaje en que me he separado del parecer de la Academia y tengo en mi favor la opinión de algunos académicos, á quienes he consultado.

Los remordimientos tardíos de Cinna me causan siempre muy penosa impresión, y he creído siempre que estos remordimientos me habrían conmovido mucho más si, en la conferencia con Augusto, no hubiese dado Cinna consejos péfidos, y no se hubiese mostrado después tenaz en la misma perfidia. Prefiero los remordimientos después de un crimen llevado á cabo por entusiasmo: eso me parece natural y hasta hermoso; pero no puedo tolerar los remordimientos después de la más cobarde hipocresía: me parecen entonces una contradicción.

No hablo aquí sino desde el punto de vista de la perfección del arte, que es el fin de todos mis comentarios; la gloria de Corneille no corre ningún peligro. Considero á *Cinna* como una obra maestra, aunque no sea una de esas tragedias que transportan el alma y la desgarran; por el contrario, la ocupa, la llena y la eleva. La pieza tiene trozos sublimes y es regular; esto es suficiente.

Me he mostrado algo severo con respecto á *Heracleo*; pero envío á la Academia mis primeras ideas, á fin de rectificarlas. M. Mayáns y Siscar, editor de *Don Qui-*

*jote* y de la *Vida de Cervantes*, pretende que el *Heracleo* español es muy anterior al *Heracleo* francés; esto es muy verosímil, puesto que los españoles no se han dignado tomar nada de nosotros, mientras que nosotros hemos tomado de ellos con abundancia. Corneille les tomó el *Mentiroso* (*Verdad sospechosa*), la segunda parte del *Mentiroso* y *Don Sancho*.

Pido permiso á la Academia para diferir algunas veces del juicio de nuestros predecesores acerca del *Cid*. Me aprobará sin duda cuando diga que *fuir* tiene una sola sílaba, aunque en otro tiempo decidieron que tenía dos. Hallo excusable este verso:

Le premier dont ma race ait vu rougir son front.

Acto I.

Lo encuentro hermoso: la raza se halla personificada, y en tal caso puede ruborizarse su frente.

Apruebo este verso:

Mon âme est satisfaite.

Et mes yeux à ma main reprochent ta défaite.

La Academia encuentra en ellos una contradicción; pero me parece que estos dos versos quieren decir: estoy satisfecho, estoy vengado, pero me he vengado demasiado fácilmente. En tal caso, me pregunto dónde está la contradicción.

Al dar cuenta de esta suerte á la Academia de mi trabajo, añadiré que sigo con frecuencia el parecer del autor de *Telemaco*, el cual, en su *Carta á la Academia sobre la elocuencia*, pretende que Corneille ha prestado con frecuencia á los romanos una hinchazón y un énfasis que es precisamente lo contrario del carácter de aquel pueblo rey. Los romanos decían cosas sencillas y hacían cosas grandes. Convengo en que el teatro

exige una dignidad y una grandeza superior á la verdad histórica; pero me parece que á veces se han excedido esos límites. No se trata aquí de hacer un comentario que sea un simple panegírico; esta obra debe ser á la vez una historia de los progresos del espíritu humano, una gramática y una poética. No lograré este objeto, pues estoy demasiado alejado de mis maestros á quienes desearía consultar todos los días; pero el deseo de conquistar sus sufragios, al hacerme más laborioso y circunspecto, hará tal vez que mi empresa sea útil.

N. B. No puedo servirme en el *Cid* de la edición de 1664, porque es preciso en absoluto que tenga á la vista la que la Academia juzgó cuando dictó su fallo entre Corneille y Scudery.

Añadiré que si la Academia se dignase tener la bondad de examinar el comentario de *Cinna* que he reformado y aumentado mucho, según su parecer, haría un gran servicio á las letras. *Cinna* es entre las piezas de Corneille la que más han de leer los hombres notables de toda Europa, y por consiguiente, exige que el examen sea más profundo. Suplico á la Academia que acepte mis respetos.

Á M. DUCLOS.

Ferney, 26 de Abril de 1762.

Hay que confesar, señor, que el teatro de Ferney ha hecho algún daño á nuestros comentarios, y que durante algunos días hemos abandonado á Corneille por Le Kain. Hemos hecho de mademoiselle Corneille una excelente actriz, en lugar de trabajar en la edición de su tío. El comentador, los librereros, la so-

brina de Corneille y la del comentador, todos han representado. Sin embargo, no se ha interrumpido nuestra empresa, sino que ha aflojado un poco. Otra razón que ha detenido el curso de mis consultas es que me he puesto á traducir el *Heracio* español, impreso en Madrid en 1743, con el título de la *Comedia Famosa: En esta vida todo es verdad, y todo es mentira: Fiesta que se representó á Sus Majestades en el salón Real del palacio*. El sabio <sup>1</sup> que me ha desenterrado esta edición prodigiosamente rara, pretende que Sus Majestades eran Felipe é Isabel, hija de Enrique IV, que era muy aficionada á las comedias y que llevaba alguna vez á su grave marido. Se arrepintió de ello, porque Felipe IV se enamoró de una cómica <sup>2</sup> y tuvo de ella á Don Juan de Austria. Se hizo devoto y dejó de ir al teatro después de la muerte de Isabel. Ahora bien, Isabel murió en 1644, y mi sabio pretende que la *Famosa Comedia*, representada en 1640, fué impresa en 1643; pero como mi ejemplar no tiene fecha, tengo que creer á mi sabio bajo su palabra. Lo cierto es que esta tragedia es capaz de hacer reventar de risa desde el principio hasta el fin; las *Mil y una noches* son mucho menos maravillosas. Si ha habido alguna cosa original en el mundo, es seguramente esta extravagancia con la que no se puede comparar ninguna novela. Basta leer dos páginas para convencerse que el autor lo ha sacado todo de su cabeza. La haré imprimir á fin de que se pueda ver fácilmente la diferencia que hay entre nuestro *Heracio* y la *Comedia Famosa*.

Debo advertiros, que el primer volumen, que contiene solamente *Medea* y el *Cid*, es ya tan enorme, que

1. Mayans y Siscar. (Véase página 38.)

2. Marta Calderona.

me verá obligado á poner al fin del último tomo la vida del autor y las anécdotas y reflexiones que pondré en mi epístola dedicatoria á la Academia.

La epístola no podrá contener sino un simple testimonio de mi agradecimiento y una nota advirtiendo que la vida de Pedro Corneille se hallará en el último volumen con algunos documentos curiosos. Esta vida, relegada al último tomo, logrará, por lo menos, que abran alguna vez el referido tomo, pues sin eso no abrirían nunca, porque ¿quién puede leer la *Galería del Palacio* y la *Plaza Real*? Este último tomo será únicamente destinado á la comedia, con un discurso acerca de la comedia española, inglesa é italiana; pero hay que estar bueno, y yo no estoy muy bien. Procuraré enviaros antes de poco las observaciones acerca de *Rodoguna* y *Sertorio*.

He empezado esta carta cinco ó seis veces, y no puedo más. Tengo miedo de no acabar esta edición y decir:

..... Medium solvar et inter opus <sup>1</sup>.

AL SEÑOR MAYÁNS Y SISCAR <sup>2</sup>

ANTIGUO BIBLIOTECARIO DEL REY DE ESPAÑA EN VALENCIA

En las Delicias, 15 de Junio de 1762.

Señor, no os escribo en caldeo, porque no lo conozco; ni en latín, aunque no lo he olvidado; ni en español, aunque lo he aprendido para daros gusto; sino

1. Ovidio, *elegías*.

2. Don Gregorio Mayáns y Siscar, ilustre literato español, nacido en 1697 y muerto en 1781.

en francés, que entendéis muy bien, porque me veo obligado á dictar mi carta por hallarme bastante enfermo.

He renunciado á la corte como vos; no me llaméis, pues, áulico. Sois demasiado generoso, de todas maneras, puesto que habéis tenido la bondad de suministrarme los informes que os pedía. No sabía que vuestros autores hubiesen tomado nunca nada ni aun de los italianos; los creía autóctonos en materia de literatura; pero sé muy bien que no han tomado nada de nosotros y que nosotros hemos tomado mucho de ellos.

Acá entre nosotros, creo que Corneille ha sacado todo el asunto de *Heracleo* de Calderón. El tal Calderón me parece una cabeza tan exaltada (con perdón sea dicho), tan extravagante y á veces tan sublime, que es imposible que no sea la naturaleza misma. Corneille ha puesto en reglas lo que el otro había inventado sin sujeción á ellas. Lo importante es saber en qué año se representó la *Famosa Comedia* en presencia de Sus Majestades. Es lo que os pedía y veo que es imposible saberlo.

No sé por qué os habéis dado el trabajo de transcribir los versos de Lope de Vega que habíais citado en en otro tiempo, en la vida de Cervantes. ¿Acaso os figuráis que no os he leído? Sabed que os he leído con la mayor atención y que me habéis ilustrado mucho. No solamente conocía esos versos, sino que los he traducido y los he publicado en la edición de la *Famosa Comedia*, que también he traducido.

Creo que basta poner á la vista la *Famosa Comedia* para hacer ver que Calderón no la ha robado.

Permitidme que haga uso del pasaje del maestro Manuel de Guerra; no omitiré los *Autos Sacramentales* del piadoso Calderón. Lo que siento es que dichos

*Autos Sacramentales* no hayan formado parte de las piezas amorosas y libres con que regalaba á su auditorio.

Vuestra carta está tan llena de encanto como de erudición. Muy obligado os quedaré si queréis hacer pasar alguna instrucción de vuestra vecindad del África á mi vecindad de los Alpes.

Estad persuadido de que en Saboya no se encuentra ningún señor de Oliva.

À M. DE CIDEVILLE

Ferney, 26 de Enero de 1763.

Mi antiguo amigo: vuestra linda relación del matrimonio del joven Dupuis <sup>1</sup>, nos viene como de molde; porque figuraos que casamos á la señorita Corneille dentro de algunos días con un joven Dupuits, de unos veintitrés años y medio, abanderado de dragones, que tiene unas 8.000 libras de renta en fincas rústicas, á la puerta de nuestro castillo, de presencia muy agradable y de costumbres encantadoras, que nada tienen de dragón. La diferencia entre este Dupuits y el de la comedia es que el nuestro no tiene padre que dé bromas pesadas á sus hijos; es un huérfano. Damos albergue en nuestra casa al huérfano y á la huérfana, que se aman apasionadamente; esto me rejuvenece, lo cual no impide que tenga una terrible fluxión de ojos, y que esté amenazado de perder la vista, como Lamotte.

Habéis de confesar, amigo mío, que el destino de

<sup>1</sup> Alusión á la pieza *Dupuis et Desronais*, estrenada el 17 de Enero de 1763.

esta niña es singular. Desearía que el bueno de Pedro volviese al mundo, para ser testigo de todo esto, y que viese al bueno de Voltaire llevando á la iglesia á la única persona que queda heredera de su nombre. Comento al tío, y caso á la sobrina; este matrimonio ha venido muy á propósito para consolarme de no tener ya que trabajar con el *Cid*, los *Horacios*, *Cinna*, *Pompeyo* y *Poliuto*. Ahora estoy con *Pertharite*, mal que os pese. La ocupación es triste, y lo que sigue no es mucho más apetitoso. Era preciso que Pedro tuviese el diablo en el cuerpo, para hacer imprimir todo este detestable fárrago. La señorita Corneille, con su linda carita y sus dos ojos negros, vale cien veces más que las doce últimas piezas de su tío Pedro. ¿La conocéis? Es una niña alegre, sensible, honrada, afable y dotada del mejor carácter del mundo.

Adiós, mi querido y antiguo amigo; os envío mi más cariñoso abrazo.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 26 de Enero de 1763.

Divinos ángeles míos. Casamos, pues, á la señorita Corneille. Es muy justo hacer un regalito al padre y á la madre; pero tan pronto como el padre tiene un luis, se le evapora; gasta el dinero sin sentir, del mismo modo que Pedro hacia versos. Vosotros protegéis á esta familia: ¿podriais encargar á una persona de confianza que diese á Pedro veinticinco luises en varias veces, á fin de que no los gastase todos en un día? Os pido mil perdones; ya sé hasta qué punto abuso de vuestra bondad, pero no se es ángel impunemente.

30970

*Autos Sacramentales* no hayan formado parte de las piezas amorosas y libres con que regalaba á su auditorio.

Vuestra carta está tan llena de encanto como de erudición. Muy obligado os quedaré si queréis hacer pasar alguna instrucción de vuestra vecindad del África á mi vecindad de los Alpes.

Estad persuadido de que en Saboya no se encuentra ningún señor de Oliva.

À M. DE CIDEVILLE

Ferney, 26 de Enero de 1763.

Mi antiguo amigo: vuestra linda relación del matrimonio del joven Dupuis <sup>1</sup>, nos viene como de molde; porque figuraos que casamos á la señorita Corneille dentro de algunos días con un joven Dupuits, de unos veintitrés años y medio, abanderado de dragones, que tiene unas 8.000 libras de renta en fincas rústicas, á la puerta de nuestro castillo, de presencia muy agradable y de costumbres encantadoras, que nada tienen de dragón. La diferencia entre este Dupuits y el de la comedia es que el nuestro no tiene padre que dé bromas pesadas á sus hijos; es un huérfano. Damos albergue en nuestra casa al huérfano y á la huérfana, que se aman apasionadamente; esto me rejuvenece, lo cual no impide que tenga una terrible fluxión de ojos, y que esté amenazado de perder la vista, como Lamotte.

Habéis de confesar, amigo mío, que el destino de

<sup>1</sup> Alusión á la pieza *Dupuis et Desronais*, estrenada el 17 de Enero de 1763.

esta niña es singular. Desearía que el bueno de Pedro volviese al mundo, para ser testigo de todo esto, y que viese al bueno de Voltaire llevando á la iglesia á la única persona que queda heredera de su nombre. Comento al tío, y caso á la sobrina; este matrimonio ha venido muy á propósito para consolarme de no tener ya que trabajar con el *Cid*, los *Horacios*, *Cinna*, *Pompeyo* y *Poliuto*. Ahora estoy con *Pertharite*, mal que os pese. La ocupación es triste, y lo que sigue no es mucho más apetitoso. Era preciso que Pedro tuviese el diablo en el cuerpo, para hacer imprimir todo este detestable fárrago. La señorita Corneille, con su linda carita y sus dos ojos negros, vale cien veces más que las doce últimas piezas de su tío Pedro. ¿La conocéis? Es una niña alegre, sensible, honrada, afable y dotada del mejor carácter del mundo.

Adiós, mi querido y antiguo amigo; os envío mi más cariñoso abrazo.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 26 de Enero de 1763.

Divinos ángeles míos. Casamos, pues, á la señorita Corneille. Es muy justo hacer un regalito al padre y á la madre; pero tan pronto como el padre tiene un luis, se le evapora; gasta el dinero sin sentir, del mismo modo que Pedro hacia versos. Vosotros protegéis á esta familia: ¿podriais encargar á una persona de confianza que diese á Pedro veinticinco luises en varias veces, á fin de que no los gastase todos en un día? Os pido mil perdones; ya sé hasta qué punto abuso de vuestra bondad, pero no se es ángel impunemente.

30970

N. B. — Se podría confiar este dinero á la madre, la cual lo haría durar más.

Por otra parte, debéis comprender cuán desagradable ha de ser para un caballero y un oficial tener un suegro cartero en las calles de París. Seria conveniente que se retirase á Evreux con su mujer, y que se le procurase un estanco ó algún otro empleo semejante, que no exija ni el tener buena letra, ni el ingenio de Cinna. Os someto mi carta á los arrendadores ó asentistas generales; si la encontráis bien, os suplico que la hagáis llegar á su destino. Acaso habria algún miembro de la Academia que la apoyase.

Este empleo sólo duraria, si se desea, hasta que se vea claro en lo de las subscripciones, y se pueda asegurar una subsistencia honrada al padre y á la madre. Creo también que es conveniente que yo escriba á M. de La-Tour-du-Pin, y que María escriba también una palabrilla, aunque ella dice á madama Denis: Mamá, no me siento con genio para la composición.

« Es verdad que la composición no es mi fuerte; pero en cuanto á los sentimientos del corazón puedo medirme con los héroes de mi tío. Conservaré toda mi vida el agradecimiento que debo á los ángeles de M. Voltaire, que son los míos. Os ruego que aceptéis con vuestra bondad ordinaria mi inviolable afecto, mi respeto, y si me lo permitis, la ternura con que he de ser toda mi vida vuestra muy humilde y muy obediente y muy obligada servidora.

« CORNEILLE. »

De ordinario escribe mejor, pero hoy le tiembla la mano. Mis ángeles le perdonarán sin duda.

He creído que era también conveniente que escribiese al señor conde de La Tour-du-Pin, su pariente.

Hay dos palabritas para su hermano; no las merece después de la manera indigna con que se ha conducido tan cristianamente ayudando á Fréron. Pero este abate habia puesto dos letras al pie de una carta del conde á la muerte de su padre; así es que se puede hacer aquí mención de él, lo cual no está demás.

P. S. — No se ha recibido la carta para el padre y la madre, sino después de haber cerrado el paquete principal. Mis ángeles tendrán, pues, que cargar con las consecuencias. Nadie sabe aquí dónde vive el primo hermano de los Horacios y de Cinna. Mis ángeles tienen crédito; protegen á María, y harán hallar á los padres, los cuales entregarán en manos de nuestros ángeles la fe de bautismo pedida, suponiendo que exista. Sinó, pasaremos sin ella.

À M. LEKAIN

Ferney, 27 de Enero de 1763.

Entre tanto, gran actor mío, que erijo un monumento á Corneille, Racine y Molière, realizo una obra más entretenida; caso á la sobrina de Corneille; y lo mejor es que en tanto que se representa á Dupuis en la Comedia, la caso con un Dupuits. No es Dupuis el viejo, sino un caballero joven, oficial de dragones, cuyas tierras lindan precisamente con las mías. Tengo en mi casa al futuro y á la futura; y cuando vengáis á verme, representaremos todos comedias. Yo haré el ciego á maravilla, porque ya lo soy; pero no diré:

Dieu qui fait tout pour le mieux,  
M'a fait une grande grâce  
De m'avoir crevé les yeux  
Et réduit à la besace.

Os abrazo con todo mi corazón.

Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

1765

L'abeille est utile sans doute;  
On la chérit, on la redoute,  
Aux mortels elle fait du bien.

Son miel nourrit, sa cire éclaire;  
Mais, quand elle a le don de plaire,  
Ce superflu ne gâte rien.

Minerve, propice à la terre,  
Instruisit les grossiers humains.  
Planta l'olivier de ses mains  
Et battit le dieu de la guerre.

Cependant elle disputa  
La pomme due à la plus belle,  
Quelque temps Paris hésita,  
Mais Achille eût été pour elle.

Señora, perdone Vuestra Majestad estos malos versos: el agradecimiento no siempre es elocuente. Si vuestra divisa es una abeja, tenéis una terrible colmena, la más grande que existe en el mundo; llenáis la tierra con vuestro nombre y vuestros beneficios. Los más preciosos para mí son las medallas que os representan. Los rasgos de Vuestra Majestad me recuerdan los de la princesa vuestra madre.

Tengo además otra felicidad, la de contar en el número de mis amigos á todos los que Vuestra Majestad ha honrado con sus bondades; así es que me considero deudor de cuanto ha hecho tan generosamente por los Diderot, los d'Alembert y los Calas. Todos los literatos de Europa deben estar á vuestros pies.

Soy más viejo, señora, que la ciudad en que reináis

y que embellecéis. Hasta me atrevo á decir que soy más viejo que vuestro imperio, haciendo datar su nueva fundación del creador Pedro el Grande, cuya obra perfeccionáis. Sin embargo, creo que me tomaría la libertad de ir á hacer la corte á la maravillosa abeja que gobierna tan vasta colmena, si las enfermedades que me agobian permitiesen á este pobre zángano salir de su colmena.

Me haría presentar por el señor conde de Schouvalof y por su señora, á quienes he tenido el honor de poseer algunos días en mi modesto retiro. Vuestra Majestad imperial ha sido el asunto de nuestras conversaciones, y jamás he sentido tanto no poder viajar.

Me atrevería, señora, á decir que estoy algo pesaroso de que os llaméis Catalina. Pero sea Juno, Minerva, Venus ó Ceres, nombres que se adaptan mucho más á la poesía en todos los países, me pongo á los pies de Vuestra Majestad imperial con agradecimiento y con el más profundo respeto.

AL SEÑOR MARQUÉS DE MIRANDA

*Camarero mayor del rey de España, escrita bajo el nombre de un atman de Basilea.*

10 de Agosto de 1765.

¿Os atrevéis á pensar en un país donde esta libertad era considerada como una especie de crimen? Hubo un tiempo en que en la corte de España estaba casi prohibido cultivar la razón, sobre todo cuando los jesuitas gozaban de gran crédito. El embrutecimiento del espíritu era un mérito en la corte. Vuestros reyes eran como los doctores de la comedia italiana. Escogían por confidentes y favoritos á verdaderos arlequines, porque

eran tontos de capirote. Al fin tenéis un ministro ilustrado que, estando dotado de mucho ingenio, ha permitido que los demás lo tuviesen. Sobre todo, ha comprendido el vuestro. Pero las preocupaciones son aún más fuertes que vos y que él. Aunque se presentasen en vuestra corte Cicerón y Virgilio, verían que frailes y curas serían más escuchados que ellos; tendrían que huir ó ser hipócritas. Tenéis á la entrada de Madrid una aduana del pensamiento para impedir que entren las ideas nuevas como si fuesen mercancías de Inglaterra.

En vuestro país se echa á presidio á un librero que presta un libro á un oficial de la corte para distraerle durante su enfermedad.

Los griegos esclavos tienen más libertad en Constantinopla que vosotros en Madrid.

Tal es, señor, el estado en que ha estado vuestra corte hasta el ministerio del señor conde de Aranda, y hasta que se ha acercado á la persona de Su Majestad un hombre de vuestro mérito. Pero la tiranía monacal dura todavía. No podéis confiar vuestro corazón sino á amigos en muy corto número. No os atrevéis á decir al oído de un cortesano lo que un inglés diría en pleno Parlamento.

Habéis sido dotado de superior genio; hacéis versos tan lindos como los de Lope de Vega, y escribís en prosa mejor que Gracián. Si estuviérais en Francia os tomarían por hijo del abate de Chaulieu y de Madama de Sévigné; si hubierais nacido en Inglaterra seriais el oráculo de la Cámara de los Lores. ¿De qué os servirá todo esto en Madrid, si pasáis vuestra juventud en constreñiros? Sois un águila encerrada en una jaula, un águila guardada por buhos.

Os estoy muy agradecido, señor marqués, por el relato que habéis tenido á bien enviarme. Parece que conocéis bien á los hombres, y de ahí deduzco que en ciertos momentos debéis sentir profundo hastío; pero supongo que habéis hallado en Madrid una sociedad digna de vos y que podéis filosofar á vuestras anchas en vuestro *cactus selectus*. Conquistaréis insensiblemente discípulos; iréis elevando las almas, comunicándoles la vuestra, y cuando ocupéis elevados cargos, vuestro ejemplo y vuestra protección inspirarán á dichas almas toda la elevación que les falta. Bastan tres ó cuatro hombres de valer para cambiar el espíritu de una nación.

Soy, señor, con el mayor respeto, vuestro humilde y obediente servidor.

AL SEÑOR CONDE DE AUTREY

6 de Septiembre de 1765.

Pasó el tiempo, señor, en que Pitágoras viajaba para ir á enseñar á los pobres indios. Vos preferís vuestra residencia campestre á mi humilde vivienda. Podéis estar persuadido de que moriré muy afligido por no haber podido veros. He tenido el honor de pasar algún tiempo de mi vida en compañía de vuestra señora madre, cuyo ingenio habéis heredado, con mayor dosis de filosofía.

Si hubiera podido teneros en mi casa este otoño, os habríais encontrado con un filósofo que hubiera podido, y que merece contender con vos; por mi parte, os



hubiera escuchado á ambos, y no hubiera tomado parte en la contienda. Hubiera procurado solamente proporcionaros una buena mesa, más sencilla que delicada. Hay alimentos muy antiguos y muy buenos, que han sentado muy bien á todos los sabios de la antigüedad. Vos sois aficionado á ellos, y yo los comería de buen grado en vuestra compañía; pero declaro que mi estómago no puede acomodarse con la nueva cocina. No puedo tolerar un guiso de lechecillas de ternera, nadando en una salsa salada que se eleva quince líneas sobre el nivel de las lechecillas. No me es posible comer un picadillo compuesto de pavo, liebre y conejo, que se me quiere hacer tomar por una sola clase de vianda. No me gustan ni los pichones á la crapodina, ni el pan sin corteza. Bebo vino moderadamente, y encuentro muy raros á los que comen sin beber, y no saben siquiera lo que comen.

No os ocultaré que no me gusta que se hable la gente al oído mientras se está en la mesa, ni que cuente uno á su vecino lo que hizo ayer, cosa que no le interesa, ó de que puede abusar; no desapruuebo que se diga *Benedicite*; pero deseo que no se pase más adelante, porque si se hace así nadie se entiende; la reunión se convierte en baraúnda, y se disputa á cada servicio.

En cuanto á los cocineros, no podría soportar la esencia de jamón, ni el exceso de setas, pimienta y nuez moscada con que disfrazan manjares muy sanos en sí mismos, y que yo desearía que ni siquiera fuesen mechados.

Hay gente que pone en la mesa un gran centro al que se prohíbe tocar; esto me parece muy descortés. No se debe servir á su huésped un plato sino para que coma de él, y es muy injusto incomodarse con el mismo porque haya encentado un plato de dulce que le hayan

presentado en la mesa. Y lo peor es que después de incomodarse por tan poca cosa, hay que reconciliarse y hacer con frecuencia una paz vergonzante, que es con frecuencia peor que una enemistad declarada.

Quiero que el pan esté cocido en el horno del pueblo, y no en un horno particular. Podriais comer higos verdes, pero sería en la estación de ellos.

Una cena sin aderezos, tal como la que propongo, hace esperar un sueño muy agradable y muy tranquilo, no turbado por ningún sueño desagradable.

He aquí, señor, cómo desearía tener el honor de comer en vuestra compañía; ahora estoy algo enfermo. No tengo gran apetito, pero vos me lo comunicaríais, y me haríais hallar gusto en mis sencillos alimentos.

Madama Denis agradece muchísimo el honor de vuestros recuerdos. Sigue enteramente mi régimen. Por otra parte, es excelente actriz; os hubierais alegrado mucho de verla y oirla en una mala pieza imitada del griego, y titulada *Orestes*, aun al lado de Mademoiselle Clairón. Á lo menos seguid dispensándome los testimonios de vuestra bondad, ya que me negáis vuestra presencia real.

#### AL SEÑOR ABATE DU VERNET

1765. ®

Felicito, señor abate, á los habitantes de la ciudad de Vienne por haberos confiado su colegio. Los jóvenes de esta ciudad habrán dado un gran paso hacia la sabiduría cuando empiecen á avergonzarse de las atrocidades de sus antepasados con respecto al desgraciado Servet. Conviene mucho que sepan desde muy

temprano que este médico español, medio teólogo y medio filósofo, antes de ser quemado á fuego lento en Ginebra, habia sido ya condenado á ser quemado vivo en medio del mercado de los cerdos, en Vienne. Es preciso que sepan esos jóvenes que Servet era el amigo y el médico del arzobispo y del primer magistrado de la ciudad: ambos le debían la salud; pero el fanatismo apagó en ellos todo sentimiento de amistad y agradecimiento. El prelado permitió á su oficial, escoltado por un inquisidor de la fe, que declarase hereje á su médico; y el magistrado, acompañado de cuatro ó cinco asesores tan ignorantes como él, creyó que para agradar á Dios y edificar las buenas almas del Delfinado, debía en conciencia hacer quemar á su amigo Servet, declarado hereje por un inquisidor de la fe.

Soy, etc.

#### Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

27 de Enero de 1766

Me postro á vuestras plantas, señora. Veo por vuestra carta del 6 de Enero que, sin embargo, no ha llegado en mis manos hasta el 18, que habéis estado muy alarmada por causa mía. Estad segura de que me desesperaría la más ligera aflicción. Ya comprenderéis que en la situación en que estoy, no debo dar el menor pretexto á la calunnia: ya sabéis que se apodera de las cosas más inocentes para envenenarlas.

Hay gente que me envidia mi retiro en medio de las rocas, que no tendría piedad de mi vejez ni de las enfermedades que me abruma, y que me perseguiría hasta más allá de la tumba; pero estoy plenamente tranquilizado con vuestra carta, y vos habéis debido ver por mi

última con qué confianza os abro mi corazón. Este corazón está lleno de vos, se muestra continuamente sensible á vuestro estado y á vuestro mérito; está enamorado de vuestra imaginación y vuestro candor, y os permanecerá fiel y adicto mientras pueda latir dentro de mi débil cuerpo.

Vos y vuestro amigo podéis estar convencidos por mi última carta de lo lejos que estoy de ciertos filósofos modernos que se atreven á negar una inteligencia suprema creadora de los mundos. No puedo concebir cómo tan hábiles matemáticos niegan la existencia de un matemático eterno.

No era así como pensaban Newton y Platón. Siempre he seguido el partido de estos grandes hombres. Adoraban á Dios y detestaban la superstición.

No tengo de común con los filósofos modernos sino el horror al fanatismo intolerante; horror muy razonable que es útil inspirar al género humano, para seguridad de los principes, tranquilidad de los Estados y felicidad de los particulares.

He aquí lo que me ha ligado con personas de mérito, que tienen tal vez demasiada inflexibilidad de espíritu, que se pliegan muy poco á las conveniencias sociales, que gustan más de instruir que de agradar, que quieren hacerse escuchar, y desdennan escuchar á los demás, pero que, sin embargo, compensan estos defectos con grandes conocimientos y grandes virtudes.

Por otra parte, tengo motivos particulares para estar unido á algunos de ellos, y una amistad antigua es siempre respetable.

Pero estad muy persuadida, señora, de que entre todas mis amistades la vuestra es la que más estimo.

No considero sin extremada amargura la necesidad de morir sin haber tenido el gusto de conversar con vos

algunos días: hubiera sido mi mayor consuelo. Vuestras cartas suplen esta necesidad: cuando os leo, creo que os estoy oyendo. Nadie tiene una inteligencia más amiga de la verdad que vos. Vuestra alma se pinta toda entera en todo lo que imagináis: es la naturaleza misma con una inteligencia superior; no hay en ella ningún arte, ningún deseo de hacerse valer, ningún artificio, ningún disfraz, ningún embarazo; todo lo que no es así me hiela y me pone fuera de mí.

### AL SEÑOR CONDE DE ESTAING

Ferney 8 de Septiembre de 1766

Señor, la carta con que me honráis y las instrucciones que la acompañan me inspiran tanto pesar como agradecimiento. Si hubiese sido bastante afortunado para recibir antes estos documentos, hubiera tenido la satisfacción de hacer la justicia debida á vuestro mérito y á vuestras nobles acciones. No han llegado á mis noticias sino después de tres ediciones; pero si vivo lo suficiente para hacer una nueva, os respondo que aprovecharé con el mayor celo las luces que habéis tenido la bondad de comunicarme.

Veo que vuestros conocimientos igualan á vuestra bravura. No me he atrevido á comprometer vuestro ilustre nombre en la historia de las desdichas de Pondichery y del general Lally. El diario del bloqueo, del sitio y de la toma de esta ciudad, insinúa que es á vos á quien Chanda Saeb preguntó si de ordinario se escogía en Francia á un loco como gran visir. Me he guardado mucho de citaros con tal motivo. Me ha parecido que aquel jefe infortunado había perdido la cabeza, pero que no merecía que se la cortasen. Estoy tan per-

suadido de la extrema superioridad de las luces de los jueces, que no he podido nunca comprender su sentencia en virtud de la cual se condena á un teniente general de los ejércitos del rey por haber hecho traición á los intereses del Estado y de la Compañía de Indias. Creo que está demostrado que no ha habido semejante traición, y encuentro esta catástrofe muy extraordinaria.

Estoy persuadido de que si el ministerio hubiese preparado algunos meses antes la expedición del Brasil, hubierais hecho esta conquista en poco tiempo, y Francia os hubiera quedado obligada por haber hecho una paz más ventajosa.

Cuanto decís acerca de las colonias, así francesas como inglesas, me demuestra que sois igualmente á propósito para combatir y para reinar.

La manera con que los ingleses os trataron cuando fuisteis apresado en un barco mercante exigía, según creo, que los ministros ingleses os diesen las satisfacciones más auténticas y os tratasen con todas las consideraciones y obsequios debidos. Así hicieron con el señor Ulloa. En excusa suya quiero creer que los que os retuvieron en Plymouth no sabían aún quién erais.

Mi vejez y mis enfermedades no me permiten abrigar la esperanza de poner algún día en claro las cosas que os habéis dignado confiarme; pero si hubiese alguna ocasión en que hacer uso de ello, no dudéis de mi celo.

En caso de que me honréis con vuestras órdenes os ruego, señor, que agreguéis á vuestras bondades la de decirme vuestra opinión sobre la sentencia dictada contra M. de Lally y sobre la conducta que se observaba en Pondichery. Estad persuadido de que os guardaré el secreto.

Tengo el honor de ser, etc.

## AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

19 de Noviembre de 1766

Os escribi, creo, ángeles míos, el día 8 de este mes, que podría enviaros el primer acto de mi *Bergerie*, y antes de que me hayáis contestado está terminada la obra. ¡Una tragedia de pastores, y una tragedia hecha en diez días! me diréis. ¡Que os encierren en la casa de locos, que os den buenos caldos y pociones refrescantes, como á Juan Jacobo!

Divinos ángeles míos; antes de hacerme refrescar, leed la pieza y cambiaréis de idea. Pensad que cuando nos atrae un asunto interesante como la pintura de costumbres agrestes, opuestas al fausto de las cortes orientales, ó pasiones verdaderas, ó acontecimientos sorprendentes y naturales, boga uno á velas desplegadas, y vuela al puerto en diez días. Un asunto desagradable exige un año y un largo trabajo que resulta inútil; un asunto feliz se arregla por sí mismo. *Zaira* no me costó sino tres semanas. ¡Pero cinco actos en verso á los sesenta y tres años y enfermo! Debo seguramente tener el diablo en el cuerpo, según os he dicho. ¿Serán tal vez los versos duros, ásperos y llenos de inútiles epítetos? No lo creo. Fiaos de ese diablo que me ha inspirado; leed; os repito. Mamá Denis está espantada, y aún no quiere creerlo.

No se trata de *Tancredo*, ni de *Alzira*, ni de *Mahoma*, etc.

No se parece á nada y, sin embargo, no es extravagante. Por lo que toca á las lágrimas, los espectadores habrán de derramarlas, aunque sean de piedra. Estremecimientos tampoco han de faltar, seguramente, á

menos que falten los nervios, y no es el exjesuita<sup>1</sup> quien ha hecho esta pieza, sino yo.

Dans la fatuité de mon orgueil extrême,  
Je le dis á Praslin, á vous, á Fréron même.

Mi *Bergerie* sale hoy. Se la envió al señor duque de Praslin para vos. Haced leer esta droga á Le Kain, y que M. de Chauvelin deje de asistir á la hora de acostarse el rey por oirla. Recomendadme con el mayor calor á ese M. de Chauvelin: que el señor duque de Praslin juzgue por la lectura; después burlaos de mí, y yo mismo reiré con vosotros.

Respeto y cariño.

## AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

20 de Noviembre de 1766.

Divinos ángeles míos, según esperábais, os envió las correcciones que os ruego hagáis pasar al manuscrito.

Mamá Denis y uno de los actores de nuestro teatrillo de Ferney, loco de taberna, y difícil de contentar, dicen que no hay nada que hacer, que todo dependerá de la manera de representar de los cómicos; que deben representar los *Escitas* como han representado el *Filósofo sin saberlo*, y que los *Escitas* han de producir el mayor efecto si los actores no lo representan fríamente, ó toman el rábano por las hojas.

Mamá Denis y mi viejo cómico de Ferney aseguran que no hay un solo papel en la pieza que no pueda representarse con lucimiento. El contraste que anima la pieza desde el principio hasta el fin debe ayudar á la

1. El P. Adam, á quien Voltaire albergaba en su casa desde la supresión de su orden en 1763.

declamación, se presta mucho al juego mudo, á las actitudes teatrales, á todas las expresiones de un cuadro vivo. Ved, ángeles míos, lo que pensáis de ella; vosotros sois los jueces y árbitros soberanos.

Creo que se debe representar la pieza inmediatamente, y he aquí la razón. No hay obra nueva sobre materia muy delicada que no me imputen; los libros de esta especie llueven por todos lados. Seria infaliblemente víctima de la calumnia si no pruebo la coartada. ¿Y qué mejor coartada que una tragedia? En efecto, dirán: Ved ese pobre viejo; ¿es posible que haga á la vez cinco actos y esos libros que le achacan? Las gentes honradas verán entonces que es una impostura.

Os suplico, ángeles benéficos, que mostréis la carta adjunta al señor duque de Praslin, ó por lo menos le digáis la substancia. Será muy útil que ordene á uno de sus secretarios ú oficiales primeros que excite con la mayor actividad á M. Duclairon á que descubra quién es el tunante que ha enviado de París á los envenenadores de Holanda su veneno contra toda la corte, contra los ministros y contra el rey mismo, y que hace pasar su droga con mi nombre.

He aquí el reparto que hago, según vuestras órdenes, de los papeles para la Academia Real del Teatro Francés.

¡Oh ángeles, nunca he estado tan pendiente del extremo de vuestras alas!

N. B. Hay, sin embargo, en la *Lettre au Docteur Pansophe* repeticiones y pesadeces. Seguramente debe ser del abate Coyer.

N. B. ¿Queréis poner al corriente del asunto á mi gordo sobrino el abate Mignot?

## AL SEÑOR MARQUÉS DE VILLETTE

Ferney, 1 de Diciembre de 1766.

Tengo que pedirlos, caballero, un favor muy chusco. Cuando me hicisteis el favor de honrar mi tugurio, observé que no sometiais nunca vuestro lindo rostro al jabón y á la navaja de un ayuda de cámara que os coge por la nariz y os escalda la barba. Os serviais de unas pinzas muy cómodas, armadas de una tijerilla, que abraza la raíz del pelo sin morder la piel. Yo también las uso, aunque hay una enorme diferencia entre vuestro rostro y el mio. Pero es preciso que este arte sea muy poco cultivado, puesto que no he podido encontrar ni en Ginebra ni en Lyon unas pinzas pasables: escasean tanto como los buenos libros nuevos. Os pido por favor que ordenéis á uno de vuestros criados que me compre media docena de pinzas semejantes á las vuestras. No habría más que enviarlas en una carta á M. Tabareau, suplicándole que las hiciese llegar á mis manos.

Verdaderamente el encargo es bastante ridiculo. Preferiria pellizcar á todos los malos poetas, á todos los calumniadores, y á todos los envidiosos, antes que pellizcarme las mejillas; pero, en fin, me veo reducido á este extremo. Soy como los habitantes de nuestras colonias, que no saben cómo hacer cuando están esperando de Europa agujas y peines. En fin, los pequeños regalos conservan la amistad, y yo quedaré muy agradecido á vuestra bondad.

## AL CARDENAL DE BERNIS

Ferney, 22 de Diciembre de 1766.

Monsieur, deseo á vuestra Eminencia un feliz año nuevo, si es que puede haber años felices; porque en general son bastante medianos: yo he vivido ya setenta y tres, y ninguno ha sido muy bueno. No puedo imaginarme nunca que abandonéis por completo las bellas letras, pues seriais un ingrato. Aun cuando hagáis himnos latinos, os seguirán gustando los versos franceses. No digo que os gusten los míos, pero me obligareis á hacerlos mejores. Me habéis acostumbrado á tomarme la libertad de consultaros; presento, pues, por via de aguinaldo á vuestra musa arzobispal una tragedia profana. Me ha parecido tan gracioso poner en la escena trágica á una princesa que remienda sus camisas y á gente que carece de ella, que no he podido resistir á la tentación de hacer lo que nunca se había hecho. Me ha parecido que todas las condiciones de la vida humana podían ser tratadas sin bajeza, y aunque la dificultad de ennoblecer semejante asunto sea bastante grande, me ha sostenido el placer de la novedad; he olvidado el *solve senescentem*; pero si vos me decis *solve*, lo hecho todo al fuego. Echad á él este aguinaldo si os fastidia, y tened en cuenta solamente el deseo de agradaros. Me lisonjeo con el pensamiento de que gozáis de una excelente salud y sois feliz. Sé, por lo menos, que hacéis felices á muchos, y éste es el mejor camino para serlo. Hacéis mucho bien en vuestra diócesis, contempláis la tormenta desde lejos, y esperaréis tranquilamente el porvenir.

En cuanto á mi, endeble y flaco, hago la guerra

hasta el último momento á jansenistas, á molinistas, á Frerón, á Pompignan, á derecha, á izquierda, á los predicadores y á Juan Jacobo Rousseau. Recibo cien estocadas, doy doscientas, y rio. Veo á mis puertas á Ginebra en plena combustión por querellas bizantinas, y sigo riendo; á Dios gracias considero á este mundo como una farsa que á veces se vuelve trágica.

Todo es igual al cabo de la jornada, y todo es más igual aún al cabo de todas las jornadas.

Sea como sea, ardo en deseo de que seáis mi juez, y os pido por favor que me digáis si he podido distraeros una hora. Sois pastor, y os envío una tragedia cuyos personajes son pastores. Es verdad que los pastores de la Escitia no se parecen á vuestras ovejas de Albi. Pero hay siempre algunos rasgos que nos recuerdan á los que conocemos. Gusta uno de ver en las pinturas, aunque imperfectas, algo de lo que ha visto en otro tiempo. Estas reminiscencias entretienen y hacen pensar. En una palabra, monsieur, seguid siempre aficionado á los versos; perdonadme los míos, y continuad dispensando vuestras bondades á vuestro antiguo y fiel servidor.

## Á M. DE CHABANÓN

Ferney, 22 de Diciembre de 1766.

Hace largo tiempo que hubiera debido daros las gracias por haber hecho, mi querido colega, vuestra tragedia. Ya sabéis cuánto adoro el talento. M. de La Harpe trabaja en mi casa diez horas por día, y yo, viejo loco, hago otro tanto. Sé ha apoderado nuevamente de mi como de vos el furor de las tragedias; pero, por Melpómene, guardémonos muy bien de hacerlas re-

## AL CARDENAL DE BERNIS

Ferney, 22 de Diciembre de 1766.

Monsieur, deseo á vuestra Eminencia un feliz año nuevo, si es que puede haber años felices; porque en general son bastante medianos: yo he vivido ya setenta y tres, y ninguno ha sido muy bueno. No puedo imaginarme nunca que abandonéis por completo las bellas letras, pues seriais un ingrato. Aun cuando hagáis himnos latinos, os seguirán gustando los versos franceses. No digo que os gusten los míos, pero me obligareis á hacerlos mejores. Me habéis acostumbrado á tomarme la libertad de consultaros; presento, pues, por via de aguinaldo á vuestra musa arzobispal una tragedia profana. Me ha parecido tan gracioso poner en la escena trágica á una princesa que remienda sus camisas y á gente que carece de ella, que no he podido resistir á la tentación de hacer lo que nunca se había hecho. Me ha parecido que todas las condiciones de la vida humana podían ser tratadas sin bajeza, y aunque la dificultad de ennoblecer semejante asunto sea bastante grande, me ha sostenido el placer de la novedad; he olvidado el *solve senescentem*; pero si vos me decis *solve*, lo hecho todo al fuego. Echad á él este aguinaldo si os fastidia, y tened en cuenta solamente el deseo de agradaros. Me lisonjeo con el pensamiento de que gozáis de una excelente salud y sois feliz. Sé, por lo menos, que hacéis felices á muchos, y éste es el mejor camino para serlo. Hacéis mucho bien en vuestra diócesis, contempláis la tormenta desde lejos, y esperaréis tranquilamente el porvenir.

En cuanto á mi, endeble y flaco, hago la guerra

hasta el último momento á jansenistas, á molinistas, á Frerón, á Pompignan, á derecha, á izquierda, á los predicadores y á Juan Jacobo Rousseau. Recibo cien estocadas, doy doscientas, y rio. Veo á mis puertas á Ginebra en plena combustión por querellas bizantinas, y sigo riendo; á Dios gracias considero á este mundo como una farsa que á veces se vuelve trágica.

Todo es igual al cabo de la jornada, y todo es más igual aún al cabo de todas las jornadas.

Sea como sea, ardo en deseo de que seáis mi juez, y os pido por favor que me digáis si he podido distraeros una hora. Sois pastor, y os envío una tragedia cuyos personajes son pastores. Es verdad que los pastores de la Escitia no se parecen á vuestras ovejas de Albi. Pero hay siempre algunos rasgos que nos recuerdan á los que conocemos. Gusta uno de ver en las pinturas, aunque imperfectas, algo de lo que ha visto en otro tiempo. Estas reminiscencias entretienen y hacen pensar. En una palabra, monsieur, seguid siempre aficionado á los versos; perdonadme los míos, y continuad dispensando vuestras bondades á vuestro antiguo y fiel servidor.

## Á M. DE CHABANÓN

Ferney, 22 de Diciembre de 1766.

Hace largo tiempo que hubiera debido daros las gracias por haber hecho, mi querido colega, vuestra tragedia. Ya sabéis cuánto adoro el talento. M. de La Harpe trabaja en mi casa diez horas por día, y yo, viejo loco, hago otro tanto. Sé ha apoderado nuevamente de mi como de vos el furor de las tragedias; pero, por Melpómene, guardémonos muy bien de hacerlas re-

presentar. Figuraos que *Zaira* fué silbada á partir del segundo acto; que *Semíramis* fracasó en la primera representación; que *Orestes* casi fué silbado; que la misma *Adelaida Duguesclin*, solicitada por el público, habia sido rechazada primero por ese mismo amable público; que *Tancredo* fué al principio mal recibido, etc., etc.

De aquí deduzco, y deduzco bien, que hay que hacer imprimir su droga; en seguida los cómicos la expenden al público en su tablado, si quieren y si pueden, y nuestro pobre honor queda en salvo. Porque habéis de observar que los cómicos no representarán jamás una obra impresa sino cuando el público les diga: « Representad eso, es bueno y os hará ganar dinero. » Entonces os representan y os desfiguran. Mademoiselle Dumenuil se desboca; otro recita los versos como quien lee un periódico; otro muge; otro agita enormemente los brazos, y la pieza se la lleva el demonio, y entonces el público, que es siempre justo, como sabéis, advierte al silbar, que silba á los actores y actrices, y no al pobre diablo del autor.

Este partido me parece prodigiosamente prudente y altamente político. Haced imprimir vuestra *Eudoxia* cuando estemos ambos satisfechos de ella, y entonces os aseguro que los mismos cómicos no podrán hacer que fracase.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, sábado por la mañana, 3 de Enero, antes de que haya llegado á Ginebra el correo de Francia.

Mis ángeles sabrán al fin por qué he hecho imprimir los *Escitas*:

Primero: porque no he querido morir *ab intestato*, y sin haber rendido el homenaje debido á los dos sátrapas Nalrisp y Elochivis †.

Segundo: porque mi epístola dedicatoria es tan chusca, que no he podido resistir á la tentación de publicarla.

Tercero: porque no hay realmente cómicos para representar esta pieza, y seguramente habré muerto antes de que los haya.

Cuarto: porque me llevo á los infiernos mi justa indignación contra las cómicas que han desfigurado mis obras por querer hacerse interesantes en el teatro; y contra los libreros, eternos azotes de los autores, principalmente los infames libreros de París, que me han puesto en ridículo, y se han apoderado de lo mío para desnaturalizarlo con un privilegio del rey.

He querido, pues, hacer saber á los aficionados al teatro antes de morir, que protestaba contra todos los libreros, cómicos y cómicas, que son la causa de mi muerte: y esto lo verán mis ángeles en el aviso al lector que sigue á mi inocente prefacio.

Protesto, además, ante Dios y ante los hombres de que no he dejado de mostrarme dócil á una sola de las críticas de mis ángeles y de mis sátrapas. Ya lo echarán de ver en el papelito pegado en la página 19, y en otros rasgos esparcidos acá y allá. Protesto, además, contra los que pretenden que he tenido un ataque de apoplejía; no he estado desvanecido más que un cuarto de hora cuando más, y mi estilo no es apoplético.

Si mis ángeles y mis sátrapas quieren que la pieza sea representada antes de que aparezca la edición, ellos son los árbitros. Gabriel Cramer la guardará bajo

1. Praslin y Choiseul.



cien llaves, con tal que haya actores para representarla, y con tal que los cómicos la hagan pasar inmediatamente después de la *Manzana* <sup>1</sup>; porque por poco que se retrase sería imposible impedir que aparezca la edición; las provincias de Francia se verán inundadas, y llegarán á Paris ejemplares de todas partes.

He leído la pieza en presencia de gente de ingenio y hasta de inteligentes, cuatro días antes de mi apoplejía, y los hice deshacerse en lágrimas durante todo el segundo acto y los tres siguientes.

Enviaré en la punta de las alas de mis ángeles la letra y la música, tan pronto como los músicos se hayan resuelto. Aguardo sus órdenes con la sumisión más profunda.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

4 de Enero de 1767.

Como los cocineros parten de Paris lo más tarde que pueden, y se detienen en todas las tabernas, he recibido algo tarde la carta que tuvisteis á bien escribirme el 14 de Diciembre. Mi respuesta llegará helada; nuestro termómetro marca doce grados bajo cero; forma nuestro horizonte una hermosa llanura de nieve de unas ochenta leguas en contorno. Heme aquí en Siberia por espacio de cuatro meses. No es seguramente esta situación lo que me hace desear veros y abrazaros, pues abandonaría el paraíso terrenal para gozar de este consuelo. Espero que algún día podré dar una vuelta por Paris, únicamente para veros á vos y á Madama de Argental. Me será imposible abandonar por

1. *Guillermo Tell*.

largo tiempo mi colonia. He fundado á Cartago, y es preciso que la habite, pues sin eso Cartago perecería; pero os respondo que si vivo aún dentro de dieciocho meses, veréis de nuevo á un viejo caduco que os ama como si no caducase.

M. de Thibouville me dice que es preciso que os envíe la carta del señor duque de Duras; pero no sé dónde encontrarla. En substancia, decía que la bella Dubois me había tratado como á sus amantes, es decir, que me había engañado; que la comedia se hallaba en decadencia, como otras muchas cosas; que había establecido una especie de seminario de cómicos en Versailles, que no prometía gran cosa; que Le Kain seguía siempre muy enfermo, y la tragedia tan enferma como él.

Es muy cierto, querido ángel, que nos faltan hombres en todos los géneros, pero las demás naciones no están en mejor situación.

M. Chardon me había prometido hacer juzgar el asunto de Sirven antes de Navidad; pero las bromas que el Parlamento se ha complacido en darle han retardado el efecto de su buena voluntad; de suerte, que al cabo de cinco años de trabajos no sé en qué situación estoy con respecto á dicho asunto. Hay que resignarse con la voluntad de Dios y del Parlamento.

En cuanto á mi proceso con Madama Gilet, no me inquieta. Es una idiota que quiere hacer gala de ingenio algunas veces, y que habla á M. Gilet á tontas y á locas. El no le presta mucha atención, pero á veces tiene caprichos, y hay asuntos en que se muestra muy difícil. Es triste tener que habérselas con gente de semejante carácter. Muchísimo os agradezco la bondad con que habéis procurado rectificar las ideas de M. Gilet.

Mi pobre Damilaville no sabe lo que le pasa ante el temor de no verse á la cabeza de las vigésimas. Debo confesaros que desearia para él otra plaza; es un teniente coronel cuyo regimiento desea ver reformado todo el mundo.

¿No os alegráis de que el asunto de Polonia se haya arreglado, para mayor gloria de Dios y de la razón? José Bourdillon, profesor de derecho público, no ha dejado de prestar servicios en este proceso. Ojalá pueda yo triunfar como él en el de los Sirven, y ojalá, sobre todo, llegue un dia en que pueda yo deciros cuánto os amo y cuán adicto os soy por lo que me resta de mi triste vida.

Á M. DE PEZAI

5 de Enero de 1767

Someto á vuestro juicio, señor, los procedimientos de Juan Jacobo Rousseau conmigo. Ya sabéis que mi mala salud me había llevado á Ginebra en busca de M. Tronchin, el médico, que era entonces amigo de Rousseau; hallé los alrededores de esta ciudad tan agradables, que compré á un magistrado en 87.000 libras una casa de campo, á condición que me devolviese 38.000 cuando la dejase. Rousseau concibió desde entonces el designio de sublevar al pueblo de Ginebra contra los magistrados, y ha tenido al fin la funesta y peligrosa satisfacción de ver su proyecto realizado.

Escribí primero á M. Tronchin que no volveria á poner los pies en Ginebra mientras yo estuviese en ella; M. Tronchin puede daros testimonio de esta verdad. Éste fué su segundo paso.

Ya conocéis la afición de mi sobrina Madama Denis á los espectáculos; daba representaciones en el castillo de Tournay y en el de Ferney, que están en la frontera de Francia, y los ginebrinos acudian presurosos á ellas. Rousseau se sirvió de este pretexto para excitar contra mí el partido de los representantes y algunos predicadores que se llaman ministros.

He aquí por qué, señor, adoptó el partido de los ministros con respecto á la comedia, contra M. d'Alembert, aunque inmediatamente tomó el partido de monsieur d'Alembert contra los ministros, y al fin acabó por injuriar igualmente á unos y otros; he aquí por qué quiso primero comprometerme en una pequeña guerra ó disputa acerca de los espectáculos; y he aquí por qué mientras daba una comedia y una ópera en París, me escribió para decirme que corrompía su república haciendo representar tragedias en mi casa por la sobrina del gran Corneille, á la que muchos ginebrinos tenían el honor de secundar.

No se contentó con esto; sobreexcitó á varios ciudadanos enemigos de la magistratura, alentándolos á que hiciesen odioso al Consejo de Ginebra, echándole en cara que toleraba, á pesar de la ley, á un católico domiciliado en su territorio, mientras que cualquier ginebrino puede comprar en Francia tierras señoriales y hasta desempeñar cargos en la Hacienda. Así, pues, este hombre, que predicaba en París la libertad de conciencia, y que tenia necesidad de que empleasen la tolerancia con él, queria establecer en Ginebra una ley más injusta y más ridicula.

M. Tronchin mismo oyó decir á un ciudadano que es desde hace largo tiempo el principal botafuego de la república, que era preciso absolutamente ejecutar lo que Rousseau queria, y hacerme salir de mi casa de

las Delicias, que está á las puertas de Ginebra. Monsieur Tronchin, que es tan honrado como excelente médico, impidió este atropello, y no me avisó de ello sino largo tiempo después.

Previendo entonces las turbulencias de que habia de ser teatro la pequeña república de Ginebra, renuncié á mi contrato vitalicio de las Delicias; recibí 38.000 libras, y perdí 49, sin contar próximamente otras 30.000 que habia empleado en edificar en dicha finca.

Estos son, señor, los rasgos menos graves de la conducta que Rousseau ha observado conmigo; M. Tronchin puede certificaros la verdad de lo dicho, y toda la magistratura de Ginebra se halla al corriente de ello.

No os hablaré de las calumnias que ha dicho de mí al señor príncipe de Conti y á la señora duquesa de Luxemburgo, cuya protección logró sorprender. Por otra parte, podéis enteraros en París de la ingratitud con que ha pagado los favores de M. Grimm, de M. Helvetius, de M. Diderot y de cuantos habian protegido sus extravagantes caprichos, que entonces quería hacer pasar por pruebas de elocuencia.

El ministerio se halla tan al corriente de sus proyectos criminales, como los verdaderos literatos de todos sus procedimientos. Os ruego que tengáis en cuenta que la serie continua de persecuciones que ha suscitado contra mí durante cuatro años, ha sido el premio del ofrecimiento que le hice de regalarle una casa de campo llamada el Ermitage, que habéis visto entre Tournay y Ferney. En cuanto á lo demás, os recomiendo que veáis la carta que me vi obligado á escribir á M. Hume, en un estilo menos serio que el de ésta.

M. Dorat puede juzgar ahora si ha tenido razón para confundirme con un hombre como Rousseau, y á considerar como una disputa de bufones las ofensas

personales que M. Hume, M. d'Alembert y yo nos hemos visto obligados á rechazar, ofensas que ningún hombre de honor podia dejar pasar en silencio.

M. d'Alembert y M. Hume, que figuran entre los primeros escritores de Francia y de Inglaterra, no son seguramente bufones; tampoco creo serlo yo, aunque disto mucho de estos dos hombres ilustres.

Es verdad, señor, que á pesar de mi edad y de mis enfermedades me muestro muy alegre cuando sólo se trata de tonterías literarias, de prosa ampulosa, de versos malos ó de críticas de mal género; pero hay que mostrarse muy serio en todo lo relativo al honor y á los deberes sociales.

## AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN,

EN PARÍS.

11 de Enero de 1767

Mi querido caballero mayor de Babilonia: es muy justo que os envíe *Los Escitas* y *Los Persas*: esto divertirá á la familia: nuestro abad turco tiene á ello derechos incontestables. Podriais invitar á comer á mademoiselle Durancy; hallará su papel anotado en el ejemplar que os envío: está en cuanto á vuestra diversión de carnaval. Aquí estamos ensayando la pieza; será perfectamente representada por M. y Madama de La Harpe, y espero que, después de Pascua, M. de La Harpe os llevará una pieza interesante y bien escrita.

Damos las gracias con el mayor cariño á nuestro turco. Madama Denis y yo le queremos con locura, puesto que tiene valor y sabe inspirarlo. Es éste un enigma que él adivinará con facilidad.

Acabo de escribir á Morival, ó más bien de hacer que le escriban, y tan pronto reciba su respuesta obraré enérgicamente con respecto al príncipe de quien depende. Este príncipe me escribe cada quince días, y hace lo que quiero. Las cosas de este mundo toman aspecto muy diferente; todo se parece á Jano, y todo va tomando con el tiempo dos caras. Este príncipe no conoce á Morival, sin duda, pero conoce muy bien su desastre. Me ha escrito varias veces con la más violenta indignación y con un horror casi igual al que yo experimento.

Hay monstruos que merecerían ser diezmados. Os suplico que me digáis á ciencia cierta si la primera Memoria que tuvisteis la bondad de enviarme del campo contiene la verdad exacta. En caso de que el hermano de Morival quiera suministrar algunas anécdotas nuevas, podréis enviárnoslas bajo sobre, por medio de M. Henin, residente del rey en Ginebra.

Ya sabéis que ahora estamos rodeados de tropas y de impertinencias. Comemos carne de vaca; el pan vale á cinco sueldos la libra, y la leña está más cara que en París. Todo nos falta, excepto la nieve. ¡ Oh! en cuanto á ésta podemos proveer de ella á toda Europa. Hay diez pies en mi jardín y treinta en las montañas. No le pido á Dios que haga lo mismo con vos.

Florianet ha escrito una encantadora carta en latín al P. Adam. Os ruego que le déis dos buenos besos en mi nombre. Abrazo con todo corazón á la madre y al hijo.

AL SEÑOR CONDE DE LA TOURAILLE

Castillo de Ferney, 19 de Enero de 1767.

Estoy viejo, señor, enfermo, tuerto de un ojo y no

muy bueno del otro. Á todas estas venturas uno la de verme asediado, ó por lo menos bloqueado. No tenemos en mi retiro ni qué comer, ni qué beber, ni con qué calentarnos. Estamos rodeados de soldados de seis pies de estatura, y de una capa de nieve de diez á doce pies: y todo esto porque Juan Jacobo Rousseau ha levantado de cascos á algunos relojeros y mercaderes de paños. La situación muy triste en que nos encontramos no me ha permitido responder más pronto á la carta con que tuvisteis á bien honrarme; sois demasiado generoso en mostrar hacia mí más compasión que cólera. Tenemos aquí á M. y Madama de la Harpe, que son la amabilidad en persona. M. de La Harpe empieza á emprender su vuelo de un modo majestuoso; ha conquistado dos premios seguidos de la Academia, con obras excelentes. Espero que os dará para Pascua una muy buena tragedia de *Warwick*, que había tenido gran éxito. He visto una oda suya á su Alteza Serenísima, en la que hay tanta poesía como en las más hermosas de Rousseau. Merece, seguramente, la protección del digno nieto del gran Condé. Tiene mucho mérito, y está muy pobre. Actualmente comparte la penuria en que nos hallamos.

Adiós, caballero; aceptad la seguridad de mis afectuosos al par que respetuosos sentimientos, y tened la bondad de ponerme á los pies de su Alteza Serenísima.

Á LA SEÑORA MARQUESA DE BOUFFLERS

Ferney, 21 de Enero de 1767.

Señora, no solamente desearía hacer la corte á la señora princesa de Beauveau, sino que desearía segu-

mente ir en su seguimiento á ponerme á vuestros pies en el hermoso clima en que os halláis; y podéis creer que no lo digo por el clima, sino por vos.

El caballero de Boufflers, que ha rejuvenecido mi ancianidad, sabe muy bien que yo no querria acabar mis dias sin haber tenido el consuelo de pasar en vuestra compañía algunos momentos. En la actualidad me seria muy difícil tener semejante honor; treinta pies de nieve en nuestras montañas, diez en las llanuras, reumatismos, soldados y miseria forman la brillante situación en que me encuentro. Hacemos la guerra á Ginebra. Valdría más hacerla á los lobos que vienen á comerse á los pequeños. Hemos bloqueado á Ginebra; de modo que esta ciudad se encuentra en la mayor abundancia y nosotros en la mayor escasez. Por mi parte, aunque no tengo dientes, me rendiria á discreción al que quisiera proporcionarme algunas pollas cebadas. He hecho edificar un lindo castillo, y pienso pegarle fuego un día de estos para calentarme. Á esto se agrega que estoy tuerto y casi ciego, gracias á mis montañas y al hielo. Paseaos, señora, bajo los toldos de olivos y naranjos, y todo se lo perdonaré á la naturaleza.

No me maravilla que M. de Sudre no sea primer *capitoul*, porque es el que más merece dicho cargo. Os agradezco vuestra buena voluntad para con él; permitidme que presente mis respetos al señor principe de Beauveau, y á la señora princesa, y aceptad el que os he consagrado por el breve tiempo que me queda de vida.

No sé en dónde se hallará actualmente el caballero de Boufflers; pero donde quiera que esté, será el más aventajado y el más amable de todos.

## AL SEÑOR CONDE DE ROCHEFORT

1 de Febrero de 1767.

Hace próximamente cincuenta años, mi estimado caballero, que tuve el honor de jugar al ajedrez con el vicecanciller; pero, como es natural, me ganaba. Sentía yo el mayor apego á toda su casa. Había, sobre todo, cierto obispo de... gran filósofo y muy sabio, que me honraba con la más sincera amistad. Un vicecanciller no se acuerda de todo esto, pero los pequeños no lo olvidan. Tengo el corazón penetrado de sus bondades y de la justicia que ha hecho en un asunto que me interesaba por carambola.

Me tomo la libertad de escribirle cuatro palabras; porque con hombres de su categoría no hay que gastar palabras inútiles. En China dan veinte palos á los que escriben á los ministros cartas demasiado largas y llenas de galimatías.

Os escribiría á vos mucho más extensamente, mi querido caballero, si diese crédito á mi corazón, que es hablador por naturaleza. Os diría cuán encantado estoy de vuestra persona y de vuestros excelentes servicios; pero la guerra de Ginebra, las molestias que causa, las espantosas nieves que me rodean, la fiebre y los reumatismos, imponen silencio á mi habladuría. Sin embargo, he de preguntaros si habéis oído la música de *Pandore*, de M. de La Borde.

Permitidme, pues, que os abraze sin ceremonia.

A M. DE CHABANON

Ferney, 6 de Febrero de 1767.

Os contesto tarde, mi querido colega, porque he es-

tado enfermo; estoy en Siberia, hacen la guerra cerca de mi madriguera, y estoy bloqueado. Hemos estado expuestos á la escasez de víveres; no nos ha faltado ningún azote. Uno de mis consuelos es la esperanza de ver vuestra tragedia. Sigo alabando mucho el proyecto que tenéis de hacerla imprimir, á fin de que su éxito no dependa de la manera de representar de un actor. Dícese que el teatro no está hoy en situación de tentar á los actores; y, por otra parte, se juzga mucho mejor en el recogimiento del gabinete que á través de las ilusiones de la escena. He hecho una pieza muy mediana titulada los *Escitas*, y he tenido la gran osadía de poner labradores y pastores en parangón con soberanos y petimetres. La había hecho imprimir, y no pensaba entregarla á los cómicos, pero ya no me gobiernó por mí mismo; he tenido que ceder al deseo de mis amigos cuya voluntad es una orden para mí. Veremos si tenéis más valor del que yo he tenido.

¿Habéis oído la música de *Pandore*? Decidme en confianza lo que pensáis de ella; á los amigos hay que decirles la verdad. Creo que hay trozos muy agradables; pero dícese que en general la música no es bastante fuerte. Yo no puedo juzgar en la materia, en tanto que vos sois un maestro consumado. Decidme os digo, la verdad, y contad con mi discreción. Adiós; no me hallo en disposición de hablar mucho con un hombre que goza de buena salud; pero no por eso os quiero menos.

AL SEÑOR CARDENAL DE BERNÍS

Ferney, 9 de Febrero de 1767.

Habiendo estado muerto, monseñor, y enterrado

cerca de cinco semanas en los horribles hielos del monte Jura, he tenido que aguardar á hallarme algo resucitado para dar las gracias á Vuestra Eminencia porque sigue siempre aficionado á las bellas letras, y aun á los versos, y porque se digna también mostrar cariño á este buen viejo que acaba su carrera.

*Ebalizæ sub montibus altis.*

Os aseguro que ha aprovechado vuestros buenos consejos en cuanto sus fuerzas se lo han permitido. Creo que puedo decir ahora :

*Claudite jam rivos, pueri, sat prata biberunt.*

¿No estáis satisfecho del discurso de nuestro nuevo colega M. Thomas? Su predecesor Hardiön no hubiera hecho otro tanto.

Tengo en mi casa á M. de La Harpe, que es tan alto como Ragotin, pero que tiene mucho talento en prosa y verso. Ha hecho un discurso sobre la guerra y la paz, que ha conseguido el premio en votación unánime. Si Vuestra Eminencia no lo ha leído, debería haberlo venir de París; vería que hay aún algo que esparcir en este siglo después de la abundante mies del siglo de Luis XIV. Cultivamos aquí las letras al son del tambor; hacemos una guerra más feliz que la última; el cuartel general se halla con frecuencia en mi casa. Hemos conquistado ya más de cinco azumbres de la leche que las aldeanas llevaban á vender á Ginebra. Nuestros dragones se han apoderado de la leche con un valor invencible, y, como cuando se trata de hacer temblar al país enemigo no hay que perdonar al suyo propio, hemos estado en visperas de morir de hambre.

Todo lo que dice Vuestra Eminencia acerca de las pretensiones, es propio de un hombre que conoce á

fondo á su siglo y la ridiculez de los pretendientes. Esto merecería una excelente epístola en verso; y si vos no la hacéis, será preciso que la haga algún desconocido y la dedique á un hombre titulado ó ilustre sin nombrarle. Pero habrá que dejar de mencionar en esa epístola á aquellos de vuestros colegas que escriben pastorales con arreglo al gusto de las *Femmes savantes* de Molière, y que en nombre del Espíritu Santo examinan si un poeta debe escribir en uno ó varios géneros, y si La Motte y Fontenelle tienen autoridad para hallar defectos en Homero.

Las mujeres petimetras podrían también hallar sitio en esta pequeña diatriba, y, sin armar mucho ruido, se pondrían las cosas en su lugar. Confieso que los picaros que gobiernan el mundo desde su granero con su pluma, son la más necia especie de todas. Son los pavos del corral que hacen la rueda. Acabo renovando á Vuestra Eminencia mi afectuosísimo y profundo respeto por el resto de mi vida.

#### AL SEÑOR DUQUE DE LA VALLIÈRE

Ferney 21 de Febrero de 1767

Es cierto, señor duque, que he hecho una muy extraña tragedia, en la que hago figurar un petimetre persa con aldeanos escitas, y una señorita de alto nacimiento que remienda sus camisas y las de su padre, suponiendo que los escitas gastaran camisa. Como no detestáis las cosas que se salen de lo común, me hubiera tomado sin duda la libertad de enviaros esta broma si no estuviese ocupado en corregirla, lo cual me cuesta mucho, pues he tenido hace algún tiempo un asomo de apoplejía que me ha debilitado algo el cerebro. Tengo

el honor de entrar en mis setenta y cuatro años, por más que digan mis malas estampas. Ya véis que mi tragedia no es un juego de niños, sino que más bien tiene mucho de chochez, lo que viene á significar lo mismo. Ó he perdido completamente la memoria, ó recuerdo muy bien que os he dado las gracias por vuestro excelente certificado en favor de Urceus Codrus. Mi amanuense (porque estoy ciego todo el invierno) recuerda también haberos dado las gracias por vuestro testimonio acerca de Urceus. Nosotros, los solitarios, somos exactos, porque no nos distrae el tumulto. Dícese que estáis haciendo una joya del hotel Jansen. Lo creo, sobre todo si tenéis tanto dinero como buen gusto.

Dícese también que se juega en vuestra casa de un modo desenfrenado. ¡Pardiez! No me parece muy filosófico. No estáis aún en el punto en que yo quisiera.

Sin embargo, seguidme dispensando vuestras bondades; tengo necesidad de este consuelo, después de haber estado varios años sin haceros la corte; porque, como recordaréis, huí de Francia al estrenarse *Catilina*, de Crebillón: era aquella una obra detestable, cementerio del sentido común; pero actualmente quiero que haya más indulgencia con los ancianos. Me siento ligado á vos por el afecto el tiempo que me queda de vida, con el mayor respeto y con toda la vivacidad de los sentimientos de un joven.

#### AL SEÑOR MARQUÉS DE CHAUVELIN

Ferney, 23 de Febrero de 1767

Lucho, caballero, entre el agradecimiento que os debo y la admiración que me causó el que en medio de

vuestras ocupaciones, y aun de vuestras distracciones, hayáis podido trazar un plan tan lleno de genio y de recursos. Convenimos en que es la obra de una inteligencia superior. Me diréis: « ¿Por qué no lo aceptáis, pues? » Veréis las razones en la pequeña Memoria que enviamos á M. y Madama de Argental.

Madama Denis, M. y Madama de La Harpe, nuestros actores y yo, hemos examinado en todos sentidos lo que nos proponéis. Nos hemos representado vivamente la acción, todo lo que la misma comprende, y todo lo que debe hacer decir; todos tenemos un parecer unánime, y hasta nos atrevemos á lisonjearnos de que cuando examinéis las razones expuestas en nuestra Memoria, os parecerán convincentes.

Es verdad que á pesar de todos nuestros razonamientos, tememos no tener razón cuando disintimos de vuestro parecer. Comprendemos que hay algo de aventurado en el quinto acto, pero no podemos juzgar sino por la impresión que nos deja. Lo representamos, y nos produce un efecto terrible.

¿Cómo queréis que abandonemos lo que nos conmueve para adoptar un plan que, por muy ingenioso que sea, nos parece tener dificultades insuperables. Siempre ocurrirá con una tragedia lo que con todos los negocios de este mundo. Hay que escoger los inconvenientes de menos monta. Habrá, sin duda, críticas; *Zaira*, *Méropé*, *Tancredo*, etc., fueron muy criticadas, y *El Sitio de Calais* inspiró el mayor entusiasmo. Hay que someterse á ese capricho de los hombres; pero estamos persuadidos de que el fuego del quinto acto triunfará de todas las críticas que forme la sangre fría.

El espectador sospecha, seguramente, en la tragedia de *Olimpia* que ésta se arrojará á la hoguera de su madre; precisamente esta sospecha es lo que inspira la

curiosidad y el enternecimiento. Es propio de la naturaleza humana el querer ver cómo se realizan las cosas que se adivinan. Esto es lo que detallamos en nuestra Memoria, que os suplicamos leáis con imparcialidad.

Por mi parte desconfío de mis ideas; prefiero y respeto las vuestras, lo mismo que vuestra persona. Siento timidez y vergüenza en tener un parecer distinto del vuestro; pero, en fin, en materia de arte no hay que trabajar nunca contra sus propios sentimientos, del mismo modo que en la moral no hay que obrar contra su conciencia: de lo contrario, está uno seguro de trabajar muy mal, el entusiasmo se apaga por completo, y la inteligencia, constreñida, pierde toda su elasticidad. Se escribe razonablemente, pero con frialdad. En una palabra, leed nuestra exposición, y juzgadnos.

Aceptad, señor, el cariñoso y respetuoso afecto que os profeso, así como á Madama de Chauvelin y á todos los vuestros.

N. B. — Después de escrita mi carta, hemos representado la pieza; el quinto acto ha causado más efecto que los otros, y se han derramado muchas lágrimas.

#### AL SEÑOR MARISCAL DE RICHELIEU

Ferney, 1 de Marzo de 1767

Os habéis dignado, monseñor, hacer una corta visita á Ferney. Madama Denis va á pagárosla. Su salud se halla en estado deplorable, y no hay ya en Ginebra ni médico á quien poder consultar, ni auxilio que esperar; por otra parte, veinte años de ausencia han perjudicado á mi fortuna, y no han hecho bien á la suya. Mi hija adoptiva Corneille la acompaña á Paris, donde verá representar deplorablemente las piezas de su tío;



vuestras ocupaciones, y aun de vuestras distracciones, hayáis podido trazar un plan tan lleno de genio y de recursos. Convenimos en que es la obra de una inteligencia superior. Me diréis: « ¿Por qué no lo aceptáis, pues? » Veréis las razones en la pequeña Memoria que enviamos á M. y Madama de Argental.

Madama Denis, M. y Madama de La Harpe, nuestros actores y yo, hemos examinado en todos sentidos lo que nos proponéis. Nos hemos representado vivamente la acción, todo lo que la misma comprende, y todo lo que debe hacer decir; todos tenemos un parecer unánime, y hasta nos atrevemos á lisonjearnos de que cuando examinéis las razones expuestas en nuestra Memoria, os parecerán convincentes.

Es verdad que á pesar de todos nuestros razonamientos, tememos no tener razón cuando disintimos de vuestro parecer. Comprendemos que hay algo de aventurado en el quinto acto, pero no podemos juzgar sino por la impresión que nos deja. Lo representamos, y nos produce un efecto terrible.

¿Cómo queréis que abandonemos lo que nos conmueve para adoptar un plan que, por muy ingenioso que sea, nos parece tener dificultades insuperables. Siempre ocurrirá con una tragedia lo que con todos los negocios de este mundo. Hay que escoger los inconvenientes de menos monta. Habrá, sin duda, críticas; *Zaira*, *Méropé*, *Tancredo*, etc., fueron muy criticadas, y *El Sitio de Calais* inspiró el mayor entusiasmo. Hay que someterse á ese capricho de los hombres; pero estamos persuadidos de que el fuego del quinto acto triunfará de todas las críticas que forme la sangre fría.

El espectador sospecha, seguramente, en la tragedia de *Olimpia* que ésta se arrojará á la hoguera de su madre; precisamente esta sospecha es lo que inspira la

curiosidad y el enternecimiento. Es propio de la naturaleza humana el querer ver cómo se realizan las cosas que se adivinan. Esto es lo que detallamos en nuestra Memoria, que os suplicamos leáis con imparcialidad.

Por mi parte desconfío de mis ideas; prefiero y respeto las vuestras, lo mismo que vuestra persona. Siento timidez y vergüenza en tener un parecer distinto del vuestro; pero, en fin, en materia de arte no hay que trabajar nunca contra sus propios sentimientos, del mismo modo que en la moral no hay que obrar contra su conciencia: de lo contrario, está uno seguro de trabajar muy mal, el entusiasmo se apaga por completo, y la inteligencia, constreñida, pierde toda su elasticidad. Se escribe razonablemente, pero con frialdad. En una palabra, leed nuestra exposición, y juzgadnos.

Aceptad, señor, el cariñoso y respetuoso afecto que os profeso, así como á Madama de Chauvelin y á todos los vuestros.

N. B. — Después de escrita mi carta, hemos representado la pieza; el quinto acto ha causado más efecto que los otros, y se han derramado muchas lágrimas.

#### AL SEÑOR MARISCAL DE RICHELIEU

Ferney, 1 de Marzo de 1767

Os habéis dignado, monseñor, hacer una corta visita á Ferney. Madama Denis va á pagárosla. Su salud se halla en estado deplorable, y no hay ya en Ginebra ni médico á quien poder consultar, ni auxilio que esperar; por otra parte, veinte años de ausencia han perjudicado á mi fortuna, y no han hecho bien á la suya. Mi hija adoptiva Corneille la acompaña á Paris, donde verá representar deplorablemente las piezas de su tío;

por mi parte, me quedo en mi desierto: es preciso que se quede alguien cuidando de la casa; es mi único consuelo. Mucho mayor seria si pudiese haceros la corte; pero es una felicidad que no puedo esperar, pues la vida de París no conviene ni á mi edad, ni á mis enfermedades, ni á las circunstancias en que me encuentro. Sentiría mucho morir sin haberme despedido de vos. Me considero ya como hombre muerto, aunque he procurado distraer mi agonía lo más que he podido. No solamente os di un adiós eterno cuando honrasteis mi retiro con vuestra presencia, sino que siempre he tenido el pesar de no poder escribiros sino vaguedades. Hoy día nos está vedada la satisfacción de abrir nuestro corazón. He respetado las cortapisas que hoy tiene la libertad del estilo epistolar; así es que no he podido sino fastidiaros. Hubiera deseado hacer un corto viaje á Burdeos para contemplaros en medio de vuestra gloria; pero es éste un placer al que también he tenido que renunciar. Estoy muerto y enterrado.

La bondad con que os habéis dignado hacer pagar lo que se me debe de mi renta, redundará por completo en beneficio de Madama Denis y de Madama Dupuits. Para las mujeres todo es poco, mientras que un viejo solitario nada necesita. Ni siquiera me he reservado caballos para pasearme. Si estuviese solo no necesitaría nada. Os doy gracias en nombre de Madama Denis, que muy pronto os las dará en persona, al mismo tiempo que os presento el homenaje de mi afecto inolvidable y de mi respeto.

Á M. LEKAIN

2 de Marzo de 1767.

Mi querido amigo, podéis estar seguro de que me in-

teresa más vuestra salud que todos los *Escitas* del mundo. Os suplico que os cuidéis; para ser héroe es preciso estar bueno: todos los de la antigüedad tenían una salud de hierro. Poco importa que se representen los *Escitas* antes ó después de Pascua; pero si podéis dar cuatro ó cinco representaciones antes de que acabe la Cuaresma, os aconsejo que no perdáis esas cuatro ó cinco buenas entradas, porque es casi imposible que la edición de Cramer no salga al público en la quincena de Pascua.

En un principio no pensé hacer representar esta pieza, según lo indica claramente el prefacio; pero puesto que la representan en Ginebra, Lausana y en mi casa, y la han de representar en Lyon y en Burdeos, es muy justo que déis algunas representaciones. Podéis estar seguro de que tendré cuidado de vuestros intereses en la edición que se haga en París, aunque es difícil obtener de los libreros condiciones tan favorables para una pieza ya impresa como para una enteramente nueva.

Os ruego que os entretengáis durante vuestra convalecencia en hacer en los papeles las correcciones y cambios que os he enviado. He aquí una que os recomiendo: se refiere á la primera escena del acto V. Me ha parecido al ver la representación, que Sozamo debía hablar antes que su hija, y que Obeida debía hallarse demasiado consternada para responder á la proposición que se le hace de inmolar á Atamaro. He aquí este ligero cambio:

OBEIDA

Je n'en apprendis que trop.

SOZAMO

Je vous l'ai déclaré,

Je respecte un usage en ces lieux consacré;  
Mais de sévères lois par vos aïeux dictées  
Les têtes de nos rois pourraient être exceptées.

## EL ESCITA

Plus les princes sont grands, etc.

Por lo demás, no confío en el papel de Obeida, sino en el caso en que os toméis la molestia de dirigir á la actriz. Habéis debido recibir el impreso á cuyo margen he escrito mis acotaciones. Este personaje exige un dolor casi siempre ahogado, pausas, suspiros, un juego mudo y gran inteligencia del teatro. Sólo en el quinto acto se despliegan sus sentimientos cuando llega el momento de las imprecaciones, las cuales siempre tienen éxito.

Madama Denis os envía mil cumplidos. Ya no representa, ni yo tampoco, pero M. de La Harpe es un excelente actor. Os abrazo con toda mi alma.

À M. LINGUET,

ACERCA DE MONTESQUIEU Y GROCIO

15 de Marzo de 1767.

Creo como vos, señor, que hay más de un descuido en el *Espíritu de las Leyes*. Muy pocos lectores se fijan en ello; así es que no han observado que casi todas las notas de Montesquieu son falsas. Cita el supuesto testamento del duque de Richelieu, y le hace decir, en el capítulo VI del libro tercero, que si se encuentra en el pueblo algún desdichado hombre honrado no hay que servirse de él.

Este testamento, que, por otra parte, no merece ser citado, dice precisamente lo contrario, y no en el capi-

tulo VI, sino en el IV. Hace decir á Plutarco que las mujeres no tienen parte ninguna en el verdadero amor. No se fija en que es uno de los interlocutores el que habla, un griego, demasiado griego, que es objeto de una severa reprensión por parte del filósofo Dafneo, á cuyas ideas se inclina Plutarco. Este diálogo se halla por completo consagrado al amor de las mujeres; pero Montesquieu leía superficialmente y juzgaba con demasiada ligereza.

El mismo descuido le hace decir que el gran señor no estaba obligado por la ley á cumplir su palabra; que todo comercio al por menor era notado de infamia entre los griegos; que deplora la ceguedad de Francisco I, que rechazaba á Cristóbal Colón, cuando éste le proponía las Indias, etc. Sabido es que Cristóbal Colón había descubierto la América antes que naciese Francisco I.

La vivacidad de su ingenio le hace decir en el mismo sitio, libro IV, capítulo XIX, que el Consejo de España hizo mal en prohibir el empleo del oro en los dorados. Un decreto semejante, dice, sería parecido al que dictasen los Estados de Holanda prohibiendo la canela. No reflexiona que los españoles no tenían manufacturas y que hubieran tenido que comprar las telas y galones de los extranjeros, mientras que los holandeses no podían comprar la canela en otra parte que en sus dominios.

Casi todos los ejemplos que cita están sacados de pueblos desconocidos del fondo de Asia, bajo la fe de algunos viajeros mal informados ó mentirosos.

Afirma que no hay en Persia más río navegable que el Ciro: olvida el Tigris, el Eufrates, el Oxo, el Araxes, el Fases y el Indo mismo, que corrió largo tiempo en los dominios de los reyes de Persia. Chardin nos ase-

gura en su tomo III que el rio Zanderut, que atraviesa á Ispahán, es tan ancho como el Sena en Paris, y que á veces inunda las casas de los muelles de la ciudad.

Desgraciadamente, el sistema del *Espíritu de las Leyes* tiene por fundamento una antítesis que resulta falsa. Dice que las monarquías están fundadas en el honor y las repúblicas en la virtud; y para mantener esta paradoja, dice en el libro III, capítulo VIII: « La naturaleza del honor consiste en pedir preferencias y distinciones; el honor, pues, por su misma esencia, corresponde al gobierno monárquico.» Debería pensar que por la misma razón se solicitaban en la república romana la pretura, el consulado, el triunfo, las coronas y las estatuas.

Me he tomado la libertad de notar algunos errores semejantes en este libro, que, por otra parte, es muy estimable. No me maravillaría de que esta obra célebre os pareciese más llena de epigramas que de razonamientos sólidos; y, sin embargo, hay en ella tanto ingenio y chispa, que se la preferirá siempre á Grocio y á Puffendorf, los cuales tienen la desgracia de ser siempre fastidiosos, y de tener más pesadez que gravedad.

Grocio, á quien atacáis con tanta justicia, usurpó en su época una reputación que estaba muy lejos de merecer. Su tratado de la *Religión cristiana* no es estimado por los verdaderos sabios. Allí dice, en el capítulo XXII de su libro I, que el incendio del universo se halla anunciado en Histaspes y en las Sibilas. Agrega á estos testimonios los de Ovidio y Lucano; cita á Licofrón para probar la historia de Jonás.

Si queréis juzgar del carácter del ingenio de Grocio, leed su arenga á la reina Ana de Austria con motivo de su preñez. La compara á la judía Ana, que tuvo

nijos siendo ya anciana; dice que los delfines saltando en la superficie del agua anuncian el fin de las tempestades; y que por la misma razón el pequeño delfín, que ya se agitaba en el materno seno, anunciaba el fin de las turbulencias del reino.

Podría citaros cien ejemplos de esta elocuencia de colegio en Grocio, á quien han admirado tanto. Se necesita tiempo para apreciar los libros y para fijar las reputaciones.

No temáis que el pueblo bajo lea jamás á Grocio y á Puffendorf, pues no le gusta fastidiarse. Leería más bien si pudiese, algunos capítulos del *Espíritu de las Leyes*, que se hallan al alcance de todas las inteligencias, porque son muy naturales y agradables. Pero distingamos en lo que llamáis pueblo las profesiones que exigen cierta educación y las que sólo piden el trabajo manual y el cansancio diario. Esta última clase es la más numerosa. Para descansar y para divertirse irá siempre á la misa mayor y á la taberna; porque en la primera oye cantar, y en la segunda canta ella misma. Pero en cuanto á los artesanos algo más elevados, que se ven obligados por su profesión misma á reflexionar mucho, á perfeccionar su gusto y á aumentar su instrucción, éstos ya empiezan á leer en toda Europa. En Paris no conocéis más suizos que los que están á la puerta de los grandes señores, ó á los que Molière hace hablar en escena una jerga ininteligible; pero los parisienses se asombrarían si viesen en muchas ciudades de Suiza, y sobre todo en Ginebra, á casi todos los empleados de las manufacturas, que pasan leyendo el tiempo que no pueden consagrar al trabajo. No se ha perdido todo cuando se pone al pueblo en disposición de echar de ver que está dotado de inteligencia. Por el contrario, cuando se le trata como un rebaño de

toros, todo está perdido; porque tarde ó temprano os hieren con sus cuernos: ¿Creéis que leyó y razonó mucho el pueblo que tomó parte en las guerras civiles de las Dos Rosas de Inglaterra, en las que hizo perecer en un caldalso á Carlos I; en los horrores de los Armagnacs y de los Borgoñones, y en las mismas guerras de la Liga? El pueblo ignorante y feroz era dirigido por algunos doctores fanáticos, que gritaban: « Matad en nombre de Dios. » Hoy desafiaria á Cromwell á que trastornase á Inglaterra con su galimatias de energúmeno; á Juan de Leyden á que se hiciese rey de Munster, y al Cardenal de Retz á hacer levantar barricadas en París. En fin, señor, no sois vos quien ha de impedir á los hombres el leer, porque perderiais demasiado en ello.

Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

26 de Mayo de 1767

Un voyage en Asie! Allez vous l'entreprendre,  
Belle et sublime Talestris?  
Que ferez vous dans ce pays?  
Vous n'y verrez point d'Alexandre.

¡Ay de mí! Vuestra Majestad imperial podría dar la vuelta al mundo sin encontrar reyes dignos de sí. Viaja como Ceres la legisladora, haciendo bien al mundo. No conozco la lengua rusa; pero por la traducción que os dignáis enviarme, veo que tiene inversiones y giros que faltan en la nuestra. No soy como una dama de la corte de Versalles, que decia: « Es lástima que la torre de Babel haya dado lugar á la confusión de las lenguas; á no ser por eso, todo el mundo hablaría francés. »

El emperador de la China, Cam-hi, vuestro vecino, preguntaba á un misionero si era posible hacer versos en las lenguas de Europa: no queria creerlo.

Dignese Vuestra Majestad Imperial aceptar la expresión de mis sentimientos y el profundísimo respeto de este viejo suizo, etc.

Á M. DE PARCIEUX

ACERCA DE SU PROYECTO DE TRAER Á PARÍS LAS AGUAS  
DEL RÍO YVETTE

Ferney, 17 de Julio de 1767.

Habéis debido señor, recibir elogios y testimonios de gratitud de todos los hombres influyentes. Hoy los recibiréis sólo de un hombre muy inútil, pero también muy sensible á vuestro mérito y á vuestros grandes designios patrióticos. Si mi vejez y mis enfermedades me han obligado á renunciar á París, mi corazón sigue siempre siendo vuestro conciudadano. No beberé ya las aguas del Sena, ni las de Arcueil, ni las del Yvette, ni siquiera las de la fuente Hipocrene, pero me interesaré siempre por el gran monumeto que tratáis de levantar. Es digno de los antiguos romanos; pero desgraciadamente, no somos romanos. No me maravilla que M. de Sartine patrocine vuestro proyecto. Piensa como Agrippa; pero el Hotel de Ville de Paris no es el Capitolio. No se siente gastar el dinero para tener una Ópera Cómica, pero se sentirá si es para tener acueductos dignos de Augusto. Deseo vivamente equivocarme. Me alegraría ver la fuente de Yvette formar una ancha taza en torno de la estatua de Luis XV, y me alegraría que todas las casas de París tuviesen

agua, como las de Londres. Somos los últimos en todo. Los ingleses nos han precedido y nos han servido de maestros en las matemáticas, y los italianos en arquitectura, pintura, poesía y música; lo siento mucho.

Tengo el honor de ser, con la estima infinita que merecéis, y con el agradecimiento de un ciudadano, vuestro, etc.

A M. COLLINI

EN MANHEIM

Ferney, 21 de Octubre de 1767.

He leído, mi querido amigo, con el mayor placer, vuestra disertación sobre el mal humor que justamente sentía el elector palatino Carlos Luis contra el vizconde de Turena. Pensáis con tanta sagacidad como pureza al expresaros en nuestra lengua. Reconozco en ello *il genio fiorentino*. Haré uso de vuestras conjeturas en la nueva edición de *El Siglo de Luis XIV* que está en prensa, y me alegraré mucho de haceros toda la justicia que merecéis. He aquí entre tanto todo lo que sé de esta aventura y las ideas que trae á mi memoria.

He tenido el honor de ver con mucha frecuencia en mi juventud al Cardenal d'Auvergne y al caballero de Bouillon, sobrino del vizconde de Turena. Ni ellos ni el príncipe de Vendôme dudaban acerca del cartel; era una opinión generalmente admitida. Verdad es que todos los antiguos oficiales, lo mismo que los literatos, sentían el mayor desprecio hacia el supuesto Dubuissón, autor de la mala *Historia de Turena*. El novelista Sandras de Courtils, oculto con el seudónimo de Dubuissón, y que mezclaba siempre la verdad con la ficción para vender mejor sus libros, pudo muy bien ha-

ber forjado la carta del elector, sin que dejase de ser cierto el fondo de la aventura.

El testimonio del marqués de Beauvau, tan enterado en los asuntos de su época, tiene el mayor peso. La debilidad en que incurria al creer en brujos y aparecidos, debilidad muy común en aquel tiempo, sobre todo en Lorena, no me parece una razón para acusarle de falsedad en lo relativo á lo que dice acerca de las personas vivas á quienes conoció y trató.

El desafío propuesto por el elector, no me parece enteramente incompatible con su situación y su carácter; se veía indignamente oprimido; y un hombre que en 1655 había tirado un tintero á la cabeza de un ministro plenipotenciario, podía muy bien enviar un cartel de desafío en 1664 á un general que incendiaba su país sin ningún motivo plausible.

El presidente Hénault puede haberse equivocado al decir: « Que el señor de Turena respondió con una moderación que hizo avergonzarse de su bravata al elector. » No era, en mi sentir, una bravata, sino una indignación muy justa en un príncipe sensible y cruelmente ofendido.

No estaba lejos la época en que los duelos entre príncipes habían sido muy comunes. El duque de Beaufort, general de los ejércitos de la Fronda, había matado en duelo al duque de Nemours. El hijo del duque de Guisa había querido batirse con el gran Condé. También veréis en las *Cartas de Pélisson* que Luis XIV mismo preguntó si le sería permitido en conciencia batirse con el emperador Leopoldo.

No me maravillaría que el elector, á pesar de ser tolerante (como debe serlo todo príncipe ilustrado) echase en cara, en medio de su cólera, al mariscal de Turena su cambio de religión; cambio que tal vez sólo

realizó con la esperanza de conseguir la espada de condestable, que no consiguió. Un príncipe tolerante y hasta muy indiferente en cuanto á las opiniones religiosas que dividen á los cristianos, puede muy bien, en un momento de cólera, hacer avergonzarse á un ambicioso de quien sospecha que se ha hecho católico romano por política, á la edad de cincuenta y cinco años; porque es probable que un hombre á esa edad, ocupado en intrigas de corte, y lo que es peor, en intrigas de amor y en las crueldades de la guerra, no abraza una religión nueva por convicción. Había cambiado dos veces de partido en las guerras civiles.

Tampoco me maravillarian los estragos causados en diferentes épocas en el Palatinado por M. de Turena. Hacia subsistir á sus tropas lo mismo á expensas de los amigos que de los enemigos. Es muy verosímil que había maltratado un poco aquel hermoso país hasta en 1644, cuando el rey de Francia era aliado del elector, y el ejército francés marchaba contra Baviera. Turena dejó siempre á sus soldados demasiada licencia. Veréis en las Memorias del marqués de La Fare, que precisamente por la época del cartel había tratado con muy poca consideración á la Lorena, y hasta había dejado saquear el país de Metz; por más que el intendente se le quejaba, se contentaba con responder friamente: *Lo haré anunciar en la orden del día.*

Pienso, como vos, que el tenor de las cartas del elector y del mariscal de Turena no es exacto. Desgraciadamente, los historiadores no tienen escrúpulo en hacer hablar á sus héroes. No puedo aprobar en Tito Livio lo que me gusta en Homero. Sospecho que la carta de Ramsay es tan apócrifa como la del gascón Sandras; Ramsay el escocés era aún mas gascón que él. Recuerdo que dió al niño Luis Racine, hijo del

gran Racine, una carta en nombre de Pope, en la que éste trataba de justificar las ligeras libertades que se había tomado en su *Ensayo sobre el hombre*. Ramsay había trabajado mucho para escribir esta carta en francés, pero era bastante elocuente. Ahora bien; me haréis el favor de observar que Pope apenas sabía francés, y que no había escrito nunca una línea en esta lengua; es una verdad de que he sido testigo, y que conocen todos los literatos de Inglaterra. He aquí lo que se llama una gran mentira impresa. Hasta hay en esta ficción algo de falsario que me da pena.

No debe sorprenderos que M. de Chenevière no haya podido encontrar en el depósito de la guerra ni el cartel ni la carta del mariscal de Turena. Era una carta particular de M. de Turena al rey y no al marqués de Louvois. Por la misma razón no debe hallarse en los archivos de Manheim. Es muy verosímil que no guardaran copia de estas cartas llenas de animosidad, como no se guarda de las cartas de amor.

Sea como quiera, si el elector palatino envió un cartel por medio del trompeta Petit Jean, pareceme que hizo bien, y que no hay en eso nada de ridículo. Si lo hubiera habido, si esa bravata hubiera sido vergonzosa, como afirma el presidente Hénault, ¿cómo no la hubiera desmentido públicamente el elector, que veía circular la noticia por toda Europa? ¿Cómo no hubiera protestado contra esta impostura ningún hombre de su corte?

Por mi parte, no diría, como ese tunante de Frerón en la *Escocesa*: « Lo juraría, pero no apostaría nada. » Yo os diré: « Ni lo juro, ni apuesto. » Lo que sí juraría es que los dos incendios del Palatinado son abominables. Os juro, además, que si me fuera posible trasladarme, y si no me viese obligado á no salir de mi

cuarto desde hace cerca de tres años y á guardar cama desde hace dos meses, iría á hacer la corte á sus Altezas Serenísimas, á las que guardaré el más respetuoso afecto hasta el último momento de mi vida. Contad igualmente con la estima y la amistad que os he consagrado.

Á propósito de incendio, hay quien pretende que pegarán fuego á Ginebra este invierno. No lo creo; pero si pretenden quemar á Fernay y á Tournay, el regimiento de Conti y la legión de Flandes, que están ocupados en poblar mis pobres aldeas, tomarán mi defensa.

Á M. DE CHABANÓN

18 de Diciembre de 1767

Mi querido hijo, amigo y colega. No soy muy fuerte en *re, mi, fa, sol*. Tengo el oído duro, y soy algo sordo. Sin embargo, os confieso que hay aires en *Pandore* que me causan el mayor placer. Recuerdo, por ejemplo, á pesar mío:

Ah! vous avez pour vous la grandeur et la gloire.

Otros pasajes han producido en mí gran impresión, y me dejan aún como un ruido confuso en el tímpano.

¿Por qué se saben de memoria los versos de Racine? Porque son buenos. Es preciso, pues, que la música que aprenden de memoria los ignorantes sea también buena. Se me objetará que todo el mundo dice de memoria:

J'appelle un chat un chat, et Rolet un fripon.  
Aimez-vous la muscade on en a mis partout, etc.

Son coplas de ciego, y sin embargo, todo el mundo las sabe; se me dirá también que la mayor parte de las arietas de Lully son igualmente coplas de ciego y barcarolas de Venecia; estamos de acuerdo: por eso se aprenden, no como buenas, sino como fáciles. Pero por poco gusto que se tenga, puede uno grabar en la memoria el *Arte poética* y cuatro actos enteros de *Armida*. La declamación de Lully es una melopea tan perfecta, que declamo todo su recitado siguiendo las notas y duleificando sólo las entonaciones; entonces hago el mayor efecto sobre los oyentes, y no hay nadie que deje de conmovirse. Por lo tanto, la declamación de Lully es natural, está adaptada á la lengua, y es la expresión del sentimiento.

Si este admirable recitado no hace hoy el mismo efecto que en el hermoso siglo de Luis XIV, es porque no tenemos actores, que nos faltan en todos los géneros; además las arietas de Lully han hecho daño á su melopea, y la flaqueza de sus sinfonías ha ejercido funesta influencia sobre su recitado. Hay que convenir en que hay mucho de arbitrario en la música. Lo único que podré afirmar es que en el *Pandore* de M. de La Borde hay muchas cosas que me producen el mayor placer.

Á M. MOREAU

Fernay, 18 de Diciembre de 1767.

Os renuevo, señor, este año el justo tributo de gracias que ya os he hecho por los árboles que he recibido y plantado. No me desalientan la vejez, ni las enfermedades, ni el rigor del clima. Aun cuando sólo hubiera roturado un campo, y aun cuando sólo hubiera logrado



hacer que prosperasen veinte árboles, siempre sería un bien que no se perderá. Temo mucho que las heladas, después de las grandes nevadas, hielen las raíces; porque nuestro invierno es lo mismo que el de Siberia, dado que nuestro horizonte se halla limitado por cuarenta leguas de montañas cubiertas de hielo.

Es un espectáculo admirable y horrible de que los parisienses no tienen seguramente la menor idea. La tierra se hiela con frecuencia hasta dos ó más pies de profundidad, y después vienen calores que la desecan, tales como se experimentan en Nápoles.

Me propongo, con vuestra aprobación, hacer quitar el hielo al rededor de las nuevas plantas que debo á vuestra amistad, y hacer esparcir al pie de las mismas estiércol de vaca mezclado con arena.

El ministerio nos ha hecho una hermosa carretera, y yo he plantado á orillas de la misma árboles frutales para que coma fruta todo el que quiera. La madera de estos árboles presta siempre grandes servicios. Me imagino, señor, que no habéis debido sacar mucho más provecho que yo de todos los libros que se hacen en París junto á la chimenea, acerca de la agricultura. Son tan inútiles como los proyectos y divagaciones del gobierno: *Experientia rerum magistra*.

Tengo el honor de ser con el mayor agradecimiento, vuestro, etc.

Á LA SEÑORA DUQUESA DE CHOISEUL

Ferney, 8 de Febrero de 1768.

Señora, un anciano casi ciego y una joven que se enorgullecería de tener unos ojos como los vuestros, os suplican que os dignéis aceptar sus homenajes y su

tributo de gracias. Debemos á vuestra protección todo lo que el señor duque de Choiseul ha tenido á bien conceder á M. Dupuits. Si el buen viejo y yo tuviésemos alguna pequeña parte de la herencia de Pedro Corneille, la emplearíamos en grandes versos alejandrinos para demostraros nuestro agradecimiento; pero los tiempos son muy duros, y los versos que hoy se hacen no lo son menos. Desconfiamos hasta de la prosa. Entendemos tan poco los libros que nos envían de París, que tememos haber olvidado nuestra lengua.

Nos avergonzamos por completo de expresar nuestra extrema sensibilidad en estado tan bárbaro; pero os rogamos, señora, que tengáis en cuenta que somos alóbroges. Gente venida de Versalles nos ha asegurado que hacía falta en absoluto tener delicadeza y rectitud de inteligencia, así como también gusto y gracia, para atreverse á escribiros. No los hemos creído. No somos de vuestra especie, y nos lisonjeamos, por el contrario, de que vuestra superioridad se muestre indulgente, y que la gracia no rechace á la inocencia.

Con esta confianza, y con el más profundo respeto somos, señora, etc.

Á M. THIRIOT

No sé de qué trata una comedia italiana cuya paternidad me imputan. *Quand me mariera-t-on?* Es la primera vez que oigo hablar de ella; es una mentira absurda. Dios ha permitido que haga piezas de teatro por mis pecados; pero no he hecho nunca farsas italianas; podéis quitar eso de vuestras anécdotas.

No sé cómo ha caído en manos del tal Frerón, una

hacer que prosperasen veinte árboles, siempre sería un bien que no se perderá. Temo mucho que las heladas, después de las grandes nevadas, hielen las raíces; porque nuestro invierno es lo mismo que el de Siberia, dado que nuestro horizonte se halla limitado por cuarenta leguas de montañas cubiertas de hielo.

Es un espectáculo admirable y horrible de que los parisienses no tienen seguramente la menor idea. La tierra se hiela con frecuencia hasta dos ó más pies de profundidad, y después vienen calores que la desecan, tales como se experimentan en Nápoles.

Me propongo, con vuestra aprobación, hacer quitar el hielo al rededor de las nuevas plantas que debo á vuestra amistad, y hacer esparcir al pie de las mismas estiércol de vaca mezclado con arena.

El ministerio nos ha hecho una hermosa carretera, y yo he plantado á orillas de la misma árboles frutales para que coma fruta todo el que quiera. La madera de estos árboles presta siempre grandes servicios. Me imagino, señor, que no habéis debido sacar mucho más provecho que yo de todos los libros que se hacen en París junto á la chimenea, acerca de la agricultura. Son tan inútiles como los proyectos y divagaciones del gobierno: *Experientia rerum magistra*.

Tengo el honor de ser con el mayor agradecimiento, vuestro, etc.

Á LA SEÑORA DUQUESA DE CHOISEUL

Ferney, 8 de Febrero de 1768.

Señora, un anciano casi ciego y una joven que se enorgullecería de tener unos ojos como los vuestros, os suplican que os dignéis aceptar sus homenajes y su

tributo de gracias. Debemos á vuestra protección todo lo que el señor duque de Choiseul ha tenido á bien conceder á M. Dupuits. Si el buen viejo y yo tuviésemos alguna pequeña parte de la herencia de Pedro Corneille, la emplearíamos en grandes versos alejandrinos para demostraros nuestro agradecimiento; pero los tiempos son muy duros, y los versos que hoy se hacen no lo son menos. Desconfiamos hasta de la prosa. Entendemos tan poco los libros que nos envían de París, que tememos haber olvidado nuestra lengua.

Nos avergonzamos por completo de expresar nuestra extrema sensibilidad en estado tan bárbaro; pero os rogamos, señora, que tengáis en cuenta que somos alóbroges. Gente venida de Versalles nos ha asegurado que hacía falta en absoluto tener delicadeza y rectitud de inteligencia, así como también gusto y gracia, para atreverse á escribiros. No los hemos creído. No somos de vuestra especie, y nos lisonjeamos, por el contrario, de que vuestra superioridad se muestre indulgente, y que la gracia no rechace á la inocencia.

Con esta confianza, y con el más profundo respeto somos, señora, etc.

Á M. THIRIOT

No sé de qué trata una comedia italiana cuya paternidad me imputan. *Quand me mariera-t-on?* Es la primera vez que oigo hablar de ella; es una mentira absurda. Dios ha permitido que haga piezas de teatro por mis pecados; pero no he hecho nunca farsas italianas; podéis quitar eso de vuestras anécdotas.

No sé cómo ha caído en manos del tal Frerón, una

carta que escribí á Milord Littleton y su respuesta; pero puedo aseguraros que ambas han sido igualmente falsificadas. Podéis juzgar por los originales que le envío.

Esos señores folicularios se parecen á los traperos, que van recogiendo basura para hacer papel. ¡Qué linda anécdota también, y qué digna del público una carta mía al profesor Haller y otra del profesor Haller á mil! ¿Á qué se mete el señor Haller en hacer circular mis cartas y las suyas, y á qué se mete un foliculario en imprimirlas y en falsificarlas para ganar cinco sueldos? Me la hace firmar en el castillo de Tournay, donde no he vivido nunca.

Estas impertinencias divierten por el momento á la juventud ociosa, y caen inmediatamente en el eterno olvido en que deben caer á millares todas las niñerías de este mundo. La anécdota del Cardenal de Fleury sobre el *quemadmodum* que Luis XIV no entendía, es muy exacta. La he citado en el *Siglo de Luis XIV*, precisamente porque estaba seguro de ella; por el contrario, no he citado la de *nycticorax*, porque no me inspiraba confianza. Es un viejo cuento que me referían en mi infancia para hacerme comprender la superioridad del P. Lachaise sobre el capellán mayor de Francia. Suponiase que el capellán mayor, interrogado acerca de la significación de *nycticorax*, respondió que era un general de David; mientras que el P. Lachaise aseguró que era un buho; poco me importa, como tampoco me importa el que se siga aún murmurando durante un cuarto de hora en un latín ridiculo un *nycticorax* groseramente puesto en música.

No he pretendido censurar á Luis XIV por no saber el latín; sabia gobernar y hacer florecer todas las artes, lo cual vale más que entender á Cicerón. Por otra parte, esta ignorancia del latín no era culpa suya,

puesto que en su juventud aprendió por sí mismo e italiano y el español.

No sé por qué me reprocha el hombre á quien hace hablar el foliculario, el que cite al Cardenal de Fleury, y se divierte en decir que me gusta citar grandes nombres. Ya sabéis, amigo mio, que mis grandes nombres son los de Newton, Locke, Corneille, Racine, La Fontaine y Boileau. Si el nombre de Fleury fuese grande para mí, seria ciertamente el nombre del abate Fleury, autor de los *Discursos patrióticos* y sabios que han librado del olvido su *Historia eclesiástica*, y no el del Cardenal de Fleury, á quien conocí mucho antes de ser ministro, y que, cuando lo fué, hizo desterrar á uno de los hombres más respetables de Francia, al abate Pucelle, é impidió benignamente durante todo su ministerio el defender las cuatro famosas proposiciones, fundamento de la libertad francesa en materias eclesiásticas.

No conozco más grandes hombres que los que han prestado grandes servicios al género humano.

Cuando recogí los materiales para el *Siglo de Luis XIV*, tuve que consultar á generales, ministros, capellanes, damas y ayudas de cámara. El Cardenal de Fleury habia sido capellán, y saqué de él muy poco. El señor mariscal de Villars me enseñó mucho durante cuatro ó cinco años, como sabéis; y no he dicho todo lo que tuvo á bien decirme. El señor duque de Antin me comunicó varias anécdotas, á las que no he atribuido más valor del que tenían.

M. de Torcy fué el primero que me hizo saber con una sola línea puesta al margen de mis preguntas que Luis XIV no habia tenido parte alguna en el famoso testamento del rey de España Carlos II, que cambió la faz de Europa.

No es lícito escribir una historia contemporánea sino

consultando con asiduidad y confrontando todos los testimonios. Hay hechos que he visto con mis propios ojos, y otros con ojos mejores que los míos. He dicho la verdad más exacta en las cosas esenciales, y el monarca reinante me ha hecho públicamente justicia. No creo haberme equivocado sino en las anécdotas ligeras, de que hago muy poco caso; son un mero entretenimiento, mientras que los grandes hechos instruyen. El rey Estanislao, duque de Lorena, ha declarado de un modo auténtico que de todas las cosas importantes ocurridas bajo el reinado de aquel heroe imprudente, Carlos XII, había yo hablado como si hubiese sido testigo ocular de ellas.

En cuanto á las pequeñas circunstancias, se las dejo á quien quiera: me importan tanto como la historia de los cuatro hijos Aymón.

Estimo tanto al que ignora una anécdota inútil como al que la conoce.

Puesto que os halláis al corriente de las bagatelas y ridiculeces, os diré que vuestro desdichado foliculario se equivoca cuando pretende que le han representado en el teatro de Londres antes de ser puesto en ridículo en el de París por Jerónimo Carré. La traducción, ó más bien imitación, de la comedia de *la Escocesa* y de *Frerón*, hecha por M. Jorge Colman, no fué representada en el teatro de Londres hasta 1766, y sólo se imprimió en 1767 en casa de Becket y de Hondt. Tuvo tanto éxito en Londres como en París, porque en todas partes aman la virtud de los Lindane y de los Freeport, y detestan á los folicuarios que embadurnan papel y mienten por dinero. Fué el ilustre Garrick el que compuso el epilogo. M. Jorge Colman me ha hecho el honor de enviarme su pieza, que se titula *The English Merchant*.

Es cosa bastante divertida que en Londres, San Ptesburgo, Viena, Génova, Parma y hasta Suiza, se hayan burlado igualmente de Frerón. Y no era precisamente su persona la que estaba en juego. Pretende que *la Escocesa* no tuvo éxito en París, donde le detestan, mientras que triunfó en Londres y en Viena, donde es desconocido. Nadie quería mal á Pourceaugnac cuando Pourceaugnac hizo reir á Europa.

Son éstas anécdotas literarias que no se pueden poner en duda; pero, á fe mía, son las verdades más inútiles que hayan podido jamás enunciarse. Amigo mío, lo que debe ocupar á un verdadero literato es un capítulo de Cicerón, de *Officiis* y de *Natura Deorum*, un capítulo de Locke, una Carta provincial, una buena fábula de La Fontaine y unos buenos versos de Boileau y de Racine.

Desearía saber qué utilidad reporta al público el que un foliculario trate de poner en claro si vivo en un castillo ó en una casa de campo.

He leído en uno de los cuatrocientos libelos que han escrito contra mí mis compañeros de oficio, que la señora duquesa de Richelieu, me había regalado un día una linda carroza con dos caballos tordos; que esto desagradó grandemente al señor duque de Richelieu. Todo ello sirvió para hilvanar una larga historia. Lo más gracioso de esta historia es que per aquella época el señor duque de Richelieu no estaba casado. Otros escriben acerca del encuentro de mi cartera ó de mis cartas al señor B... y á la señora D... á quienes nunca he escrito, y en esas cartas todo se vuelven anécdotas.

¿No acaban de imprimirse ahora las supuestas cartas de la Reina Cristina, de Ninon de Lenclos, etc.? Algunos curiosos guardan esas tonterías en sus bibliotecas, y andando el tiempo algún erudito á sueldo de un li-

brero las hará pasar como preciosos monumentos de la historia.

¡Qué fárrago, qué lástima, qué vergüenza para la literatura, qué pérdida de tiempo!

Estoy leyendo actualmente los artículos de la Enciclopedia, que deben servir de enseñanza al género humano; pero no todo es igual, etc., etc.

### AL SEÑOR PRESIDENTE HÉNAULT

Ferney, 26 de Febrero de 1768.

Mi querido é ilustre colega, ¿no queréis, pues, colocar al mariscal de la Meilleraie entre los superintendentes? Sin embargo, lo fué en 1648; está fuera de duda.

También os había propuesto que pusieseis á Abel Servien en su lugar, con Nicolás Fouquet, puesto que ambos fueron superintendentes al mismo tiempo. Pero tengo de vos otras quejas más importantes. ¿Cómo habéis podido en vuestra nueva edición desmentir la bondad de vuestro carácter y la dulzura de vuestras costumbres en el artículo Servet? Parece que os habéis propuesto justificar á Calvino y á todos los perseguidores. Condenáis la indulgencia y la tolerancia con nombre de tolerantismo, como si fuese una herejía, como si hablaseis del arrianismo y del jansenismo. No ignoráis que la muerte de Servet fué una violación criminal del derecho de gentes, un verdadero asesinato cometido con pompa y que debía atraer sobre los asesinos el más terrible castigo; me atrevo á creer que si Carlos V no hubiera caído por entonces en el triste estado que fué muy pronto á ocultar en la soledad de San Yuste, hubiera castigado severamente este ultraje

hecho en Ginebra, ciudad imperial, á la nación española. Era un atentado inaudito detener sin ningún pretexto, á un súbdito de Carlos V, que viajaba confiado en la fe pública. Servet no quería pasar más que una noche en Ginebra para ir á Alemania. Calvino, que lo supo, lo hizo prender al salir de la hostería de la Rosa. Le robaron noventa y siete doblones de oro y seis sortijas. Ya sabéis qué muerte signió á este acto de pira-tería. Calvino, que hubiera sido á su vez quemado en Francia, si le hubieran cogido, obligó al miserable consejo de Ginebra á hacer quemar á Servet á fuego lento con leña verde, y se complació en este espectáculo. En vuestra San Bartolomé no hubo asesinato ejecutado con más crueldad.

Confesaréis que la dulzura cristiana llamada por vos *tolerantismo*, hubiera sido preferible á esta santa abominación. Me atrevo á deciros que si los Guisas hubieran sido más tolerantes en Francia, vuestro consejero Ana Dubourg, sobrino del canciller, y tantos otros no hubieran perecido en el mismo suplicio que Servet.

Creedme, mi querido é ilustre colega, la tolerancia predica mejor que los verdugos.

No podéis figuraros cuántos me han escrito doliéndose y quejándose de vuestro artículo, pues saben que soy vuestro antiguo amigo y admirador muy celoso. Siento más que nadie tan fatal publicación, que hará más daño del que podéis figuraros. Ponéis armas en manos de los furiosos. ¿Es posible que estas armas sean aguzadas por el más suave y amable de los hombres? No por eso dejo de amaros; pero mi dolor es igual al sentimiento que conservaré por vos hasta mi muerte.

## AL SEÑOR MARQUÉS DE VILLEVIEILLE

1.º de Mayo de 1768.

Mi querido marqués, el señor Gillet, ó Gilles, no está demasiado al corriente de los negocios de este mundo. No sabe que cuando está un encerrado entre zorros y lobos, hay á veces que ahumar á los unos y aullar con los otros. No sabe que hay cosas tan despreciables que á veces puede uno rebajarse hasta ellas sin comprometerse.

El marqués de Mora, hijo del conde de Fuentes, embajador de España en París, y yerno del célebre conde de Aranda, que ha arrojado á los jesuitas de España y arrojará otras muchas cosas, ha venido á pasar tres dias conmigo; se vuelve á España, é irá tal vez antes á Montpellier. Es un joven de mérito muy raro. La Inquisición de España no está abolida, pero le han arrancado los dientes á este monstruo y le han cortado las uñas de raíz. Todos los libros tan severamente prohibidos en París entran libremente en España. Los españoles, en menos de dos años, han reparado cinco siglos de horrible santurronería.

Dad gracias á Dios, y seguid dispensándome vuestro cariño.

## AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

6 de Mayo de 1768.

Divino ángel mio, la venida de vuestro infante <sup>1</sup> me ha parecido moderada y firme.

1. Fernando, duque de Parma.

He tenido aqui durante tres dias al señor marqués de Mora, á quien conocéis. Os ruego que trabajéis por que lo asocien más tarde al ministerio de España. Estoy seguro de que ayudará poderosamente al conde de Aranda, su suegro, á crear una nueva era. Los españoles avanzan cuando nosotros retrocedemos. Han hecho más progresos en dos años que nosotros en veinte. Aprenden el francés para leer los libros nuevos proscritos en Francia. Le han cortado las uñas de raíz á la Inquisición, que no es sino un fantasma. En España no hay ni jesuitas ni jansenistas. La nación es ingeniosa y atrevida.

Siento ver que en Francia la mitad de la nación es frívola y la otra bárbara. Los bárbaros son los jansenistas. Vuestro ministerio no los conoce suficientemente. Son presbiterianos más peligrosos que los de Inglaterra. ¿De qué no son capaces unos cerebros fanáticos que han sostenido las convulsiones durante cuarenta años? Es cruel verse expuesto á los lobos cuando se ha librado uno de los zorros.

## Á M. DE PARCIEUX

Ferney, 17 de Junio de 1768.

Declaro á los parisienses galos intratables y verdaderos bausanes si no aceptan vuestro proyecto; estoy además bastante descontento de Luis XIV, que no tenía más que decir *quiere*, y que en lugar de mandar al río Yvette que corriese por todas las casas de París, gastó tantos millones en el canal de Maintenón. ¡Cómo no sienten envidia los parisienses cuando oyen decir

que casi todas las casas de Londres tienen dos clases de agua parà toda clase de usos!

Hay en Paris bolsas muy repletas, pero pocas almas bien templadas. Seria empresa digna del gobierno; pero ¿habria seis millones para gastarlos? Corresponderia à los que tienen millones encargarse de esta grande obra; pero la incertidumbre del éxito los asusta, el trabajo los retrae, y las señoritas de la Ópera triunfan de las náyades del Yvette.

¿Cómo el señor preboste de los mercaderes, que pertenece à una familia tan simpática à los parisienses, y que se interesa por el bien público, no ha hecho ya toda clase de esfuerzos para hacer triunfar un proyecto tan útil y que haria bendecir su memoria?

Por mi parte, señor, que no soy más que un modesto labrador de la falda de los Alpes; ¿qué puedo hacer sino compadecer à la ciudad en que he nacido y consagraros una estima completamente estéril? Os doy gracias en calidad de parisiense, y cuando mis compatriotas dejen de ser galos, los alabaré en mala prosa y en malos versos cuanto me sea posible.

À M. SAURIN

1.º de Julio de 1768.

Mi antiguo amigo, mi estimado filósofo y hacedor de hermosos versos. Os doy las más carinosas gracias por vuestro *Beverley*. El solitario de los Alpes os debe el haberse sentido conmovido durante una hora larga. No es ordinario conmoverse durante tanto tiempo. Vuestra obra está llena de interés, de vigor y de hermosos verso. No he leído el *Beverley* inglés, pero

apostaría de antemano que no tiene más que atrocidades.

Por lo demás, me admira mucho que madama Béverley haya recibido cien mil escudos de Cádiz; porque, por mi parte, acabo de perder allí veinte mil escudos, gracias à los señores Gilli, à quienes probablemente no conocéis.

Seguramente *multæ sunt mansiones in domo patris nostri*, y vos no estáis mal aposentado. Quisiera saber lo que dice el bribón de Frerón, que vive en la bo-dega.

¿Conocéis la especie de epigrama que un lionés que está muy lejos de ser poeta ha hecho, como por inspiración, hojeando el Tácito de La Bletterie? Estaba furioso por no poder leer el latín que estaba impreso en patas de mosca y de leer demasiado bien la traducción francesa. He aquí los versos que improvisó:

Un pédant dont je tais le nom,  
En inlisible caractère  
Imprime un auteur qu'on révère.  
Tandis que sa traduction  
Aux yeux, du moins, a de quoi plaire.  
Le public est d'opinion

Qu'il eût dû faire  
Tout le contraire.

Me parece cándido. Ese hipócrita insolente de La Bletterie es objeto de burlas lo mismo en provincias que en Paris.

À M. PANCKOUCKE

Ferney, 9 de Julio de 1768.

He recibido, caballero, vuestro excelente regalo. La Fontaine se habria mostrado vanidoso si hubiera visto

esta magnífica edición; es el lujo de la tipografía. El autor no poseyó nunca la mitad de lo que ha costado imprimir y grabar su libro. Si no poseyésemos más que esa edición, sólo podrían leer las *Fábulas* de La Fontaine los principes, los arrendadores generales y los arzobispos. Os doy gracias de todo corazón, y os deseo el mayor éxito en todas vuestras empresas. Me hacéis saber que pongo demasiado en ridículo la edición de vuestro amigo Gabriel Cramer; os aseguro que sólo me pongo yo mismo. Cuando considero todo el enorme fárrago que he compuesto, me dan ganas de ocultarme debajo de él, y me lleno de vergüenza. El amigo Gabriel no me ha consultado demasiado cuando ha reunido todas mis tonterías para formar una espantosa serie de volúmenes en cuarto. Siempre le he dicho que no era posible pasar á la posteridad con semejante balumba. Salid del paso como podáis. Eso no me impedirá decir siempre muy alto que el papel y los caracteres son hermosos y que la edición es muy correcta, pero no por eso la venderéis mejor. Hay tantos versos y prosa en el mundo que ya está uno harto. Puede uno distraerse con algunas páginas de versos, pero los volúmenes en cuarto de los benedictinos asustan.

El suizo que imprime para mi amigo Gabriel ha tenido la ocurrencia de poner en *Alzira*:

Le bonheur m'aveugla, l'amour m'a détrompé.

En lugar de:

Le bonheur m'aveugla, la mort m'a détrompé.

El equívoco ha hecho reír. Hace tiempo que rien á mis expensas; pero á fe mía, me he desquitado en grande.

No puedo decir nada de las estampas, porque no las he visto todavía, y me gustan más los buenos versos

que los buenos grabados. Pero sobre todo, os quiero á vos y á vuestra esposa, porque ambos sois muy amables. Os deseo toda clase de prosperidades.

### Á M. HORACIO WALPOLE

Ferney, 15 de Julio de 1768.

Señor, hace cuarenta años que no me atrevo á hablar inglés, y vos habláis nuestra lengua muy bien. He visto cartas vuestras escritas lo mismo que pensáis. Por otra parte, mi edad y mis enfermedades no me permiten escribir por mi propia mano.

Os daré, pues, las gracias en mi lengua.

Acabo de leer el prefacio de vuestra *Historia de Ricardo III*, que me parece demasiado corta. Cuando se tiene la razón de su parte, y cuando además de grandes conocimientos se posee una filosofía tan firme y un estilo tan varonil, desearía que me hablasen mucho más largo tiempo. Vuestro padre era un gran ministro y un buen orador, pero dudo mucho que hubiera podido escribir como vos. No podéis decir: *quia pater major me est*.

Siempre he pensado como vos que hay que desconfiar de todas las historias antiguas. Fontenelle, el único hombre del siglo de Luis XIV que fué á la vez poeta, filósofo y sabio, decía que sólo eran *fábulas comerciales*, y hay que confesar que Rollin ha compilado demasiadas quimeras y contradicciones.

Después de haber leído el prefacio de vuestra historia, he leído el de vuestra novela. En él os burláis un poco de mí: los franceses toman las cosas á broma, pero yo voy á responderos seriamente.

Casi habéis hecho creer á vuestra nación que yo des-



precio á Shakespeare. Soy el primero que he dado á conocer á Shakespeare á los franceses. Traduje pasajes suyos hace cuarenta años, así como también de Milton, de Waller, de Rochester, de Dryden y de Pope. Puedo aseguraros que antes de mí nadie conocía en Francia la poesía inglesa; apenas si se había oído hablar de Locke. He sido perseguido durante treinta años por una nube de fanáticos por haber dicho que Locke era el Hércules de la metafísica.

También ha querido mi destino que fuese yo el primero en explicar á mis conciudadanos los descubrimientos del gran Newton, que algunas personas entre nosotros llaman aún *sistemas*. He sido vuestro apóstol y vuestro mártir. En verdad no es justo que los ingleses se quejen de mí.

Había yo dicho, hace muy largo tiempo, que si Shakespeare hubiera florecido en el siglo de Addison hubiera unido á su genio la elegancia y la pureza que hace recomendable al primero. Había yo dicho también que su genio era propio suyo, y sus faltas de su siglo. Le sucede precisamente, á mi parecer, como á Lope de Vega y á Calderón entre los españoles. Es una espléndida naturaleza, pero muy salvaje. No se observa en él regularidad ni arte, alterna la bajeza con la grandeza y lo bufón con lo terrible, es e caos de la tragedia en el que brillan cien relámpagos de luz.

Los italianos, que restauraron la tragedia un siglo antes que los ingleses y los españoles, no incurrieron en ese defecto; imitaron mejor á los griegos. No hay bufones en el *Edipo* ni en la *Electra* de Sófocles. Sospecho que semejante grosería tuvo su origen en nuestros *bufones de corte*. Eramos un tanto bárbaros todos los que habitamos aquende los Alpes. Cada príncipe tenía su bufón especial. Reyes gnorantes educados por gente

ignorante no podían conocer los nobles placeres del espíritu; degradaron la naturaleza humana hasta el punto de pagar á individuos encargados de decirles tonterías. Antes de Molière había siempre un bufón de corte en casi todas las comedias; esta moda es abominable. Confieso, señor, que he dicho, como lo indicáis que hay comedias serias como el *Misántropo*, que son obras maestras; que hay otras más y burlescas como *Jorge Dandin*; que la burla, la seriedad y la ternura pueden aliarse muy bien en la misma comedia. He dicho que todos los géneros son buenos excepto el género fastidioso. Si señor, pero la grosería no es un género. Hay muchas moradas en la casa de mi padre; pero nunca he pretendido que fuese honrado alojar en la misma habitación á Carlos V y á D. Jafet de Armenia, á Augusto y á un marinero borracho, á Marco Aurelio y á un bufón callejero. Parece que Horacio pensaba lo mismo en el más brillante de los siglos; toda Europa ilustrada piensa hoy de la misma manera, y los españoles empiezan á desprenderse á la vez del mal gusto y de la Inquisición, porque un espíritu culto proscribía igualmente ambas cosas.

Ya comprenderéis bien, caballero, hasta qué punto desfiguraron la tragedia lo trivial y lo bajo, puesto que echáis en cara á Racine el que haga decir á Antíoco en *Bérénice*:

De son appartement cette porte est prochaine,  
Et cette autre conduit dans celui de la reine.

No son estos ciertamente versos heroicos, pero tened la bondad de observar que se hallan en una escena de exposición, y que ésta debe de ser sencilla. No es una belleza poética, sino una regla de exactitud que fija el lugar de la escena, que pone en seguida al espectáculo

al corriente, y que le advierte que todos los personajes aparecerán en aquella pieza que es común á los demás apartamientos; sin lo cual no sería verosímil que Tito, Berenice y Antioco hablasen siempre en la misma habitación.

Que le lieu de la scène y soit fixe et marqué,

dice el prudente Despréaux, el oráculo del buen gusto, en su *Arte poética*, que iguala por lo menos á la de Horacio. Nuestro excelente Racine no ha faltado casi nunca á esta regla; y es una cosa digna de admiración que Atalia aparezca en el templo de los judíos y en el mismo sitio en que se ha visto al gran sacerdote, sin chocar en nada la verosimilitud.

Más benévolo os mostraréis aún con el ilustre Racine cuando recordéis que la pieza de *Berenice* era en cierta manera la historia de Luis XIV y de vuestra princesa inglesa hermana de Carlos II. Ambos habitaban en el mismo piso en Saint-Germain, y sus departamentos estaban sólo separados por una sala común.

Observaré de paso que Racine hizo representar en el teatro los amores de Luis XIV con su cuñada, y que este monarca se lo agradeció. Un tirano estúpido hubiera podido castigarle. Observaré, además, que aquella *Berenice*, tan tierna, tan delicada y tan desinteresada, á quien supone Racine que debía á Tito todas sus virtudes, y que estuvo á punto de ser emperatriz, no era sino una judía insolente y desenfrenada. Juvenal la llamaba *barbara incestuosa*. Observaré en tercer lugar, que tenía cuarenta y cuatro años cuando Tito rompió con ella. Mi cuarta observación se refiere á que se hace mención de esta judía en los *Actos de los Apóstoles*. Era aún joven cuando fué, según el autor de dicho libro, á ver á Festo, gobernador de Judea, y cuando Pablo,

acusado de haber profanado el templo, se defendía sosteniendo que seguía siendo buen fariseo. <sup>1</sup> Pero dejemos á un lado las galanterías de Berenice, y volvamos á las reglas del teatro que son más interesantes para los literatos.

Vosotros libres bretones no observáis ni *unidad de lugar*, ni *unidad de tiempo*, ni *unidad de acción*. En verdad no procedéis con más acierto. La verosimilitud debe tener algún valor. El arte se hace con ella más difícil, y las dificultades vencidas procuran en todos los géneros placer y gloria.

Permitidme, por muy inglés que seáis, defender algo á mi nación. Le he dicho con tanta frecuencia las cuatro verdades, que es muy justo que la acaricie cuando creo que tiene razón. Sí señor, he creído, creo y creeré que París es muy superior á Atenas en materia de tragedias y comedias. Molière y hasta Regnard me parecen tan superiores á Aristófanes como lo es Demóstenes á nuestros abogados. No tengo reparo en afirmar que todas las tragedias griegas me parecen obras de escolares, comparadas con las sublimes escenas de Corneille y las perfectas tragedias de Racine.

Esto mismo pensaba Boileau, á pesar de su admiración por los antiguos, y no tuvo reparo en escribir al pie de un retrato de Racine que este grande hombre había sobrepujado á Eurípides é igualado á Corneille. <sup>®</sup>

Sí, creo demostrar que hay muchos más hombres de gusto en París que en Atenas. Tenemos en París más de treinta mil almas que se deleitan con las bellas artes, y Atenas no tenía diez mil; el pueblo bajo de Atenas iba al teatro, y en cambio no va entre nosotros, excepto cuando se le ofrece un espectáculo gratis en

1. *Actos de los Apóstoles*, xxiii, ó, xxv, xxvi.

ocasiones solemnes ó ridiculas. Nuestro trato continuo con las mujeres ha comunicado más delicadeza á nuestros sentimientos, más cortesania á nuestras costumbres y más refinamiento á nuestro gusto. Dejados nuestro teatro; dejad á los italianos sus *favole boscareccie*; vosotros sois bastante ricos, por otra parte. Es cierto que durante algún tiempo han tenido un éxito prodigioso muy malas comedias de intriga ridicula y bárbaramente escritas, sostenidas por la cábala, el espíritu de partido, la moda y la protección pasajera de algunas personas de crédito. Ha sido una embriaguez momentánea; pero al cabo de pocos años se ha disipado la ilusión. *Don Jafet de Armenia* y *Jodelet* han sido relegados al populacho, y el *Sitio de Calais* sólo es estimado en la ciudad del mismo nombre.

Debo añadir algunas palabras acerca de la rima que nos echáis en cara. Casi todas las piezas de Dryden están rimadas; es una dificultad más. Los versos suyos, que todo el mundo cita, son versos rimados; y sostengo además que estando sometidas á la rima *Cinna*, *Atalia*, *Fedra* é *Ifigenia*, todo el que pretendiere en Francia sacudir este yugo, sería considerado como un artista débil sin fuerzas para soportarlo.

En calidad de anciano, os referiré una anécdota. Un día pregunté á Pope por qué no habia rimado Milton su poema en una época en que los demás poetas rimaban sus versos, á imitación de los italianos. Me respondió: *Because he could not*. Os he dicho, señor, todo lo que tenia interés en deciros.

Confieso que he cometido un grave error no fijándome en que el conde Leicester se habia llamado primero Dudley; pero si os ocurre el capricho de entrar en la Cámara de los Pares y de cambiar de nombre, recordaré siempre el de Walpole con la más respetuosa estima.

Antes de salir mi carta he tenido tiempo de leer vuestro *Ricardo III*. Seriais un excelente *attorney general*. Pesáis todas las probabilidades; pero me parece que sentís cierta secreta inclinación hacia ese jorobado. Hasta pretendéis hacerle pasar por buen mozo, y hasta por hombre galante. El beneditino Calmet escribió una disertación para demostrar que Jesucristo tenia un rostro hermoso. Os doy de barato que Ricardo III no era ni tan feo ni tan malo como dicen; pero no hubiera querido tener que habérmelas con él. Vuestra *rosa blanca* y vuestra *rosa encarnada* tenían terribles espinas para la nación.

Those gracious kings are all a pack of rogues.

En verdad, al leer la historia de los York, de los Lancaster y de otros muchos, creeria uno leer la historia de saltadores de caminos. En cuanto á vuestro Enrique VII, era un simple cortabolsas, etc.

Soy con el mayor respeto, etc.

À M. BOURET

ARRENDADOR GENERAL

Ferney, 13 de Agosto de 1768.

Señor: M. Marmontel, vuestro amigo y mío, os ha debido decir, ú os dirá sin duda cuán contraria es nuestra lengua al estilo lapidario, á causa de sus verbos auxiliares y de sus artículos. Os dirá también que un epigrafe en verso es mucho más difícil; y que de cierto no hay uno pasable, excepto los que se hallan escritos en estilo burlesco. ¡Tan propenso es á la burla el genio de la nación!

Es triste tener que tomar prestados dos versos á un antiguo autor latino, para Luis XV. Repetir lo que los

ocasiones solemnes ó ridiculas. Nuestro trato continuo con las mujeres ha comunicado más delicadeza á nuestros sentimientos, más cortesania á nuestras costumbres y más refinamiento á nuestro gusto. Dejados nuestro teatro; dejad á los italianos sus *favole boscareccio*; vosotros sois bastante ricos, por otra parte. Es cierto que durante algún tiempo han tenido un éxito prodigioso muy malas comedias de intriga ridicula y bárbaramente escritas, sostenidas por la cábala, el espíritu de partido, la moda y la protección pasajera de algunas personas de crédito. Ha sido una embriaguez momentánea; pero al cabo de pocos años se ha disipado la ilusión. *Don Jafet de Armenia* y *Jodelet* han sido relegados al populacho, y el *Sitio de Calais* sólo es estimado en la ciudad del mismo nombre.

Debo añadir algunas palabras acerca de la rima que nos echáis en cara. Casi todas las piezas de Dryden están rimadas; es una dificultad más. Los versos suyos, que todo el mundo cita, son versos rimados; y sostengo además que estando sometidas á la rima *Cinna*, *Atalia*, *Fedra* é *Ifigenia*, todo el que pretendiere en Francia sacudir este yugo, sería considerado como un artista débil sin fuerzas para soportarlo.

En calidad de anciano, os referiré una anécdota. Un día pregunté á Pope por qué no habia rimado Milton su poema en una época en que los demás poetas rimaban sus versos, á imitación de los italianos. Me respondió: *Because he could not*. Os he dicho, señor, todo lo que tenia interés en deciros.

Confieso que he cometido un grave error no fijándome en que el conde Leicester se habia llamado primero Dudley; pero si os ocurre el capricho de entrar en la Cámara de los Pares y de cambiar de nombre, recordaré siempre el de Walpole con la más respetuosa estima.

Antes de salir mi carta he tenido tiempo de leer vuestro *Ricardo III*. Seriais un excelente *attorney general*. Pesáis todas las probabilidades; pero me parece que sentís cierta secreta inclinación hacia ese jorobado. Hasta pretendéis hacerle pasar por buen mozo, y hasta por hombre galante. El beneditino Calmet escribió una disertación para demostrar que Jesucristo tenia un rostro hermoso. Os doy de barato que Ricardo III no era ni tan feo ni tan malo como dicen; pero no hubiera querido tener que habérmelas con él. Vuestra *rosa blanca* y vuestra *rosa encarnada* tenían terribles espinas para la nación.

Those gracious kings are all a pack of rogues.

En verdad, al leer la historia de los York, de los Lancaster y de otros muchos, creeria uno leer la historia de saltadores de caminos. En cuanto á vuestro Enrique VII, era un simple cortabolsas, etc.

Soy con el mayor respeto, etc.

À M. BOURET

ARRENDADOR GENERAL

Ferney, 13 de Agosto de 1768.

Señor: M. Marmontel, vuestro amigo y mío, os ha debido decir, ú os dirá sin duda cuán contraria es nuestra lengua al estilo lapidario, á causa de sus verbos auxiliares y de sus artículos. Os dirá también que un epigrafe en verso es mucho más difícil; y que de cierto no hay uno pasable, excepto los que se hallan escritos en estilo burlesco. ¡Tan propenso es á la burla el genio de la nación!

Es triste tener que tomar prestados dos versos á un antiguo autor latino, para Luis XV. Repetir lo que los

otros han dicho, equivale á no saber qué decir; además el rey irá á vuestra casa, verá la estatua y no entenderá la inscripción. Si algún sabio duque y par le dice que aquello significa que se le desea larga vida, se convendrá en que el pensamiento no es nuevo ni delicado.

Peor sería si yo tuviese el atrevimiento de haceros una inscripción en verso para la estatua del rey, pues habría que consultar vuestro gusto y el de vuestros amigos; y ya sabéis que la primera idea que se le ocurre á todo convidado, ya sea en la mesa, ó ya haciendo la digestión, es encontrar detestable todo lo que se le presenta, á no ser que sea excelente vino de Tokay. Así sucedía en mi tiempo, y dudo mucho que los franceses se hayan corregido.

No os enviaré, pues, versos para el rey. Pasó para la nación, y sobre todo para mí, la época de los versos. Todo lo que os diré es que si yo fuese aún oficial de la casa del rey, y si hubiera colocado su estatua de mármol sobre un hermoso pedestal, si él tenía la ocurrencia de venir á ver la estatua, vería al pie de ella estos cuatro versitos que nada valen, pero que expresarían que es uno de sus criados el que ha erigido esta estatua, que se tiene gran cariño al que se halla representado en ella, y que se teme herir su indiferente modestia:

Qu'il est doux de servir ce maître,  
Et qu'il est juste de l'aimer!  
Mais gardons-nous de le nommer;  
Lui seul pourrait s'y méconnaître.

Sé muy bien que los cultos no hallarían bastante pomposos estos versos; y, en efecto, yo no los haría grabar en una plaza pública, pero los hallaría muy adecuados en mi casa. Lo serían para mí y para el ob-

jeto de mi cuarteta, y esto le bastaría. Por mucho que los críticos gritaran no me harían borrarlos.

Pero lo que yo podría hacer en mi salita de veinticuatro piés, no lo hariais vos en vuestro salón de ciento. Mis versos, demasiado familiares, estarían fuera de lugar, pues para los grandes salones hacen falta grandes versos.

Sea como sea, *ognuno faccia secundo il suo cervello*. Os aseguro que si se le ocurriese al rey venir á mi cabaña, y se encontrase con su estatua, no leería otros versos al pie de ella. Hubiera podido, como otro cualquiera, hacer sonar la trompa heroica y hablar *du plzs grand roi du monde, de la terre et de l'onde*; pero Dios me preserve de ello y á él también.

Si me hallase en vuestro lugar, he aquí cómo me arreglaría. Pegaría un papel en el pedestal, y pondría lo siguiente el día de la llegada del rey:

Juste, simple, modeste, au-dessus des grandeurs,  
Au-dessus de l'éloge il ne veut que nos cœurs.  
Qui fit ces vers dictés par le reconnaissance?  
Est-ce Bouret? Non, c'est la France.

El rey tendría el placer de la sorpresa. Por último; si yo fuese Luis XV, me gustaría más este cuarteto que la anterior cuarteta. Pero, os lo repito, hay cortesanos que no se contentan con nada.

El resultado de todo esto es que no tendréis versos míos para vuestra estatua. Pero os quiero con toda el alma, y esto vale más que los versos.

Os suplico que digáis á M. de la Borde cuánto le estimo y cuánto agradece sus bondades mi corazón. Si tuviese su retrato, haría poner su estatua en mi salita.

Avec tous les talents le destin l'a fait naître,  
Il fait tous les plaisirs de la société:

Il est né pour la liberté,  
Mais il aime bien mieux son maître.

Tengo el honor de ser, etc.

### AL SEÑOR CABALLERO DE BEAUTEVILLE.

Ferney, 4 de Noviembre de 1768.

Caballero, mi honor me obliga á daros cuenta de lo que acaba de sucederme. Ha venido á verme una dama muy linda y muy afligida; á mi edad no tengo medio de consolarla, y ella me ha asegurado que sólo en vos podía hallar consuelo. «Tengo la desgracia, me ha dicho, de ser esposa de un poeta. — ¿Es joven vuestro esposo, señora? ¿Hace buenos versos? — ¡Oh, caballero! los hace detestables. — Eso es muy común, señora; pero ¿qué puede hacer el embajador de Francia contra la furia de hacer malos versos? — Caballero, soy ginebrina, y mi marido es un joven atolondrado, llamado Lamande. — Pues bien, señora, enviarle á casa de Juan Jacobo Rousseau, y trabajarán en el mismo oficio. — Caballero, ha renunciado á él para toda su vida. Hace dos años, durante las turbulencias de Ginebra, donde nadie se entendía, se le ocurrió la idea de hacer un mal folleto en verso, que tampoco se entendía. Fué desterrado por nueve años, en virtud de sentencia del magnífico consejo; tiene aún su padre, que es más viejo que vos, que está ciego y falto de recursos. Yo tengo á mi madre, vieja é impedida, la cual necesita de mis cuidados, y me veo obligada á pasar la vida compartiendo el tiempo entre mi madre y mi marido. El señor embajador de Francia es el único que puede poner fin á mis desdichas.»

Le he respondido entonces de las buenas disposiciones de Vuestra Excelencia; he asegurado á la desconsolada, que si se presentaba á la hora de levantarnos, no tendría motivos para arrepentirse, pero que actualmente estabais muy ocupado con las damas de Saint-Omer.

— ¡Ay de mí, caballero! me replicó, puede muy bien perdonar á mi marido y devolvérmelo desde Saint-Omer. Se ha supuesto que mi marido le había faltado al respeto en su impertinente libelo, que nadie ha llegado á entender. — Señora, le dije, si vuestro marido hubiera sido ciudadano de Berg-op-Zoom, el señor caballero de Beauteville le hubiera hecho pasar un mal rato; pero si es un ciudadano de Ginebra, y si ha escrito tonterías, podéis estar muy persuadida que el señor embajador de Francia no sabe una palabra de ellas, de que no lee semejantes miserias, ó por lo menos de que no se acuerda de ellas. Entonces se echó á llorar de nuevo. — ¡Oh!, me decía, ¿qué hermosa acción podría hacer el señor embajador! — La hará, señora, no lo dudéis; está acostumbrado á ello. ¿De qué se trata? — Se trata, caballero, de que consienta en que el magnífico consejo abrevie el tiempo de destierro del tonto de mi marido, que ha querido echárselas de poeta. Para eso bastaría una palabra escrita por su Sa. Excelencia. El perdón de mi marido será concedido, si el señor embajador se digna tan sólo declarar que quedará satisfecho con que el magnífico consejo permita á mi marido Lamande volver á su patria, á fin de que yo pueda aliviar la vejez de mis padres. Tomaos la libertad de pedirle este favor, y no os lo negará; porque seguramente debe importar-le muy poco el que mi esposo y yo estemos en Ginebra ó en Saboya.

En fin, caballero, me ha instado y conjurado tanto,

que á mi vez me atrevo á conjuraros. Una numerosa familia os tendrá que agradecer el fin de sus penalidades. Vuestra Excelencia puede tener la bondad de escribirme que queda satisfecho con los dos años de expiación de Lamande, y que verá con gusto que se le levante el destierro.

Ved, señor, si he presumido demasiado al pedir os esta gracia, y si perdonaréis á Lamande y mi importunidad. El mayor placer que ha podido proporcionarme la linda desconsolada, ha sido el de suministrar-me la ocasión para renovaros el respeto y el afecto con que soy, etc.

A M. MAILLET DUBOULLAY

SECRETARIO DE LA ACADEMIA DE RUÁN

Ferney, 20 de Noviembre de 1768.

Caballero, la carta con que me honráis en nombre de vuestra ilustre Academia, es el premio más honroso á que pudo aspirar mi celo por la gloria del gran Corneille y por los restos de su familia. El elogio de este grande hombre debía ser propuesto por los que más honran hoy á su patria. No dudo que los que han conseguido el premio ó han andado cerca de él, habrán satisfecho plenamente las aspiraciones de la Academia; tan hermoso asunto ha debido inspirar á los autores un noble entusiasmo. Paréceme que el respeto hacia ese grande hombre se ha visto aumentado merced á las solapadas persecuciones del Cardenal de Richelieu, al odio de Boisrobert y á las invectivas de un Claveret, de un Scudéry y de un abate d'Aubignac, predicador del rey. Corneille era, ciertamente, el primero que dió elevación á nuestra lengua y enseñó á los franceses á pensar y

hablar con nobleza. Esto sólo bastaría para conquistarle un agradecimiento eterno; pero cuando este mérito se encuentra en tragedias dirigidas con un arte desconocido hasta entonces, y llenas de pasajes que ocuparán la memoria de los hombres en todos los siglos, entonces se une la admiración al agradecimiento. Nadie le ha pagado ambos tributos de mejor grado que yo; y al rendirle el más sincero homenaje me he visto obligado á hacer notar faltas

Quas aut incuria fudit,  
Aut humana parum cavit natura.

Hor., de Arte poética.

Estas faltas, inevitables en el que inicia una nueva senda, sirven de enseñanza á los jóvenes, sin disminuir en nada su gloria. Varias veces he tenido cuidado en advertir que sólo se debe juzgar á los grandes hombres por sus obras maestras.

Los ingleses le oponen su Shakespeare; pero las naciones han sentenciado el proceso en favor de Francia. Corneille imitó algo de los españoles; pero los sobrepujó, por confesión de ellos mismos.

Presentad os ruego, caballero, á la Academia mis muy humildes y respetuosas gracias por los dos elogios que se ha dignado enviarme. Los leeré con el mismo entusiasmo que un oficial del ejército de Turana debía leer el *elogio* de su general, pronunciado por Fléchier. Agradezco en el alma el recuerdo de M. de Cideville; hace más de setenta años que le profeso el más tierno afecto. El mayor consuelo á mi edad consiste en volver á encontrar mis antiguos amigos. Creo que tengo otro en vuestra Academia, si he de juzgar de sus sentimientos por los míos. Es M. Lecat, que une la más sabia filosofía á los profundos conocimientos de su arte.

Tengo el honor de ser, etc.

Á M. VERNES,  
PASTOR EN GINEBRA

1768.

He sondeado el terreno, mi querido filósofo, y está aún demasiado desigual; pero espero allanarle.

Me felicitáis por lo de Rusia, felicitadme también por lo de España. He tenido en mi casa durante tres días al yerno del primer ministro de España, que está llenando á Sierra Morena de familias protestantes, que ha arrancado los dientes y las uñas á la Inquisición, que hace entrar libremente todos los buenos libros en que los hombres pueden aprender el horror hacia el fanatismo, y que, en fin, ha hecho andar á los españoles más camino en un año que los franceses han andado en veinte.

Espero que, á pesar de nuestros detestables santurrones, os comunicaré pronto buenas noticias. Entonces podrá obtenerse más fácilmente la gracia de Lamanche; pero no concibo vuestro consejo magnífico ó mezquino. A él le corresponde conceder la gracia que se solicita y no al señor duque de Choiseul, y no sé si este digno ministro estará bastante contento del consejo para interponer sus buenos oficios.

No sois caritativo, pues no venís á visitar los enfermos que os aman. Saludad en mi nombre á los dos Eusebios, al sacerdote Arrio, que hacía canciones, y hasta á Nestorio.

AL PRÍNCIPE GALLITZIN.

25 de Enero de 1769.

Señor príncipe, la inoculación que la emperatriz ha

ensayado con buen éxito, y su generosidad para con su médico han hecho ruido en toda Europa. Hace largo tiempo que admiro su valor y su desprecio de las preocupaciones. No creo que Mustafá sea un genio capaz de resistirle; jamás ha habido un filósofo que se llame *Mustafá*. Se me objetará tal vez que antes de este siglo no hubo ninguna filósofa llamada *Catalina*; así es que quiero llamarla *Tomyris*, y deseo que sacuda bien el polvo al que por hoy posee una parte de los Estados de Ciro. He tenido el honor de indicarle que si toma á Constantinopla, irá con su permiso á establecerme en la Propóntide; porque no hay medio de que á los setenta y cinco años vaya yo á arrostrar los hielos del mar Báltico.

Creo que hay un príncipe de vuestro nombre, que debe mandar un ejército contra los musulmanes. El nombre de Gallitzin es de buen agüero para la gloria de Rusia.

No creo lo que he leído en los periódicos, de que hayan ido artilleros franceses á servir en el ejército otomano. Los franceses han gastado la pólvora en salvas en la última guerra; ¿se atreverán á tirar contra el águila de *Catalina-Tomyris*?

A M. THIRIOT.

Ferney, 27 de Enero de 1769.

Mi querido y antiguo amigo; según las apariencias vais á cumplir pronto setenta años, y yo tengo ya setenta y cinco. Así pues, no dudo que me excusaréis si no he respondido en el acto á vuestra carta.

Os aseguro que me ha servido de gran consuelo recibir noticias vuestras al cabo de dos años de profundo



silencio. Veo que cuando estáis bueno no podéis escribir sino á los reyes.

He perdido á mi querido amigo Damilaville, cuya amistad firme y animosa fué durante largo tiempo mi consuelo. Jamás sacrificó á su amigo en aras de la malicia de los que procuran hacerse valer en la sociedad. Fué intrépido hasta con los mismos de quienes dependía su fortuna. No puedo menos de sentirle vivamente, y mi única esperanza en mis últimos días consiste en encontrarle de nuevo en vos.

Tan pronto como arregle mis negocios, me propongo daros sólidas muestras de mis sentimientos. No he querido inmolar á madama Denis á la afición que he cobrado al retiro más profundo; se hubiera muerto de fastidio en mi soledad. Prefiero tenerla en París para mi correspondencia, más bien que aquí, encerrada entre los Alpes y el monte Jura. He tenido que hacer grandes desembolsos para su establecimiento en París. Me he despojado de una parte de mis rentas en favor de mis sobrinos y sobrinas. Para mí nada significa lo que se deja por testamento; es lo mismo que dejar lo que no nos pertenece. Tan pronto como arregle mis negocios podéis contar conmigo. En la actualidad tengo que poner en orden un caos; luego que haya un poco de luz, los rayos serán para vos.

Os deseo una salud mejor que la mía, y amigos que sean tan apasionados vuestros como yo hasta el último momento de su vida.

A M. LINGUET,

ABOGADO

Ferney, 15 de Marzo de 1769.

En manera alguna sois dueño, caballero, de vivir en

un *cul-de-sac* (callejón sin salida), de datar vuestras cartas en el mes de *août* (Agosto) aunque el que dió nombre á este mes se llamase *Augustus*, ni de llamar á la ciudad de *Cadonum*, *Cun*, aunque se escribe *Caen*. Habréis podido ver *cortezanos* en casa del rey, sin haber visto jamás *cortezanas* en casa de la reina. Habéis visto en vuestro *cul-de-sac* los *coureurs* (volantes) del Cardenal de Rohán, pero no habéis visto *coureuses*. Habéis visto en su palacio *arquitrabes*, pero ni una sola *trabe*. Los gendarmes que pasan revista en el patio del hotel de Soubise, son tan intrépidos que no hay uno sólo *trépido*. Por otra parte, se embellece la lengua todos los días. Se empieza á *educar* á los niños en lugar de criarlos. Los maestresalas sirven ahora *rosbif* de carnero, mientras que el Parlamento *obtempera* ó no *obtempera* á los edictos.

Nuestra jerga llegará á ser lo que sea. Yo soy medio suizo y medio saboyano, y estoy sepultado á los setenta y cinco años bajo las nieves de los Alpes y del monte Jura; me interesan poco las bellezas antiguas y nuevas de la lengua francesa; pero me interesan mucho más vuestro gran talento, vuestro éxito y el valor con que habéis dicho algunas verdades. Más fuertes las diríais aún si los que tienen motivos para temerlas no procurasen aplastarlas; sin embargo, se abre paso, á pesar de todos. El tiempo todo lo vence, y la razón viene al fin á consolar hasta los miserables que se han declarado contra ella. El mismo consejero imbécil que dió su voto contra la inoculación, acabará por hacer inocular á su hijo.

Tengo el honor de ser, etc.

Á M. THIRIOT

9 de Agosto de 1769.

Mucho os agradezco que prefiráis el mes de *Auguste* al bárbaro mes de *août*; ya se ve que no sois galo. No os desmentiré en lo relativo á los *Guebros*, pues conozco al autor; es un joven á quien hay que alentar. Parece animado de los mejores sentimientos acerca de la tolerancia. La gente honrada debe cerrar el paso con vigor á los malvados alegoristas que hallan por todas partes alusiones odiosas.

No creo que la comedia del *Depositario*, que me habéis enviado, tenga el mismo mérito que los *Guebros*. Una comedia no puede nunca conmover como la tragedia; cada cosa debe estar en su sitio.

No creo que Lacombe os dé mucho por vuestra comedia. Una pieza no representada, y que probablemente no lo será, se vende siempre mal; en todo caso, amigo mío, aceptad lo que os dé.

No conozco nada tan mal escrito, tan malo, tan ramplón ni tan falso como los últimos capítulos de la *Historia del Parlamento*. No concibo cómo un libro que empieza tan bien puede acabar de un modo tan ridículo; los últimos capítulos ni siquiera están en francés. Me proporcionaréis el mayor placer enviándome por la diligencia de Lyon esos dos volúmenes de *Mélanges historiques*.

Siento mucho que sufráis como yo; pero habéis de confesar que es cosa graciosa el haber yo llegado á mis setenta y seis años padeciendo cólico todos los días.

Amigo mío, somos cañas que hemos visto caer muchas encinas.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

6 de Septiembre de 1769.

Acabo de hacer, señora, lo que deseáis; ya sabéis que hago siempre que me lean durante la comida. Me han leído un elogio de Molière, que durará tanto como la lengua francesa: es el *Hipócrita*.

No he leído el que ha ganado el premio de la Academia francesa. Esos premios, instituidos para alentar á los jóvenes, están muy bien ideados. No se exigen de ellos obras perfectas, pero estudian mejor la lengua, la hablan con más exactitud, y esta costumbre impide que caigamos en una barbarie completa.

Los ingleses no tienen necesidad de conquistar premios; pero no hay entre ellos libro bueno que no tenga recompensa: eso vale más que los discursos académicos. Esos discursos son precisamente como los temas que se hacen en el colegio. No ejercen ninguna influencia sobre el gusto de la nación. Lo que ha corrompido el gusto es principalmente el teatro, donde se aplauden piezas que no se pueden leer; es la manía de citar ejemplos, y la facilidad de hacer cosas medianas, saqueando el siglo pasado y creyéndose superior á él.

No me costaría trabajo probar que todo lo pasable de estos tiempos está tomado por completo de los buenos escritos del siglo de Luis XIV. Nuestros malos libros son menos malos que los malos que se hacían en tiempos de Boileau, de Racine y de Molière; porque en esas obras ramplonas de hoy día hay siempre algunos trozos sacados visiblemente de los autores del reinado del buen gusto. Nos parecemos á unos ladrones que cambian y adornan ridículamente los trajes que

han hurtado, por miedo de que los reconozcan. A esta bribonada se une el furor de la disertación y de las paradojas. Todo ello da por resultado una impertinencia que causa un hastío mortal.

Os prometo, señora, tener en cuenta todas estas tonterías el invierno próximo; y si tengo aún vida, haré ver á mis queridos compatriotas que de franceses que eran se han convertido en galos ignorantes.

Los últimos capítulos que habéis leído son seguramente de otra mano mucho más torpe. No hay ni verdad en los hechos ni pureza en el estilo. Son andrajos cosidos á una buena tela <sup>1</sup>.

Se va á hacer una nueva edición de los *Güebros*, que tendré el honor de enviaros. Gritad fuerte, señora, en favor de esos buenos *Güebros*; gritad, y haced que griten; decid cuán ridículo sería no representar una pieza tan honrada, mientras se representa todos los días el *Hipócritu*.

Ya sabéis que vuestra abuela <sup>2</sup> me ha enviado un zapato tan largo como un pie de rey. Yo le he enviado un par de medias de seda, en que apenas cabría el pie de una dama china. Este par de medias soy yo quien lo ha hecho; me ha ayudado un hijo de Callas. He hallado el secreto de tener gusanos de seda en un país cubierto de nieve siete meses al año, y mi seda, en este clima bárbaro, es mejor que la de Italia. He querido que el marido de vuestra abuela, que funda actualmente una colonia en nuestra vecindad, viese por sus propios ojos que se pueden tener manufacturas en nuestro horrible clima.

Estoy hartó cansado de verme ciego todos los invern

1. Este párrafo se relaciona con la *Historia del Parlamento*.

2. La duquesa de Choiseul.

nos, pero no debo quejarme con vos. Imitaría á aquel necio que osaba gritar porque los españoles le quemaban vivo en presencia de su emperador, á quien quemaban también. Me diríais como el emperador: « ¿ Acaso estoy yo en un lecho de rosas? »

Vos soy desgraciada todo el año, y yo no lo soy sino cuatro meses; lejos de murmurar os compadezco.

¿ Por qué os han maltratado tanto las causas segundas? ¿ por qué dar el ser sin dar el bienestar? Esto es muy cruel.

Adiós señora, consolémonos.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

13 de Octubre de 1769.

Mi querido ángel. Hubiera debido enviaros antes mi pésame por vuestro triste viaje de Orangis. Os habría preguntado lo que es Orangis, y á quién pertenece, y si hay en él un hermoso teatro. Pero me hallaba en un estado más lamentable que vos. Figuraos que en primero de Octubre ha caído nieve en mi país; he pasado de pronto de Nápoles á Siberia, lo cual no ha hecho gran provecho á mi vieja y lánguida máquina. Se me dirá que desde hace quince años debo estar acostumbrado á estas alternativas; pero precisamente no las puedo soportar, porque las estoy sufriendo desde hace quince años. Me dirán también: « Tú lo quisiste, fraile mostén, » y yo responderé, como los demás hombres: « He sido seducido y engañado por el espectáculo más hermoso del mundo, que me ha trastornado la cabeza; sufro y me arrepiento; así es el género humano. »

Si los hombres fuesen prudentes, buscarían siempre

el sol y huirían del viento del Norte como de su enemigo capital. Ved lo que hacen los perros; que buscan siempre un rincón junto al fuego, y cuando hay un rayo de sol acuden á él. La Motte, que vivía cerca de vuestra casa, se hacía conducir en una silla, desde las diez hasta medio día, á la acera de la galería del Louvre, y allí se estaba cociéndose suavemente al sol.

Temo que las enfermedades de Madama de Argental provengan en parte de hallarse vuestra casa situada al Norte. ¿No habéis notado nunca que todos los que viven en el muelle de los Orfebres tienen la cara rubicunda, y están gordos como canónigos, mientras que los que habitan cuatro toesas detrás, en el muelle de los Aburridos, tienen casi todos caras de excomulgados?

Basta ya de viento Norte, al que detesto, y que me mata. Sin duda habéis visto *Hamlet*. Las sombras se van á poner de moda. He iniciado, modestamente esta senda por la que todos se van á lanzar desbocados; *domandavo aqua non tempestá*. He querido animar algo el teatro con un poco de acción; ahora todo se vuelve acción y pantomima. No hay nada sagrado de que no se abuse. Vamos á caer enteramente en la exageración y en lo gigantesco; adiós los hermosos versos, adiós los sentimientos del corazón, y adiós todo. La música no será muy pronto sino una encerrada italiana, y las piezas teatrales serán simplemente juegos de manos. Se ha querido perfeccionarlo todo, y todo ha degenerado: yo degenero también como cualquier otro. He enviado, sin embargo, á mi amigo Laborde el ligero cambio que os había enviado para *Pandore*, aunque un tanto adornado. Os confieso que me gusta mucho esta pieza. Si la representan, sería capaz de hacerme llevar en litera; pero *sic vos non vobis mellificatis apes*.

Á veces he proporcionado á Paris placeres que yo no he podido gustar. De todos modos he trabajado para los otros, y no para mí, y nada hay en verdad más noble.

Os he enviado, según creo, dos memoriales, para el duque de Praslin; no se trata de mí, pues no soy marino, cosa que siento. El embarcarme me pone á morir. Á no ser por eso, hubiera ido á China hace más de treinta años para olvidar todas las persecuciones que sufría en Paris, y que no puedo olvidar.

Mil cariñosos respetos á Madama de Argental.

Á propósito: si en mi todo está en decadencia, no lo está el cariño que os profeso.

#### Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

21 de Febrero de 1770

Señora, he recibido el *Carlos V* inglés, pero no he podido leer sino algunas páginas; mis ojos me rehusan todo servicio en tanto que la nieve cubre la tierra. Es muy extraño que me obstine permanecer en mi soledad para estar ciego durante cuatro meses; pero la dificultad de transplantarse á mi edad es tan grande y tan desagradable que no he podido resolverme aún á pasar el invierno en climas más cálidos. Me he consolado con vuestro ejemplo; y puesto que veo en vos una privación total, he creído que sería pusilanimidad no soportar una pasajera.

Quería daros las gracias antes; pero las salpicaduras de Ginebra me han trastornado durante algunos días. En la santa ciudad de maese Juan Calvino han empezado á tirar sobre los transeuntes... Han matado á cuatro ó cinco personas en traje de casa; y yo, que paso

la vida con mi bata, como Juan Jacobo, siento mucho que tengan tan poco respeto á los gorros de dormir.

Han matado á un anciano de ochenta años, lo cual me fastidia más aún; ya sabéis que estoy más cerca de los ochenta que de los setenta, y no ignoráis cuánto me lisonjea y me es necesaria la reputación de octogenario. Sois culpable por respeto á mí por haber acertado edad en vez de darle amplitud. Me habéis reducido malignamente á setenta y cinco años y tres meses, lo cual es una infamia; para reparar la falta dadme setenta y siete por lo menos.

À M. D'ALEMBERT.

19 de Marzo de 1770

Mi querido filósofo y amigo. Sois, seguramente, muy modesto, porque tratáis muy mal á vuestros panegiristas, que no han emprendido esta obra sino para rendiros homenaje. Si el impresor ha puesto tres por siete, esto es fácil de corregir.

Tenéis siempre montada en la nariz á cierta persona <sup>1</sup>. El ordenador general de Hacienda acaba de quitarme 200.000 francos <sup>2</sup>, únicos bienes libres que poseía y de que puedo disponer; de suerte, que si no me los devuelve, no tendré con que recompensar á mis criados después de mi muerte <sup>3</sup>. El otro, por el contrario, me ha concedido siempre en el acto cuantas mercedes le he pedido; puestos, dinero, honores, y no le he pedido nada para mí. Si no le mostrase cariño, deberíais despreciarle.

1. El duque de Choiseul.

2. Suspendiendo el pago de los libramientos.

3. Casi toda la fortuna de Voltaire estaba en rentas vitícolas.

No olvidéis de presentar mis respetos á M. de Saint-Lambert; Madama Denis y yo os abrazamos de corazón.

À M. DE LABORDE

BANQUERO EN PARÍS

Ferney, 16 de Abril de 1770.

No tengo el honor de conoceros, caballeros, sino por vuestra generosidad; empezasteis por ayudarme á casar á la nieta de Corneille; habéis tenido siempre la bondad de encargaros de cobrar mis rentas, sin permitir que perdiese ni lo mas mínimo en el cambio; habéis también tenido la amabilidad de colocar mi pequeño peculio; en cambio ¿qué he hecho yo por vos? Nada.

Si fuese joven iría por la posta á abrazaros en La Ferté; pero voy á cumplir setenta y siete años, y estoy muy enfermo.

No sabía una palabra de las grandes novedades que han ocurrido cuando os escribí el 5 de Marzo. No he visto aún ni edicto ni declaración: estoy enterrado entre nieves, y voy muriendo poco á poco.

Ahora empiezo á comprender, y me figuro que han lanzado sobre vuestra casa una gran bomba, y que uno de sus cascos ha ido á caer sobre mi cabaña. En medio de este desastre tratáis de reparar mi techumbre que los enemigos han quemado. Es demasiado, caballero; no es justo que paguéis todos los gastos de la guerra; sois demasiado noble. Acepto cuanto me proponéis, excepto este último rasgo de grandeza de ánimo.

Si, caballero; vuestra idea de las rentas sobre la ciudad es muy buena, y os suplico que déis órdenes para que la ejecuten.

la vida con mi bata, como Juan Jacobo, siento mucho que tengan tan poco respeto á los gorros de dormir.

Han matado á un anciano de ochenta años, lo cual me fastidia más aún; ya sabéis que estoy más cerca de los ochenta que de los setenta, y no ignoráis cuánto me lisonjea y me es necesaria la reputación de octogenario. Sois culpable por respeto á mí por haber acertado edad en vez de darle amplitud. Me habéis reducido malignamente á setenta y cinco años y tres meses, lo cual es una infamia; para reparar la falta dadme setenta y siete por lo menos.

Á M. D'ALEMBERT.

19 de Marzo de 1770

Mi querido filósofo y amigo. Sois, seguramente, muy modesto, porque tratáis muy mal á vuestros panegiristas, que no han emprendido esta obra sino para rendiros homenaje. Si el impresor ha puesto tres por siete, esto es fácil de corregir.

Tenéis siempre montada en la nariz á cierta persona <sup>1</sup>. El ordenador general de Hacienda acaba de quitarme 200.000 francos <sup>2</sup>, únicos bienes libres que poseía y de que puedo disponer; de suerte, que si no me los devuelve, no tendré con que recompensar á mis criados después de mi muerte <sup>3</sup>. El otro, por el contrario, me ha concedido siempre en el acto cuantas mercedes le he pedido; puestos, dinero, honores, y no le he pedido nada para mí. Si no le mostrase cariño, deberíais despreciarle.

1. El duque de Choiseul.

2. Suspendiendo el pago de los libramientos.

3. Casi toda la fortuna de Voltaire estaba en rentas vitícolas.

No olvidéis de presentar mis respetos á M. de Saint-Lambert; Madama Denis y yo os abrazamos de corazón.

Á M. DE LABORDE

BANQUERO EN PARÍS

Ferney, 16 de Abril de 1770.

No tengo el honor de conoceros, caballeros, sino por vuestra generosidad; empezasteis por ayudarme á casar á la nieta de Corneille; habéis tenido siempre la bondad de encargaros de cobrar mis rentas, sin permitir que perdiese ni lo mas mínimo en el cambio; habéis también tenido la amabilidad de colocar mi pequeño peculio; en cambio ¿qué he hecho yo por vos? Nada.

Si fuese joven iría por la posta á abrazaros en La Ferté; pero voy á cumplir setenta y siete años, y estoy muy enfermo.

No sabía una palabra de las grandes novedades que han ocurrido cuando os escribí el 5 de Marzo. No he visto aún ni edicto ni declaración: estoy enterrado entre nieves, y voy muriendo poco á poco.

Ahora empiezo á comprender, y me figuro que han lanzado sobre vuestra casa una gran bomba, y que uno de sus cascos ha ido á caer sobre mi cabaña. En medio de este desastre tratáis de reparar mi techumbre que los enemigos han quemado. Es demasiado, caballero; no es justo que paguéis todos los gastos de la guerra; sois demasiado noble. Acepto cuanto me proponéis, excepto este último rasgo de grandeza de ánimo.

Si, caballero; vuestra idea de las rentas sobre la ciudad es muy buena, y os suplico que déis órdenes para que la ejecuten.

Ya conocéis los propósitos del señor duque de Choiseul acerca de la fundación de una ciudad en mi vecindad. También debéis estar al corriente de los asesinatos cometidos en Ginebra y de la protección que la corte concede á los emigrantes.

No ha desagradado al señor duque de Choiseul mi acción de dar acogida en mi casa á varios habitantes de Ginebra. En seis semanas han fabricado algunos relojes. He mandado una caja de ellos al mismo señor duque. Estoy fundando una manufactura considerable; si fracasa sólo perderé el dinero que presto sin ningún provecho.

Las 16.500 libras de que me habláis vendrán muy bien en socorro de nuestra manufactura en el mes de Agosto.

Si pudiéseris indicarme algún modo de tener oro de España en barras ó en moneda, me prestaríais un gran servicio; sólo necesitaremos unos mil luises por año. Los obreros dicen que el oro es demasiado caro en Ginebra, y que se pierde demasiado en los luises de oro; se proporcionarían letras sobre Lyon para cada remesa.

Todo esto dista mucho de mis ocupaciones ordinarias; pero tengo el placer de duplicar los habitantes de mi aldea, de hacer crecer el trigo donde antes sólo crecían cardos, y de demostrar al rey que sé hacer algo más que escribir la *Historia del siglo de Luis XIV* y hacer versos.

Sé, sobre todo, caballero, darme cuenta exacta de vuestro mérito y de lo mucho que os debo. Os creo muy superior á los reveses que habéis sufrido. Todas las almas nobles son fuertes.

Tengo el honor de ser, con el agradecimiento más inviolable, con la estima que os debo y con la amistad que me inspiráis, caballero, etc.

## Á MADAMA NECKER

21 de Mayo de 1770

Mi modestia, señora, y mi razón me hicieron creer en un principio que la idea de una estatua era una buena broma; pero puesto que la cosa es seria, permitidme que os hable de ella seriamente.

Tengo setenta y seis años y acabo de pasar una enfermedad que me ha maltratado mucho mi cuerpo y mi alma durante seis semanas. M. Pigalle debe, según dicen, venir á modelar mi cara; pero, señora, para eso sería necesario tener cara; sería difícil adivinar el sitio en donde la tuve. Mis ojos se han hundido tres pulgadas, mis mejillas están reducidas á un pergamino viejo mal pegado á unos huesos sin consistencia. Los pocos dientes que tenía se han largado. Lo que os digo no es coquetería, sino la pura verdad. Jamás se ha visto que hagan el busto de un pobre hombre en semejante estado. M. Pigalle creería que se han burlado de él, y por mi parte tengo tanto amor propio que no me atrevería á mostrarme en su presencia. A fin de terminar esta extraña aventura le aconsejaría que tomase por modelo la figurilla de porcelana de Sèvres. Después de todo ¿qué importa á la posteridad que un bloque de mármol se parezca á tal ó cual hombre?

Me tengo por muy filósofo en este asunto; pero como soy aún más agradecido que filósofo, os doy sobre lo que me resta de cuerpo el mismo poder que tenéis sobre lo que me resta de alma. Uno y otra se hallan en el mayor desorden, pero mi corazón es vuestro, señora, como si tuviese veinticinco años y siempre con el mayor respeto.

Os ruego que presentéis mis respetos á M. Necker.

## A M. DE LA SAUVAGÈRE

En el castillo de Ferney, 23 de Septiembre de 1770

Caballero, una larga enfermedad, fruto de mi vejez, no me ha permitido daros antes las gracias por vuestra excelente obra. Hacia largo tiempo que sabía cuánto os debe la historia natural y cuánto amáis la verdad. Habéis descubierto en vuestro nuevo libro <sup>1</sup> cosas muy interesantes que eran poco conocidas; hasta hoy algunas que aclaran de un modo extraordinario la historia antigua del género humano, como son las largas y anchas piedras que servían de monumentos á casi todos los pueblos bárbaros; aún se ven algunas en Inglaterra. Es de creer que ese fué el origen de las pirámides egipcias.

He pasado antes algunos meses en Ussé, pero ya no estaban allí las dos momias. La explicación que dáis de ello me parece muy verosímil. No se puede leer vuestra obra sin sentir la mayor estima por su autor. Uno á estos sentimientos el agradecimiento y el respeto con que tengo el honor de ser, etc.

## A MADAMA NECKER

Ferney, 26 de septiembre de 1770

Os supongo actualmente en Paris, señora, y me lionjéo de creer que os habéis llevado á M. Necker en buena salud. Le presento mis muy humildes respetos, así como también á su señor hermano, y doy las gracias á ambos por la ligera correspondencia que se han

1. *Recueil d'Antiquités dans les Gaules.*

dignado cambiar con mi yerno, el marido de la señorita Corneille.

Actualmente tengo en mi casa á M. d'Alembert, cuya salud se ha fortalecido y cuya clara inteligencia é imaginación inagotable dulcifican los males que me agobian.

M. Thomas hace demasiado honor á mis dos brazos. No son sino dos husos muy secos, pero que desearían abrazar á ese poeta filósofo que sabe pensar y expresarse. Como en mi triste estado me queda aún la sensibilidad, me ha conmovido en extremo el honor que ha hecho á las letras con su discurso académico y la injusticia extremada que se ha hecho á este discurso queriendo ver en él lo que no había; lo han interpretado del mismo modo que los comentadores intrepentan á Homero. Todos suponen que pensó otra cosa distinta de la que dijo.

Hace largo tiempo que todas estas suposiciones están de moda.

He oído decir que se había procesado, en tiempo de hambre, á un hombre, porque había rezado en voz alta el Padre Nuestro; le trataron de sedicioso porque dijo alzando un poco más la voz: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

Me habláis, señora, del *Sistema de la Naturaleza*, libro que hace gran ruido entre los ignorantes y que indigna á toda la gente sensata. Es algo vergonzoso para nuestra nación que haya abrazado tanta gente tan pronto una opinión tan ridícula. Hay que ser muy loco para no admitir una gran inteligencia cuando se posee una pequeña. Pero el colmo de la impertinencia consiste en haber fundado un sistema completo en un falso experimento hecho por un jesuíta irlandés á quien se tomó por un filósofo. Desde la famosa aventura de aquel Malcraís de La Vigne, que se hizo pasar por una don-



cella que escribía versos, no se había visto bufonada semejante. Estaba reservado á nuestro siglo fundar un fastidioso sistema de ateísmo sobre un error. Los franceses hacen muy mal en abandonar las bellas letras por esas tonterías, y hacen también mal al tomarlas en serio.

Os renuevo, señora, mi respeto, mi agradecimiento y mi afecto.

#### AL SEÑOR MARQUÉS DE CONDORCET

5 de Diciembre de 1770

Puesto que el señor marqués de Condorcet tolera los versos, el rey de la China le suplica que le tolere. Había enviado un ejemplar para vos, caballero, á vuestro compañero de viaje. No sé si cuando se está en Paris se olvida á Pekín. Este ejemplar francés está impreso en una sola clase de letra. Ya sabéis que en China se han empleado setenta y cuatro para hacer más fáciles la impresión y la lectura. Eso es simplemente pasto para los señores de la Academia de inscripciones y bellas letras. Por lo demás, no dudo que el rey de China sea también aficionado á las matemáticas. Por mi parte, caballero, quiero apasionadamente á los dos matemáticos que tienen tanta rectitud como encanto en su espíritu.

Estoy muy enfermo y de veras, aunque el invierno es suave. Me abandona la facultad de digerir y por consiguiente de pensar. Sólo me resta la de amor que ejercitaré con vos, mientras me encuentre en el estado del presidente Hénault, al que me voy acercando mucho; hablo del estado en que se hallaba antes de morir. ¿Qué poca cosa es un académico viejo!

Me abandona la facultad de escribir. El viejo ermitaño os da la seguridad de su más cariñoso respeto.

#### AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Ferney, 9 de Enero de 1771

Me veo obligado á importunar á mi héroe en favor de mezquindades académicas. No es cosa muy interesante, sobre todo en el tiempo que corre. Pero me dicen que deseáis tener por colega á un presidente de Borgoña llamado Debrosses. Os pido por favor, monseñor, que me lo déis únicamente por sucesor; no tendrá que esperar largo tiempo, y vos me hariais morir de pesar anticipadamente si protegieseis á ese hombre, que es, en verdad, muy poco digno de ser protegido por mi héroe. Dignaos únicamente echar la vista por la copia de la carta que he escrito acerca de dicho asunto y veréis si no me moría de repente en el caso en que M. Debrosses fuese académico en vida mía. Os suplico que no hagáis que mis blancos cabellos bajen con tristeza al infierno, como dice la Sagrada Escritura, pero os suplico más aún que me sigáis dispensando vuestras bondades.

#### À LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

19 de Enero de 1771

Vuestra abuela, señora, me ha hecho el honor de llamarme su colega. Me tomo la libertad de llamarme, más que nunca, vuestro colega también, porque hace cuatro días que estoy completamente ciego. Estamos enterrados bajo la nieve. Vuestra abuela, á Dios gra-

cias, es menos digna de lástima, pues se halla en el mejor clima de la tierra. Será honrada en todas partes y más querida para su esposo, pues posee un pequeño reino donde hará mucho bien.

Pero siento un escrúpulo. Dicen que su marido tiene tantas deudas como buenas acciones hace. Las hacen subir á más de dos millones. Agregan que un hombre de alguna consideración le ha hecho decir que si no fuera por su mujer estaría en otro sitio que en su casa.

Estas son cosas que podéis saber y que podéis decirme.

Esta pequeña Venus en compendio me parece un Catón por sus sentimientos, y su catonismo está lleno de gracia. No podéis figuraros cuánto sentiría morir sin haberos vuelto á ver á una y otra.

Un joven que me parece que está llamado á ser algo ha venido á enseñarme esta carta traducida del árabe, que os envío <sup>1</sup>. Creo que vuestra abuela la ha recibido, y os suplico que no dejéis sacar copia.

Adiós, señora; sufro mucho, y no podría escribir nada que pudiera entreteneros. Me veo obligado á acabar diciéndoos que seguiré adicto á vos hasta el último momento de mi vida.

#### AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Fernéy, 4 de Febrero de 1771.

Mi héroe se pasa la vida colmándose de bondades y dándome bromas. Dícenme que está á la cabeza de una facción brillante contra M. Gaillard. Le suplico que descienda por un momento del gran torbellino en que se cierne, para considerar que M. Gaillard trabaja desde

1. *L'Épître de Benaldaki à Caramouftée.*

hace veinticuatro años en el *Journal des Savants*, que ha conseguido premios de la Academia, que ha escrito la *Historia de Francisco I*, que es muy estimable, y no ha hecho ni *Fétiches*, ni *Terres australes*. Suplico á nuestro respetable decano, sobrino de nuestro fundador que no contriste hasta este punto mi pobre vejez decrepita. Sé muy bien que se reirá de mis lamentos, y se burlará de mí hasta el último instante de mi vida. Mi héroe es muy capaz de venir á verme y hartarme de bromas. Hace largo tiempo que se digna mostrarme cariño y ponerme en ridículo de cuando en cuando. Estoy acostumbrado á ello, y sabe que lo soporto con paciencia angélica. Me echa en cara siempre quimeras, preferencias que él se imagina, descuidos que no existen; y con tan sólido fundamento, mortifica á su muy humilde y obediente servidor.

Europa cree que gozo de gran crédito con mi héroe, pero Europa se engaña, y le probaré cuando quiera que no es así, que no tengo crédito ninguno, y que mi héroe se pasa la vida burlándose de mí; sin embargo, es preciso que sea justo.

Al llegar á este punto, héroe mio, poned la mano sobre vuestra conciencia. Habéis hecho juramento ante Dios de dar vuestro voto al más digno, sin dar oídos á cábalas ni intrigas. Juzgad cuál es el más digno, y pensad lo que dirá la posteridad si os burláis de mí en esta cuestión de derecho. Os advierto que dicha posteridad tiene la vista fija en vos, que sólo os preocupáis del presente. Me quejaré á ella, como hacen todos los malos poetas, y á pesar de que se halla prevenida en favor vuestro, me hará justicia. No desesperéis, pues, á este tan viejo y tan burlado solitario del monte Jura, que os ha amado siempre y reverenciado con culto de dulia, y que ha perdido el tiempo.

### Á LA SEÑORA PRINCESA DE TALMONT

Ferney, 23 de Febrero de 1771.

Señora, tengo setenta y ocho años, soy débil de nacimiento, estoy enfermo y casi ciego. Mustafá mismo excusaría á un hombre que en semejante estado no se mostrase exacto en escribir.

Si el príncipe de Salm os ha dicho que yo estaba bien de salud, le perdono esta horrible calumnia en consideración del infinito placer que tuve cuando me hizo el honor de venir á mi cabaña.

Con respecto al Gran Turco, señora, no me es posible en absoluto adoptar su partido. No le gusta ni la ópera, ni la comedia, ni ninguna de las bellas artes; no habla francés, no es mi prójimo, ni puedo quererle. Siempre guardaré rencor á esa gente que ha devastado, empobrecido y embrutecido la Grecia entera. No podéis honradamente exigir de mí que muestre afecto á los destructores de la patria de Homero, Sófocles y Demóstenes. Hasta ós respeto bastante para creer que en el fondo del corazón pensáis como yo.

Hubiera deseado que vuestros bravos polacos, que son tan generosos, nobles y elocuentes, y que han resistido siempre á los turcos con tanto valor, se hubieran unido á los rusos para arrojar de Europa á la familia de Ortogul, pero mis votos no han sido oídos, y lo siento; pero suceda lo que quiera, estoy seguro de que vuestra respetable nación conservará siempre lo que hay de más estimable en el mundo, la libertad. Los turcos no han podido nunca quitársela, y ninguna potencia lo conseguirá. Sufriréis siempre tempestades, pero no os veréis nunca sumergidos; sois como las ballenas, que juegan con las tempestades.

En cuanto á vos, señora, que estáis en un puerto bastante cómodo, concibo cuál debe ser el pesar de vuestra hermosa alma al ver las penalidades de vuestros compatriotas. Habéis pensado siempre con grandeza, y me atrevo á decir que hay cierta especie de placer en comprender que no puede uno sufrir sino las desgracias de los otros. No puedo menos de aprobar todos vuestros sentimientos, excepto vuestra tierna amistad por esos bárbaros que tratan tan mal á vuestro sexo y le privan de la libertad que tanto estiman. ¿Qué os importa, después de todo, que se laven empezando por el codo? Como no tenéis ningún interés por esas abluciones, lo mismo os importaría que fuesen tan sucios como los samoyedos. Es preciso que todos los musulmanes sean por naturaleza muy sucios, puesto que Dios los ha obligado á lavarse cinco veces por día.

Por lo demás, señora, estoy seguro que os profesaría siempre el mismo respeto y afecto, ya estuvierais en la Meca, en Jerusalén ó en Astrakán. Acabo mis días en un desierto muy distinto de todos esos sitios tan famosos. Hago votos por vuestra felicidad, suponiendo que, en efecto, haya felicidad en la tierra. Habéis visto desgracias de todas clases; así es que os recomiendo á vuestra inteligencia y á vuestro corazón.

Aceptad, señora, el profundo respeto, etc.

Á M. DE LA HARPE

Ferney, 25 de Febrero de 1771.

El diablo se mete por todas partes desde hace algún tiempo. Se os han achado unos versos contra el mariscal de Richelieu; á mi me han atribuido una carta al Papa. Quieren haceros prender, y pretenden hacer que

me excomulguen. Nadie se halla en seguridad ni en esta vida ni en la otra; basta tener alguna reputación para ser perseguido y condenado. Hay que someterse á los mandatos de la Providencia. Debemos darle gracias, puesto que os ha escogido para castigar á maese Aliborón, alias Frerón. El *Mercurio*, en efecto se ha convertido en el único periódico de Francia, gracias á vuestros cuidados. El asno de Apuleyo comía rosas, el de Frerón se emborracha; cada uno se consuela como puede; únicamente compadezco á su tabernero. Con respecto al librero que le hacía la cama á Aliborón, no arriesga nada; siempre le quedará el *Journal chrétien*, con el que, si no hace fortuna, se salvará.

Dícese que Gentil Bernard ha perdido la memoria; sin embargo, su madre es una de las hijas de Mémoire, y debe tener crédito en la familia.

Es cierto que M. de Mairan está aburrido con sus ochenta y tres años, y que quiere ir en busca de Fontenelle. Por mi parte, iré muy pronto en busca de Pellégrin, de Danchet y del bárbaro Crébillon. Entre tanto os abrazo con todo mi corazón.

#### Á LOS SEÑORES DE LA ACADEMIA FRANCESA

Ferney, 4 de Marzo de 1771.

Señores, permitidme que os someta una idea que me lisonjeo ha de obtener vuestra aprobación. Llena la mente con la lectura de las *Geórgicas* de M. Delille, comprendo todo el mérito de la dificultad tan felizmente vencida, y pienso que no podría hacer más ho-

1. Mémoire significa *memoria* y este es un juego de palabras intraducible.

nor á Virgilio y á la nación. El poema de las *Estaciones* y las *Geórgicas* me parecen los dos mejores poemas que han honrado el nombre de Francia después del *Arte poética*. Habéis dado á M. de Saint-Lambert el puesto que merecía por más de un título. Ya sólo os resta poner á M. Delille á su lado. No le conozco; pero presumo, por su prefacio, que es aficionado á la libertad académica, que no es ni satírico ni adulador, y que sus costumbres son dignas de su talento.

Me confirma en la estima que le debo la crítica absurda, y con frecuencia odiosa, que ha hecho un tal Clément de esta importante obra lo mismo que del poema de las *Estaciones*. Esa viborilla de Dijón se ha mellado los dientes á fuerza de morder las dos mejores limas que poseemos. Creo, señores, que es digno de vosotros recompensar el talento haciéndole triunfar de la envidia. Seguramente es permitida la crítica; pero cuando es injusta merece castigo, y su verdadero castigo consiste en contemplar la gloria de aquellos á quienes ataca.

M. Delille ignora la libertad que yo me tomo al hablaros de esto. Hasta deseo que lo ignore, y me limito á haceros jueces de mis sentimientos que debo someter á vuestro alto criterio. Tengo el honor de ser con el más profundo respeto, etc.

A M. Duclos, secretario perpetuo de la Academia, etc. <sup>R</sup>

Si M. Duclos piensa como yo, y juzga que mi carta á la Academia es digna de atención, le suplico que la presente en la sesión que le parezca más á propósito. Confío en sus luces y en la amistad con que siempre me ha honrado. Puedo asegurarle que no he tenido el menor trato con M. Delille, que no le he escrito nunca,

que hasta ignoro si ha dado pasos para ser recibido en la Academia; pero me parece tan digno de serlo, que no he podido menos de decir lo que siento, suponiendo que lo permitan nuestros estatutos.

Presento mis respetos á M. Duclos.

### AL SEÑOR CONDE DE ROCHEFORT

Ferney, 4 de Marzo de 1771.

Mi querido teniente general de la guardia pretoriana, acabo de leer la mejor pieza que se ha hecho desde hace mucho tiempo, tanto por el fondo como por la trama y el estilo. No sé si tendrá tanto éxito en París como en provincias: pero lo que sí sé es que es excelente, y que así es como hay que escribir en prosa. La pieza, en verdad, tiene seis actos<sup>1</sup>; pero estos seis actos están muy bien distribuidos, y cada uno de ellos debe hacer muy excelente efecto. Parece que el autor tiene dos condiciones necesarias y raras, genio y chispa. Si por casualidad le véis en Versalles, os ruego que le digáis que admiro su plan y que estoy encantado de su estilo. Esta obra debe hacerse inmortal. No hay nada tan hermoso como la justicia gratuita, ni tan consolador como no verse obligado á ir á arruinarse á cien leguas de su domicilio; es el mayor servicio que se ha podido prestar á la nación.

¿Cómo está madama Diecinueve años? ¿Daréis este año una vueltecita por el Vivarais? ¿Tendremos la dicha de poseeros? Madama Denis me encarga os haga mil cumplidos. El pobre viejo enfermo os abraza como puede, porque no puede más.

1. El establecimiento de los seis consejos superiores.

### AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN

1.º de Abril de 1771.

Me he visto durante un mes abrumado por los sufrimientos, mi querido caballero mayor de Ciró; he tenido la gota, he estado muy mal de los ojos, casi ciego, y he estado muerto; el viento del Norte persigue aún mis cenizas.

Durante este tiempo me achacaban en París no sé cuántos libelos que circulan acerca de las vejaciones parlamentarias, de modo que me he visto el más perseguido de los muertos.

Todo esto es causa de que no os haya escrito al mismo tiempo que Madama Denis. Todos los que me escriben de París, me aseguran que sienten mucho estar allí. Sin embargo, todos se quedan. Vos sois más prudente que ellos, y tomáis el partido de vivir en el campo sin hacer gala de nada. No sé si estáis allí en la actualidad.

¿No sentís curiosidad por asistir al desenlace de la pieza que están representando en París desde hace dos meses? En provincias tiene mucho éxito. Por mi parte os aseguro que no puedo menos de palmotear cuando veo que la justicia ya no es venal, que los ciudadanos no son llevados de los calabozos de Angulema á los de la Conserjería, y que los gastos de justicia no corren ya á cargo de los señores.

Lo digo muy alto; este reglamento me parece el más excelente que se ha hecho desde la fundación de la monarquía, y creo que hay que ser enemigo del Estado y de sí mismo para no darse cuenta de sus beneficios.

Tenéis un sobrino encantador: adjunta va una es-

quelita para él, sin ceremonia, á fin de no multiplicar los portes de las cartas.

### AL SEÑOR PRÍNCIPE DE BEAUVAU

Ferney, 5 de Abril de 1771.

Me pongo á los pies de mi muy respetable colega, que no se desdena de darme este nombre. Del mismo modo que la encina es colega de la caña, ésta, alzando su cabecita dice muy humildemente á la encina: las de Dodona no hablaron nunca mejor. Es verdad, ilustre encina, que nunca habéis predicho el porvenir; pero habéis relatado el pasado con una nobleza, una decencia, una delicadeza y un arte admirables.

Hablando de lo que el rey hace de grande y de útil, habéis hallado el secreto de elogiar á un ministro amigo vuestro, cuyo celo ha devuelto el condado de Aviñón á la corona, subyugado y civilizado la Córcega, restablecido la disciplina militar y asegurado la paz de Francia. Os habéis sacrificado en aras de la amistad y la verdad. Sólo me quedan dos días que vivir; pero los emplearé en amar y reverenciar á un gran ministro, que me ha colmado de bondades, y el rey, seguramente, aprobará mi agradecimiento.

No me meto, seguramente, en los asuntos de Estado, porque esto no compete á las cañas. Aplaudo, como vos, la creación de los seis consejos, la justicia gratuita y la supresión de los gastos de la misma á cargo de los señores. Pero no escribo sobre estos asuntos: estoy muy lejos de ello y me indigno de los que me atribuyen tan buenas cosas.

Hay, entre otros escritos, un *Avis important à la noblesse de France*, la mitad del cual está tomada á la

letra de un librito titulado: *Tout se dira*. Y cometen la injusticia y la ignorancia de atribuirme este trabajo, que no es sino plato de segunda mesa. Que me echen en cara, *Barmecide*<sup>1</sup>; esa es obra mía, y sería capaz de recitársela al rey.

Pero, en medio de mi vejez y de mi retiro, no puedo menos de hacer justicia al mérito obscuramente y sin ruido.

Así es como esta pobre caña cascada se conduce con la hermosa y verde encina, á la que presenta su más profundo respeto.

### Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

Ferney, 5 de Abril de 1771.

Pues bien, señora, recibiréis la epístola al rey de Dinamarca. No os la he enviado, porque temí que algún galo se incomodase. Desde mi correspondencia con el emperador de la China, me he familiarizado mucho con los reyes; pero temo á cierto público de París que es más difícil de domesticar.

Por otra parte, no sólo me encuentro sumido en las tinieblas exteriores, sino que han caído sobre mi á la vez todos los males. Hay un abogado llamado Marchand, que ha tenido la ocurrencia de hacer mi testamento; puede estar seguro de que no le haré más legados que los que el presidente Hénault os ha hecho.

El señor príncipe de Beauvau me ha hecho el honor de enviarme su discurso á la Academia. Es noble, decente y está escrito en estilo digno; estoy sumamente contento de él. No lo estoy del todo con que se me imputen obras en que se dice que se maltrata á los

1. *L'épître de Bernaldaki à Caramouftée.*

Parlamentos. Hay una de un jesuita que es el autor de un libro titulado: *Tout se dira* y de otro que lleva por titulo: *Il est temps de parler*. Por mi parte, no me meto para nada en los asuntos de Estado; me contento con decir muy alto que conservaré el más profundo cariño al señor duque y á la señora duquesa de Choiseul hasta el último momento de mi vida.

Je l'ai dit à la terre, au ciel, à Guzman même <sup>1</sup>

Lo que me ha parecido mejor en el discurso del señor príncipe de Beauvau, es el secreto que ha hallado de realzar todos los servicios que el señor duque de Choiseul ha prestado al Estado, y que al hacer el elogio del rey ha hecho el del señor duque de Choiseul, sin que el rey pueda resentirse en lo más mínimo: hay mucha delicadeza en este rasgo que no tiene nada de común.

No he aprobado del mismo modo algunas censuras que me han parecido un poco fuertes. Creo que se puede hablar á su soberano de una manera algo más respetuosa. He escrito lo que pensaba á un hombre que ha enseñado mi carta.

Añadía que estaba encantado del establecimiento de los seis nuevos consejos que dispensan audiencia gratuita. Hallaba muy bien que el rey pagase los gastos de justicia en mi aldea. Han enseñado mi carta al rey, el cual no se ha enfadado. Le gustan los sentimientos honrados; y debería estar aún más contento si viese que hablo, en las pocas cartas que escribo, del agradecimiento que debo al marido de vuestra abuela.

Adiós, señora, comed bien, digérid y conversad. Y cuando escribáis á vuestra abuela, que no me escribe, ponedme por completo á sus pies.

1. *Alzira*, acto III, escena IV.

## AL SEÑOR CARDENAL DE BERNIS

Ferney, 27 de Noviembre de 1771.

Me escriben, monseñor, que un inglés muy inglés, que se llama M. Muller, hombre de ingenio, ha hecho correr en Roma la noticia de que á su vuelta me traería las orejas del gran Inquisidor en un papel de música, y que el Papa, al darle audiencia, le dijo: « Cumplimentad á M. de Voltaire, y decidle que su encargo no es fácil de hacer, porque el gran Inquisidor ya no tiene ni ojos ni orejas. »

Tengo una ligera idea de haber visto en mi casa á ese inglés; pero aseguro á Vuestra Eminencia que no he pedido las orejas de nadie, ni siquiera las de Frerón ni las de La Beaumelle.

Suponed que M. Muller ó Miller haya dicho eso en Roma y que el Papa le haya contestado como dicen: adjunta os envío mi respuesta. Desearia que pudiera divertirlos, porque después de todo esta vida no debe ser sino una diversión. Os distraigo muy rara vez con mis cartas, porque estoy muy viejo, muy enfermo y muy débil. Mis sentimientos para con vos no participan de esta debilidad; no se parecen á mis versos. Aceptad mi muy cariñoso respeto, y continuad dispensando vuestras bondades al viejo de Ferney.

Le grand inquisiteur, selon vous, très-saint père,  
N'a plus ni d'oreilles ni d'yeux:

Vous entendez très-bien, vous voyez encor mieux,

Et vous savez surtout bien parler et vous taire.

Je n'ai point ces talents mais je leur applaudis.

Vivez longtemps heureux dans la paix de l'Eglise,

Allez très-tard en paradis:

Je ne suis point pressé que l'on vous canonise.

Aux honneurs de là-haut rarement on atteint.  
 Vous êtes juste et bon, que faut il davantage?  
 C'est bien assez, je crois, qu'on dit: « Il fut un sage. »  
 Dira qui veut: « Il fut un saint. »

À M. DE BELLOY

2 de Diciembre de 1771.

El viejo cantor de los países extranjeros dirige sus mayores cumplidos al brillante cantor de los franceses. Ciertamente puede llamarse una hermosa época para la literatura, cuando un simple hijo de Apolo sucede á un príncipe de la sangre, y cuando el que celebra también la gloria de los Capetos reemplaza á un descendiente de los Hugos. El viejo enfermo se halla encantado de tener semejante colega. Esto sólo basta para rejuvenecerle; el discurso de recepción acabará de devolverle la salud. Su afectísimo, etc.

À M. LAURENT

INGENIERO Y CABALLERO DE LA ORDEN DEL REY

6 de Diciembre de 1771.

Sabia, caballero, hace largo tiempo que habiáis hecho prodigios de mecánica; pero os confieso que ignoraba que estuviéseis trabajando en la actualidad, por orden del rey, en los canales que han de enriquecer á Flandes y á Picardía. Agradezco á la naturaleza que no nos haya enviado nieves este año; estoy ciego cuando la nieve cubre nuestras montañas, así es que no hubiera podido ver los planos que os habéis dignado enviarme; me ha sorprendido tanto como se lo agradezco. Vues-

tro canal subterráneo, sobre todo, es una obra maestra inaudita. Boileau decia á Luis XIV en el hermoso siglo del buen gusto.

*J'entends déjà frémir les deux mers étonnées  
 De voir leurs flots unis au pied des Pyrénées.*

Cuando su sucesor haya hecho ejecutar todos estos proyectos, los mares no se admirarán de nada, pues estarán ya acostumbrados á los prodigios.

Me parece que el siglo pasado la gente se hacia valer demasiado, aunque con justicia, y que en el presente sucede lo contrario. Conocia el poema del emperador de China, é ignoraba los canales navegables de Luis XV.

Tenéis razón en decirme, caballero, que me intereso por todas las artes y por el comercio.

*Tous les goûts à la fois sont entrés dans mon âme.*

Aunque octogenario, he establecido fábricas en mi soledad salvaje. Tengo excelentes artistas que han enviado obras suyas á Rusia y á Turquía; y si yo fuese más joven, no desesperaria de tener como cliente á la corte de Pekin desde el fondo de mi aldea suiza.

Viva la memoria del gran Colbert, que hizo nacer la industria en Francia.

*Et priva nos voisins de ces tributs serviles  
 Que payait à leur art le luxe de nos villes.*

BOILEAU, *Epistola I.*

Bendigamos al hombre que dió tantos alientos al verdadero genio; sin que nada pierdan por eso los sentimientos que debemos al duque de Sully, que empezó el canal de Briare, y á quien le gustaba más la agricultura que las telas de seda. *Illa debuit facere, et ista non omittere.*

Hace tiempo que estoy roturando una tierra ingrata;



los hombres lo son más algunas veces; pero vos no os habéis dirigido ciertamente á uno de éstos al enviarme el plan de la obra más útil.

Tengo el honor de ser, con una estima igual á mi agradecimiento, etc.

### AL SEÑOR CONDE DE ARANDA

Ferney, 20 de Diciembre de 1771.

Señor conde, vuestras manufacturas son muy superiores á las mías, pero también ha de confesar Vuestra Excelencia que es algo más poderoso que yo.

Empiezo por los vinos, que considero como los primeros de Europa. No sabemos á cuál dar la preferencia, si al Canarias, al garnacha, al malvasía ó al moscatel de Málaga. Si este vino es de vuestras tierras, no debe estar muy lejos de ellas la tierra de promisión. Nos hemos tomado la libertad de brindar á vuestra salud tan pronto como llegaron dichos vinos. Juzgad el efecto que han debido producir en gente acostumbrada á los vinos de Suiza.

Vuestra manufactura de loza fina es muy superior á la de Estrasburgo; la mía comparada con la vuestra, es lo que la Córcega comparada con la España.

Yo también fabrico medias de seda; pero son groseras, y las vuestras tienen una finura admirable.

En cuanto al paño no digo nada, pues no conocemos aquí vuestros hermosos carneros. Vuestro paño es suave, fino, fuerte y muy bien trabajado, sin tener ese aspecto que echa á perder, á mi juicio, los paños de Inglaterra y Francia, y que sólo sirve para engañar la vista.

Aceptad bondadoso mis gracias, mis observaciones

y mi admiración hacia un hombre que descende á todos estos pequeños detalles en medio de las mayores cosas. Parece que en tiempo del duque de Lerma y del duque de Olivares, no poseía España estas fábricas.

Conservo como oro en paño el decreto solemne del 7 de Febrero de 1770, que viene á arruinar en parte las fábricas de la Inquisición. Europa entera os debe dar las gracias.

Si alguna vez queréis adornar el dedo de alguna ilustre dama española con un reloj sortija de repetición adornado con diamantes, sólo se hacen en mi aldea, y están á vuestra disposición. No lo digo por vanidad, pero es una verdadera casualidad la que me ha procurado el único artista que hace semejantes prodigios.

Los prodigios no deben desagradaros.

Tengo el honor de ser, etc.

### Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

Ferney, 18 de Mayo de 1772.

Verdaderamente, señora, recuerdo que conozco á vuestro dinamarqués. Lo vi hace ya algún tiempo en casa de Madama de Bareith, pero sólo de paso. No sabía lo amable que era. Parece que M. de Bernstorff, que sabe lo que son hombres, le había colocado en París, y que el pobre Struenzée, que sólo era inteligente en materia de reinas, lo envió á Nápoles. No creo que tenga mucho que esperar de Dinamarca ni del resto del mundo. Su salud está en un estado deplorable. Viaja con dos enfermos que se ha encontrado en el camino. Yo he hecho el cuarto, y he mandado que le sirvan piladoras para cenar. Después los he enviado á casa de

Tissot, que no ha curado nunca á nadie, y que está más enfermo que todos, haciendo libritos de medicina.

Este mundo, como sabéis, está lleno de charlatanes en medicina, en moral, en teología, en política y en filosofía. Lo que más me ha gustado en vos, señora, entre otros muchos méritos, es que no sois charlatana. Obráis de buena fe en lo que os gusta y en lo que os repugna, en vuestras opiniones y en vuestras dudas. Rendis culto á la verdad, pero no todo el mundo puede alcanzarla. Yo la he buscado toda mi vida sin poder dar con ella. No he divisado sino ligeros vislumbres que tomé por ella; por eso he dado siempre la preferencia al sentimiento sobre la razón.

Á propósito de sentimientos, no dejaré de repetiros mi profesión de fe respecto de vuestra abuela. Os diré siempre que independientemente de mi agradecimiento, que sólo acabará con mi vida, son ella y su esposo enteramente conformes con mi corazón.

Sabéis cuánto me alegraría de poder hablar con vos; pero he puesto mi gloria en no moverme, y esto es lo que debéis decir á vuestra abuela.

Adiós, señora, mis miserias saludan á las vuestras con todo el cariño y amistad imaginables.

AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Ferney, 25 de Mayo de 1772.

Mi héroe es decano de nuestra desmantelada Academia, y yo el decano de los que mi héroe pone en ridículo desde hace unos cincuenta años. El Cardenal de Richelieu hacía lo mismo con Boisrobert. Parece que cada uno tiene su cabeza de turco. Permitid á vuestro humilde querellante que os diga que si hay en vuestra

carta palabras divertidas, no hay una sola que sea equitativa.

En primer lugar, no soy bastante feliz para tener la más ligera correspondencia con el señor duque de Duras; y si me honrase con su familiaridad, como pretendéis, no lo llevariais á mal, por aquello de que el que lo hereda no lo hurta.

Os aseguraré al mismo tiempo, que M. d'Argental ha ignorado durante largo tiempo esa travesura de *Leyes de Minos*, que fué leída á los cómicos por un joven, pasando por obra de un abogado llamado Duroncel; por ser razonable que una tragedia, acerca de las leyes, fuese hecha por un jurisconsulto.

Además, puedo aseguraros que hace tres años que no he escrito á Thiriot. Os diré, además, que queria hacer imprimir la pieza y dar el producto de la edición al abogado (del mismo modo que he dado, desde hace veinte años, el producto de todas mis obras); y que yo no queria en absoluto que esta última corriese el riesgo del teatro. El abogado la puso en manos del librero Rosset en Lyon. El procurador general bajo cuya jurisdicción cae la librería, creyó por el título y la dedicatoria á un antiguo consejero, que se trataba de una sátira de los nuevos Parlamentos y de los sacerdotes; pero lo cierto es que si hay alguna alusión en esta pieza sólo se refiere al rey de Polonia. Ya he tenido el honor de deciros que el señor procurador general de Lyon envió la pieza al señor canceller, que se quedó con ella; y aunque siempre se ha mostrado muy bondadoso conmigo, no he querido reclamársela. Me he entretenido únicamente en corregir mucho la pieza, y sobre todo en ponerla en francés, lo cual no es común desde hace varios años.

Acaso me preguntaréis por qué no me he tomado la li-

bertad de dirigirme á vos y de implorar vuestra protección en favor de *Minos*. Lo he hecho, porque queria permanecer incógnito, y porque temia terriblemente que ejercieseis contra vuestro humilde cliente la arriscada costumbre que tenéis de burlaros de él; aparte de que nunca habéis tenido la bondad de decirme cómo podría hacer para dirigiros grandes paquetes. Además se corre el peligro de coger en mala hora á un virrey de Aquitania y mariscal de Francia, rodeado de negocios y de cortesanos, que puede sentir la tentación de echar al fuego una desdichada pieza de teatro que se presente en mala ocasión; sin contar con que os burlasteis de la tragedia *Mélope*, y que á los setenta y ocho años es muy natural que no me exponga á vuestros silbidos, imponiéndos el castigo de una tragedia. No quiere esto decir que allá en mi fuero interno no tenga yo la insolencia de creerla buena, pero no me atrevería á presumir de ello en voz alta: por otra parte, ¿á quién confiaría yo mis debilidades más bien que á mi respetable decano, si éste se dignase alentarme, en lugar de darme vaya, como lo hace siempre?

Pues bien; cuando tengáis tiempo de sobra y queráis ver mi obra, que es muy diferente de la que han leído á los cómicos, decidme si debo enviarla bajo sobre al señor duque d'Aiguillon ó á vos. Pero, á Dios gracias, no me decís nunca nada. ¿No redundaría hasta en interés vuestro el que se dijese un día que á nuestra edad conservábamos el fuego del genio?

Para que os avergoncéis de vuestra crueldad, ahí tenéis *les Cabales*, valen más que *la Bégueule*. Yo creo que entre mis piezas sueltas es la menos mala. Ridiculizadla si os atrevéis. Por lo menos seréis el único que se burle de ella, porque sois el único á quien se la envío con toda humildad.

Seguramente váis á decir que es preciso que tenga yo una salud terrible para hacer á mi edad tantas simplezas. En esto se engaña mi héroe. *Toto cælo, tota terrâ aberrat.*

Estoy completamente abrumado, sufro veintitrés horas de cada veinticuatro, y me mataría si no tuviese el consuelo de hacer tonterías. Las haré, pues, mientras viva; pero os seguiré queriendo, monseñor Burlón, con tan tierno respeto como si aplaudiéseis mis caprichos.—Me prosterno.

N. B. Creo que el conde de Morangiés no ha cobrado los cien mil escudos. Me atrevería á preguntaros qué pensáis de ello.

El abate Mignot es mi propio sobrino, y pasa por el mejor juez del Parlamento. Así es que ganaréis vuestros tres procesos; ¿pero es que voy á perder siempre el mio con vos?

#### Á UNO DE SUS COLEGAS DE LA ACADEMIA

No he leído, caballero, los hermosos versos en que, según decís, me desgarró el inclemente Clément igualmente que á varios de mis amigos. Hace cerca de sesenta años estoy acostumbrado á ser desgarrado por los Desfontaines, los Bonneval, los Fréron, los Clément, los La Beaumelle y otros grandes hombres de este siglo. Os envío la linda poesía que ese señor Clément hizo hace algún tiempo en honor mio y para mi gloria. He quitado únicamente algunos versos, no sólo porque hay que ser modesto, sino también porque no hay que abusar de vuestros ocios.

Soy con el mayor respeto posible, etc.

Como véis, ese señor Clément que antes me trataba

de ruiñeñor, se ha convertido en grajo, pero no se ha adornado con las plumas del pavo real. Se ha contentado con picotear á M. de Saint-Lambert, Delille, Watelet, Marmontel, etc., etc.

Me alegraría de ver esa epístola que nos enseña á todos nuestra obligación, pues podría sacar provecho de ella. Sólo tengo setenta y ocho años; los jóvenes de mi edad pueden siempre enmendarse, y debemos el mayor agradecimiento á los que públicamente y con caridad nos echan en cara nuestros defectos.

En otro tiempo he dicho :

L'envie est un mal nécessaire,  
C'est un petit coup d'aiguillon  
Qui nous force encore à mieux faire.

Había que decir que la envidia es un bien necesario, si es que esos señores no sienten otro deseo que el de aspirar á perfeccionar las artes y ser útiles al *universo*. M. Clément parece el hombre más útil del mundo después del ilustre Fréron; entra sabiamente en una carrera que debe immortalizarle, y sobre todo procurarle muchos amigos, etc.

Á M. DE BELLOY

Ferney, 8 de Junio de 1772.

Mi querido é ilustre colega. Tenemos que habérvos las vos y yo con una extraña nación

Quæ sola constans in levitate sua est 1.  
*Ovidio. Trist. v., 8.*

Se parece al Euripo, que tiene varios flujos y reflujos, sin que hasta ahora se haya podido adivinar la causa. Es cosa de reír.

1. Et tantum constans (fortuna) in levitate sua est.

Puesto que se han desencadenado contra el príncipe Negro y Du Guesclin, es seguro que Caboche triunfará. La decadencia del buen gusto ha llegado. Las *Leyes de Minos* son una obra muy floja, que dicen tiene alguna relación con los *Druidas*, y que, por consiguiente, no será representada. La había regalado á un joven abogado. Me parecía muy justo que un hombre del foro presentase una tragedia sobre las leyes. Pero parece que no es buena sino para ser representada por los aprendices de curiales. Don Pedro, Trastamara, el Príncipe Negro y Du Guesclin eran verdaderos héroes á propósito para la corte. Fué preciso que la cábala se encarnizase para prevalecer sobre estos grandes hombres que habéis ilustrado nuevamente. Tales borrascas sirven para consagrar vuestra reputación. Nunca han pensado en hacer ruido con las piezas de Danchet y del abate Pellegrin. El viejo proverbio « que más vale ser envidiado que compadecido » os viene como anillo al dedo.

¿No me han engañado al decirme que teniais una pensión del rey? Pienso para vos en lo sólido tanto como en la gloria, que no os han de arrebatar. No es bastante vivir para la posteridad; hay que vivir mientras dura la existencia. Vuestro gran talento ha hecho que os cobré un verdadero afecto; deseo apasionadamente que seáis tan feliz como merecéis serlo; pero vos sois tan buen filósofo como buen poeta.

Os abrazo de todo corazón, sin las vanas ceremonias que deben despreñar buenos camaradas.

Á M. DE LA HARPE

Julio de 1772.

No sois, señor, el único que se haya quejado de que

le atribuyan versos de otro. En todo tiempo hubo padres putativos de hijos que no eran suyos.

M. d'Hannetaire, literato de mérito, que vive retirado hace largo tiempo en Bruselas, se me queja en carta del 6 de Junio de que han impreso, con mi nombre, una epístola en verso que él reivindica. Empieza así :

En vain, en quittant ton séjour,  
Cher ami, j'abjurai la rime  
La même ardeur encor m'anime;  
Et semble augmenter chaque jour.

Es muy justo que le devuelva lo suyo, de que debe estar celoso. No puede escoger depósito más conveniente que el del *Mercurio* para consignar en él mi declaración auténtica de que no tengo parte alguna en esta pieza ingeniosa, que se me hace demasiado honor, y que jamás he visto ni la obra ni á M. de N., á quien está dirigida, ni la colección en que está impresa. No quiero ser plagiario, como dicen en el *Année littéraire*. De la misma manera restituí fielmente en los periódicos los versos de un tierno amante á una hermosa actriz de Marsella. Protesté con candor de que jamás había disfrutado los favores de aquella heroína. He aquí cómo á la larga triunfa la verdad de todo. Hace cincuenta años que los libreros ciñen diariamente mis sienes con laureles que no me pertenecen. Yo los restituí á sus propietarios inmediatamente que me entero de quién son.

Verdad es que esos grandes honores que los libreros y los curiosos nos hacen á veces á vos y á mi tienen sus ligeros inconvenientes. No hace mucho tiempo que un hombre que se llama abogado, y que es el entretenimiento del foro, tuvo la bondad de hacer mi testamento y de imprimirlo. Varias personas, así en provin-

cias como en el extranjero, creyeron, en efecto, que tan linda pieza era mía; pero como me he declarado siempre contra los testamentos atribuidos á los Cardenales de Richelieu, Mazarino y Alberoni y contra los que han corrido con los nombres de los ministros Louvois y Colbert y del mariscal de Belle-Isle, es muy justo que proteste también contra el mío, aunque estoy muy lejos de ser ministro. Restituyo, pues, á M. Marchand, abogado del Parlamento, mis últimas voluntades, que son exclusivamente suyas, y le suplico que por lo menos tenga á bien considerar esta declaración como mi codicilo.

Entre tanto que le hago mi albacea testamentario, debo declarar, mientras estoy aún en vida, que volúmenes enteros de cartas impresas con mi nombre, y que no tienen sentido común, no son mías.

Aprovecho esta ocasión para hacer saber á cinco ó seis lectores á quienes maldito si les importa que el artículo MESIAS, impreso en el *Gran Diccionario Enciclopédico* y en otras muchas colecciones, no es obra mía, sino de M. Polier de Bottens, que desempeña una dignidad eclesiástica en una ciudad célebre, y cuya piedad, ciencia y elocuencia son muy conocidas. Me han enviado hace poco su manuserito, que es enteramente de su puño y letra.

Conviene observar que cuando se creía que esta obra era de un seglar, varios compañeros del autor la condenaron á raja tabla; pero cuando supieron que era de un eclesiástico como ellos, la admiraron. Así es como juzga la gente con frecuencia, y no hay probabilidad de que se corrija.

Como los viejos son aficionados á contar y hasta á repetir, os recordaré que un día los literatos más distinguidos del reino eran éstos: el príncipe de Vendô-

me, el caballero de Bouillon, el abate de Chaulieu, el abate de Bussy, que tenía más ingenio que su padre, y varios discípulos de Bachaumont, de Chapelle y de la célebre Ninon — decían toda clase de perrerías de La Motte-Houdart, cuyas fábulas acababan de aparecer. Tratábanle con el mayor desprecio, y aseguraban que nunca llegaría ni á las más medianas fábulas de La Fontaine. Yo les hablé de una nueva edición del mismo La Fontaine y de varias fábulas de este autor que se habían encontrado nuevamente. Les recité una, y quedaron extasiados. « Jamás, exclamaban, tendrá La Motte un estilo semejante. ¡ Qué delicadeza! ¡ qué gracia! ¡ Se reconoce á La Fontaine en cada palabra! » La fábula era de La Motte <sup>1</sup>.

Pase aún cuando la equivocación versa sobre tales fábulas; pero cuando la preocupación, la envidia y la cábala imputan á ciertos ciudadanos obras peligrosas, cuando la calumnia vuela de boca en boca hasta los oídos de los poderosos, y cuando la persecución es el fruto de esta calumnia, ¿ qué hemos de hacer? Cultivar nuestro jardín, como Cándido.

Á M. D'ALEMBERT

4 de Septiembre de 1772.

Desearía, mi querido y muy gran filósofo, que se

1. Voltaire se olvida de referir que los invitados del príncipe de Vendôme, después de hacerse repetir la fábula, la hallaron detestable. Una broma semejante le dieron á Voltaire en 1765 en Ferney. Habiéndole recitado La Harpe la más bella oda sobre la muerte de Juan Bautista Rousseau, sin decirle que era de Lefranc de Pompignan, Voltaire la encontró admirable, pero continuó hablando de ella en los mismos términos después de saber de quién era y de hacer que se la repitiesen.

concediesen rara vez premios, á fin de que fuesen más grandes y más merecidos.

Desearía que la Academia fuese siempre libre, á fin de que hubiese algo libre en Francia. Desearía que su secretario tuviese más renta, á fin de que se le hiciese justicia en este mundo.

Desearía... Pero me detengo en lo mejor de mis deseos, porque sería cosa de nunca acabar. Desearía tener el consuelo de veros antes de morir.

Me han hablado de las *Máximas de derecho público de los franceses* <sup>1</sup>. Me han dicho que es fuerte; pero acaso ¿ es muy bueno? ¿ Es que tenemos nosotros, bárbaros galos, derecho público? Parece que la nación no tiene semejanza sino con un patio de comedia. Si juzgase tan mal en los Estados generales como en los patios del teatro, no se habría hecho mal en abolir semejantes Estados. No me intereso por ninguna asamblea pública, á no ser por la de la Academia, y eso porque vos tomáis parte en ella. Os han cosido la mitad de la boca; pero lo que os queda es tan bueno que se os oirá siempre con el mayor placer.

Esperamos una historia detallada de la aventura de Dinamarca; dicen que es muy curiosa, y hasta pretenden que es verdadera. En este caso sería la primera de su especie <sup>2</sup>.

El rey de Prusia me hace saber que me envía un servicio de porcelana; ya veréis cómo se rompe en el camino. No tardará en gozar de su Prusia polaca. ¿ Digerirá mejor por eso? ¿ Dormirá mejor? ¿ Vivirá más largo tiempo?

Os anuncio como novedad que aquí nos burlamos

1. Por el abate Mey, 1772.

2. Struensée, acusado de adulterio con la reina de Dinamarca, había sido decapitado el 27 de Abril.

del rayo, que los conductores <sup>1</sup> se han puesto tan á la moda como las grajeas de Kaiser.

Vivid largo tiempo *memor nostri*; soy vuestro apasionado.

### Á M. DE LA HARPE

Ferney, 22 de Enero de 1773

Mi querido amigo y sucesor. Vuestro elogio de Racine es casi tan hermoso como el de Fenelón, y vuestras notas son superiores á uno y otro. Vuestro muy elocuente discurso sobre el autor del *Telémaco* os ha creado algunos enemigos. Vuestras notas acerca de Racine son tan juiciosas y tan llenas de buen gusto, de delicadeza, de vigor y de calor, que podrán muy bien atraeros algunas censuras pero vuestros críticos (si los que hay se atreyan á mostrarse) se verán obligados á estimaros y, me atrevo á decirlo, á respetaros.

Siento en el alma no haberos dado cuenta antes de lo que oí decir con frecuencia hace más de cuarenta años al difunto mariscal de Noailles, de que Corneille iría decayendo de día en día y Racine se iría elevando. Su predicción se ha realizado á medida que el gusto se iba formando: esto significa que Racine es siempre natural, y que Corneille no lo es casi nunca.

Cuando emprendí el *Comentario acerca de Corneille*, lo hice sólo para aumentar el dote que señalaba á su sobrina, á quien conocéis; y en efecto, la señorita Corneille y los libreros se repartieron 100.000 francos que produjo esta primera edición. Á mí me correspondió un aumento de odio y de calumnia por parte de los que han convertido en mis eternos enemigos mis pobres éxitos.

1. Pararrayos.

Dijeron que el admirador de las escenas sublimes que hay en *Cinna*, en *Poliuto*, en el *Cid*, en *Pompeyo* y en el quinto acto de *Rodoguna*, no había hecho este comentario sino para burlarse del insigne poeta. Lo que yo hacia por respeto á su memoria, y más aún por amistad hacia su sobrina, fué considerado como envidia de mal género y vil interés por los que conocen sino este sentimiento, cuyo número no es pequeño.

Envié casi todas mis notas á la Academia, donde fueron discutidas y aprobadas. Es verdad que me asusté al ver la enorme cantidad de faltas que hallé en el texto y no tuve valor para notar sino la mitad apenas: Monsieur Duclos me escribió que si se hubiera encargado de hacer el comentario hubiera hecho notar otras. En fin, tengo el valor de decirlo. Los gritos ridículos de mis ridículos enemigos, y más aún la voz de la verdad, que me ordena declarar mi pensamiento, me da osadía para ello. Actualmente se hace una hermosa edición en cuarto de Corneille y de mi comentario. Es tan correcta como defectuosa la de mis pobres obras. Digo en ella la verdad con tanto atrevimiento como vos.

Qui n'a plus qu'un moment á vivre,  
N'a plus rien á dissimuler.

Ya sabéis que la sobrina del padre de nuestro teatro se enfada cuando le hablan mal de Corneille. Sin embargo no lo puede leer, y sólo lee á Racine. Los sentimientos de mujer triunfan en ella de los deberes de sobrina. Esto no impide que nosotros, hombres dedicados á hacer tragedias, debamos el más profundo respeto á nuestro padre. Recuerdo que cuando di al teatro no sé cómo el *Edipo*, siendo yo muy joven y muy aturdido, algunas señoras me decían que mi pieza (que no vale gran cosa) excedía á la de Corneille (que

no vale nada), respondí con estos dos admirables versos de Pompeyo:

Restes d'un demi-dieu dont jamais je ne puis  
Egaler le grand nom, tout vainqueur que j'en suis.

Admiremos, amemos lo bello, mi querido amigo, donde quiera que esté; detestemos los versos visigóticos con que nos abruma hace ya largo tiempo, y burlémonos de lo demás. Las pequeñas cábalas no deben asustarnos: las hay siempre en la corte, en los cafés y entre los capuchinos. Racine murió de pesar, porque los jesuitas habían dicho al rey que era jansenista. Han podido decir al rey, sin que yo me muera, que era yo ateo, porque hice decir á Enrique IV:

Je ne décide point entre Genève et Rome.

Decido con vos que hay que admirar y estimar las piezas perfectas de Juan y los inimitables trozos de Pedro. Yo, que no soy ni Pedro ni Juan, hubiera querido enviaros las *Leyes de Minos*, que se representarán ó no en vuestro teatro; pero han querido hallar en ellas alusiones y alegorías y me he visto obligado á quitar lo más picante y á echar á perder mi obra para hacerla pasar. No he tenido otro fin al imprimirla que el de hacer, como vos, notas que no valdrán tanto como las vuestras, pero que serán curiosas.

Ya oiréis hablar de ellas dentro de poco.

Adiós, el viejo enfermo de Ferney os abraza bien fuerte.

À M. DE LA HARPE

Ferney, 19 de Abril de 1773

Prestáis hermosas alas á ese *Mercurio* que ni siquiera

era galante en tiempo de Visé, y que gracias á vuestros cuidados se ha convertido en monumento de gusto, de razón y de genio.

Vuestra disertación acerca de la oda me parece una de las mejores odas que poseemos. Dáis el precepto y el ejemplo. Es lo que yo aconsejé largo tiempo á los periodistas; ¿pero es posible aconsejar á uno que tenga talento?

Vuestras traducciones de Horacio y de Pindaro prueban demasiado que hay que ser poeta para traducirlos. M. de Chavanon era muy capaz de darnos á Pindaro en versos franceses: y si no lo ha hecho, es porque trabajaba para una sociedad literaria que se preocupaba del conocimiento de la lengua griega y de los antiguos usos que de nuestra poseía.

Creo que no se cantaron las odas de Pindaro sino una sola vez, y eso en alguna ceremonia, el día en que se celebraba á los caballos de Hierón ó á algún héroe que había vencido á puñetazos. Pero tengo motivos para creer que se repetían con frecuencia en la mesa las canciones de Anacreonte y algunas de Horacio: una oda es una canción; es uno de los atributos de la alegría.

Tenemos en nuestra lengua cancioncitas sin número que valen tanto como las de los griegos y que el mismo Anacreonte hubiera cantado, como ya se ha dicho con mucha razón.

Toda Francia, en la época de nuestro adorable Enrique IV, cantaba *Charmante Gabrielle*, y dudo mucho que entre todas las odas griegas se encuentre mejor estrofa que la segunda de esta canción famosa:

Recevez ma couronne,  
Le prix de ma valeur,  
Je la tiens de Bellone,  
Tenez-la de mon cœur.



no vale nada), respondí con estos dos admirables versos de Pompeyo:

Restes d'un demi-dieu dont jamais je ne puis  
Egaler le grand nom, tout vainqueur que j'en suis.

Admiremos, amemos lo bello, mi querido amigo, donde quiera que esté; detestemos los versos visigóticos con que nos abruma hace ya largo tiempo, y burlémonos de lo demás. Las pequeñas cábalas no deben asustarnos: las hay siempre en la corte, en los cafés y entre los capuchinos. Racine murió de pesar, porque los jesuitas habían dicho al rey que era jansenista. Han podido decir al rey, sin que yo me muera, que era yo ateo, porque hice decir á Enrique IV:

Je ne décide point entre Genève et Rome.

Decido con vos que hay que admirar y estimar las piezas perfectas de Juan y los inimitables trozos de Pedro. Yo, que no soy ni Pedro ni Juan, hubiera querido enviaros las *Leyes de Minos*, que se representarán ó no en vuestro teatro; pero han querido hallar en ellas alusiones y alegorías y me he visto obligado á quitar lo más picante y á echar á perder mi obra para hacerla pasar. No he tenido otro fin al imprimirla que el de hacer, como vos, notas que no valdrán tanto como las vuestras, pero que serán curiosas.

Ya oiréis hablar de ellas dentro de poco.

Adiós, el viejo enfermo de Ferney os abraza bien fuerte.

À M. DE LA HARPE

Ferney, 19 de Abril de 1773

Prestáis hermosas alas á ese *Mercurio* que ni siquiera

era galante en tiempo de Visé, y que gracias á vuestros cuidados se ha convertido en monumento de gusto, de razón y de genio.

Vuestra disertación acerca de la oda me parece una de las mejores odas que poseemos. Dáis el precepto y el ejemplo. Es lo que yo aconsejé largo tiempo á los periodistas; ¿pero es posible aconsejar á uno que tenga talento?

Vuestras traducciones de Horacio y de Pindaro prueban demasiado que hay que ser poeta para traducirlos. M. de Chavanon era muy capaz de darnos á Pindaro en versos franceses: y si no lo ha hecho, es porque trabajaba para una sociedad literaria que se preocupaba del conocimiento de la lengua griega y de los antiguos usos que de nuestra poseía.

Creo que no se cantaron las odas de Pindaro sino una sola vez, y eso en alguna ceremonia, el día en que se celebraba á los caballos de Hierón ó á algún héroe que había vencido á puñetazos. Pero tengo motivos para creer que se repetían con frecuencia en la mesa las canciones de Anacreonte y algunas de Horacio: una oda es una canción; es uno de los atributos de la alegría.

Tenemos en nuestra lengua cancioncitas sin número que valen tanto como las de los griegos y que el mismo Anacreonte hubiera cantado, como ya se ha dicho con mucha razón.

Toda Francia, en la época de nuestro adorable Enrique IV, cantaba *Charmante Gabrielle*, y dudo mucho que entre todas las odas griegas se encuentre mejor estrofa que la segunda de esta canción famosa:

Recevez ma couronne,  
Le prix de ma valeur,  
Je la tiens de Bellone,  
Tenez-la de mon cœur.

Con respecto á la música no podemos establecer comparación; pero tengo muy serias razones para creer que la música griega era tan sencilla como la nuestra, y que se parecía algo á nuestros villancicos de Navidad y á algunos aires del canto gregoriano. Me lo hace creer que el Papa Gregorio I, aunque nacido en Roma, era originario de una familia griega, y substituyó la música de su patria á los bramidos de los occidentales.

Con respecto á las odas pindáricas he visto con placer en un ensayo de suplemento á la empresa inmortal de la Enciclopedia que se citan en él trozos sublimes de Quinault, que tienen todo el vigor de Píndaro, conservando, sin embargo, esa feliz naturalidad que caracteriza al fénix de la poesía cantante, como le llama La Bruyère.

Chantons dans ces aimables lieux  
 Les douceurs d'une paix charmante;  
 Les superbes géants, armés contre les dieux,  
 Ne nous donnent plus d'épouvante.  
 Ils sont ensevelis sous la masse pesante  
 Des monts qu'ils entassaient pour attaquer les cieux.  
 Nous avons vu tomber leur chef audacieux  
 Sous une montagne brûlante;  
 Jupiter l'a contraint de vomir à nos yeux  
 Les festes enflammés de sa rage expirante.  
 Jupiter est victorieux,  
 Et tout cède à l'effort de sa main foudroyante.  
 Chantons dans ces aimables lieux  
 Les douceurs d'une paix charmante !

El hermoso arte de la declamación con sus recitados daba nuevo realce á estos versos heroicos, llenos de imágenes y de armonía. No sé si es posible llevar más lejos dicho arte que en la última escena de *Armida*, y

1. *Proserpina*, acto I, escena I.

creo que no se hallará en ningún poeta griego nada tan lleno de atractivo y de animación, nada tan pintoresco como el último dicho pasaje de *Armida*, y el cuarto de *Roland*.

No sólo me parece la lectura de una oda cosa insípida comparada con esas obras maestras que hablan á los sentidos, sino que daría por este cuarto acto de Quinault todas las sátiras de Boileau, injusto enemigo de este hombre, único en su género, que contribuyó como Boileau á la gloria del gran siglo, y que sabía apreciar las obscuras bellezas de su enemigo, mientras que Boileau no sabía hacer justicia á las suyas.

Vuelvo á mis odas: son estancias y nada más; pueden divertir á un lector cuando hay en ellas ingenio y verdad; por ejemplo, someto á vuestra apreciación la siguiente estancia de Lamotte:

Les champs de Pharsale et d'Arbelle  
 Ont vu triompher deux vainqueurs,  
 L'un et l'autre digne modèle  
 Que se proposent les grands cœurs;  
 Mais le succès a fait leur gloire;  
 Et si le sceau de la victoire  
 N'eut consacré ces demi-dieux,  
 Alexandre, aux yeux du vulgaire,  
 N'aurait été qu'un téméraire,  
 Et César qu'un séditieux.

Decidme si conocéis algo más verdadero ni más digno de ser sentido por un rey y por un filósofo. Píndaro no hablaba de esta suerte á Hierón, que le dió por sus alabanzas cinco talentos, evaluados en tiempo del gran Colbert, en mil escudos por talento, lo cual vale hoy el doble.

La oda grandiosa, ó mejor dicho, el himno magnífico de Horacio para los juegos seculares tiene una belleza de orden diferente. El poeta canta en él á Júpiter

ter, al sol, á la luna, á la diosa de los alumbramientos, á Troya, á Aquiles, á Eneas, etc. Sin embargo, no hay galimatías; allí no se ve ese amontonamiento de imágenes gigantescas, sembradas á la ventura, incoherentes, falsas, pueriles por su hichazón misma y que se hallan cien veces repetidas sin razón y sin tacto; este reproche no se lo dirijo á Píndaro.

Después de haber juzgado y hasta imitado muy bien á Horacio y Píndaro, y después de haber pagado al muy estimable M. de Chabanon el tributo de justicia que merece su prosa noble y armoniosa, que parece tan fácil á pesar del trabajo más penoso, habéis hecho otra clase de justicia. Habéis examinado con tanto gusto y delicadeza como prudencia y honradez, no sé qué sátira un tanto grosera, llamada: *Epistola de Boileau*. No la conozco sino por los pocos versos que de ella citáis y de que hacéis una crítica muy juiciosa. Veo que en dicha sátira son atacadas varias personas de gran mérito como M. de Saint-Lambert, Delille, Saurin, Marmontel, Thomas y De Belloy. Vos mismo recibís vuestra parte en las ligeras injurias que un joven escolar tiene la osadía de dirigir á todos los que mantienen hoy el honor de la literatura francesa.

¿Cómo sería recibido un escolar que se presentase en la Academia el día de la distribución de premios y que dijese en la puerta: Señores, voy á demostraros que sois los literatos más despreciables? Sería preciso empezar por tener importancia y reputación para atreverse á decir esto, y en ese caso no se diría.

Cuando la razón, el talento y las costumbres de ese joven hayan adquirido algo de madurez, comprenderá lo mucho que os debe por haberle llamado al orden. Verá que un satírico que no encubre con un talento eminente ese vicio, nacido del orgullo y la bajeza, vive

toda su vida encenagado en el oprobio; que se le odia sin temerle, que se le desprecia sin que inspire lástima; que se le cierran todas las puertas de la fortuna y la consideración; que los que le han alentado á emprender ese oficio infame, son los primeros en abandonarle, y que los malvados que enseñan á un perro á morder, no se encargan nunca de alimentarlo.

Si puede permitirse un poco de sátira es únicamente al que se ve atacado. Corneille, vilipendiado por Scudery, se dignó hacer un mal rondó contra el gobernador de Nuestra Señora de la Guardia. Fontenelle, insultado por Racine y Boileau, les dirigió algunos epigramas medianos. A veces hay que recurrir á la guerra defensiva; ha habido reyes que no se han contestado con esta guerra de necesidad.

En cuanto á vos, señor, me parece que sostenéis la vuestra con nobleza. Ilustráis al enemigo al mismo tiempo que triunfáis de él; os asemejáis á esos bravos generales que tratan á sus prisioneros con cortesía y les dan bien de comer.

Hay que confesar que la mayor parte de las disputas literarias son el oprobio de la nación.

#### Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

20 de Abril de 1773. ®

Señora, ahora más que nunca es vuestra majestad imperial mi heroína y muy por encima de la majestad. ¡Cómo! ¿en medio de vuestras negociaciones con Mustafá y de vuestros nuevos preparativos para batirle en regla, cuando la mitad de vuestro genio debe atender á Polonia y la otra á Bukarest, os queda aún otro genio superior al de los miembros de vuestra

Academia de Ciencias, y que se digna dar á mi ingeniero las lecciones que esperaba de aquéllos? ¿Cuántos genios tenéis, pues? Tened la bondad de decirme en confianza. No os pido que me digáis si váis á sitiár á Andrinópolis, muy fácil de tomar, mientras las tropas austriacas se apoderan de la Servia y de la Bosnia. Estos secretos no son de mi competencia, así como tampoco el licenciamiento de nuestros caballeros errantes. Me limito á reír cuando veo en una de vuestras cartas que deseáis conservarlos aún algún tiempo en vuestros Estados para que enseñen las buenas maneras en vuestras provincias.

El portal embovedado levantado sobre hielo y que subsiste desde hace cuatro años, me parece uno de los milagros de vuestro reino, pero también lo es de vuestro clima. Dudo mucho que en nuestros cantones fuese posible levantar un monumento semejante; en cuanto á la bomba llena de agua, estallaría con una fuerte helada lo mismo que en San Petersburgo.

Dícese que el termómetro de espíritu de vino ha marcado cincuenta grados bajo cero este año en vuestra residencia. Nosotros suizos pereceríamos, seguramente, si llegase á bajar aquí á veinte: nuestro mayor frío es de quince ó dieciséis, y este año no ha llegado á diez.

Me alegraré mucho de que vuestras bombas estallen en adelante sobre las cabezas de los turcos y de que el príncipe de Orlof levante arcos de triunfo, no sobre el hielo sino en el Atmeidan y en Estambul; y entonces haréis nacer en Grecia Fidias y Milciades.

Creo que Algarotti se engaña al decir que los griegos inventaron las artes. Perfeccionaron algunas y aun eso bastante tarde.

Existía, por otra parte, un antiguo proverbio, según

el cual los caldeos habían enseñado á los egipcios y éstos á los griegos.

Los griegos se civilizaron tan tarde, que se vieron obligados á aprender el alfabeto de Tiro cuando los fenicios comenzaron á comerciar con ellos y á edificar ciudades en Grecia. Estos griegos se servían antes de la escritura simbólica de los egipcios.

Otra prueba del espíritu inventivo de los griegos es que sus primeros filósofos iban á aprender á la India, y Pitágoras mismo aprendió allí la Geometría.

De la misma suerte, señora, van ya los filósofos extranjeros á tomar lecciones en San Petersburgo. El grande hombre que preparó la senda por donde marcháis y que fué el precursor de vuestra gloria, decía, con mucha razón, que las artes daban la vuelta al mundo y circulaban como la sangre en las venas. Vuestra majestad imperial parece hoy inclinada á cultivar el arte de la guerra, pero no desdeña las demás.

No creía, hace un mes, habitar aún el globo al que vos maravilláis. Doy gracias á la naturaleza que ha querido tal vez que viviese yo hasta la época en que os hayáis establecido en la patria de Orfeo y de Marte, es decir, hasta dentro de algunos meses; pero no me hagáis esperar más tiempo. Es preciso de todo punto que me marche. Moriré conservándoos el culto que he consagrado á vuestra majestad imperial. Dignese la inmortal Catalina aceptar siempre mi profundo respeto y seguir dispensando sus bondades al anciano enfermo de Ferney, que la idolatra á pesar de su respeto.

Á M. DIDEROT

Ferney, 20 de Abril de 1773.

Muy agradable sorpresa me ha causado, señor, el

recibo de una carta firmada Diderot, al volver de allende la laguna Estigia.

Figuraos cuál hubiera sido la alegría de un viejo soldado cubierto de heridas al recibir una carta de monsieur de Turena. La naturaleza me ha permitido pasar aún algún tiempo en este mundo; es decir, un segundo entre lo que se llaman dos eternidades, como si pudiese haber trescientas.

Vegetaré, pues, al pie de los Alpes un instante más en la corriente del tiempo que todo lo devora. Mi facultad inteligente se desvanecerá como un sueño, pero con el pesar de haber vivido sin veros.

Me enviáis las fábulas de uno de vuestros amigos. Si es joven respondo que hará carrera; si no lo es diríase de él que escribe con talento lo que inventó con genio. Es lo que se decía de La Motte. ¿Quién creería que hubiese aún una alabanza superior á ésta? Pues la hay. Precisamente es la que se tributa á La Fontaine. *Escribió con candidez.* Hay en todas las artes un no sé qué que es muy difícil de conseguir. Todos los filósofos del mundo, fundidos en uno solo, no hubieran conseguido producir la *Armida* de Quinault, ni los *Animales con Peste* que compuso La Fontaine casi sin saber lo que hacía. Hay que confesar que en las artes de genio todo es obra del instinto. Corneille escribió la escena de los Curiacios de la misma manera que un pájaro hace su nido, con la única diferencia de que el pájaro lo hace siempre bien, lo cual no nos sucede siempre á nosotros, míseros pigmeos. Monsieur Boisard parece un lindísimo pájaro del Parnaso, á quien la naturaleza ha dotado de mucho juicio, exactitud y delicadeza en lugar de instinto. Os envío mi carta de gracias para él. Mi enfermedad, cuyas consecuencias sufro aún, no me permite ser difuso. Estad seguro de

que moriré considerándoos como un hombre que ha tenido valor para ser útil á los ingratos y que merece los elogios de todos los sabios. Os amo y os estimo como si yo lo fuera.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

AL SEÑOR CABALLERO HAMILTON

EMBAJADOR EN NÁPOLES

Ferney, 17 de Junio de 1773.

Caballero, el público os debe el conocer hoy el Vesubio y el Etna mucho mejor de lo que eran conocidos en la época de las Cíclopes, y más tarde en la de Plinio. Las montañas que habéis visto desde mis ventanas de Ferney son todo lo contrario. Vuestro Vesubio y vuestro Etna están llenos de caprichos: parecen dos hombrecillos demasiado vivos que con frecuencia se irritan sin motivo, mientras que nuestras montañas, cubiertas de ventisqueros, diez veces más altas y cuarenta veces más extensas, presentan siempre el mismo aspecto en medio de la misma eterna calma. Lagos siempre helados, de cien millas de longitud, se extienden en la región media del aire en medio de blancas rocas, por encima de las nubes y del trueno sin que haya habido en ellos alteración ninguna desde hace miles de siglos. No hay gran distancia desde el horno en que habitáis á los ventisqueros de Suiza; y, sin embargo, ¡qué enorme diferencia entre los terrenos, entre los hombres, entre los gobiernos y entre Calvino y San Jenaro!

He visto con dolor que no habéis podido hacer componer un termómetro en Sicilia. ¡Qué diría Arquimedes!

des si volviese á Siracusa! ; Qué dirían los Trajanos y los Antoninos si volviesen á Roma!

Me parece cosa muy sencilla y natural que los volcanes produzcan montículos; los que las hormigas levantan en nuestros jardines son mucho más maravillosos. Esas montañitas, formadas en ocho dias por insectos, tienen doscientas á trescientas veces la altura de sus arquitectos. Pero en cuanto á nuestras venerables montañas, únicas dignas de este nombre, de donde parten el Rin, el Danubio y el Pó, esas enormes masas parecen tener más consistencia que Monte-Nuovo y que la supuesta nueva isla de Santorin. La gran cadena de elevadas montañas que coronan el mundo en todos sentidos me ha parecido mucho más antigua que la tierra.

Son los huesos de este gran animal; se moriría de sed si no tuviera rios, y no tendría ningún río, á no ser por esas montañas que le sirven de depósito perpetuo. Algún dia se burlarán de nosotros, cuando sepan que hemos temido charlatanes que han asegurado que las corrientes de los mares habian formado los Alpes, el monte Tauro, los Pirineos y las Cordilleras.

Estos últimos dias todo París estaba alarmado; asegurábase que del 20 al 21 de Mayo vendría un cometa á deshacer nuestro globo. ¿Se ha diferido esta catástrofe por compasión ó por mala voluntad? *To be or not to be, that is the question.*

AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Ferney, 26 de Agosto de 1773.

Pongo á los pies de mi héroe una tercera carta á la nobleza de su antiguo gobierno. Aun cuando el Parlamento condenase á monsieur de Morangiés, yo le consideraría siempre inocente en el fondo. Vos sois maris-

cal de Francia y juez del honor; sois par del reino y juez de todos los ciudadanos. Dictad, pues, el fallo.

Si me atreviese á pedir otro favor á nuestro decano, le conjuraría á que no condenase una *Electra*<sup>1</sup> compuesta con algún cuidado, con arreglo á la de Sófocles, sin episodios, sin ningún amor ridículo, escrita con una pureza que un decano de la Academia, un Richelieu, debe proteger; representada con tanto éxito por mademoiselle Clairón y que, por último, mademoiselle Raucourt podría realzar más todavía. Os suplicaría que procuraseis reconciliarla conmigo, puesto que vos mismo me habéis atraído su cólera.

Os suplicaría que no me procuraseis el disgusto de anteponerle una ridícula aventura de amores insípidos en versos alóbroges; una *Electra*<sup>2</sup> que exclama:

Je ne puis y souscrire; allons trouver le roi,  
Faisons tout pour l'amour s'il ne fait rien pour nous.

Una Ifianasis, que dice:

J'ignore quel dessein vous a fait révéler  
Un amour que l'espoir semble avoir fait parler.

En fin, me lisonjeo esperando que no daréis esa preferencia humillante á un muerto sobre un moribundo que os ha profesado el mayor afecto durante más de cincuenta años.

Ya sabéis que mi único refugio, en la situación en que me encuentro, sería el desarmar á las personas predisuestas contra mi, inspirándoles alguna indulgencia para con mi escaso talento.

Estoy desesperado de tanto importunaros con mis quejas. No tengo consuelo sino hablándoos de mi respeto y de mi adhesión inviolable.

1. La tragedia de *Orestes*.
2. La *Electra* de Crebillón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## AL SEÑOR CONDE DE MILLY

Ferneý, 25 de Noviembre de 1773.

Un viejo enfermo octogenario recibe la carta con que se digna honrarle el señor conde de Milly. Recuerdo, en efecto, caballero, haber escrito en otro tiempo la broma titulada *l'Homme aux quarante écus*. No sería extraño que dicha idea hubiese surgido también en la cabeza de otra persona. Un día le dijeron á un tal Autreau: « He aquí á un señor que pretende ser autor de vuestra pieza », á lo que contestó: « ¿Por qué no la ha de haber hecho, puesto que yo mismo la he hecho también? »

Si la persona de quien me habláis ha escrito también sus *Quarante écus*, harán ochenta con los míos. No hay con ello para vivir un año; pero hay que tener un oficio, y eso es precisamente lo que no piensan suficientemente los que no tienen fortuna y sí mucha vanidad. Es todo lo que puedo deciros acerca de este ligero asunto de que me habláis.

Tengo el honor de ser, etc.

Á M. DE MARMONTEL

29 de Noviembre de 1773.

Suplico con el mayor interés á Belisario que haga suceder á monsieur Gaillard, al joven Moncrif, á quien iré á ver muy pronto.

Con respecto al emperador Kien-long, creo que hay que darle un puesto de miembro honorario en la Academia de Inscripciones, que enriquecerá con sesenta especies de caracteres.

¿Creéis, mi querido colega, que monsieur Riballier se presentará esta vez á solicitar el puesto vacante?

AL SEÑOR BARÓN DE ESPAGNAC,  
GOBERNADOR DEL HOTEL REAL DE LOS INVÁLIDOS

Ferneý, 15 de Diciembre de 1773.

Lo primero que he hecho, caballero, al recibir su libro <sup>1</sup> ha sido pasar casi toda la noche leyéndolo con mis ojos de ochenta años, y el primer deber que cumplo al despertarme es daros las gracias por el honor y el placer extremo que me habéis procurado.

He leído ya lo que se refiere á la guerra de Bohemia; y no he podido menos de llegar hasta la batalla de Fontenoy, entre tanto que tengo tiempo de volver á leer toda la obra de cabo á rabo. Me habian dicho que dabais ideas muy distintas de las mías acerca de esta memorable batalla de Fontenoy; me disponía ya á rectificar, pero he visto con la mayor satisfacción que os dignáis justificar el pequeño resumen que di de ella á la vista del conde de Argensón. Sólo un oficial como vos, caballero, que habéis servido con tanta distinción, puede entrar en todos los detalles interesantes que no me permitiría desarrollar mi ignorancia del arte de la guerra. Considero vuestra historia como una enseñanza para todos los oficiales y como un gran aliciente para servir al Estado. Hacéis justicia á todos sin herir el amor propio de nadie. Únicamente procuráis hacer notar muy cuerdamente, por medio de las cartas del mariscal, cuán superior era á los generales de Carlos VII, elector de Baviera.

1. Historia del mariscal de Sajonia.

No hay oficial herido ó muerto en el curso de dicha guerra cuyo nombre no se halle mencionado, ya en las notas, ya en el cuerpo de la historia.

Vuestra obra será leida por toda la nación, y principalmente por aquellos que se dedican á la guerra. Observáis mayor exactitud en todas las fechas; este es el menor de vuestros méritos, pero es cosa muy importante y se echa de menos en los *Comentarios* de César y hasta en Polibio.

No podéis emplear más dignamente, caballero, los nobles días de que disfrutáis, que enseñando á la nación por la cual habéis combatido. Aceptad el testimonio de mi agradecimiento por el honor que me habéis hecho y el respeto con que seré, mientras me quede vida, vuestro humildísimo y obedientísimo servidor.

P. S. Acabo de leer el retrato del mariscal de Sajonia, que se halla al fin del segundo volumen; es de mano maestra y escrito cual conviene. Me atrevo á esperar que se hará muy pronto una nueva edición en cuarto con láminas que me parecen absolutamente necesarias para la instrucción de todo el ejército.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 18 de Diciembre de 1773.

Creo, mi querido ángel, haberos dicho en mi última carta cuánto he sentido la muerte de M. de Chauvelin. Ya han desaparecido los tres Chauvelin. Este último era el más amable y el más razonable de ellos. Todo lo que vemos perecer nos suministra motivos para reflexionar que nada tienen de alegres. Estoy casi avergonzado de vivir, y no acabo de explicarme por qué tengo aún afición á la vida.

Comprendo que soy un mal padre, y que me sucede todo lo contrario que á los buenos ancianos. Á medida que tengo más años y que aumentan mis sufrimientos, siento más despego hacia mis hijos.

He aquí, sin embargo, de qué manera desearía terminar *Sofonisbe* por la que os dignáis interesaros :

..... Ils sont morts en Romains  
Grands Dieux, puissé-je un jour, ayant dompté Carthage  
Quitter Rome et la vie avec même courage.

Paréceme que sería demasiado seco terminar con esta sola frase: *Ils sont morts en romains*. La concisión excesiva me desagrada tanto como la demasiada amplitud. Por otra parte, es como una especie de prefacio de lo que ocurrió después á Escipión Africano.

En cuanto á la escena del matrimonio, no puedo hacer nada, ni sé dónde tengo la cabeza.

Pasadlo bien vos y Madama de Argental. Vuestra es la vida porque os creo felices, en cuanto es posible serlo; en cuanto á mí, poco importa.

Respetos y cariño.

#### AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN

3 de Enero de 1774.

Recibo vuestra carta del 26 de Diciembre, mi querido amigo. Hace mucho tiempo que no os había escrito: he acabado mal el año último y he empezado mal el presente; mis achaques aumentan al paso que disminuye el vigor para sobrellevarlos.

Para terminar el cuadro tenemos que sostener un proceso muy considerable, muy desagradable y muy impertinente contra la persona que nos había vendido el *Ermítage*, y que quiere volver á ocupar su finca al cabo



de catorce años. Ya véis que la peregrinación de esta vida no está sembrada de rosas, y que los últimos días de ella suelen ser los más penosos. Por vuestra parte, no dejáis de encontrar también alguna hora de mal camino en medio de vuestra carrera; pero sabéis salir del paso con facilidad. La pepita de vuestro canario<sup>1</sup> curará más bien merced á la naturaleza y á vuestro cuidado que al arte de los médicos. Hay centenares de personas que han vivido largos años aquejadas por humores erráticos, que producen ya jaquecas, ya pérdidas de sangre que afectan al pecho y que al fin se disipan por sí mismos.

Siempre he creído que los remedios activos y excitantes no valen nada para nosotros, querido canario, cuya sangre es demasiado viva y ardiente. Este principio me hace creer que las aguas minerales, cualesquiera que sean, le serían muy perjudiciales; ellas han causado la muerte de madame de Egmont. Me parece evidente que no hay nada que convenga tanto como el régimen. Toda la sangre circula por completo por el cuerpo humano setecientas veces al día: toda la medicina consiste pues en no cargar dicha circulación, que nos da la vida, con partículas extrañas que no contribuyen ni á alimentar, ni á lavar nuestro cuerpo. Una ligera purga de cuando en cuando ayuda á la naturaleza á desprenderse de lo que la molesta, pero no hay que sobrecargarla ni irritarla nunca: he aquí por qué he sentido siempre completa aversión al licor rojo de vuestro médico suizo, y gran desprecio hacia un hombre que no se atreve á declarar el remedio que os da. El ridículo charlatanismo pretende adivinar las enfermedades y los temperamentos por medio de los orines; es una vergüenza para la medicina y la razón. Esperaba

<sup>1</sup> Madama Florián, llamada así porque cantaba muy bien.

que la bondad del temperamento de nuestro canario le preservase del daño que pudiera hacerle el licor rojo del suizo; pero, en fin, puesto que os habéis desembarazado de ese licor peligroso, puedo hablaros con entera libertad.

Me he comido uno de vuestros hortelanos, y espero, con confianza, que el pequeño canario se pondrá tan gordo como ellos cuando tenga más tranquilidad. Porque lo que disminuye las carnes es la inquietud, el cambio continuo de médicos y el paso rápido de un régimen á otro; pero la tranquilidad hace recobrar lo que quitó la inquietud.

Os abrazo á ambos con ternura y os doy cita para la primavera en vuestra linda jaulita de Berney.

No hay nada nuevo, á no ser el nuevo año, durante el cual os deseo las mayores felicidades.

Sabréis, sin duda, que el Parlamento ha echado de su seno al señor Goetzmann. No he visto nada más singular, más fuerte, más atrevido, más cómico, más interesante y más humillante para sus adversarios, que las Memorias de Beaumarchais.

Se bate con diez ó doce personas á la vez, y les hace morder el polvo, del mismo modo que Arlequín furioso derrotaba á una ronda de policía. Este libro os distraería mucho, si tuvierais tiempo para distraeros.<sup>1</sup>

1. La buena sociedad se admiraba de la variedad de tonos del autor de las *Memorias*, cuya alegría no era, sin embargo, sino un refinamiento de desprecio hacia todos sus cobardes adversarios. Por otra parte, sabía muy bien que no había en París más que este medio de hacerse leer: cambiando de estilo á cada página, divirtiendo á los indiferentes, llegando al corazón de las personas sensibles y razonando con los fuertes, hasta tal punto, que se llegó á creer que dicha obra era producto de varias plumas.

(Nota del mismo Beaumarchais.)

Adiós: os escribo en la cama, de la que casi no salgo.

### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

31 de Enero de 1774.

Tan pronto como recibí la carta en que mi querido ángel me ordena que le envíe los *Fragments indous et français* con sobre á M. de Sartine, me apresuré á tomarme esta libertad con confianza. El paquete va confiado á la aventura. Más vale tomarse alguna libertad con M. de Sartine, que con el hipopótamo. <sup>1</sup> No concibo cómo han podido anunciar en París, bajo mi nombre, la *Sophonisbe*, de Mairet. No he dado nunca esta obra sino como de Mairet, algo retocada, para excitar á los jóvenes á que refundan las hermosas piezas de Corneille, tales como *Atila*, *Agésilao*, *Pertharite*, *Teodora*, *Pulqueria*, *el Vellozino de Oro*, etc. Al dar *Sophonisbe* con mi nombre, han despertado á la canalla. Soy de parecer que no hay que precipitar la retirada, ni dejar languidecer las representaciones, sino adoptar un justo medio, á fin de que Le Kain no se vea defraudado.

Persisto en creer que Beaumarchais no ha envenenado á nadie, y que un hombre tan alegre no puede ser de la familia de Locusta. <sup>2</sup>

1. M. de Voltaire designa á Marín con este mote, tomado de las *Memorias* de Beaumarchais.

2. Esta opinión de Voltaire produjo en su tiempo un anécdota bastante divertida. Si la mencionamos aquí, es porque pinta á la vez la época, las costumbres y los caracteres. Representaban en el Teatro Francés *Eugenia*. Un elegante de las lunetas, después de haber hecho pedazos la pieza, la emprendió con el autor. Entre otras cosas refirió que, habiendo comido aquel mismo día en casa del señor conde de Argental, había oído leer una carta

Me hallo muy apurado con mis genoveses y mi marqués de Viale. ¡Dios os preserve de pretender fundar jamás una colonia! Es una empresa terrible, y el mismo Terray se vería en un gran apuro.

Beso las alas de mis ángeles.

### AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN

9 de Febrero de 1774.

Me lisonjeo, querido amigo, con la esperanza de que mañana de Florián no se verá reducida á guardar cama como yo; hace largo tiempo que no salgo de la mía sino á las ocho de la noche. Es de esperar que nuestro canario volverá en la primavera á animar su jaula de Ferney, que tanto habéis embellecido y que jugueteará con las flores que habéis plantado.

En cuanto á mi enfermedad, es incurable, pues data

de Voltaire, el cual se obstinaba, no se sabe por qué, en que el tal Beaumarchais no había envenenado á sus tres mujeres. Pero, añadió, este es un hecho que no admite duda entre los señores del Parlamento.

El hombre á quien dirigía la palabra hacía señas con la mano, riendo á sus vecinos para que no lo interrumpiesen; todos se levantaron, y él respondió friamente: «Están cierto, caballero, que ese miserable á envenenado á sus tres mujeres, á pesar de que no ha estado casado más que dos veces, que se sabe además en el Parlamento Maupeou, que se ha comido á su buen padre en salmorejo, después de haber ahogado á su madre, y estoy tan seguro de ello como que yo soy el mismo Beaumarchais, que os haría prender en el acto, para lo cual me sobran listigos, si no echase de ver por vuestro aire de espanto que no sois uno de esos astutos malvados que fraguan semejantes atrocidades, sino uno de esos habladores que sirven para propagarlas, con gran peligro de sus personas.»

Todo el mundo aplaudió, y el protagonista se apresuró á desaparecer sin pedir que le devolvieran el dinero.

Adiós: os escribo en la cama, de la que casi no salgo.

### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

31 de Enero de 1774.

Tan pronto como recibí la carta en que mi querido ángel me ordena que le envíe los *Fragments indous et français* con sobre á M. de Sartine, me apresuré á tomarme esta libertad con confianza. El paquete va confiado á la aventura. Más vale tomarse alguna libertad con M. de Sartine, que con el hipopótamo. <sup>1</sup> No concibo cómo han podido anunciar en París, bajo mi nombre, la *Sophonisbe*, de Mairet. No he dado nunca esta obra sino como de Mairet, algo retocada, para excitar á los jóvenes á que refundan las hermosas piezas de Corneille, tales como *Atila*, *Agésilao*, *Pertharite*, *Teodora*, *Pulqueria*, *el Vellozino de Oro*, etc. Al dar *Sophonisbe* con mi nombre, han despertado á la canalla. Soy de parecer que no hay que precipitar la retirada, ni dejar languidecer las representaciones, sino adoptar un justo medio, á fin de que Le Kain no se vea defraudado.

Persisto en creer que Beaumarchais no ha envenenado á nadie, y que un hombre tan alegre no puede ser de la familia de Locusta. <sup>2</sup>

1. M. de Voltaire designa á Marín con este mote, tomado de las *Memorias* de Beaumarchais.

2. Esta opinión de Voltaire produjo en su tiempo un anécdota bastante divertida. Si la mencionamos aquí, es porque pinta á la vez la época, las costumbres y los caracteres. Representaban en el Teatro Francés *Eugenia*. Un elegante de las lunetas, después de haber hecho pedazos la pieza, la emprendió con el autor. Entre otras cosas refirió que, habiendo comido aquel mismo día en casa del señor conde de Argental, había oído leer una carta

Me hallo muy apurado con mis genoveses y mi marqués de Viale. ¡Dios os preserve de pretender fundar jamás una colonia! Es una empresa terrible, y el mismo Terray se vería en un gran apuro.

Beso las alas de mis ángeles.

### AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN

9 de Febrero de 1774.

Me lisonjeo, querido amigo, con la esperanza de que mañana de Florián no se verá reducida á guardar cama como yo; hace largo tiempo que no salgo de la mía sino á las ocho de la noche. Es de esperar que nuestro canario volverá en la primavera á animar su jaula de Ferney, que tanto habéis embellecido y que jugueteará con las flores que habéis plantado.

En cuanto á mi enfermedad, es incurable, pues data

de Voltaire, el cual se obstinaba, no se sabe por qué, en que el tal Beaumarchais no había envenenado á sus tres mujeres. Pero, añadió, este es un hecho que no admite duda entre los señores del Parlamento.

El hombre á quien dirigía la palabra hacía señas con la mano, riendo á sus vecinos para que no lo interrumpiesen; todos se levantaron, y él respondió friamente: «Están cierto, caballero, que ese miserable á envenenado á sus tres mujeres, á pesar de que no ha estado casado más que dos veces, que se sabe además en el Parlamento Maupeou, que se ha comido á su buen padre en salmorejo, después de haber ahogado á su madre, y estoy tan seguro de ello como que yo soy el mismo Beaumarchais, que os haría prender en el acto, para lo cual me sobran listigos, si no echase de ver por vuestro aire de espanto que no sois uno de esos astutos malvados que fraguan semejantes atrocidades, sino uno de esos habladores que sirven para propagarlas, con gran peligro de sus personas.»

Todo el mundo aplaudió, y el protagonista se apresuró á desaparecer sin pedir que le devolvieran el dinero.

de ochenta años; es un mal que me impide á veces ser tan exacto como yo quisiera en mi correspondencia. He terminado mi carrera, mientras que el canario está en la mitad de la suya. Aún podéis esperar hermosos días, mientras que á mí sólo me quedan que soportar dos ó tres tristes noches. Todos pasamos como sombras; nuestra vida es como un puesto de ministro en Versalles; hoy somos algo y mañana nada.

El cese de monsieur de Monteynard ha cortado la cabeza y el bolsillo á nuestro vecino Dupuits. Este ministro le había empleado dos años seguidos sin pagarle; ha tenido que pedir prestado para seguir sirviendo, y ahora se ve arruinado. Cuando una roca cae arrastra consigo en su caída multitud de piedrecillas. No hay que contar con nada más que con las legumbres de su huerto y aun no es siempre seguro.

Si está uno descontento con la tierra, no son más agradables las aventuras del mar y, por más que diga Labat, el barco l'*Hercule* no traerá sino quimeras. Veo que la resignación es lo único que puede consolarnos en éste, que es el mejor de los mundos posibles.

Contaba con que el año pasado iría Mustafá á pasar el carnaval en Venecia con Cándido, pero me he equivocado de medio á medio. Si todos los ministros que han caído en mi tiempo tuviesen que ir á alojarse en Venecia en la misma hostería, la plaza de San Marcos no sería suficientemente grande para que pudiesen cenar en ella.

He recibido todo lo que me habéis enviado de Abbeville. No se puede hacer más de lo que se ha hecho en la última edición, que es perfecta. Han hecho justicia á monsieur Belleval, y el público no se cuida de ello. Todo pasa, todo se olvida y todo se anonada. El diluvio dió mucho que hablar en otro tiempo, y ahora sólo ha-

blan de él para burlarse. Vanidad de vanidades, y todo vanidad.

Os ruego que consideréis como una realidad mi cariñoso afecto hacia vos y hacia el canario.

### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

25 de Febrero de 1774.

Hace largo tiempo, mi querido ángel, que quería escribirlos y no he podido: he tenido un violento ataque de mis achaques ordinarios, que se han vuelto extraordinarios. No he llamado al médico: se muere uno con ellos y se cura sin ellos. Ahora, que respiro algo mejor, leo la cuarta serie de las *Memorias* de Beaumarchais, es preciso que os abra mi corazón.

Hace largo tiempo que el señor marqués de Condorcet me había abierto algo los ojos acerca de Marin, y hasta me había inspirado algunas inquietudes, suplicándome, con las más vivas instancias, que no le escribiese nunca por conducto de semejante corresponsal. Monsieur de Condorcet me hablaba de este hombre precisamente lo mismo que habla Beaumarchais. Estando así las cosas, me escribisteis que Marin era la única causa del funesto contratiempo que sufrí con las *Leyes de Minos*, contratiempo que echó á tierra todas mis esperanzas. En efecto, no es posible dudar que fué Marin el que vendió la mala copia al librero Valade.

Ya véis en qué precipicio me ha hecho caer esta perfidia mercenaria. Ya tenía sospechas de sus maniobras y de su avidez por las quejas que me dirigió acerca de que habíais tenido á bien repartir entre él y Le Kain el producto de no sé qué tragedia. Ahora todo lo veo claro. Hasta recuerdo que M. de Sartine estaba

al corriente de todo cuando me aconsejó que no llevase adelante el asunto de Valade y que no exigiese que nombrase al traidor: todo esto me abruma. Veo siempre con horror de qué son capaces ciertos literatos. Estoy sumamente afligido.

Beaumarchais me enviaba sus *Memorias*, y yo ni siquiera le daba las gracias, no queriendo que Marin, de quien no tenía aún sospechas, y á quien seguía confiando todos mis paquetes, pudiese echarme en cara el hallarme en correspondencia con su enemigo. Debo deciros, además, que Marin era muy bien recibido en casa del primer presidente, por lo menos antes de aparecer la cuarta serie de las *Memorias*; así es que escribí á Madama de Sauvigny que no quería ni siquiera dar las gracias á Beaumarchais, porque Marin era mi amigo. Leo y releo esta cuarta serie; veo en ellas las imprudencias y la petulancia de un hombre apasionado, á quien hacen saltar, justamente irritado, y que parece por naturaleza muy divertido y muy elocuente. Todo lo que dice me persuade; desarrolla, sobre todo, el carácter y la conducta de Marin, y por el cuadro que traza de este hombre, confirma en todo lo que me habéis dicho <sup>1</sup>.

Me preguntáis cuál es el resultado de mi carta; he lo aquí: en primer lugar suplicaros que me digáis francamente lo que se piensa de Marin en París; y en segundo término que tengáis á bien comunicarme si es cierto que goza aún de gran crédito con el primer presidente y con M. de Sartine, y cuál es su situación con respecto al señor duque de Aiguillon. Podéis enteraros, y sólo á vos me atrevería á pedir semejante

1. Monsieur de Voltaire no conocía, ni aun de vista, á monsieur de Beaumarchais cuando escribió esta carta. — (Nota de Beaumarchais.)

cosa. No vayáis á decirme que soy demasiado curioso, porque os juro que tengo razón para serlo. El tal Marin me ha puesto el gorro varias veces. Se jactaba de salir triunfante en todo, y en realidad me protegía. En fin, tengo necesidad de que me déis todas esas noticias, mi querido ángel.

Estoy seguro de que no creéis los cuentos que circulan acerca de Beaumarchais, y que estáis tan desengañado como yo. Un hombre vivo, apasionado é impetuoso, puede dar un bofetón á su mujer, y hasta dos bofetones á sus dos mujeres, pero no las envenena.

Me atrevo á escribiros por el correo, porque no hay nada en esta carta ni en ninguna de las otras mías que pueda alarmar al gobierno; sólo hay algunos pasajes que podrían alarmar á Marin; pero si hay curiosos, no se lo irán á contar. Cambio de parecer, y me dirijo á monsieur Bacón, substituto del procurador general, que hará llegar esta carta á vuestras manos.

Mil cariñosos respetos á Madama de Angental.

#### AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIAN

7 de Marzo de 1774.

El octogenario de Ferney está enfermo y no puede escribir por su mano; el joven Wagniere está también enfermo y no puede prestar su mano al octogenario, que se ve obligado á recurrir á un tercero para preguntar cómo lo pasan en Montpellier; sigue abrigando la esperanza de ver á los dos viajeros en el mes de Abril. Monsieur de Florian debe saber, sin duda, que Goetzmann y Beaumarchais han sido juzgados y que el público no está contento. En verdad, el público juzga en última apelación, pero sus sentencias sólo las ejecuta

la lengua. Por mucho que hable la gente, no hay más que obedecer <sup>1</sup>.

La Chalotais obedeció cuando los gendarmes le llevaron á la prisión de Loches, á la edad de setenta y cuatro años, orinando sangre y atormentado por el mal de piedra.

En cuanto á Madama de Montglat, á quien los gendarmes llevaban á Montpellier, para ir á llorar sus pecados en un convento, no obedeció. Durante la noche se apoderó del caballo de uno de los gendarmes, y se escapó á galope, en corsé y en enaguas blancas, llevando en una mano una cajita de diamantes, y en la otra las bridas. Se cree que esta esforzada amazona se ha refugiado en Ginebra.

El viejo enfermo no ha podido comer las perdices que monsieur de Florián ha enviado á Ferney; pero Madama Denis, más golosa que nunca, las ha encontrado excelentes. Hubiera querido que los dos viajeros de Montpellier las hubiesen comido en su compañía.

El correo se marcha; es preciso acabar esta carta y desear el pronto regreso de los dos amables viajeros.

1. Los jueces permanecieron reunidos desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche. Hubo muy acalorados debates, pero al fin triunfó el furor: monsieur de Beaumarchais fué amonestado. Monseñor el príncipe de Conti fué aquella misma noche á su casa á invitarle para que pasase el siguiente día en su domicilio, y le dejó un billete que terminaba con estas palabras:

« Quiero que vengáis mañana á mi casa; somos de una familia bastante ilustre para dar ejemplo á Francia de cómo debe tratarse á un gran ciudadano como vos. »

Tres días después toda la corte se había hecho inscribir en su casa.

(Nota de Beaumarchais.)

## AL SEÑOR MARQUES DE FLORIÁN

Ferney, 16 de Marzo de 1774.

¡ Dichosos los que tienen salud si se dan cuenta de su felicidad! Todos nuestros vecinos, y lo mismo Madama Dupuits y yo, estamos en cama; cada uno se ve condenado en este mundo á su manera. Por mi parte, digo desde el fondo de mi caldera: ¿Cómo esta el canario? ¿Vendrá á vernos esta primavera? ¿Se quedará en la jaula de monsieur Lamure? He prestado la cuarta *filípica* de Beaumarchais en Ginebra, y seguramente no me la devolverán. Han impreso todo el proceso en Lyon, y podéis tenerlo por conducto de monsieur Vasselier. Beaumarchais tenía razón en todo y ha sido condenado. La sentencia no ha tenido más éxito en París que en Montpellier <sup>1</sup>.

La colonia prospera, pero yo estoy muy lejos de prosperar. Madama Denis sale en carroza para visitar á Madama Dupuits y Madama Racle, que están ambas en cinta. Madama Dupuits sufre mucho; pero, ¿quién no sufre, ya en el cuerpo, ya en el alma? Este mundo es un valle de miseria, como sabéis; la dicha no es más que un sueño, y el dolor una realidad; hace ochenta años que lo estoy experimentando. No he sacado en limpio otra cosa que resignarme y decirme que las

1. Esta sentencia fué casada por voto unánime, bajo Luis XVI, por la primera Cámara y la Tournelle reunidas, cuando se restableció en sus funciones el verdadero Parlamento. Monsieur de Beaumarchais, á quien se devolvieron sus derechos de ciudadano, fué llevado en triunfo por el pueblo desde la Cámara mayor á su carroza, en medio de un concurso de aplausos, deshecho en lágrimas y casi ahogado por la multitud.

(Nota de Beaumarchais.)

moscas han nacido para que se las coman las arañas, y los hombres para ser devorados por las penas. La de verse lejos de vos y del canario es muy grande para el viejo enfermo.

Á M. ROSSET

DEL TRIBUNAL DE CUENTAS, AUTOR DE UN POEMA SOBRE  
LA AGRICULTURA, DEDICADO AL REY.

Ferney, 22 de Abril de 1774.

Dispensaréis, sin duda, señor, el que, por mis continuas enfermedades y mi mucha edad, no os haya dado las gracias antes por el hermoso regalo con que me habéis honrado.

He leído con mucha atención vuestro poema sobre la Agricultura, hallando en él lo útil unido con lo agradable, la variedad necesaria y la dificultad casi siempre felizmente vencida.

Dicenme que no habéis cultivado nunca el arte que enseñáis. Yo lo estoy practicando desde hace más de veinte años, y seguramente no he de meterme á enseñarlo después de vos.

Me extraña mucho que en vuestro primer canto aconsejéis el método del inglés M. Tull, de sembrar por cuadros. Varios franceses han querido acreditar esta innovación; pero puedo aseguraros que es detestable, por lo menos en el clima que habito. Un hombre á quien han alabado largo tiempo los periódicos, y que no tenia de cultivador más que el título, se arruinaba sembrando por cuadros, y se veía obligado á pedir prestado dinero, mientras que su nombre brillaba en el *Mercurio*.

He roturado los terrenos más ingratos que sólo habian producido hasta hoy un poco de mala hierba; pero no aconsejaré á nadie que me imite, excepto á los monjes, porque sólo ellos son bastante ricos para soportar estos gastos inmensos y para esperar durante veinte años el fruto de sus trabajos.

He aquí por qué el ilustre y respetable M. de Saint-Lambert, á quien reconocéis el talento más distinguido, ha dicho muy justamente: « que ha hecho *Geórgicas* para los hombres encargados de proteger los campos y no para los que los cultivan; que las *Geórgicas* de Virgilio no pueden reportar ninguna utilidad á los campesinos; que dar á esta clase de hombres lecciones en verso acerca de su oficio, es un trabajo inútil; pero que siempre será útil inspirar á los que ocupan categoría superior á los labradores, la benevolencia y las consideraciones que se deben á tan útiles ciudadanos ».

Nada hay más exacto, caballero; podéis estar seguro de que si leyese á los aldeanos de mis aldeas los *Trabajos y los Días* de Hesíodo, las *Geórgicas* de Virgilio y las vuestras, no comprenderían una palabra. Es más; me creería obligado en conciencia á la restitución si los invitase á cultivar la tierra de Suiza como se cultivaba en otro tiempo cerca de Mantua.

Las *Geórgicas* de Virgilio serán siempre las delicias de los literatos; no á causa de sus preceptos, que son en su mayor parte la repetición inútil de las más groseras preocupaciones; no á causa de las impertinentes alabanzas y de la infame idolatría que prodiga al triunviro Octavio, sino á causa de sus admirables episodios, de su encantadora descripción de Italia y de aquel hermoso trozo de poesía y de filosofía que empieza por estos versos: *O fortunatos nimium, etc.*, sino tan

bién á causa de su terrible y conmovedora descripción de la peste, y por último, á causa del episodio de Orfeo.

He aquí por qué da M. de Saint-Lambert á las *Geórgicas* el epíteto de encantadoras, que parecéis condenar.

Haría mal, caballero, en quejarme de que os hayáis mostrado más severo conmigo que con M. de Saint-Lambert. Me echáis en cara haber dicho en mi discurso á la Academia, que no se podían hacer *Geórgicas* en francés. He dicho que nadie se atrevía á hacerlas; pero jamás he afirmado que no se pudiera hacerlas. Me he quejado de la timidez de los autores y no de su impotencia. He dicho en propios términos, que se habían encerrado las bellezas de la lengua en límites demasiado estrechos. Os he anunciado á la nación y me parece que no tratáis muy bien á vuestro precursor.

Paréceme que también os mostráis quejoso respecto de la poesía dramática, cuando decís que « la prosa ha tenido, por lo menos, tanta parte en la formación de nuestra lengua como la poesía de nuestro teatro; y que, cuando Corneille dió á luz sus obras maestras, ya habían escrito Balzac y Pellisson y estaba escribiendo Pascal ».

En primer lugar, no se debe contar á Balzac, ese escritor de frases ampulosas, que convirtió la naturalidad del estilo epistolar en sosas y rebuscadas declamaciones.

Con respecto á Pellisson, no había hecho nada antes del *Cid* y *Cinna*.

Las *Cartas provinciales* de Pascal no salieron á luz hasta 1654, y la tragedia de *Cinna*, hecha en 1642, fué representada en 1643. Por lo tanto, es evidente, caballero, que fué Corneille el primero que produjo verdaderamente hermosas obras en nuestra lengua.

Permitidme que os diga que no os está bien rebajar la poesía. Sería lo mismo que si M. d'Alembert y el señor marqués de Condorcet rebajasen las matemáticas: cada uno debe gozar su gloria. La de M. de Saint-Lambert consiste en haber enseñado á los poseedores de tierras á mostrarse humanos con sus vasallos; y á los ministros, á suavizar la carga de los impuestos tanto como pueda permitirlo el interés del Estado. Ha adornado su poema con episodios muy agradables y ha escrito con sensibilidad é imaginación.

Vos habéis unido la exactitud á los adornos, habéis luchado constantemente con las dificultades de la lengua y las habéis vencido. M. de Saint-Lambert ha cantado á la Naturaleza, de la que es apasionado, y vos habéis escrito para el rey. La Fontaine ha dicho:

On ne peut trop louer trois sortes de personnes:  
Les dieux, sa maîtresse et son roi,  
Esopo le disait, j'y souscris quant à moi.

Esopo no ha dicho eso nunca, pero qué importa<sup>1</sup>.

#### AL SEÑOR MARQUÉS DE CONDORCET

4 de Mayo de 1774.

El viejo enfermo no puede escribir de propia mano ni valerse de la de su escribiente, que está también enfermo; se sirve de una mano extraña para decirnos, señor marqués, que váis siendo el hombre más necesario de Francia. Habéis sabido sacar *aurum ex stercore Condamini*<sup>2</sup>. Vuestro cargo de secretario formará época en los anales de la nación.

1. La Fontaine no ha puesto estas palabras en boca de Esopo, sino de Malherbe. Libro I, fábula XIV.

2. En su elogio de la *Condamine*.



Veo en todo lo que hacéis todas las flores del ingenio y todos los frutos de la filosofía; es el cuerno de la abundancia. Acudirán á oír vuestros elogios lo mismo que á las óperas de Rameau y de Gluck. La reputación que os habéis conquistado se halla muy por encima de los honores oscuros de alguna legión<sup>1</sup>.

Todo el mundo conviene en que un escuadrón de caballería no puede immortalizar á nadie; yo puedo aseguraros que vuestros elogios de la Academia de Ciencias eternizarán á la Academia y al secretario. Sólo hay que sentir que el público desea que muera un académico cada semana para oiros hablar.

#### AL SEÑOR MARISCAL DE RICHELIEU

31 de Mayo de 1774.

Cuando monseñor esté en su reino de Aquitania ó en su provincia de Richelieu ó en su pabellón de las Hadas, no tiene más que decirme: Levántate y anda; mi cadáver obedecerá. Me encuentro en un estado lamentable, pero no importa. No podré tener jamás el honor de comer en público á su mesa. Mi decrepitud y mis achaques no me lo permiten. Aun dudo mucho que os dignéis recibirme en particular. Estoy muy sordo y me dicen que mi héroe es algo duro de oídos. No importa, repito; me consolaré y olvidaré mi miseria para ocuparme de vuestra gloria y para dar testimonio de que sois un verdadero filósofo. Por esto hay que concluir. Ya os he dicho que vuestro duque de Epernon no lo era y que era hombre muy inferior á vos en todos sentidos. Os lo probaré cuando queráis. Tened

1. Véase *Británico*, acto I, escena II.

en cuenta, aunque no sois tan viejo como yo, que habéis visto seis generaciones, contando á Luis XIV, y que durante esas seis generaciones os habéis mostrado siempre del modo más brillante. Esta sola idea es un excelente apoyo para la filosofía. Aun cuando yo viviese ciento treinta y cuatro años como Juan Causeur, que acaba de morir en Bretaña, no me arriesgaría nunca á enviaros *Pegasos* y otras insulseces literarias de escaso mérito literario. Pero me atrevo á enviaros una pequeña oración fúnebre de Luis XV, compuesta por un académico de provincias, llamado Chambón. No hallaréis en ella ninguno de esos lugares comunes ni nada de esas declamaciones de que el público está ya harto; sólo veréis en ella la verdad. Ésta se admira extraordinariamente de hallarse en una oración fúnebre, y se admirará más aún de no desagradar. Tened, os ruego, en cuenta, que un solo académico hizo el elogio del difunto rey durante su vida, y que es un académico el primero que le ha alabado públicamente después de su muerte. Las alabanzas son algo restringidas; sólo así son verdaderas.

Este moderado panegirista no guarda rencor.

Pero su vano elogio y el mismo monarca caerán muy pronto en el olvido.

En otro tiempo, en circunstancias análogas, el gran Chambón decía: Señores, el rey ha muerto, pensad en buscar otro amo. Ya se pensaba bastante en ello sin que él lo dijese. Por mi parte, monseñor, sólo pienso en seros adicto con el más cariñoso respeto hasta el último momento de mi vida.

## AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

20 de Junio de 1774.

Mi querido ángel, el espíritu está pronto y la carne es débil. Si pudiese echar un pie detrás del otro, podéis estar seguro de que mis dos pies irían á vuestra casa. Hasta os habria llevado algunos frutos de mi retiro; porque soy como esos viejos árboles cuyo tronco va á pereber, y sin embargo conservan aún algunas ramas fecundas. Es un destino muy funesto que yo pueda y no pueda ir á veros; pero conservo aún la esperanza, á pesar de mis ochenta años y de todos mis achaques. Es verdad que estoy algo sordo, algo ciego y algo impotente, y que, para ayuda de costas tengo tres ó cuatro dolencias abominables; pero nada me quita la esperanza. Conservo aún este fondo de la caja de Pandora. No sé si Laborde posee aún este tesoro; se lisonjeaba con hacer representar su *Pandore*, cuando se vió aplastado por Gluck, y por la muerte de su protector.

Vos abrigáis, mi querido ángel, la muy justa esperanza de vivir largo tiempo, muy honrado y muy feliz, en compañía de Madama de Argental; no os abruma ninguno de los males que salieron de la famosa caja. Vuestra suerte es de las más felices, y vuestra felicidad me sirve de consuelo.

Escribo á la Mariposa filósofa <sup>1</sup> que es un fénix, en materia de amistad.

Me pongo á los pies de Madama de Argental. No dudo que veréis con frecuencia al señor duque de Praslin; y como le creo más justo que su primo, os ruego

1. Madama de Saint-Julien.

os dignéis, cuando llegue el caso, hablarle de mi afecto inviolable.

## Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

25 de Junio de 1774.

Os hago algunas infidelidades, señora, á causa de M. Delisle, pero también es cierto que él me fastidiaba grandemente cuando vos me tratabais con indiferencia. Me hablaba de vos, y vos no me deciais una palabra de él. Me hacía saber [que habia estado en la Ópera para oír *Ifigenia*, y que habiais hallado detestables los versos, los recitados, las arias, la sinfonía y hasta las decoraciones. Nos ha enviado algunos trozos que han parecido muy buenos á mi sobrina, que es excelente música; pero como faltaba el acompañamiento, persisto en creer que no hay nada en el mundo, superior al cuarto acto de *Rolando* y al quinto de *Armida*. Estoy siempre por el siglo de Luis XIV, no obstante todo el mérito del siglo de Luis XV y de Luis XVI.

Al fin, señora, veo que os humanizáis conmigo. Me escribís, me suministráis motivo para escribir, y me enviáis muy lindos versos, que valen mucho más que una oda grandiosa. Os doy las gracias, y desearía saber de quién son. No tengo costumbre de recibirlos semejantes. Son de buen tono, y ya va siendo esto muy escaso.

En cuanto á vos, señora, os perdono el que no me hayáis nunca dado cuenta de nada, y que hayáis querido que os escribiese desde mi desierto, donde ignoraba todo lo que pasa en el mundo. Me escribiais á veces, cuatro palabras selladas con vuestro escudo de armas, en lugar de ponerme al corriente de los sucesos, omitiendo el sello.

M. Delisle ha sido más compasivo que vos; sin embargo, no os he abandonado. He hecho llegar á vuestras manos verdades vulgares en verso y prosa, cuando se ha presentado la ocasión, y seguiré haciéndolo siempre que ocurra.

No me dáis la menor noticia de los grandes sucesos que os rodean, y yo os escribiré todo lo que sepa en medio de mi soledad. Ya véis, señora, que soy más razonable que vos, y sin embargo, sois vos la que se queja.

• AL SEÑOR CABALLERO DELISLE

1 de Julio de 1774.

Vale cien mil veces más, caballero, estar en Chanteloup que en Mouzon. Vuestro viejo enfermo de Ferney, á quien habéis rejuvenecido con vuestras cartas, acabará muy tranquilamente su carrera en Ferney, aunque le instan á ir á curiosear por París. Mucho se alegraría de oír la *Ifigenia* de Gluck, pero no es hombre capaz de andar cien leguas por unas cuantas semicorcheas; y el miedo á las conversaciones tontas, á los quebraderos de cabeza, á las inutilidades y á la pérdida de tiempo, es superior en él á la afición á la música.

Cuando os halléis en medio de ese vasto torbellino, vuestras cartas me desquitarán, con ventaja, de la falta de todos los placeres que se buscan en medio del estrépito del mundo. Veré mejor sus tonterías por vuestros ojos que por los míos, que están muy debilitados á causa de mis ochenta años. Escribidme desde París y renuncio á ir allá.

Ya sabéis que no sois vos quien me ha puesto al corriente del estado de las cosas. Conozco algo la historia de Francia, pero no sabía nada de la época presente.

Sabía muy bien que el antiguo Parlamento, tutor de los reyes, había desterrado del reino á Carlos VII, uno de sus pupilos; que había hecho quemar en la plaza de Grève á la mariscalca Ancre, como hechicera; que pregonó, en cincuenta mil escudos, la cabeza de un Cardenal primer ministro; que los señores Culet, Gratau, Martinau, Crépin, Quatresous, Quatrehommes, etc., arrojaron dos veces de París á su pupilo Luis XIV, á su hermanito y á su pobre madre. Hasta sabía que pretendían ahorcarme por haber referido alguno de estos hechos en el siglo de Luis XIV. Bendigo á Dios y al que nos ha librado de tales señores, pero jamás le he visto, ni le conozco.

Cuando digo que le conozco, no me refiero á Dios, sino al hombre que nos ha librado de esos señores y de la venalidad de la justicia. Nunca le he pedido nada.

Sólo á un hombre en Francia he pedido favores, y todos me los ha concedido.

Vivo ó muerto, le conservaré un agradecimiento inquebrantable, le consideraré siempre como el primer hombre del Estado, aun cuando tuviese tantas Du Barry como concubinas tenía Salomón. Siempre he pensado de la misma manera, y si él duda de ello, le quiero tanto que no se lo quiero perdonar.

Dispensadme si os hablo de todo esto, pero mi corazón está tan lleno, que no puede menos de desbordarse.

No os diré nada de lo que se hace en París, porque probablemente allí no se sabe lo que se hace ni lo que se dice; y esperaré que estéis allá para recibir noticias exactas. Si tuviese la desgracia de ser rey, tendría seguramente la dicha de tomaros como primer ministro, porque sois el único que me decís la verdad. La mayor parte de los que me hacen el honor de escribirme, no

me dicen sino bagatelas ó rumores populares ó contradicciones.

AL SEÑOR CONDE DE LA TOURAILLE

5 de Julio de 1774.

Me siento culpable respecto á vos; y tanto más culpable cuanto que, pensando absolutamente como vos, debía apresurarme á daros las gracias y á enviaros mi profesión de fe.

Si señor, me gustan más el *Tartufo* y el *Misántropo* que las comedias nuevas. Si, me atrevo á preferir á Racine á nuestros dramas, y considero á *Rolando* y *Armida* muy superiores á ciertas óperas. No pienso así porque tengo ochenta años, pues tenía el mismo gusto á los quince, y probablemente moriré impenitente. Veo que en todas las naciones del mundo las bellas artes no tienen más que una época de perfección: y pasado el siglo del genio, todo degenera á fuerza de ingenio.

Os agradezco muchísimo el que combatáis en favor del buen gusto; pero no conseguiréis que se aficionen de nuevo al vino de Borgoña individuos gastados que se emborrachan con mal aguardiente. Quédese esto entre nosotros, porque no hay que irritar á los borrachos; no entienden de razones ni de bromas.

Me dicen que tenéis un drama que se titula *El Vengativo*; pero no había más que representar á *Atreo*, que es el mayor vengador que se ha conocido jamás.

Contentaos con lo que os den; pasó ya el buen tiempo y se ha bebido el mejor vino. Ya sabéis, sin duda, que en el Evangelio daban siempre para los postres el vino más malo.

Dispensadme una vez más, os repito, el que tarde

tanto en escribiros. Soy el más descuidado de los hombres. Extravió todos mis papeles; voy como el siglo, y no sé lo que hago; pero sé muy bien lo que digo al renovaros la expresión de mi más respetuosa estima.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

6 de Julio de 1774.

Mi querido ángel: Más de un personaje de las tragedias de Corneille dice que se halla penetrado á la vez de alegría y de dolor. Esto me pareció en otro tiempo una especie de contradicción, ó por lo menos una idea demasiado rebuscada; pero comprendo ahora que puede haber algo de verdad en este galimatías. Vuestra carta del 27 de Junio me llena de placer; he aquí ahora mis dolores:

He emprendido un régimen que no me permite la menor fatiga; estoy extremadamente débil; mi pobre colonia exige mi presencia real, y tengo pendientes tres procesos por algunas yugadas de tierra. ¡Qué destino tan extraño el mío! Al cabo de veinticinco años de ausencia me preparaba á la felicidad de verme de nuevo entre mis dos ángeles, y veo que me es imposible partir por lo menos hasta dentro de dos meses. Por lo tanto, no podré gustar hasta Septiembre tan pura alegría.

AL SEÑOR CONDE CAMPI, ®

EN MÓDENA

Ferney, 8 de Julio de 1774.

Nardi parvus onyx eliciet cadum.

Hor., lib. iv, oda xii.

El *Diálogo de Pegaso y del viejo*, me ha valido, de vuestra parte, una carta que propondría á todos los

me dicen sino bagatelas ó rumores populares ó contradicciones.

AL SEÑOR CONDE DE LA TOURAILLE

5 de Julio de 1774.

Me siento culpable respecto á vos; y tanto más culpable cuanto que, pensando absolutamente como vos, debía apresurarme á daros las gracias y á enviaros mi profesión de fe.

Si señor, me gustan más el *Tartufo* y el *Misántropo* que las comedias nuevas. Si, me atrevo á preferir á Racine á nuestros dramas, y considero á *Rolando* y *Armida* muy superiores á ciertas óperas. No pienso así porque tengo ochenta años, pues tenía el mismo gusto á los quince, y probablemente moriré impenitente. Veo que en todas las naciones del mundo las bellas artes no tienen más que una época de perfección: y pasado el siglo del genio, todo degenera á fuerza de ingenio.

Os agradezco muchísimo el que combatáis en favor del buen gusto; pero no conseguiréis que se aficionen de nuevo al vino de Borgoña individuos gastados que se emborrachan con mal aguardiente. Quédese esto entre nosotros, porque no hay que irritar á los borrachos; no entienden de razones ni de bromas.

Me dicen que tenéis un drama que se titula *El Vengativo*; pero no había más que representar á *Atreo*, que es el mayor vengador que se ha conocido jamás.

Contentaos con lo que os den; pasó ya el buen tiempo y se ha bebido el mejor vino. Ya sabéis, sin duda, que en el Evangelio daban siempre para los postres el vino más malo.

Dispensadme una vez más, os repito, el que tarde

tanto en escribiros. Soy el más descuidado de los hombres. Extravió todos mis papeles; voy como el siglo, y no sé lo que hago; pero sé muy bien lo que digo al renovaros la expresión de mi más respetuosa estima.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

6 de Julio de 1774.

Mi querido ángel: Más de un personaje de las tragedias de Corneille dice que se halla penetrado á la vez de alegría y de dolor. Esto me pareció en otro tiempo una especie de contradicción, ó por lo menos una idea demasiado rebuscada; pero comprendo ahora que puede haber algo de verdad en este galimatías. Vuestra carta del 27 de Junio me llena de placer; he aquí ahora mis dolores:

He emprendido un régimen que no me permite la menor fatiga; estoy extremadamente débil; mi pobre colonia exige mi presencia real, y tengo pendientes tres procesos por algunas yugadas de tierra. ¡Qué destino tan extraño el mío! Al cabo de veinticinco años de ausencia me preparaba á la felicidad de verme de nuevo entre mis dos ángeles, y veo que me es imposible partir por lo menos hasta dentro de dos meses. Por lo tanto, no podré gustar hasta Septiembre tan pura alegría.

AL SEÑOR CONDE CAMPI, ®

EN MÓDENA

Ferney, 8 de Julio de 1774.

Nardi parvus onyx eliciet cadum.

Hor., lib. iv, oda xii.

El *Diálogo de Pegaso y del viejo*, me ha valido, de vuestra parte, una carta que propondría á todos los

jóvenes como una lección de sensatez y de buen gusto. Es propio de un alma hermosa y de un espíritu recto sentir horror y desprecio hacia el discurso que Fotino dirige á Tolomeo en la *Farsalia*, y que Corneille ha imitado tan desdichadamente en su tragedia de *Pompeyo*, tan llena de grandes bellezas y de insoportables defectos.

Lucano incurre, en primer lugar, en una falta y en una contradicción que ha imitado Corneille: tal es la de decir que Tolomeo es un niño lleno de inocencia: *Puer est, innocua est aetas*, y la de añadir algunos versos después que Fotino aconsejó el asesinato de Pompeyo, como hombre que sabía adular á los perversos y que conocía á los tiranos.

Sed melior suadere malis et nosse tyrannos,  
Ausus Pompeium letho damnare Photinus.

Lib. VIII.

Pero siempre he visto con pesar, y no tengo reparo en decirlo, que el Fotino de Corneille proclama mayor número de máximas perversas que el de Lucano, máximas cien veces más peligrosas cuando se recitan en presencia de los príncipes, con toda la pompa y la ilusión teatral, que cuando la lectura fría deja al espíritu libertad suficiente para darse cuenta de su atrocidad.

No me vuelvo atrás, ni conozco nada más horrible que estos versos:

Le droit des rois consiste à ne rien épargner;  
La timide équité détruit l'art de régner.  
Quand on craint d'être injuste, on a toujours à craindre;  
Et qui veut tout ponvoir doit oser tout enfreindre,  
Fuir comme un deshonneur la vertu qui le perd  
Et voler sans scrupule au crime que le sert.

Habéis visto muy juiciosamente, caballero, que no solamente son execrables estas máximas, y no se de-

ben pronunciar en ningún lugar del mundo, sino que además son absurdas en las circunstancias en que se dicen. No se trata del derecho de los reyes; se trata de saber si se acogerá á Pompeyo ó si se le entregará á César.

Hay que agradar al vencedor, lo cual nada tiene que ver con el derecho de los reyes. Tolomeo es un vasallo que teme ofender á César, su señor.

He expresado sin reparo mi horror á todos esos lugares comunes, bárbaros, que inspiran horror á la honradez y al sentido común. He dicho, y he debido decir, cuán horribles y ridiculos son á la vez estos otros versos que he oído recitar en el teatro:

Chacun a ses vertus ainsi qu'il a ses deus...  
Le sceptre absout toujours la main la plus coupable...  
Le crime n'est forfait que pour des malheureux...  
Qui lorsque de nos soins la justice est l'objet,  
Elle y doit emprunter le secours du forfait.

No se pueden decir más malamente cosas más odiosas; sin embargo, hay gente de bastante mala fe para atreverse á excusar tan ineptos horrores. No hay mala causa que no encuentre defensor, ni buena que no tenga adversario; pero, á la larga, la verdad triunfa, sobre todo cuando se halla sostenida por espíritus como el vuestro.

Si no hay nada más odioso para la gente honrada que esos malvados de comedia, que hablan siempre de *crimen*, que gritan que el *crimen* es heroico, que la *venganza* es divina y que los *crimenes* immortalizan, tampoco hay cosa más insulsa que esas heroínas que nos aturden los oídos con su virtud. Es un gran arte el de Racine al hacer que Nerón no diga nunca que le gusta el *crimen* y que Junia no se vanaglorie de ser virtuosa.

Os pido mil perdones, caballero, por haberos dicho cosas que parecéis saber mejor que yo.

### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

14 de Septiembre de 1774.

Mi querido ángel, no esperaba que vuestro hermano partiese antes que yo. Me avergüenzo de hallarme vivo cuando pienso en todas las víctimas que caen en torno mio. Mi corazón os dice: Vivid largo tiempo, mi querido ángel, en compañía de madama de Argental, como si esto dependiese de vos. En este mundo somos todos como prisioneros encerrados en el patio de una cárcel. Todos esperan que les llegue el turno para ser ahorcados, y cuando éste llega resulta que se ha vivido muy inútilmente. Todas las reflexiones son vanas, y todos los razonamientos acerca de la necesidad y la miseria humanas no son sino palabras que se lleva el viento. Siento á vuestro hermano y os amo con todo mi corazón; es cuanto puedo deciros.

Si tenéis tiempo de oír hablar de las tonterías de los vivos, os diré que vuestro protegido Le Kain ha escrito á un ginebrino estas hermosas palabras: « El calumniador Maupecu está en la Bastilla y le están formando causa ». Esta noticia la han creído á puño cerrado en toda Ginebra. No hay ciudad de Europa que se interese más que ella por los negocios de Francia, pues mediante su habilidad ha logrado adquirir seis ó siete millones de renta sobre el tesoro real, mientras los galos de Paris van á la Ópera Cómica.

Nadie dudó un momento de que la noticia de Le Kain fuese verdadera; pues suponían que la había sabido por la voz pública. Pero tengo gran interés por

saber si el hombre acusado de haber calumniado á una persona muy respetable y muy amable, sería culpable, en efecto, de haber tomado parte en la intriga que se le imputa. Podéis decirme si ó no sin comprometeros.

Os he escrito por conducto de Madama de Sauvigny. Podéis dirigirme una palabrilla por conducto de M. Bacon, substituto del procurador general, y darme cuenta de todo lo que se dice.

Quisiera poder ir á veros, sin que se dijese: está en Paris. Cuanto más viejo me hago, más repito:

*Moins connu des mortels, je me cacherais mieux;  
Je hais jusques aux soins dont m'honorent les dieux.*

Ángeles míos, ¡ojalá que podáis conservar muy largo tiempo la salud, sin la cual nada vale lo demás!

Agradezco en el alma la atención que habéis tenido de pagarme las nueve mil cuatrocientas libras; llegan como el agua de Mayo, porque la colonia me arruina. Me tomaré la libertad de girar contra vos, puesto que lo permitis.

Adiós, mi querido ángel; Paris es muy loco, y este mundo muy miserable.

### Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

Ferney, 6 de Octubre de 1774.

Señora :

*L'amour fit le serment, l'amour l'a violé.*

Perdono á vuestra Majestad imperial y vuelvo á ser vuestro esclavo. Ni el gran Turco ni yo ganariamos nada con encolerizarnos contra vos; pero, si me atreviese, pondría una condición al perdón que concedo tan benignamente á Vuestra Majestad; sería la de saber si

el marqués Pugatschef es agente ó instrumento. No creo al marqués instrumento de Acmet IV, que escogia tan mal los suyos, y que probablemente no tenía nada bueno que escoger. Pugatschef no servía al Papa Gan-ganelli, ni tampoco estaba á sueldo del rey de China, del rey de Persia ó del gran Mogol. Diría, pues, con circunspección al tal Pugatscheff: Señor, ¿sois amo ó criado, obráis por vuestra cuenta ó por la de otro? No os pregunto quién os emplea, sino solamente si sois empleado; sea como quiera, señor marqués, creo que acabaréis en la horca; lo merecéis, no sólo porque sois culpable para con mi augusta emperatriz, que tal vez os indultaría, sino también con todo el imperio, que no puede perdonaros. Permitidme ahora que reanude el hilo de mi discurso con vuestra soberana.

Señora, ¿cómo mientras os ocupáis en lo relativo al sultán, al gran visir y á su ejército destruido, en vuestros triunfos, en vuestra paz tan gloriosa como útil, en vuestros grandes establecimientos y hasta en lo referente á Pugatschef, todavía halláis ocasion de fijar vuestra mirada en el livoniano Rose? Habéis adivinado que es un estafador y un bribón. La clarividencia de vuestra Majestad no se equivocó, y yo fui un imbécil en dejarme seducir por su cara rubicunda.

Este año no me es permitido aumentar la multitud de europeos y asiáticos que acuden á contemplar á la admirable autócrata victoriosa, pacificadora y legisladora. La estación está demasiado avanzada; pero pido permiso á vuestra Majestad para ir á ponerme á sus pies el año próximo, ó dentro de dos años ó de diez. ¿Por qué no habría de tener el placer de hacerme enterrar en algún rincón de San Petersburgo, desde donde os pudiese ver pasar y cruzar bajo vuestros arcos de triunfo, coronada de oliva y de laurel?

Entre tanto, me pongo á vuestros pies desde mi agujero de Ferney, mirando vuestro retrato con ojos siempre llenos de asombro y con el corazón transportado de júbilo.

EL VIEJO ENFERMO.

## Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

Ferney, 19 de Octubre de 1774.

Señora, mi impertinencia no fatiga hoy á vuestra Majestad imperial hablando del carredondo livoniano Rose, ni del abogado Duménil, que queria ayudaros á hacer leyes por consejo de su padrino. Se trata hoy de un joven noble, buen géometra, buen ingeniero, de excelentes costumbres y animoso; se llama De Mur-nan. Su familia es de la provincia en que resido. Se halla muy recomendado á M. Euler, á quien honráis con vuestra protección. Todos sus maestros hacen de él los mayores elogios.

Vuestra Majestad no debe sorprenderse de que desee apasionadamente entrar un joven oficial á su servicio. Lo que más aflige á este joven oficial, es que hayáis concedido tan pronto la paz al sultán; porque hubiera podido levantar el plano de Constantinopla, y contra-restar al caballero de Tott.

No me corresponde tener la osadía de presentaros á nadie, pero Vuestra Majestad no me puede impedir que tenga envidia de cuantos tienen veinticinco años, que pueden ir á las orillas del Neva y al Bósforo, y servirlos con la cabeza y con la mano, y que, seguramente, serán predestinados si llegan á hallar la muerte en vuestro servicio. Es muy duro en estos casos tener que vivir retirado en el rincón de su hogar.



Me pongo tristemente á los pies de Vuestra Majestad Imperial, como un viejo suizo inútil.

Á M. DE CHAMPFORT

Ferney, 16 de Noviembre de 1774.

Caballero, cuando M. de la Harpe me envió su hermoso *Elogio de La Fontaine*, que no logró el premio, le escribí que era preciso que el que lo hubiese logrado fuese el discurso más perfecto que hayan podido ver todas las Academias del mundo. Vuestra obra me ha demostrado que no me había equivocado. Bendigo á Dios, en medio de mi decrepitud, por ver que hay hoy géneros en que se está muy por encima del siglo de Luis XIV; estos géneros no son muchos, y por eso os estoy doblemente obligado. Os doy gracias desde el fondo de mi corazón gastado, por los nuevos placeres que vuestra obra me ha procurado; todo lo que puedo deciros es que La Fontaine no hubiera podido jamás hablar de Esopo y de Fedro tan bien como vos habláis de él.

Á propósito, caballero, me echáis en cara, aunque con vuestra cortesía y gracia ordinarias, el haber dicho que La Fontaine no era bastante pintor. Recuerdo, en efecto, haber dicho en otro tiempo que no era un pintor tan fecundo tan variado ni tan animado como Ariosto, y esto lo decía á propósito de Joconda. Confieso la herejía que cometí contra el más amable sacerdote de nuestra Iglesia.

Más que nunca me hacéis comprender cuán encantador es La Fontaine en sus buenas fábulas; digo las buenas, porque las malas no pueden ser peores; pero ¡cuán superior es á él, y á todo lo que hasta ahora me

ha encantado, Ariosto, por la fecundidad de su invención, la profusión de sus imágenes, el profundo conocimiento del corazón humano, sin echárselas nunca de doctor, y por las bromas tan naturales con que sazona las cosas más terribles! Hallo en él la gran poesía de Homero, con más variedad, toda la imaginación de las *Mil y una noches*, la sensibilidad de Tibulo y las bromas de Plauto, mostrándose siempre maravilloso y sencillo. ¡Qué moral tan verdadera y tan regocijada en los exordios de sus cantos! ¿No os maravilla que haya podido escribir un poema de más de cuarenta mil versos, en que no hay un solo pasaje fastidioso, ni una sola línea que peque contra la lengua, ni un giro forzado, ni una palabra impropia? Y sin embargo, todo el poema está en estancias.

Os confieso que Ariosto es mi hombre, ó mejor dicho, un Dios, como dicen los de Florencia: *il divin Ariosto*. Perdonadme mi locura. La Fontaine es un muchacho encantador á quien amo con todo corazón, pero permitidme que me extasie ante mi Ludovico, que por otra parte ha escrito epístolas comparables con las de Horacio. *Multae sunt mansiones in domo patris mei*. En casa de mi padre hay muchas moradas. Vos ocupáis una de ellas. Continuad, señor, rehabilitando nuestro siglo, que yo abandono sin pesar, cuidad sobre todo de vuestra salud. Ya sé lo que es haber estado ochenta y un años enfermo.

Aceptad la estima sincera y los respetos del buen viejo Voltaire.

Siento en el alma morir sin haberos visto.

À M. DE LALANDE

19 de Diciembre de 1774.

Empiezo por daros gracias con toda mi alma por los volúmenes de astronomía que habéis tenido á bien prometerme. Es verdad que estoy casi ciego durante el invierno, y que no sirvo para hacer observaciones; pero os diré con Keill:

Thus we from heaven remote to heaven shall move  
With strength of mind, and tread the abyss above.

Tengo á Keill y Gregory, sólo me faltáis vos. No hubiera abandonado esta clase de estudios si hubiera podido lisonjearme de tener en ellos tanto éxito como vos.

A propósito de astronomía, me confesaréis que si se admiran los *orreris* de Inglaterra, que no son sino una miserable y pequeña copia del gran espectáculo de la naturaleza, se debe, con mayor razón, admirar el original, y que Platón no era un tonto cuando, despreciando y detestando todas las supersticiones de los hombres, declaraba que existe un eterno geómetra.

No me maravillo de que los bribones que han engordado con nuestra sangre se declaren contra mon sieur Turgot, que quiere conservarla en nuestras venas; y cuando haya necesidad de sangrarnos, sea en beneficio del Estado, y no de los financieros. Monsieur Turgot es, por otra parte, el protector de todas las artes, y lo es con conocimiento de causa. Es un espíritu superior y una hermosa alma. ¡Ay de Francia si abandona su puesto!

Adiós, caballero, los habitantes de mi desierto de-

1. Especie de máquinas que representan los movimientos de os planetas.

sean apasionadamente tener el placer de volveros á ver cuando volváis por estas tierras. Conservad vuestras bondades al viejo enfermo, que os conserva el más tierno afecto.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

30 de Diciembre de 1774.

¡Ah! mi querido ángel, mi querido ángel, tengo que reñiros. M. de Thibouville, M. de Chabanon, y Madama Du Deffand, me hacen saber que voy á ir á veros por la primavera. Sí, quiero ir, pero...

No voy sino por vos, querido ángel; no puedo mostrarle á los demás. Paso las tres cuartas partes del día en la cama. Tengo que tener siempre puesto un gran gorro, pues á no ser por eso se me verían los sesos. Tomo medicamentos unas tres veces por semana; pronuncio muy difícilmente, pues á Dios gracias ando tan mal de dientes como de ojos y de oídos.

Juzgad por este hermoso retrato, que es sumamente fiel, si estoy en disposición de ir á París, *in focchi*. No podría menos de ir á la Academia, y me moriría de frío en la primera sesión.

No teniendo portero cómo podría cerrar la puerta á toda la canalla que pretende pasar por gente de letras, y que tendría la estúpida curiosidad de venir á ver mi esqueleto? Soy un ratón campesino que no puede vivir en París, sino en algún agujero muy desconocido, y que no saldría de él en el poco tiempo que allí permaneciese. Sólo vería á dos ó tres de nuestros amigos, después de haberles exigido juramento de no descubrir el ratón del campo á los gatos de París. Llegaría bajo el nombre de una de mis tierras; de suerte que no po-

drian acusarme de haber mentido, si tuviese la triste desgracia de ser reconocido.

Guardaos, pues, mucho, mi querido ángel, de autorizar esa horrible noticia, de que voy á veros en la primavera. Decid que no hay nada de ello, y yo voy á escribir expresamente en este sentido.

Sin embargo, consolaos de vuestras pérdidas con gozar de vuestros nuevos amigos, de vuestra consideración, fortuna, salud y de todo lo que puede hacer soportable la vida. Sois muy felices con poder ir al teatro; es un consuelo de que se privan todos los viejos magistrados, no sé por qué; era el de Cicerón y el de Demóstenes. Nuestro patio de la Comedia está lleno de pasantes de la curia y de oficiales de peluquero; en nuestros palcos se pavonean señoras que no saben nunca de qué se trata, á no ser que se hable de amor. Las piezas no valen gran cosa, pues desde la época de Racine no conozco ninguna buena, y antes de él habría, cuando más, unas quince escenas, hermosas; pero no quiero hacer aquí una disertación.

Mi joven me ocupa mucho. Si puedo llegar únicamente á descartar un testigo imbécil y muy peligroso, estoy seguro de que ganará su proceso por voto unánime. Sería preciso un abogado muy filósofo, muy generoso y muy discreto, que tomase las cosas con empeño, y que firmase una petición al guardasellos para obtener la libertad de ponerse en prisión y de hacerse colgar, si llega el caso. Estas órdenes, después de cinco años de constancia, no se rehusan nunca. Dejemos pasar las insulseces del día de año nuevo y el tumulto de Carnaval, después de lo cual veremos á quién pertenece la cabeza de este oficial. Su amo empieza á tomar las cosas muy á pecho, aunque no con el calor que yo. Considero su proceso como la cosa más importante, y que

puede tener las consecuencias más felices; pero es preciso que me ayude de Ornoi. De él dependerá disponer las cosas de manera que nada se omita, y que sea una simple cuestión de forma. Voy á trabajar por mi parte para descartar á ese imbécil testigo, único obstáculo que me embaraza; si no salgo bien en esta empresa muy seria, lograré por lo menos procurar alguna fortuna á ese oficial respecto de su amo. Los Frerón y los Sabotier no me impedirán hacer bien mientras viva. Divertios, sacudid la pereza, ocupaos, queredsiempre algo al más viejo seguramente de todos vuestros servidores, que os amará tiernamente mientras tenga un soplo de vida.

À M. DEVAINES

PRIMER OFICIAL DE HACIENDA

Ferney, por Lyon, 18 de Marzo de 1775.

Me hacéis, caballero, un regalo que estimo en mucho. Ya tenía el retrato de M. Turgot, pero he hecho poner en un cuadro el que he recibido de vuestra bondad, y lo he colocado á la cabecera de mi cama, á causa de los versos de M. de La Harpe. No solamente son buenos esos versos, sino que son verdaderos, lo que sucede muy rara vez con los inspectores generales. He colocado esta estatua enfrente de la de Juan Causeur. No quiere decir esto que Juan Causeur valga tanto como M. Turgot, pero es el caso que han grabado su retrato á la edad de ciento treinta años.

Aunque estoy confinado al pie de los Alpes entre la Saboya y la Suiza, me gusta aún bastante más la Francia para desear que M. Turgot viva tanto como Juan Causeur.

Os estoy muy agradecido, caballero, porque os dedicáis al cultivo de las buenas letras, que son generalmente lo que más se opone á vuestro empleo. La agricultura de que hago profesión no es tan contraria á ellas; pero la aridez de los cálculos es casi siempre enemiga mortal de la literatura. Dichosas las inteligencias rectas que logran á la vez ambas cosas.

Os doy gracias por vuestras bondades. Tengo el honor de ser, con la estima más respetuosa, vuestro, etc.

Á M. THIBOUVILL

20 de Marzo de 1775.

No os diré lo que he dicho á M. de Argental; hay cuatro ediciones del *Don Pedro* de ese joven, en quince días; pero Dios me preserve de que hubiese una sola representación. Os repito que si Le Kain sólo puede desempeñar el papel de Du Guesclín, no ha habido nunca sino mademoiselle Lecouvreur que pudiese dar realce al de Leonor, y sólo Barón era á propósito para Don Pedro. No tenéis en el Teatro Francés sino Polichinelas y cábalas en Paris. Ángeles míos, mis pobres ángeles. Pasó el buen tiempo: tenéis cuarenta periódicos y ni una buena obra; la barbarie ha venido á fuerza de ingenio. Dios tenga piedad de los galos; pero quered siempre al viejo enfermo, que os ama, y compadeced á un siglo en que la ópera cómica triunfa de *Armida* y *Fedra*.

Vivis en medio de una nación extraviada que está sentada á la mesa del banquete desde hace ochenta años, y que pide al fin de la comida malos licóres, después de haber bebido en el primer servicio excelente vino de Borgoña.

En cuanto al viejo enfermo, no bebe más que tisanas.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

30 de Marzo de 1774.

Señora, lograréis de mi todo lo que queráis, excepto el hacerme ir á Paris. Á veces voy allá con la imaginación, porque allí estáis vos; pero la razón me dice que debo acabar mi vida en Ferney. Cuando uno ha perdido la mitad de su cuerpo y de su alma, hay que ocultarse á los ojos del mundo y dejar el puesto á la juventud. Hay y habrá siempre en Paris muchos jóvenes que hacen y harán muy lindos versos; pero no es bastante hacerlos buenos: les hace falta un no sé qué que obliga á retenerlos de memoria ó á volverlos á leer, sin lo cual cien mil buenos versos son trabajo perdido.

Estoy indignado desde hace algunos años de la prosa de Paris, y sobre todo de la prosa de los abogados, que hablan todos como maese Petit-Jean. Los escritos contra M. de Guines y M. de Richelieu, me han parecido el colmo del absurdo. El de M. de Richelieu era algo fastidioso, pero por lo menos muy razonable.

Espero que cuando mi joven tenga que hacer uno, podrá ser bastante interesante; pero probablemente esta pieza de teatro no se representará tan pronto.

Adiós, señora, distraeros, cenad, y sobre todo, digérid, dormid, disfrutad de la sociedad, de la que siempre seréis encanto. Dignaos conservarme siempre un poco de amistad, pues esto consuela á cien leguas de distancia.

Á M. DEVAINES

8 de Mayo de 1775.

Es digno de los bárbaros galos oponerse á los grandes designios de M. Turgot; y vos, que sois un verdadero francés, estáis tan indignado como yo por la estupidéz del pueblo. Los parisienses se parecen á los de Dijón que, alborotándose porque les faltaba pan, echaron al río doscientas fanegas de trigo. Los mismos dijoneses han escrito que el estilo de su paisano Crébillón era más flexible que el de Racine, y que Pirón era muy superior á Molière: todo eso es digno del siglo.

No tenemos aún en Ginebra el fárrago del ginebrino Nécker contra el mejor ministro que Francia ha tenido. Nécker se guardará muy bien de enviarme su quisi-cosa. Sabe demasiado que no soy de su parecer. Hace diecisiete años que tuve la dicha de poseer durante algunos dias á M. Turgot en mi caverna. Me gustaba su corazón y admiraba su ingenio. Veo que ha satisfecho todas mis aspiraciones y esperanzas. El edicto del 13 de Septiembre me parece una obra maestra de la verdadera sabiduría y de la verdadera elocuencia. Si Nécker piensa y escribe mejor, creo desde este momento á Nécker el primer hombre del mundo; pero hasta el presente pienso como vos.

Estoy penetrado de vuestras bondades y de vuestra manera de pensar, de sentir y de expresaros.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

Ferney, 17 de Mayo de 1775.

En medio de vuestra triste suerte, señora, sois la

mujer más feliz, puesto que os hacen provecho las confituras del rey de Marruecos; porque habéis de saber que en la mesa del rey de Marruecos se sirve la casia lo mismo que en las nuestras la jalea de grosella ó de manzana. Podéis estar segura que los temperamentos que tienen la digestión algo lenta y la inteligencia viva, y en quienes la casia produce buen efecto, duran de ordinario más largo tiempo que los cuerpos frescos regordetes.

La mejor prueba de esto es que yo vivo aún después de haber sufrido durante ochenta y un años casi sin descanso.

Dad la preferencia á la casia, puesto que Molière ha decidido que *la buena casia es buena*; pero alabándola como se merece, permitidme que os diga que no hay que despreciar por eso el ruibarbo.

Todos los médicos de la facultad, colegas míos, si tienen algo de filosofía, convendrán conmigo en que en la casia y en el ruibarbo obran los mismos principios. Las partes más volátiles y más picantes son las únicas que purgan. Confieso, porque hay que ser justo, que la casia, además de sus sales volátiles, tiene algo untuoso de que carece el ruibarbo, y por eso merece la preferencia; pero lo sublime de la medicina doméstica consiste, á mi parecer en consagrar un dia al mes al ruibarbo.

Me quito mi toga de médico para hablaros de las *Hijas de Mineo*. Os juro que no he enviado estas tres parlanchinas á nadie. Es una indiscreción de Cramer que siento en el alma. Ya soy víctima de otras muchas, pues tal es mi destino.

Envío por vuestro conducto esta mala broma del difunto La Visclède á M. Delisle. No le costará nada, y á vos os costará un escudo, que no lo vale.

Descaría saber si habéis leído el libro de M. Nécker sobre los trigos. Hay muchos que dicen que se necesita gran aplicación para entenderlo y profundos conocimientos para contestarle.

Se ha publicado un escrito sobre la agricultura, que es mucho más corto y á veces más divertido: hasta contiene algunas verdades. Podría procurároslo dentro de algunos dias. Ya que no puedo acercarme á vos, procuro distraeros desde lejos. Mi colonia exige continuamente mi presencia. Es una carga que hay que llevar y muy penosa. No penséis nunca en fundar nada si queréis tener tiempo de que disponer.

Una vez más, señora, apuremos las heces de nuestros últimos dias tan suavemente como los primeros vasos sacados del tonel. No existe para nosotros otra filosofía. La paciencia y la casia son nuestros únicos recursos, y lo siento.

Madama Denis os da gracias por vuestras bondades: de buena se ha librado.

AL SEÑOR ABATE DUVERNET

Ferney, Junio de 1775.

No os enviaré, señor abate, las poesías hechas á honra y gloria mía. Estad muy persuadido de que más gustaría un epigrama contra mí, bueno ó malo, que cien elogios. La alabanza nos adormece, la sátira nos despierta; y el mundo está tan harto de versos, que hasta la misma sátira ha dejado de ser divertida. Tiene uno demasiado de todo en este siglo en que vivimos y hay muy pocas personas que piensen como vos.

No dejaré de presentaros mi memorial á los soberanos del teatro de la Comedia Francesa. No conozco

sino á Le Kain; pero todo lo intentaré con los demás, puesto que representan una obra nueva que yo les he regalado; y supuesto, sobre todo, que semejante obra, de la que no tienen la mejor opinión, no sea silbada del público, como todo me lo hace temer; porque no hay medio de imponer tasa, por ligera que sea á sus propias tropas cuando han sido batidas.

Estad muy persuadido, señor, de todos los sentimientos de que se halla animado hacia vos el viejo enfermo.

AL SEÑOR ABATE BAUDEAU

AUTOR DE LAS EFEMÉRIDES DEL CIUDADANO.

Nunca os agradeceré bastante, señor, la bondad que habéis tenido de enviarme vuestras *Efemérides*. Las verdades útiles están tan claramente enunciadas en ellas que aprendo siempre algo, aunque á mi edad sea uno de ordinario incapaz de aprender. La libertad del comercio de granos se halla tratada en ellas como debe serlo; y esta ventaja inestimable sería aun más grande, si el Estado hubiera podido emplear en canales de provincia á provincia la vigésima parte de lo que nos han costado dos guerras; la primera, completamente inútil, y la segunda, funesta. Si hay algo cuya necesidad se haya demostrado evidentemente, es la necesidad de la abolición de las prestaciones personales. Son ambos dos servicios esenciales que M. Turgot quiere prestar á Francia, y en esto su administración será superior á la del gran Colbert. He admirado siempre á este hábil ministro de Luis XIV, menos por lo que hizo que por lo que quiso hacer; porque ya sabéis que plan consistía en suprimir para siempre los arren-

Descaría saber si habéis leído el libro de M. Nécker sobre los trigos. Hay muchos que dicen que se necesita gran aplicación para entenderlo y profundos conocimientos para contestarle.

Se ha publicado un escrito sobre la agricultura, que es mucho más corto y á veces más divertido: hasta contiene algunas verdades. Podría procurároslo dentro de algunos dias. Ya que no puedo acercarme á vos, procuro distraeros desde lejos. Mi colonia exige continuamente mi presencia. Es una carga que hay que llevar y muy penosa. No penséis nunca en fundar nada si queréis tener tiempo de que disponer.

Una vez más, señora, apuremos las heces de nuestros últimos dias tan suavemente como los primeros vasos sacados del tonel. No existe para nosotros otra filosofía. La paciencia y la casia son nuestros únicos recursos, y lo siento.

Madama Denis os da gracias por vuestras bondades: de buena se ha librado.

AL SEÑOR ABATE DUVERNET

Ferney, Junio de 1775.

No os enviaré, señor abate, las poesías hechas á honra y gloria mía. Estad muy persuadido de que más gustaría un epigrama contra mí, bueno ó malo, que cien elogios. La alabanza nos adormece, la sátira nos despierta; y el mundo está tan harto de versos, que hasta la misma sátira ha dejado de ser divertida. Tiene uno demasiado de todo en este siglo en que vivimos y hay muy pocas personas que piensen como vos.

No dejaré de presentaros mi memorial á los soberanos del teatro de la Comedia Francesa. No conozco

sino á Le Kain; pero todo lo intentaré con los demás, puesto que representan una obra nueva que yo les he regalado; y supuesto, sobre todo, que semejante obra, de la que no tienen la mejor opinión, no sea silbada del público, como todo me lo hace temer; porque no hay medio de imponer tasa, por ligera que sea á sus propias tropas cuando han sido batidas.

Estad muy persuadido, señor, de todos los sentimientos de que se halla animado hacia vos el viejo enfermo.

AL SEÑOR ABATE BAUDEAU

AUTOR DE LAS EFEMÉRIDES DEL CIUDADANO.

Nunca os agradeceré bastante, señor, la bondad que habéis tenido de enviarme vuestras *Efemérides*. Las verdades útiles están tan claramente enunciadas en ellas que aprendo siempre algo, aunque á mi edad sea uno de ordinario incapaz de aprender. La libertad del comercio de granos se halla tratada en ellas como debe serlo; y esta ventaja inestimable sería aun más grande, si el Estado hubiera podido emplear en canales de provincia á provincia la vigésima parte de lo que nos han costado dos guerras; la primera, completamente inútil, y la segunda, funesta. Si hay algo cuya necesidad se haya demostrado evidentemente, es la necesidad de la abolición de las prestaciones personales. Son ambos dos servicios esenciales que M. Turgot quiere prestar á Francia, y en esto su administración será superior á la del gran Colbert. He admirado siempre á este hábil ministro de Luis XIV, menos por lo que hizo que por lo que quiso hacer; porque ya sabéis que plan consistía en suprimir para siempre los arren-

dadores. La guerra más brillante que prudente de 1672, destruyó todo su plan de economía. Había que contribuir á la gloria de Luis XIV, en lugar de servir á la Francia; hubo necesidad de recurrir á empréstitos onerosos, en lugar de imponer un tributo igual y proporcionado como el de las décimas.

Que Francia se vea administrada como lo ha sido la provincia de Limoges, y entonces, saliendo de sus ruinas, será el modelo del más feliz de los gobiernos.

Mucho me satisface, señor, cuanto decís sobre las trabas impuestas á los artesanos, á las corporaciones de oficio y á las jurandas. Tengo á la vista un gran ejemplo de lo que puede en pro del comercio y de la agricultura una libertad honrada y moderada. Había, en el sitio más pintoresco de Europa, después de Constantinopla, pero en el suelo más ingrato y menos sano, una aldehuela habitada por cuarenta desgraciados, devorados por la pobreza y las paperas. Un hombre que disponía de cierta fortuna, compró tan horrible territorio expresamente para cambiarlo. Empezó por hacer desecar unas lagunas pestilenciales; roturó las tierras; buscó artesanos extranjeros de todas clases y, sobre todo, relojeros que no conocieron ni corporación, ni juranda, ni ninguna otra traba, pero que trabajaron con maravillosa industria, y pudieron fabricar obras acabadas una tercera parte más baratas que las que se venden en París.

El señor duque de Choiseul los protegió con la nobleza y grandeza que han caracterizado siempre su conducta.

M. de Ogni los sostuvo con bondades sin las cuales se hubieran visto perdidos.

M. Turgot, viendo en ellos extranjeros que se habían hecho franceses, y hombres honrados que prestaban

servicios, les concedió todas las facilidades que pueden conciliarse con las leyes.

Por último, en pocos años una guarida de cuarenta salvajes se ha convertido en un pueblecito opulento, habitado por mil docietas personas útiles, por físicos y sabios, cuya inteligencia da actividad á las manos. Si se les hubiese sometido á las leyes ridículas inventadas para oprimir las artes, este lugar sería aún un desierto inmundo habitado por los osos de los Alpes y del monte Jura.

Continuad, caballero, ilustrándonos y animándonos á preparar los materiales con que nuestros ministros han de levantar el templo de la felicidad pública. Tengo el honor de ser, con respetuoso agradecimiento, vuestro, etc.

Á M. DE LA HARPE

15 de Agosto

Á pesar de vuestra brillante imaginación, mi querido amigo, no podéis imaginaros el placer que me proporcionáis al hacerme saber que habéis ganado los dos premios. Juzgad con qué impaciencia aguardan todos los que están en Ferney vuestras epistolas en verso y vuestro elogio en prosa del mariscal de Catinat.

¿Sabéis que me dan intenciones de ir á asistir desde un modesto rincón á la primera representación de *Menzikof*? Mis entrañas paternas se conmueven de ternura á cada uno de vuestros éxitos. Debéis hallaros ahora en pleno triunfo, rodeado de cumplimientos y de nuevos amigos. Las recompensas de la corte serán para Fontainebleau. Frerón se morirá de rabia, si es que no se muere de indigestión en la taberna: Apolo habría dado muerte á la serpiente Pitón.



Es verdad que Ferney se convierte en una ciudad singular y bastante linda; pero desespéro de que venzáis á ella. No saldréis jamás de París, donde seréis necesario. Parece que el nuevo ministerio está hecho á medida de vuestros deseos.

Tenéis en M. Devaines un amigo muy digno de serlo. Le he enviado el *Grito de la sangre inocente* y la diatriba de que me habláis. Todo ello es lo mismo que un poco de mostaza después de la comida.

El joven que hacía gritar la sangre inocente, y que ha vivido en mi casa un año, no tiene ya por qué gritar. El rey su amo acaba de reparar la barbarie jurídica de los magistrados; le llama á su lado, le da una compañía, una plaza de ingeniero y una pensión. Esto vale más que una revisión de proceso, cuyo éxito es siempre dudoso, ó que un indulto vergonzoso, que exige ceremonias infames.

Si M. Devaines no os ha entregado las dos obritas, le enviaré otras. Os abrazo con toda la alegría de mi corazón.

À M. DE FABRY

31 de Agosto de 1775

Acabo de saber, caballero, que varias personas de Gex se han escandalizado por los beneficios con que el ministerio quiere colmarnos. Seguramente es porque no saben aún hasta dónde se extienden estas bondades; podéis hacerle saber que M. de Trudaine, en la carta con que me honra, dice expresamente que podremos hacer un convenio con los arrendadores generales respecto de la sal.

El punto principal, el beneficio muy señalado y muy

inesperado, es el de vernos desembarazados de esa multitud de empleados que vejan la provincia, que llenan las prisiones y que impiden todo comercio.

Tan pronto como nos veamos libres de un azote tan funesto, aprovecharemos nuestra libertad para hacer proponer á los arrendadores generales que nos entreguen sal al mismo precio que la venden en Ginebra; mientras nos ponemos de acuerdo con ellos, podremos comprarla en Coppet y tenerla á un precio muy módico, la pagaremos solamente á trece libras el quintal. Es muy probable que la protección de M. Turgot y de M. de Trudaine anime á los arrendadores generales á tratar con nosotros como con Ginebra. Entonces os será muy fácil el sacar sobre la venta de dicha sal una suma suficientemente considerable para pagar las deudas de la provincia, para dar una indemnización á los arrendadores y para costear la construcción de caminos.

La libertad que se dignan ofrecernos y la abolición de las prestaciones personales son beneficios inestimables para las ciudades y para los campos. Sólo nos resta dar las gracias; nadie lo comprende mejor que vos ni lo hará sentir mejor. Confío enteramente en vuestra prudencia y en vuestro espíritu patriótico. Tengo el honor de ser, etc.

VOLTAIRE

À M. DUPONT DE NEMOURS

10 de Septiembre de 1775.

Señor, el albañil y agricultor del monte Jura, á quien habéis tenido á bien escribir una carta lisonjera y consoladora, es tan sensible á vuestra bondad que abusa inmediatamente de ella.

Os diré en primer término que no hay tal vez país en Francia donde se haya sentido más vivamente que entre nosotros todo el bien que pueden producir al reino las intenciones de M. Turgot. Aunque seamos pequeños, tenemos Estados, y éstos han tomado con tiempo todas las medidas necesarias para asegurar la libertad del comercio de granos y la abolición de la prestación personal. Estos son dos preliminares que considero como la salvación de la Francia.

He celebrado, en medio de las antiguas cabañas que he convertido en una población bastante agradable, los beneficios del ministerio. Mi colonia ha señalado un premio durante las fiestas. Este premio era una medalla de oro que representaba á M. Turgot. Madama de Saint-Julien, hermana de nuestro comandante, ha ganado este premio. Todo esto nos anima á solicitar que nuestro pequeño país sea separado de los arrendamientos generales; proyecto antiguo que M. de Trudaine habia ya formado, y que es tan útil al rey como á nuestra provincia.

M. Turgot ha devuelto nuestra Memoria á M. de Trudaine, el cual nos ha hecho sus proposiciones en consecuencia. Las hemos aceptado sin cambiar una sola palabra, y las hemos firmado con el más vivo y respetuoso agradecimiento.

Tal es el estado en que nos encontramos. Los Estados me han encargado que suplique á M. Turgot se digne, si es posible, comunicarnos para el 1.º de Octubre sus órdenes positivas conforme á las cuales hemos de proceder, y constituiremos los fondos para pagar al arrendador general la indemnización que se le ha concedido para subvenir á la construcción de caminos sin prestación personal, y para satisfacer anualmente las deudas de la provincia.

Acabo de saber que sois bastante feliz, pues tenéis la suerte de vivir en la misma casa que M. Turgot. Me dirijo á vos para suplicaros que le pongáis al corriente de vuestras intenciones, de nuestra sumisión y de nuestro agradecimiento. Tened la bondad de contestarme aunque sólo sea una palabrita. Tengo el honor de ser, etc.

### Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

Ferney, 18 de Octubre de 1775.

Señora, después de haberme maravillado y encantado de vuestras victorias durante cuatro años seguidos, me maravillo más aún de vuestras fiestas. Me cuesta trabajo comprender cómo ha logrado vuestra majestad imperial que el mar Negro llegue á una llanura cerca de Moscú. Veo en ese mar barcos, ciudades en sus orillas, cucañas para un pueblo inmenso, y todos los milagros de la ópera reunidos.

Sabia muy bien que la muy ilustre Catalina II era la primera persona del mundo entero, pero no sabia que fuese mágica.

Puesto que ejerce tanto poder sobre los elementos, ¿qué más le hubiera costado enviarme la flecha de Abaris ó la carroza del bueno de Elias, para que yo pudiese ser testigo de todas vuestras grandezas y vuestros placeres?

Créese en mi país que todo eso es un sueño. Yo hubiera certificado la verdad de ello, y hubiera dicho á mis pequeños compatriotas que se las echan de entendidos: « Señores, las fiestas del mar Negro son muy poca cosa en comparación con los establecimientos para huérfanos y para las casas de educación; las fiestas

duran un día, mientras que esas casas duran siglos. »

Me postro á los pies de Vuestra Majestad Imperial para pedirle muy humildemente perdón por haberme atrevido á molestarla con mis importunidades miserables.

Pido perdón por haber dejado partir el cuadro de un pintor de la ciudad de Lyon.

Pido perdón por haber hablado de un vicecónsul de Cádiz llamado Widellin y de otro que se presenta para ejercer la suprema dignidad del viceconsulado.

Pido perdón por haber propuesto otro cargo de cónsul para Marsella.

Me avergüenzo de decir que se presentaba además otro cónsul para Lyon.

El imperio romano no creaba más que dos cónsules á la vez: pero todo el mundo quiere ser cónsul de Rusia. Todos los que entran en mi casa y ven vuestro retrato se imaginan que disfruto de gran crédito en vuestra corte, y me dicen: « Hacednos cónsules de esta emperatriz que debería ser soberana de todo el globo, y que por lo menos posee la cuarta parte de él. » Yo procuro reprimir su ambición.

Haré más, señora, reprimiré mi charlatanería. Comprendo que fastidio á la conquistadora, á la legisladora y á la bienhechora: me es permitido adorarla, pero no me es permitido fastidiarla con exceso. Hay que poner límites á mi celo y á mis temeridades. Hay que limitarse, á pesar suyo, al más profundo respeto.

Á M. DE MALESHERBES

MINISTRO DE ESTADO.

Ferney, 12 de Noviembre de 1775.

No os contentáis, monseñor, con las bendiciones de

la Francia; extendéis vuestras bondades hasta las fronteras de Europa. Me hallaba en un estado bastante doloroso, después de uno de esos ligeros avisos que da con frecuencia la naturaleza á las personas de mi edad, cuando se dignó hacer una aparición en mi retiro madama de Rosambo, en compañía de vuestro yerno y con los primos hermanos de Telémaco. He visto en mi casa dos familias de grandes hombres, y aunque mi estado no me haya permitido gozar de este honor tanto como yo hubiera querido, me he sentido consolado y al mismo tiempo honrado. Habéis unido á esta ventaja una carta encantadora, por la que me permitiréis que os dé las más sinceras y expresivas gracias. Madama de Rosambo es como vos, monseñor: donde quiera que se presenta siembra el consuelo, y ha heredado de vos el don de conquistar todos los corazones que la rodean. Temo abusar de los momentos que consagrais al bien público hablándoos de lo muy obligado que os estoy y de la bondad generosa con que habéis procedido conmigo; pero vuestras bondades no se borrarán jamás de mi memoria.

Tengo el honor de ser, monseñor, con el más sincero y profundo respeto vuestro, etc.

A M. LEKAIN

Ferney, 14 de Noviembre de 1775.

Mi querido amigo, un pequeño ataque de apoplejía, que me ha trastornado en cuerpo y alma, me ha impedido contestar antes á vuestra carta de Fontainebleau del 29 de Octubre. Estoy persuadido de que tendréis como aguinaldo noticias del héroe de quien me habláis, y concibo esta esperanza con asomos de verosimilitud.

Contad con que talentos como el vuestro no son nunca olvidados por los que son capaces de comprenderlos.

No habéis desempeñado la embajada de Sosías: habéis sido festejado, admirado y hasta noblemente recompensado por el príncipe Enrique. Á vuestro regreso habéis debido brillar en Fontainebleau, y París será siempre el teatro de vuestra gloria. Yo no seré testigo de ella, y me parece que no os volveré á ver. Sin embargo, me interesaré por vos hasta mi último instante; el estado en que me encuentro no me permite deciros más. Os estrecho entre mis débiles brazos.

Á M. DE THIBOUVILLE

19 de Noviembre de 1775.

¿Creéis, pues, señor galactófago, que no hay en el mundo más gente sobria que los que viven de leche, como vos, y os figuráis que todos los hombres que se ponen enfermos no pueden enfermar sino de indigestión? Os juro que mi ligero ataque de apoplejía no ha sido en mí sino efecto de mi debilidad. No me calumniéis; antes bien dignaos continuar conversando conmigo cuando tengáis á bien escribirme alguna vez.

No me decís si habéis visto *Menzicof* en Fontainebleau, y si ese oficial de pastelero que llega á príncipe y á señor de un grande imperio, y luego á ser pobre esclavo en Siberia, ha tenido en la corte un triunfo igual al que yo le deseo.

La Harpe tenía necesidad de un éxito muy grande para cerrar la boca á sus enemigos. Le Kain habrá representado, sin duda, en dicha pieza. Me parece que no está tan contento como esperaba de su viaje á Pru-

sia. Sin embargo, el príncipe Enrique le ha hecho un regalo magnífico, y creo que el rey de Prusia le enviará aguinaldos.

¿Es cierto que están representando en la Ópera Cómica la *Rendición de París á Enrique IV*? ¿No debía Sedaine dar esta tragedia en prosa á la Comedia Francesa, y no tiene lugar el primer acto entre carniceros y pasteleros?

He aquí cómo se perfeccionan las bellas artes en Francia, y lo que ocurre siempre después de los grandes siglos. Yo voy á salir del mio; pero siento algo partir antes de haber acabado la población que estoy edificando. Más me aflige aún el largarme sin haberme despedido de vos y sin haberos dado un abrazo. Me lisonjeo por lo menos con la idea de dejar en buena salud á mis dos felices habitantes de ese muelle de los Teatinos. Espero además que madama de Saint-Julien, M. Turgot y M. de Trudaine protegerán mi pequeño país.

Madama Denis no os escribe, según su costumbre; su salud está muy decaída y su pereza se conserva siempre en el mismo estado; pero os conserva una amistad inalterable, y lo mismo hago yo, vivo ó muerto.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

26 de Noviembre de 1775.

Puesto que decís, señora, á M. de Argental:

Alys comblé d'honneurs, n'aime plus Sangaride;

Os diré:

Eglé ne m'aime plus, el n'a rien à me dire.

Porque quiero tanto á Quinault como á vos: no soy de esos pedantes que le juzgan insulso, y le condenan por haber hablado de amor cuando debía. Le considero como el segundo de nuestros poetas por la elegancia, la sencillez, la verdad y la precisión.

Es muy cierto que ya no tenéis nada que decirme, puesto que no me escribis; pero no lo es el que yo me vea colmado de honores; no lo estoy sino de ridículo; y son siempre los amigos los que nos maltratan.

M. d'Argental se obstina en creerme victima de una especie de apoplejia por haber sido goloso; y la verdad es que semejante accidente me ocurrió después de haber estado un día sin comer. Me llama también comisario nombrado por el rey cerca de los arrendadores generales, mientras que no soy sino una victima de ellos.

¿Queréis, señora, que os diga la verdad? Mi destino es el abismo eterno en que pronto voy á entrar.

Leo todas las obras filosóficas de Cicerón acerca de este asunto, más manoseado que cómodo, y no os aconsejo que las leáis, porque aunque este grande hombre era muy elocuente, no nos enseña absolutamente nada nuevo. El abate de Chaulieu tenia precisamente mi edad cuando murió, y no habia aprendido mucho más.

Las consecuencias de mi accidente me han parecido tan serias, que no he querido ponerme en camino sin tomarme la libertad de decir adiós á la que llamabais vuestra abuela. Como en estos momentos hay que reconciliarse, tenia sobre el corazón la injusticia de su marido, que me creia un ingrátulo. Estaba seguramente muy lejos de serlo; pero no he tenido más éxito con vuestra abuela que con vos. Vos me creéis colmado de honores, mientras que ella me cree lleno de aprensión, y se burla de mis honores y de mi apoplejia.

Juzgad si en semejante estado tengo cosas muy entretenidas que deciros. No sabia noticia alguna ni de la Ópera Cómica ni de la asamblea del clero; pero vos, señora, que vivis en el centro de los placeres y de los grandes negocios, ¿cómo creéis que un pobre solitario se atreva á escribiros desde el fondo de sus desiertos y de sus nieves, privado de toda sociedad y de casi todos sus sentidos, cuando vos poseéis aún cuatro excelentes? Á vos es á quien corresponde despertar cerca de la tumba, y no á ellos importunaros con sus ensueños. Es preciso que sean discretos y que esperen vuestras órdenes. Sólo los vampiros de Dom Calmet vienen á molestar á los vivos.

Estad bien segura de que si he perdido todo lo que constituye la vida, pasiones, distracciones, imaginación y todas las bagatelas de este mundo, os quedo seriamente adicto, y lo estaré en tanto que me lo permitan mis apoplejias. Os consideraré como una persona de mi siglo, que es el que más se aviene con mi corazón y mi gusto, suponiendo que yo tenga aún gusto y corazón. Solicitaré vuestras bondades como el mayor de mis consuelos, y diré: hubiera debido pasar la vida á su lado.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

22 de Diciembre de 1775. <sup>®</sup>

Debo deciros, mi querido ángel, que si Madama du Deffand se queja de mí valiéndose de un verso de Quinault, yo también me quejo de ella con un verso del mismo poeta. Creo que actualmente somos los únicos en Francia que citamos á Quinault, que andaba en otro tiempo en boca de todos.

No sé qué autor os citaré para quejarme de vos por vuestro encarnizamiento en acusarme de glotonería. Quiero que sepáis que no había comido desde hacia veinticuatro horas cuando me ocurrió mi accidente. Esta pequeña aventura ha tenido consecuencias bastante desagradables, y no me queda más recurso que la paciencia.

Mi dignidad de comisario corre parejas, aparentemente, con la novela de mi indigestión. Es triste verse á la vez apoplético y ridículo.

Cuando os he hablado de *Menzicof*, creía que lo representaban ya en la Comedia Francesa. No me he atrevido á importunar al señor duque de Duras en favor de *Cicerón* y de *Catilina*; he creído que no me estaba bien, en la situación en que me encuentro, disputar una plaza en el teatro; sin embargo, si creéis que la cosa conviene, os obedeceré según mi costumbre. Temo, sin embargo, que este paso sea prematuro durante las representaciones del príncipe pastelero.

Adiós, mi querido ángel; quered siempre un poco al que es vuestro desde hace unos setenta años.

Á M. TURGOT

22 de Diciembre de 1775.

Monseñor, tenéis otros muchos negocios á que atender además de los del país de Gex, así es que seré breve.

Cuando os propuse salvar las almas de los sesenta arrendadores generales, mediante una limosna de unas cinco mil libras, proponía un negocio muy barato; y hasta os dirigía mi súplica, contra mis intenciones, porque creía firmemente con vos que es preciso conde-

narlas por sus treinta mil libras. Cuando me dirigí á vuestros Estados, á pesar de mi edad de ochenta y dos años y de mi debilidad, sólo fué para hacer aceptar pura y simplemente vuestras bondades sin hacer ninguna reclamación.

Si después han hecho alguna, mientras yo estaba en cama, me hallo completamente inocente de ello, y lo siento mucho. Sólo me ocupo en lo relativo á mi pequeña colonia. Hago edificar varias casas nuevas, de piedra de cantería, que vendrán á habitar esta primavera algunos extranjeros, nuevos súbditos del rey.

Roturo y mejoro el peor terreno del reino. Bendigo al acostarme y al levantarme al señor duque de Sully Turgot.

Si hubiese de morir el 2 de Enero de 1776, desearía haber hecho venir para mis herederos, el 1.º de dicho mes á mi colonia, azúcar, café, especias, aceite, limones, naranjas y vino de San Lorenzo, sin tener que comprar todo eso en Ginebra.

Hacedme la merced de creer que si me hallase en mi juventud, y si, por ejemplo, no contase más que setenta años, no os profesaría más afecto, admiración y respeto.

AL SEÑOR ABATE DE VITRAC

SUBDIRECTOR DEL COLEGIO DE LIMOGES, Y MIEMBRO DE LAS ACADEMIAS DE MONTAUBAN, CLERMONT-FERRAND, LA ROCHELA, ETC.

Ferney, 23 de Diciembre de 1775.

Os debo, señor, repetidas gracias por los dos discursos que habéis tenido á bien enviarme. Es muy hermoso celebrar, al cabo de doscientos años, la memoria

de los que ilustraron su siglo y que no merecían verse olvidados en el nuestro. El elogio del antiguo Dorat os ha suministrado una ocasión muy agradable de hacer justicia al M. Dorat de hoy.

Hay otro hombre de quien Limoges se acordará un día con tierno agradecimiento, y que hace actualmente á la Francia tanto bien como ha hecho á vuestra patria.

Permitidme una observación acerca de la anécdota de que habláis en vuestra obra. Suponéis, con otros muchos, que Carlos IX es el autor de estos hermosos versos dirigidos á Ronsard :

Tous deux également nous portons des couronnes, etc.

No es posible que estos versos sean de la misma mano que escribía á Ronsard :

Si tu ne viens demain me trouver à Pontoise  
Adviendra entre nous une bien grande noise.

Puede creerse que estos últimos versos eran de Carlos IX, y que los otros eran de Amyot, su preceptor. El desdichado príncipe, que ordenó la matanza de San Bartolomé, no era digno de hacer hermosos versos.

Tengo el honor, etc.

AL SEÑOR SECRETARIO PERPETUO  
DE LA ACADEMIA DE PAU.

1775 <sup>1</sup>.

Señor y querido colega. Os envío mis *Hijas de Mi-*

1. Esta carta se publicó á consecuencia de una edición de la novela de *Jenni*, y á propósito del cuento en verso de *Las Hijas de Mineo*. Voltaire había firmado su cuento con el nombre de un secretario de la Academia de Marsella : Challamont de la Visclède, muerto hacía quince años. Escribió esta carta con el mismo nombre.

neo, y os repito en prosa lo que he dicho en verso; es decir, que no debía tratar este asunto después de Ovidio y La Fontaine. No ocurre en este mundo como en el Evangelio; el que se presenta á la última hora no es tan bien recibido como los que han trabajado por la mañana. Ved lo que ha ocurrido á La Motte; ha querido hacer una pequeña *Iliada* y se han burlado de él <sup>1</sup>. Ha hecho fábulas filosóficas dedicadas al regente del reino, que le dió dos mil escudos; todo el mundo dice: Nos gusta más el sencillo La Fontaine, á quien Luis XIV no le dió nada.

Ya conocéis á ese hijo de la naturaleza, á ese La Fontaine, y sus tres *Hijas de Mineo*, que el abate de Olivet ha hecho imprimir en una colección en cinco volúmenes <sup>2</sup>. Pero no conocéis los *Amores de Marte y de Venus*, que no se encuentran sino en la edición de 1758. Helos aquí :

Vous devez avoir lu qu'autrefois le dieu Mars,  
Blessé par Cupidon d'une flèche dorée,  
Après avoir dompté les plus fermes remparts,  
Mit le camp devant Cythérée, etc. <sup>3</sup>.

Acaso diréis que estos *Amores de Marte y de Venus* no pueden compararse con la fábula de las *Dos Palomas*. Os creería sin trabajo, como creo con vos, que su oda al rey en favor del infortunado Fouquet no llega, ni con mucho, á su elegía á las ninfas de Vaux, dedicada al mismo Fouquet :

1. La *Iliada*, poema en verso francés, con un discurso sobre Homero (1714). Tiene la mitad menos de cantos (doce) que el poema griego.

2. O mejor dicho en tres volúmenes. Añadiremos que esta edición de 1714, fué falsamente atribuida á de Olivet.

3. Véanse las obras de La Fontaine. Voltaire reproducía todo el poema, porque habiendo tratado el mismo asunto, quería que se comparasen las dos obras.

de los que ilustraron su siglo y que no merecían verse olvidados en el nuestro. El elogio del antiguo Dorat os ha suministrado una ocasión muy agradable de hacer justicia al M. Dorat de hoy.

Hay otro hombre de quien Limoges se acordará un día con tierno agradecimiento, y que hace actualmente á la Francia tanto bien como ha hecho á vuestra patria.

Permitidme una observación acerca de la anécdota de que habláis en vuestra obra. Suponéis, con otros muchos, que Carlos IX es el autor de estos hermosos versos dirigidos á Ronsard :

Tous deux également nous portons des couronnes, etc.

No es posible que estos versos sean de la misma mano que escribía á Ronsard :

Si tu ne viens demain me trouver à Pontoise  
Adviendra entre nous une bien grande noise.

Puede creerse que estos últimos versos eran de Carlos IX, y que los otros eran de Amyot, su preceptor. El desdichado príncipe, que ordenó la matanza de San Bartolomé, no era digno de hacer hermosos versos.

Tengo el honor, etc.

AL SEÑOR SECRETARIO PERPETUO  
DE LA ACADEMIA DE PAU.

1775 <sup>1</sup>.

Señor y querido colega. Os envío mis *Hijas de Mi-*

1. Esta carta se publicó á consecuencia de una edición de la novela de *Jenni*, y á propósito del cuento en verso de *Las Hijas de Mineo*. Voltaire había firmado su cuento con el nombre de un secretario de la Academia de Marsella : Challamont de la Visclède, muerto hacía quince años. Escribió esta carta con el mismo nombre.

neo, y os repito en prosa lo que he dicho en verso; es decir, que no debía tratar este asunto después de Ovidio y La Fontaine. No ocurre en este mundo como en el Evangelio; el que se presenta á la última hora no es tan bien recibido como los que han trabajado por la mañana. Ved lo que ha ocurrido á La Motte; ha querido hacer una pequeña *Iliada* y se han burlado de él <sup>1</sup>. Ha hecho fábulas filosóficas dedicadas al regente del reino, que le dió dos mil escudos; todo el mundo dice: Nos gusta más el sencillo La Fontaine, á quien Luis XIV no le dió nada.

Ya conocéis á ese hijo de la naturaleza, á ese La Fontaine, y sus tres *Hijas de Mineo*, que el abate de Olivet ha hecho imprimir en una colección en cinco volúmenes <sup>2</sup>. Pero no conocéis los *Amores de Marte y de Venus*, que no se encuentran sino en la edición de 1758. Helos aquí :

Vous devez avoir lu qu'autrefois le dieu Mars,  
Blessé par Cupidon d'une flèche dorée,  
Après avoir dompté les plus fermes remparts,  
Mit le camp devant Cythérée, etc. <sup>3</sup>.

Acaso diréis que estos *Amores de Marte y de Venus* no pueden compararse con la fábula de las *Dos Palomas*. Os creería sin trabajo, como creo con vos, que su oda al rey en favor del infortunado Fouquet no llega, ni con mucho, á su elegía á las ninfas de Vaux, dedicada al mismo Fouquet :

1. La *Iliada*, poema en verso francés, con un discurso sobre Homero (1714). Tiene la mitad menos de cantos (doce) que el poema griego.

2. O mejor dicho en tres volúmenes. Añadiremos que esta edición de 1714, fué falsamente atribuida á de Olivet.

3. Véanse las obras de La Fontaine. Voltaire reproducía todo el poema, porque habiendo tratado el mismo asunto, quería que se comparasen las dos obras.



Remplissez l'air de cris en vos grottes profondes,  
Pleurez, nymphes de Vaux, faites croître vos ondes.

La cabale est contente, Oronte est malheureux, etc.

Cambió la palabra *cabale* <sup>1</sup>, cuando le hicieron observar que el gran Colbert servía al rey y al Estado con una equidad severa, y no era aficionado á cábalas; pero La Fontaine lo había oído decir y había creído bienamente que esta era la palabra propia.

Me decis que Juan hizo muy mal en hacer imprimir sus óperas, la comedia intitulada *Je vous prends sans vertu*, la comedia de *Chymène*, etc. Pero el abate de Olivet hizo peor aún en formar una colección con todo lo que podía disminuir la gloria de La Fontaine. La manía de los editores se parece á la de los sacristanes; todos reúnen andrajos que quieren hacer reverenciar. Pero de la misma manera que no se juzga á los verdaderos santos sino por sus buenas acciones, no se juzga á los hombres de talento sino por sus buenas obras.

Veinte piezas de teatro, muy indignas del autor de *Cinna*, no le han quitado el nombre de grande. Todo lo que se censura á Quinault no impide que sea un hombre único, y hasta el presente inimitable en un género muy difícil. Unas sesenta antiguas fábulas rejuvenecidas por La Fontaine, y contadas con una gracia que sólo conoció Petronio, y que supo hacer suya nuestro fabulista, y unos veinte cuentos escritos con esa facilidad encantadora y esa negligencia feliz que admiramos en él, le ponen muy por encima de Bocacio, y á veces, si se me permite la frase, al lado de Ariosto por su manera de contar.

Tenia talento, ese gran don de la naturaleza. El es-

1. En lugar de *la cabale est contente*, puso: *les destins sont contents*.

piritu más superior no puede llegar á él. El siglo de Luis XIV se distinguirá siempre de todos por el talento, en nuestra Francia que fué tanto tiempo grosera. Habrá siempre ingenio; los conocimientos de los hombres aumentarán y se verán obras útiles; pero verdaderos talentos, dudo que nazcan muchos. No es fácil que volvamos á encontrar al autor de *Cinna*, al de *Ifigenia*, *Atalia* y *Fedra*, al del *Arte Poética*, al de Rolando y Armida, y al que desde la cátedra <sup>1</sup> obligó hasta á los ministros á llorar y admirar á la hija de Enrique IV, viuda de Carlos I, y á su hija Enriqueta.

Ya veis cómo las oraciones fúnebres de hoy caen en el olvido con los que las mismas celebran. Ved cómo *Setos*, á pesar de algunos hermosos pasajes y los *viajes de Ciro* <sup>2</sup>, han desaparecido, mientras que Telémaco sigue siendo siempre la instrucción y el encanto de los jóvenes bien nacidos. ¿Cómo ha podido ser que en medio de la multitud de nuestros predicadores no haya habido uno solo que se acerque al autor de la *Pequeña Cuaresma*? Veis con pesar que nadie se ha atrevido siquiera á imitar al creador del *Misántropo* y del *Tartufo*. Tenemos algunas comedias muy agradables; pero, ¿dónde hay un Moliere? Me atrevo á aseguraros que no lo tendremos nunca. ¡Qué gloria para La Fontaine el verse colocado casi al lado de todos esos grandes hombres!

El abate de Chaulieu cerró su siglo con tres ó cuatro poesías que parten del corazón ó que parecen partir de él. Respiran el deleite y la filosofía é imploran gracia en favor de todas las bagatelas insípidas con que han llenado la colección de sus obras.

1. Bossuet.

2. La primera de estas novelas políticas es de Terrasson y la segunda de Ramsay.

Me maravilla que La Fontaine no haya hablado de Chaulieu sino á propósito del dinero que esperaba recibir por su conducto de parte del duque de Vendôme.

(Le paillard m'a dit aujourd'hui  
Qu'il faut que je compte avec lui.)  
Aimez vous cette parenthèse ?  
Le reste ira ne vous déplaie,  
En bas relief *et cætera*.  
Ce môt-ci s'interprétera  
Des Jeannetons, car les Clymènes  
Aux vieilles gens sont inhumaines.

¿Cómo pudo el abate de Olivet imprimir tres piezas de La Fontaine escritas en tan miserable estilo? No es fácil reconocer en estos versos al que ha dicho :

J'ai quelquefois aimé; je n'aurais pas alors  
Contre le Louvre et ses trésors,  
Contre le firmement et sa voûte céleste,  
Changé les bois, changé les lieux  
Honorés par les pas, éclairés par les yeux  
De l'aimable et jeune bergère  
Pour qui, sous le fils de Cithère,

Je servis, engagé par mes premiers serments.  
Helas! quand reviendront de semblables moments;  
Faut il que tant d'objets, *si doux et si charmants*,  
Me laissent vivre au gré de mon âme inquiète?  
Ah! si mon cœur osait encor se renflammer!  
Ne sentirai-je plus de charme qui m'arrête?  
Ai-je passé le temps d'aimer?

(*Les Deux pigeons.*)

Creeríase que los últimos versos son de un galán apuesto, de un hombre de grandes pasiones, de un duque de Candalé ó de Bellegarde. No está esto muy de acuerdo con las Juanillas de La Fontaine, que pide algunos ducados al duque de Vendôme y al perdido de Chaulieu para enternecer en favor suyo á sus heroínas del Puente Nuevo.

Todo eso, señor, no impide que un gran número de sus fábulas, llenas de sentimiento, de ingenuidad, de delicadeza y elegancia, sean el encanto de todo el que sepa leer.

Cuando digo que es casi igual en sus buenas fábulas á los grandes hombres de su siglo memorable, no digo nada que parezca exagerado. Sería un exagerador ridículo, si me atreviese á comparar

Maitre Corbeau sur un arbre perché, etc.,

y

La cigale ayant chanté  
Tout l'été,

con estos versos de Cornelia, que tiene en las manos la urna cineraria de su esposo :

Eternel entretien de haine et de pitié,  
Restes du grand Pompée écoutez, sa mortie;

y con los de César:

Restes d'un demi-dieu dont à peine je puis  
Egaler le grand nom, tout vainqueur que j'en suis!

El Zapatero y el Financiero, los Animales con Peste, el Molinero, su Hijo y el Asno, etc., etc., por muy excelentes que sean, no podrán nunca figurar á mis ojos en la misma categoría que la escena de Horacio y de Curiaçio, las inimitables piezas de Racine, la perfecta *Arte poética* de Boileau, y el *Misántropo*, y el *Tartufo* de Molière. El mérito extremo de la dificultad vencida, un gran plan concebido con genio y ejecutado con un gusto que nunca se desmiente en Racine; y por último, la perfección en un gran arte son muy superiores al arte de contar. No quiero igualar el vuelo de la curruca con el del águila. Me limito á sostener que La Fontaine ha triunfado con frecuencia en su modesto

género tanto como Corneille en el suyo. Hubiera deseado únicamente, para gloria de la nación, que no se hubieran impreso las últimas comedias del uno y las últimas tragedias del otro, á partir de *Pertharite*; pero esos malditos editores quieren imprimirlo todo: son unos cuervos que se encarnizan con los muertos, lo mismo que la envidia con los vivos. Y si sólo fatigasen al público con las malas obras de los buenos autores, aún podría perdonárseles la codicia: lo peor es que agregan con frecuencia sus propias tonterías, que hacen pasar con el nombre de autores conocidos. Yo mismo, aunque desconocido, he sido víctima de esta rabia de imprimir. ¡Cuántas pobreza no han publicado con el nombre de la *Visclède*<sup>1</sup>, en colecciones interminables! *Versos de Bonneval á la muerte de mademoiselle Lecouvreur*; *Versos á mi querido B. sobre Newton*; *Versos impertinentes á madama de Châtelet*; *Carta de Varsovia*; *Epístola de Formont al abate de Rothelin*; *Oda sobre el verdadero Dios*; *Cartas de Monsieur de la Visclède á sus amigos del Parnaso*, etc., etc. Los que forman bibliotecas son siempre víctimas de este manejo, que no sirve sino para ahogar el buen grano bajo un enorme montón de cizaña; á fuerza de multiplicar los libros y libritos, han conseguido hacernos de la lectura. Si es cierto que los Tolomeos tuvieron en otro tiempo una biblioteca de cuatrocientos mil volúmenes, no hicieron mal en quemarla; y cuando se quemen todos los folletos que nos inundan, empezaré por quemar el mio.

Nos vemos importunados en nuestro siglo por una multitud de pequeños artistas, que disecan el siglo pasado. Entonces se creaba, y hoy se desmenuza y se

1. Léase Voltaire.

critica la creación. Al escribiros, incurro en este defecto; pero abro mi corazón á un amigo, y sentiria que mi carta fuese publicada.

Permitidme que observe que no se mostraron severos con La Fontaine, porque al parecer no aspiraba á nada: cuanto menos exigía, más se le concedía. Se le perdonaban sus malas fábulas en gracia de las excelentes. No sucedía lo mismo con Racine y Boileau, que aspiraban á la perfección; se les echaba en cara una palabra. Por lo mismo se le perdonaba todo á Montaigne y se trataba con rigor á Balzac, que queria ser siempre correcto y elocuente.

Desde que La Bruyère, en sus *Caracteres*, juzgó á Corneille y á Racine, ¡cuántos escritores se han metido á juzgar! En fin, se han escrito más de cien volúmenes sobre el siglo de Luis XIV. Todos, en su juicio, ya en prosa ya en verso, han procurado más bien mostrar ingenio que hallar la verdad, y hacer antitesis más bien que exponer razonamientos.

La inundación de periodistas y de folicularios ha venido luego á ahogar lo bueno con lo malo, y ha destruido toda erudición, ofreciendo extractos á la ignorancia. Los lectores han juzgado, lo mismo que los magistrados, en vista del informe de su secretario. Ha ocurrido algo peor aún, y es la división en facciones; los jansenistas han pretendido que los jesuitas no habían hecho jamás un libro bueno, y que el padre Boursouff no conocía su lengua. Los jesuitas, á su vez, han denigrado á Boileau, porque era amigo de Arnauld. Los folicularios se han dicho multitud de injurias. Es la batalla de las ranas y los ratones después de la *Iliada*.

Para demostraros, señor, con qué precipitación se juzga, y cómo una frase ingeniosa hace veces de argu-

mento, sólo os citaré esta afirmación de La Bruyère, que ha dado lugar á infinitas disertaciones: « Racine ha pintado los hombres tal como son, y Corneille tal como debían ser. » Esto deslumbra, pero es muy falso. César no debió nunca ser bastante fatuo para decir á Cleopatra que sólo había vencido en Farsalia para agradarle, pues no había visto aún á aquella muchacha de quince años. La otra Cleopatra no debió envenenar á uno de sus hijos y asesinar á otro al extremo de una calle de un jardín; Teodora no debió obstinarse en prostituirse en un lugar de perdición, en vez de aceptar el auxilio de un hombre honrado; Polinto no debió romperlo todo en un templo y exponerse á romper, por devoción, todas las cabezas; Leontina no debió vanagloriarse de hacerlo todo para no hacer nada. Pompeyo hizo mal en repudiar á su esposa, á quien amaba, para casarse con la sobrina de un tirano. *Pertharite* no debió tampoco ceder la suya, ni Tesseo, en *Edipo*, hablar de amor en medio de la peste, y decir:

Quelque ravage affreux qu'etale ici la peste,  
L'absence aux vrais amants est encore plus funeste.

Si el juicioso y enérgico La Bruyère se equivocó tan evidentemente, ¿qué sucederá á nuestros escolares, que resuelven con tanta osadía, y que más ignorantes y desvergonzados que un Fréron, se atreven á decidir al primer golpe de vista acerca de cosas que un Quintiliano hubiera observado durante largo tiempo antes de dar su opinión con modestia?

Me hacéis, señor, una pregunta muy importante. Me preguntáis por qué Luis XIV no colmó á La Fontaine de beneficios lo mismo que á los demás literatos que fueron la gloria del gran siglo. Os responderé, en primer lugar, que no era muy aficionado al género

en que sobresalió este cuentista encantador. Trataba á las fábulas de La Fontaine como los cuadros de Teniers, que no quería ver en sus habitaciones. No le gustaba lo pequeño en ningún género, aunque su espíritu poseía tanta delicadeza como grandeza. Gustábanle los versitos de Benserade, sólo porque se referían á las fiestas magníficas que él daba.

Además, el carácter de La Fontaine no era á propósito para presentarse en la corte de aquel monarca. Sus continuas distracciones, su extremada sencillez regocijaban á sus amigos, y no hubieran podido agradar á un hombre como Luis XIV.

La Bruyère se ha servido de colores algo fuertes para pintar á nuestro fabulista; pero hay algo de verdad en este retrato: « Se presenta un hombre grosero, pesado, estúpido; no sabe hablar ni referir lo que acaba de ver; si se pone á escribir es el modelo de los buenos cuentistas, etc. » (Capítulo XII, *Des Jugements*.)

La Bruyère, que pintó á todos sus contemporáneos, dice otro tanto de Corneille; pero no que Corneille fuese un buen cuentista. Era otra cosa: era con frecuencia muy sublime en sus buenas piezas. Boileau no hacía tal vez bastante caso de La Fontaine y de Corneille; no se mostraba sensible sino á un estilo siempre puro, ni podía amar más que la perfección.

Estad seguro, señor, que es muy falso el que La Fontaine incurriese en el desagrado del rey, como se ha dicho, por haber hecho versos en favor del superintendente Fouquet. Pellisson, defensor muy atrevido de este ministro y que hasta había sido víctima suya, llegó á ser uno de los favoritos de Luis XIV, ó hizo gran fortuna. Su conmovedora elocuencia, su erudición útil, el conocimiento de los negocios y la flexibilidad de su ingenio, hicieron de él un hombre de Estado.

La Fontaine no tenía nada de esto. Limitado únicamente á la esfera de su talento y hasta incapaz de hacerlo valer, no es de admirar que Luis XIV no fijase en él bastante su atención.

Lulli le hizo mucho daño. Ya sabéis que todo se vuelven cábalas entre la gente de letras, lo mismo que entre los sacerdotes. La cábala contra Quinault, uno de los grandes ornamentos de aquel siglo insigne, obligó á Lulli á recurrir á otros para sus óperas, y escogió á La Fontaine. Hay que confesar que el fabulista, haciendo hablar á sus héroes en el estilo de Juan Conejo y de la señora Comadreja, no podía tener éxito, después de *Atis* y de *Teseo*. Lulli tenía mucho ingenio y gusto; cuanto más tenía más imposible le era poner en música semejante letra. No pertenecía al número de los que dicen que es lo mismo cantar la *Gaceta* que *Armida*, y que no hay nada en el mundo tan necesario como las semicorcheas <sup>1</sup>. El pobre La Fontaine, creyendo que cometían con él una enorme injusticia, escribió la sátira del *Florentino* contra Lulli, que no pertenece ciertamente al género de las de Boileau ú Horacio.

Le b... avait juré de m'amuser six mois:  
Il s'est trompé de deux. Mes amis, de leur grâce,  
Me les ont épargnés, l'envoyant où je croi  
Qu'il va bien sans eux et sans moi.  
Voilà l'histoire en gros: le détail a des suites  
Qui valent bien d'être déduites,  
Mais j'en aurais pour tout un an.

No; seguramente este necio detalle y sus consecuencias no valían la pena de ser explicados, sobre todo en

1. Alusión á Rameau, que despreciaba la poesía hasta el punto de decir: «Dadme la *Gaceta de Holanda*, y la pondré en música.»

tan malos versos. Lo peor es que se excusa acerca de esta ridícula sátira con Madama de Thiange, hermana de madame de Montespan, en versos no menos ridículos. Cree que Lulli le ha arrebatado su fortuna y su gloria no poniendo en música su letra. He aquí cómo se explica:

Mais il (le ciel) ma fait auteur, je m'excuse par là;  
Auteur qui, pour tout fruit, moissonne  
Un peu de gloire; on le lui ravira;  
Et vous croyez qu'il s'en taira!  
Il n'est donc plus auteur? la conséquence est bonne.

Sé muy bien que el cochero de Vertamont hubiera hecho semejantes versos tan bien como La Fontaine. Sé que estas miserias prosaicas rimadas, no son sino tonterías fáciles; pero en fin, este mismo hombre es el mejor arreglador de las antiguas fábulas de Esopo y de Pilpay, y el que, en este género, ha sabido mejor que nadie engazar el ingenio de los demás. Repito que este talento solo hace que se le perdone todo. Lulli mismo le perdonó, y dijo con mucha gracia que prefería poner en música la sátira de La Fontaine antes que las óperas del mismo.

No hay que creer que todas las fábulas de La Fontaine eran iguales. Las personas de buen gusto no confundirán nunca la fábula de *Las dos palomas*, con la conocida de *La Cigarra* ó la de *el Zorro y el cuervo*.

Lo que se hace aprender de memoria á los niños es lo más sencillo, pero no lo mejor; los mismos versos que se han convertido en proverbio, no son siempre dignos de retenerse en la memoria. Hay incomparablemente más personas en Europa que sepan de memoria *J'appelle un chat, un chat et Rolet un fripon*, y otros muchos versos semejantes, como los siguientes:

Pour paraître honnête homme en un mot, il faut l'être.  
 Il n'est point ici-bas de moisson sans culture.  
 Celui-là fait le crime à qui le crime sert.  
 Tout empire est tombé, tout peuple eut ses tyrans.  
 Tel brille au second rang qui s'éclipse au premier.  
 C'est un poids bien pesant qu'un nom trop tôt fameux.  
 Nous ne vivons jamais, nous attendons la vie.  
 Le crime a ses héros, l'erreur a ses martyrs.  
 La douleur est un siècle et la mort un moment.

Todos estos versos pertenecen á un género muy superior á *Fappelle un chat un chat*; pero el común de los mortales retiene mas fácilmente un proverbio que una máxima noble: por eso hay que tener en cuenta que corren en labios de todo el mundo muchas cosas que carecen de mérito, á semejanza de esas canciones triviales que se cantan sin estimarlas, y esos ridículos y sencillos versos de comedia que se citan sin aprobarlos:

Entendez-vous baillly ce sublime langage?  
 Si vous ne m'entendez je vous aime autant sourd.<sup>1</sup>

Y otros ciento por el mismo estilo.

Precisamente en las fábulas de La Fontaine es donde hay que distinguir cuidadosamente esos versos sencillos, que se acercan á lo vulgar, de las candidices elegantes de que está lleno este amable autor.

La fourmi n'est pas prêteuse.  
 Ils sont trop verts, dit-il, et bons pour des goujats

Esto se ha convertido en proverbio. Sin embargo, ¡cuántos de estos proverbios son muy inferiores á las máximas de sentido profundo que abundan en el mismo autor!

1. Versos de Boileau, de Voltaire y de Gresset.
2. Scarron, *Dön Jafet de Armenia*.

Des enfants de Japet toujours une moitié  
 Fournira des armes à l'autre.  
 Plutôt souffrir que mourir;  
 C'est la devise des hommes.  
 Il n'est pour voir que l'œil d'un maître;  
 Quant à moi j'y mettrais encor l'œil de Panaut;  
 Lynx avec nos pareils et taupes envers nous.

No conozco libro más lleno de estos rasgos á propósito para el pueblo, y de los que convienen á los ingenios más delicados; por eso creo que La Fontaine es el más universalmente leído de todos los autores. Sólo los que están algo al corriente de la historia, y que poseen cierta cultura, pueden leer con fruto nuestros grandes trágicos ó la *Henriada*. Es preciso poseer cierta tintura de bellas letras para que agrade el *Arte poética*; mientras que La Fontaine se halla al alcance de todos los ingenios y de todas las edades.

Es el primero que ha puesto en verso, en Francia, las fábulas de Esopo. Ignoro si éste tuvo la gloria de inventarlas; pero La Fontaine ha tenido la de poseer el arte de saber contarlas, cosa que no sucede á los que le han seguido; porque la mayor parte de las fábulas de La Motte, no solamente están tomadas de Pilpay, ó del Diccionario de Herbelot, ó de algunos viajeros, ó de otros libros, sino que todas están escritas, en general, en estilo algo forzado. La Motte tenía mucho ingenio, pero esto no basta para triunfar en un arte: por eso todas sus obras, en todos los géneros, apenas se elevan en general á la medianía. Hay en ellas algunas bellezas y rasgos muy ingeniosos; pero casi nunca se observan ese calor y esa elocuencia que caracterizan al hombre de verdadero genio, y menos aún la naturalidad que tanto agrada en La Fontaine. Sé que todos los periódicos, todos los *Mercurios*, y todos los semanarios que se publicaban entonces se deshicieron en alabanzas,

pero hace ya largo tiempo que debemos desconfiar de todos estos elogios. Son sobrado conocidos los pequeños recursos de los hombres para adquirir un poco de gloria. Se forma uno un partido, se alaba á fin de ser alabado, y se procura interesar á los directores de los periódicos; pero no tarda en dictar la voz pública un fallo soberano, que sólo obedece al mayor ó menor placer que procura la lectura de una obra, y ese fallo es irrevocable.

No hay que creer que el público tuviese un capricho injusto al reprobar en las fábulas de La Motte candideces que parece haber aceptado en La Fontaine. Esas candideces no son las mismas. Las de La Fontaine se escapan y son dictadas por la naturaleza misma. Se ve bien que este autor escribía siguiendo su propio carácter, y que el que le imita procura formarse uno. Cuando La Fontaine llama á un gato tomado como juez: *su majesté fourrée*, se ve claramente que esta expresión se ha presentado al autor sin esfuerzo; pero cuando La Motte llama al reloj de sol *greffier solaire*, se echa de ver bastante rebuseamiento y poca exactitud; y qué desagradable es por otra parte la idea de *greffier*. La Fontaine hace decir alegremente al Zorro, dirigiéndose al Cuervo:

*Vous êtes le phénix des hôtés de ce bois.*

La Motte llama á un nabo *fenómeno de las hortalizas*. Es mucho más natural llamar *fenix* á un cuervo, á quien se quiere adular, que llamar á un nabo fenómeno. La Motte le aplica también el calificativo de *coloso*. ¡Qué mal empleadas están, tratándose de un nabo, las palabras *coloso* y *fenómeno*, y qué vulgar y frío es todo esto!

A M. \*\*\*

ACERCA DE LAS ANÉCDOTAS

1775.

Es, en verdad, un mal no muy grande, señor, el que hayan atribuido al Papa Ganganelli y á la reina Cristina cartas que ni uno ni otra han podido escribir. No es cosa que deba asombraros, desde que el grave historiador Flavio Josefo nos ha asegurado que se veía aún en su tiempo un notable escrito del hijo de Set, es decir, del propio nieto de Adán, acerca de la astrología; que una parte de este libro se hallaba grabada en una columna de piedra para resistir al agua cuando el género humano pereciese por el diluvio, y la otra parte en una columna de ladrillo, para resistir al fuego cuando el incendio universal destruyera el Mal. No es posible asignar fecha más antigua á las mentiras escritas. Creo que era el abate de Tilladet el que decía: « Desde el momento que una cosa está impresa podéis apostar, sin haberla leído, que es falsa; yo llevaré siempre la mitad en la apuesta, y me haré rico. » ¿Qué queréis que se piense, en efecto, de todos los libelos sinnúmero, de sátiras de la corte, que distraen y fatigan á la Francia desde el tiempo de la Liga hasta la Fronda, y desde la Fronda hasta nuestros días?

Peor es aún entre nuestros vecinos; hace cien años que la mitad de Inglaterra escribe contra la otra.

Un Matusalén que pasase la vida leyendo, no tendría tiempo para recorrer la centésima parte de estas tonteterías. Todas caen en el mayor desprecio, pero no en el olvido. Halláis curiosos que reunen todo ese viejo farrago, y creen tener monumentos de la historia, del mis-

mo modo que se ven individuos que tienen gabinetes de mariposas y se creen Plinios.

¿De qué hechos podemos estar bien al corriente en la historia del mundo? Sólo de los grandes acontecimientos públicos que nadie ha puesto jamás en duda. César fué vencedor en Farsalia y asesinado en el Senado. Mahomet II tomó á Constantinopla. Una parte de los conciudadanos de París asesinó á la otra en la noche de San Bartolomé. De esto no es posible dudar; pero ¿quién puede penetrar en los detalles? Desde lejos se distingue el color dominante, los matices desaparecen necesariamente.

¿Queréis creer todo lo que dice Tácito porque su estilo os agrada ó subyuga? Pues de que se tenga el don de agradar no se sigue que se diga siempre la verdad. Vos sois malicioso, y preferis un autor más malicioso que vos. Por mucho que diga Tácito al principio de su historia que hay que evitar la adulación y la sátira, y que no ama ni odia á los emperadores de que habla, le responderé: los odiáis porque sois romano y ellos han sido soberanos. Queréis hacerlos aborrecer del género humano hasta en sus acciones más indiferentes. No quiero justificar á Domiciano ni con vos ni con nadie; pero ¿por qué pretendéis reprochar como un crimen á este emperador el haber enviado frecuentes correos á informarse de la salud de Agrícola, vuestro suegro, en su última enfermedad? ¿Por qué no habéis de ver en esta prueba de amistad, ó por lo menos de atención, sino un deseo secreto de regocijarse más pronto de la muerte de Agrícola? Podría oponer al retrato horrible que hacéis de Tiberio, y á los horrores famosos que de él citáis, los elogios que le tributa el judío Filón, más enemigo aún que vos de los emperadores romanos; hasta podría, aborreciendo á Nerón tanto como vos lo detes-

táis, embarazaros acerca del proyecto largo tiempo acariciado de matar á su madre Agripina, y acerca de la trirreme inventada para ahogarla; pero no llega mi atrevimiento hasta despojar de un crimen á Nerón y llevar la contra á Tácito.

Bástame, señor, deciros que si es posible abrigar tantas dudas acerca de la historia de los emperadores romanos, también escrita por tantos contemporáneos ilustres, con mayor razón se debe desconfiar de todo lo que han escrito unos bárbaros sin cultura, para pueblos más bárbaros aún y más ignorantes que ellos.

Explicadme como ha dado la vuelta al mundo y lo ha gobernado el galimatías asiático sobre la astrología, la alquimia y la medicina del cuerpo y del alma.

#### Á UN PERIODISTA

ACERCA DE LA FILOSOFÍA, LA HISTORIA, EL TEATRO,  
LAS PIEZAS POÉTICAS, LAS MISCELÁNEAS DE LITERATURA,  
LAS ANÉCDOTAS LITERARIAS,  
LAS LENGUAS Y EL ESTILO.

La obra periódica á que tenéis el propósito de consagraros, señor, puede muy bien tener éxito, aunque hay ya muchas de su clase. Me preguntáis cómo habéis de arreglaros para que semejante periódico agrade á nuestro siglo y á la posteridad. Os responderé en dos palabras: sed imparcial. Tenéis ciencia y gusto; si además os mostráis amigo de la justicia, os anuncio un éxito duradero. Nuestra nación es aficionada á todos los géneros de literatura, desde las matemáticas hasta el epigrama. Ningún periódico habla comunmente de la parte más brillante de las bellas letras, que son las piezas del teatro, ni de tantas lindas poesías como sostienen



mo modo que se ven individuos que tienen gabinetes de mariposas y se creen Plinios.

¿De qué hechos podemos estar bien al corriente en la historia del mundo? Sólo de los grandes acontecimientos públicos que nadie ha puesto jamás en duda. César fué vencedor en Farsalia y asesinado en el Senado. Mahomet II tomó á Constantinopla. Una parte de los conciudadanos de París asesinó á la otra en la noche de San Bartolomé. De esto no es posible dudar; pero ¿quién puede penetrar en los detalles? Desde lejos se distingue el color dominante, los matices desaparecen necesariamente.

¿Queréis creer todo lo que dice Tácito porque su estilo os agrada ó subyuga? Pues de que se tenga el don de agradar no se sigue que se diga siempre la verdad. Vos sois malicioso, y preferis un autor más malicioso que vos. Por mucho que diga Tácito al principio de su historia que hay que evitar la adulación y la sátira, y que no ama ni odia á los emperadores de que habla, le responderé: los odiáis porque sois romano y ellos han sido soberanos. Queréis hacerlos aborrecer del género humano hasta en sus acciones más indiferentes. No quiero justificar á Domiciano ni con vos ni con nadie; pero ¿por qué pretendéis reprochar como un crimen á este emperador el haber enviado frecuentes correos á informarse de la salud de Agrícola, vuestro suegro, en su última enfermedad? ¿Por qué no habéis de ver en esta prueba de amistad, ó por lo menos de atención, sino un deseo secreto de regocijarse más pronto de la muerte de Agrícola? Podría oponer al retrato horrible que hacéis de Tiberio, y á los horrores famosos que de él citáis, los elogios que le tributa el judío Filón, más enemigo aún que vos de los emperadores romanos; hasta podría, aborreciendo á Nerón tanto como vos lo detes-

táis, embarazaros acerca del proyecto largo tiempo acariciado de matar á su madre Agripina, y acerca de la trirreme inventada para ahogarla; pero no llega mi atrevimiento hasta despojar de un crimen á Nerón y llevar la contra á Tácito.

Bástame, señor, deciros que si es posible abrigar tantas dudas acerca de la historia de los emperadores romanos, también escrita por tantos contemporáneos ilustres, con mayor razón se debe desconfiar de todo lo que han escrito unos bárbaros sin cultura, para pueblos más bárbaros aún y más ignorantes que ellos.

Explicadme como ha dado la vuelta al mundo y lo ha gobernado el galimatías asiático sobre la astrología, la alquimia y la medicina del cuerpo y del alma.

#### Á UN PERIODISTA

ACERCA DE LA FILOSOFÍA, LA HISTORIA, EL TEATRO,  
LAS PIEZAS POÉTICAS, LAS MISCELÁNEAS DE LITERATURA,  
LAS ANÉCDOTAS LITERARIAS,  
LAS LENGUAS Y EL ESTILO.

La obra periódica á que tenéis el propósito de consagraros, señor, puede muy bien tener éxito, aunque hay ya muchas de su clase. Me preguntáis cómo habéis de arreglaros para que semejante periódico agrade á nuestro siglo y á la posteridad. Os responderé en dos palabras: sed imparcial. Tenéis ciencia y gusto; si además os mostráis amigo de la justicia, os anuncio un éxito duradero. Nuestra nación es aficionada á todos los géneros de literatura, desde las matemáticas hasta el epigrama. Ningún periódico habla comunmente de la parte más brillante de las bellas letras, que son las piezas del teatro, ni de tantas lindas poesías como sostienen

diariamente el carácter amable de nuestra nación.

Todo puede entrar en vuestro periódico, hasta una canción, con tal que esté bien hecha; nada es de desdenar. Grecia, que se vanagloria de haber dado á luz á Platón, se glorifica también con Anacreonte, y Cicerón no hace olvidar á Catulo.

*Acerca de la filosofía.* Tenéis suficientes conocimientos de geometría y de física para dar cuenta exacta de los libros de esta clase, y poseéis el ingenio suficiente para hablar de esas materias con un arte que les quita las espinas, sin recargarlas de flores que no les convienen.

Os aconsejaré, sobre todo, cuando hagáis extractos de filosofía, que expongáis en primer término á los lectores una especie de compendio histórico de las verdades que se enuncian.

Por ejemplo, si se trata de la opinión del vacío, decid en dos palabras cómo creía demostrarlo Epicuro; demostrad cómo lo ha hecho más verosímil Gassendi, y exponed los grados infinitos de probabilidad que Newton ha agregado, por último, á esta opinión por medio de sus observaciones y cálculos.

Si se trata de una obra sobre la naturaleza del aire, es bueno demostrar de antemano que Aristóteles y todos los filósofos conocieron su pesantez, pero no el grado de la misma. Muchos ignorantes que desearían saber la historia de las ciencias, la gente de la buena sociedad y los estudiantes verán con avidez, en virtud de qué nociones y experimentos combatió el gran Galileo el primer error de Aristóteles con respecto al aire; con qué arte le pesó Torricelli, lo mismo que se pesa cualquier otra cosa en la balanza; y cómo, por último, los admirables experimentos de Boerhaave han descubierto efectos del aire, que casi hay necesidad de atribuir á

propiedades de la materia desconocidas hasta nuestros días.

Si aparece un libro lleno de cálculos y de problemas acerca de la luz, qué placer no experimentaréis en mostrar al público las frágiles ideas que poseía acerca de la refracción la elocuente é ignorante Grecia; lo que ha dicho el árabe Alhacén, el único geómetra de su tiempo; lo que adivina Antonio de Dóminis; lo que Descartes pone hábil y geoméricamente en práctica, aunque equivocándose; lo que descubre ese Grimaldi, que ha vivido demasiado poco <sup>1</sup>; por último, lo que Newton lleva hasta el límite de las verdades más atrevidas á que puede llegar el espíritu humano; verdades que nos hacen descubrir un nuevo mundo, pero que dejan aún una nube tras sí.

Si sale á luz alguna obra sobre la gravitación de los astros, objeto admirable de las demostraciones de Newton, ¿no se os agradecerá el que tracéis la historia de la misma, desde Copérnico que la entrevió y Képler que se atrevió á anunciarla por instantes, hasta Newton que demostró á la tierra maravillada que ejerce atracción sobre el sol y el sol sobre ella?

Haced remontar á Descartes y á Harriot el arte de aplicar el álgebra á la medida de las curvas, el cálculo diferencial é integral á Newton y después á Leibnitz. Nombrad, cuando llegue la ocasión, á los inventores de todos los descubrimientos nuevos. Sea vuestra obra un registro fiel de la gloria de los grandes hombres.

Sobre todo, al exponer opiniones, al apoyarlas y combatirlas, evitad las palabras injuriosas, que irritan á un autor, y á veces á toda una nación, sin ilustrar á

<sup>1</sup> Autor de *Physico mæsis de lumine, coloribus aliisque annexis*. Murió á la edad de cincuenta años en 1663.

nadie. Nada de animosidad ni de ironía. ¿Qué diríais de un procurador fiscal que al resumir todo un proceso ultrajase con palabras picantes á la parte acusada? El papel de un periodista no es tan respetable, pero su deber es casi el mismo. ¿No creéis en la armonía preestablecida? no por eso habrá que injuriar á Leibnitz. ¿Habréis de insultar á Locke porque cree á Dios bastante poderoso para dar si quiere pensamiento á la materia? ¿No creéis que Dios, que todo lo ha criado, puede hacer esta materia y este pensamiento eternos, y que si ha creado nuestras almas puede crear millones de seres diferentes de la materia y del alma, resultando así el sentimiento de Locke respetuoso para la Divinidad sin ser peligroso para los hombres? Si Bayle, que sabía mucho, ha dudado mucho, tened en cuenta que jamás dudó de la necesidad de ser hombre honrado. Creedlo, pues, con él, y no imitéis á esos espíritus estrechos que ultrajan con injurias indignas á un muerto ilustre á quien no se hubieran atrevido á atacar en vida.

*Acerca de la historia.* Los periodistas prefieren siempre tratar los puntos de historia; es lo que se halla más al alcance de todos los hombres y lo que más les gusta. No quiere decir esto que en el fondo se sienta menos curiosidad por conocer la naturaleza que por saber lo que hicieron Sesostris ó Baco; pero cuesta mucha aplicación el examinar, por ejemplo, con qué máquina se podría suministrar mucha agua á la ciudad de Paris, lo cual, sin embargo, nos importa bastante; mientras que basta abrir los ojos para leer los antiguos cuentos que nos han transmitido con el nombre de *historias*, las cuales nos repiten todos los días, y que maldito lo que nos importan.

Si dáis cuenta de la historia antigua, os conjuro á que prescindáis de todas esas declamaciones contra

ciertos conquistadores. Dejad á Juvenal y á Boileau que desde el fondo de sus gabinetes traten de ridiculizar á Alejandro, á quien hubieran fatigado con su incienso si hubieran vivido en su tiempo; llámenle en buen hora Alejandro el insensato; vos, filósofo imparcial, considerad en Alejandro al capitán general de Grecia, semejante próximamente á un Scanderbeg, á un Hunyada encargado como ellos de vengar á su país, pero más grande, más feliz, más político y más magnífico. No le presentéis sólo subyugando todo el imperio del enemigo de los griegos y llevando sus conquistas hasta la India, adonde se extendía la dominación de Darío; sino representadle dando leyes en medio de la guerra, formando colonias, estableciendo el comercio, fundando á Alejandria y Escanderún <sup>1</sup> que son hoy el centro de los negocios de Oriente. Ese es principalmente el aspecto bajo el que hay que considerar á los reyes, y eso es lo que se desdeña. ¿Qué buen ciudadano no estimará más que le hablen de las ciudades y puertos que César edificó, del calendario que reformó, etc., que de los hombres á quienes hizo degollar? Inspirad sobre todo á los hombres más afición á la historia de los tiempos recientes, que es para nosotros necesaria, que la antigua, que es solamente objeto de curiosidad. Piensen que la moderna tiene la ventaja de ser más segura, por lo mismo que es moderna.

Desearia, sobre todo, que recomendaseis el empezar seriamente el estudio de la historia en el siglo que precedió inmediatamente á Carlos V, León X y Francisco I. Entonces es cuando se opera en el espíritu humano, lo mismo que en el mundo, una revolución que todo lo ha cambiado.

1. Escanderún es la Alejandría de Siria, á ciento cincuenta kilómetros de Alepo, á la cual sirve de puerto.

El hermoso siglo de Luis XIV acaba de perfeccionar lo que León X, los Médicis, Carlos V y Francisco I habían empezado. Trabajo desde hace largo tiempo en la historia de este último siglo, que debe servir de ejemplo á los venideros. Trato de hacer ver los progresos del espíritu humano y de todas las artes bajo Luis XIV. Ojalá que antes de morir pueda dejar este monumento á la gloria de mi nación. Tengo abundantes materiales para levantar este edificio. No me faltan documentos sobre las ventajas que el gran Colbert procuró y quería hacer á la nación y al mundo; acerca de la vigilancia infatigable y de la previsión de un ministro de la Guerra nacido para ser ministro de un conquistador; acerca de las revoluciones ocurridas en Europa; acerca de la vida privada de Luis XIV, que fué en el hogar doméstico ejemplo de hombres, como lo ha sido á veces de reyes. Tengo documentos acerca de las faltas inseparables de la humanidad, y de las que sólo me gusta hablar porque hacen resaltar las virtudes, y aplico á Luis XIV esta hermosa frase de Enrique IV que decía al embajador Don Pedro: « ¡Cómo! ¿vuestro amo no tiene bastantes virtudes para tener defectos? » Pero temo mucho no tener nitiempo ni fuerza para llevar á buen término esta obra.

Os suplicaría que hicieseis comprender que si nuestras historias modernas, escritas por nuestros contemporáneos, son en general más seguras que todas las historias antiguas, son á veces más dudosas en los detalles, y voy á explicarme.

Los hombres difieren entre sí por su estado, partido y religión. El guerrero, el magistrado, el jansenista y el molinista no ven los mismos hechos con los mismos ojos; es defecto común de todas las épocas. Un cartaginés no hubiera escrito las guerras púnicas con el

mismo espíritu que un romano, y hubiera echado en cara á Roma la mala fe de que Roma acusaba á Cartago. No tenemos historiadores antiguos que hayan escrito unos contra otros sobre los mismos acontecimientos: hubieran seguramente sembrado dudas sobre muchas cosas que hoy aceptamos como verdades incontestables. Por muy verosímiles que sean, las respetamos por dos razones: porque son antiguas y porque no han sido impugnadas.

Nosotros, historiadores contemporáneos, nos hallamos en un caso muy diferente; nos ocurre con frecuencia lo mismo que á las potencias que están en guerra. Se han celebrado en Viena, Londres y Versalles fiestas por batallas que nadie había ganado: cada partido canta victoria y tiene razón por su lado. Ved qué contradicciones hay acerca de María Estuardo, acerca de las guerras civiles de Inglaterra, de las turbulencias de Hungría, del establecimiento de la religión protestante y del concilio de Trento.

Hablad de la revocación del Edicto de Nantes á un burgomaestre holandés, y lo considerará como una tiranía imprudente; consultad á un ministro de la corte de Francia, y dirá que es una política sabia. ¡Qué digo! la misma nación al cabo de veinte años no tiene las mismas ideas que tenía acerca de los mismos acontecimientos y de la misma persona; yo he sido testigo de ello con respecto al difunto rey Luis XIV. Pero ¡qué contradicciones no tendré que encontrar en la historia de Carlos XII! He escrito su extraña vida, fundándome en las Memorias de M. de Fabrice, que fué ocho años su favorito; en las cartas de M. de Fierville, ministro de Francia acreditado en su corte, en las de M. de Villongue, que fué largo tiempo coronel á su servicio, y en las de M. de Poniatowski. He consultado

á M. du Croissi, embajador de Francia cerca de este príncipe. Ahora me dicen que M. Norberg, capellán de Carlos XII, está escribiendo una historia de su reinado. Estoy seguro de que el capellán habrá visto las mismas cosas con otros ojos que el favorito y el embajador. ¿Qué partido tomar en este caso? El de corregir inmediatamente las cosas en que tenga evidentemente razón este nuevo historiador, y dejar las demás al juicio de los lectores desinteresados. ¿Cuál es mi papel en todo esto? No soy más que un pintor que procura representar con pincel débil, aunque fiel, los hombres tal como han sido. Todo me es indiferente en Carlos XII y Pedro el Grande, excepto el bien que este último ha podido hacer á los hombres. No tengo ningún motivo para lisonjearlos ni para censurarlos. Los trataré como á Luis XIV, con el respeto que se debe á las testas coronadas que acaban de morir y á la verdad que nunca muere.

*Acerca de la comedia.* Vengamos ahora á las bellas letras, que serán objeto de los principales artículos de vuestro periódico. Os proponéis hablar mucho de las piezas de teatro. Este proyecto es tanto más razonable cuanto que el teatro se ha ido depurando entre nosotros y se ha convertido en una escuela de costumbres. Os guardaréis muy bien, sin duda, de seguir el ejemplo de algunos escritores de periódicos, que procuran rebajar á todos sus contemporáneos y desalentar las artes que todo buen periodista debe sostener. Es justo dar la preferencia á Molière sobre los cómicos de todos los tiempos y de todos los países, pero no hay que ser exclusivo. Imitad á los prudentes italianos, que colocan á Rafael en primer término; pero que admiran á Pablo el Veronés, á los Carraccios, á Corregio, al Dominiquino, etc. Molière es el primero, pero sería injusto y ridículo

no poner el *Jugador* al lado de sus mejores piezas. No se gar su estima á los *Meneamos* y no divertirse con el *Legatario universal* sería propio de un hombre injusto y falto de gusto. Aquel á quien no le gusta Regnard no es digno de admirar á Molière.

Atrevedos á declarar con valor que muchas de nuestras piecitas como el *Gruñón*, el *Jardinero galante*, la *Pupila*, la *Doble viudez*, el *Espíritu de contradicción*, la *Coqueta de aldea*, el *Florentino*, etc. <sup>1</sup>, se hallan muy por encima de la mayor parte de las piecitas de Molière en cuanto á la delicadeza de caracteres, al ingenio con que están sazonadas y á las gracias en que abundan.

No pretendo entrar aquí en los detalles de tantas piezas nuevas, ni desagradar á mucha gente dispensando alabanzas á algunos escritores que tal vez no quedarán satisfechos; pero diré con osadía: cuando se den obras llenas de moralidad y de interés, como la *Preocupación á la moda*; cuando los franceses sean bastante felices para que les den una pieza como el *Vanaglorioso*, guardaos de pretender rebajar el éxito bajo pretexto de que no son comedias con arreglo al gusto de Molière: evitad esa desdichada obstinación que arranca únicamente de la envidia, no procuréis proscribir las escenas enternecedoras que se hallan en dichas obras: porque cuando una comedia, además del mérito que le es propio, posee el de interesar, hay que mostrarse, muy recalcitrante para sentir que se procure al público un placer más.

Me atrevo á decir que si las piezas excelentes de Molière fuesen algo más interesantes, acudiría más gente á sus representaciones, y el *Misántropo* sería

1. Piezas de Brueys y Palaprat, Dancourt, Fagan, Dufresny y La Fontaine.

objeto de tanta asiduidad por parte del público como estima ha logrado. Es preciso que la comedia no degenera en tragedia burguesa: el arte de extender sus límites sin confundirlos con los de las tragedias es un gran arte que sería bueno alentar y vergonzoso querer destruir. Ya es mucho saber dar bien cuenta de una pieza teatral. He reconocido siempre el ingenio de los jóvenes en la manera con que detallaban una pieza nueva que acababan de oír; y he observado que todos los que mejor lo hacían han sido los que han adquirido después mayor reputación en su carrera; tan cierto es que en el fondo se confunden el espíritu de los negocios y el verdadero espíritu de las bellas letras.

Exponer en términos claros y elegantes un asunto á veces embrollado; poner en claro la intriga y el desenlace sin sujetarse á la división en actos; referirlos como una historia; pintar con un solo rasgo los caracteres; decir en seguida lo que ha parecido más ó menos verosímil y más ó menos bien preparado; retener de memoria los versos más felices y dar con el mérito ó el vicio general del estilo, lo he visto hacer algunas veces, pero es muy raro hasta en los literatos que se dedican á ello, porque es más fácil para ciertos espíritus seguir la corriente de sus propias ideas que dar cuenta de las de los demás.

*Acerca de la tragedia.* — Diré acerca de la tragedia lo que próximamente he dicho acerca de la comedia. Ya sabéis cuán honrado ha sido este hermoso arte en Francia: arte tanto más difícil y superior á la comedia, cuanto que hay que ser verdadero poeta para hacer una hermosa tragedia, mientras que la comedia sólo exige algún talento para los versos.

Vos, señor, que entendéis tan bien á Sófocles y Eurípides, no busquéis una vana recompensa del trabajo

que os ha costado entenderlos en el desdichado placer de preferirlos, contra vuestro propio sentimiento, á nuestros grandes autores franceses. Acordaos de que cuando os he desafiado á mostrarme en los trágicos de la antigüedad trozos comparables á ciertos pasajes de las piezas de Corneille, y eso de las menos buenas, los rasgos de que hablo eran, por ejemplo, estos versos de la tragedia de *Nicomedes*. Quiero, dice Prusias <sup>1</sup>:

J'y veux mettre d'accord l'amour et la nature,  
Être père et mari dans cette conjoncture.

NICOMEDES

Seigneur, voulez-vous bien vous en fier à moi?  
Ne soyez ni l'un ni l'autre.

PRUSIAS

Eh! que dois-je être?

NICOMEDES

Roi.

Reprenez hautement ce noble caractère.  
Un véritable roi n'est ni mari ni père:  
Il regarde son trône, et rien de plus. Régné.  
Rome vous craindra plus que vous ne la craignez.

No deduciréis que las últimas piezas de este padre del teatro sean buenas porque haya en ellas tan hermosos rasgos. Confesad, con todo el público, su extrema debilidad.

*Agésilao y Surena* no pueden disminuir en nada la gloria que *Cinna* y *Poliuto* procuran á Francia. Monsieur de Fontenelle, sobrino del gran Corneille, dice en la vida de su tío, que si pasó demasiado pronto la frase proverbial: *esto es tan hermoso como el Cid*, hay que atribuirlo á los actores que tenían interés en ello. No, los autores no podían dar lugar á la desaparición

1. *Nicomedes*, acto IV, escena III.

de la frase proverbial, como tampoco á la del *Cid*. Fué Corneille mismo el autor del daño, y tuvo la culpa *Cinna*. No digáis con el abate de Saint-Pierre, que dentro de cincuenta años no se representarán ya las piezas de Racine. Compadezco á nuestros hijos si no saben apreciar estas obras maestras de elegancia. ¿De qué tendrán el corazón si no les interesa Racine?

Todo hace creer que los buenos autores del siglo de Luis XIV durarán tanto como la lengua francesa; pero no desalentéis á sus sucesores asegurándoles que no hay nada que hacer y que ya no queda sitio para ellos. Corneille no es bastante interesante, y con frecuencia Racine no es suficientemente trágico. El autor de *Venceslao* y el de *Radamisto* y *Electra*, á pesar de sus grandes defectos, tienen bellezas especiales que faltan á aquellos dos grandes hombres, y es de presumir que estas tres piezas seguirán formando parte del repertorio francés, pues se han sostenido con actores diferentes, lo cual es una verdadera prueba para una tragedia.

¿Qué diré de *Mantio*, pieza digna de Corneille, y del hermoso papel de *Ariadna* y del gran interés que despierta *Amasis*?<sup>1</sup> No os hablaré de las tragedias estrenadas desde hace veinte años; como he compuesto algunas, no me corresponde atreverme á apreciar el mérito de contemporáneos que valen más que yo; y con respecto á mis obras teatrales, todo lo que puedo deciros, rogándoos que lo digáis á vuestros lectores, es que las corrijo todos los días.

Pero cuando aparezca una pieza nueva, no digáis nunca como el odioso autor de *Observations*<sup>2</sup> y de tantos otros folletos: *la pieza es excelente ó es mala; se-*

1 Tragedias de La Fosse, Tomás Corneille y La Grange-Chancel.

2. El abate Desfontaines.

*mejante acto es impertinente ó tal papel es lamentable.* Demostrad sólidamente lo que pensáis de ella y dejad al público el cuidado de dictar el fallo. Estad seguro de que la sentencia se volverá contra vos siempre que decidáis sin pruebas, aun cuando tengáis razón; porque no se os pide vuestro juicio, sino un informe en el proceso que debe sentenciar el público.

Lo que dará, sobre todo, mérito á vuestro periódico, será el esmero que pongáis en comparar las piezas nuevas con las de países extranjeros, fundadas ó basadas en el mismo asunto. Á esto se faltó en el siglo pasado al hacer el examen del *Cid*; se contentaron con citar algunos versos del original español; era preciso comparar las situaciones. Yo quiero suponer que se estrene ahora *Mantio*, de La Fosse; sería muy agradable poner á la vista del lector la tragedia inglesa, de donde está sacada<sup>1</sup>. Si se publica alguna obra instructiva acerca de las piezas del ilustre Racine, desengañad al público de la idea en que está de que los ingleses no han podido admitir en su teatro el asunto de *Fedra*. Decid á los lectores que la *Fedra*, de Smith, es una de las más hermosas piezas que se representan en Londres. Decidles que el autor lo ha imitado todo de Racine, hasta el amor de Hipólito, que ha unido juntamente la intriga de *Fedra* y la de *Bayaceto*, y que, sin embargo, el autor se vanagloria de haberlo sacado todo de Eurípides. Creo que los lectores quedarían encantados si se les pusiese á la vista la comparación de algunas escenas de la *Fedra* griega, latina, francesa é inglesa. De esta suerte entiendo yo que la crítica sana y sabia perfeccionaría más el gusto de los franceses y acaso el de Europa. Pero, ¿qué verdadera crítica po-

1. *Venecia salvada*, de Otway.

seemos desde la que hizo la Academia sobre el Cid, y á a que faltan tantas cosas como al Cid mismo?

*Acerca de las poesías.* — Daréis mucha variación á vuestro periódico si lo engalanáis de cuando en cuando con esas piececitas fugitivas, de excelente cuño, que abundan en las carteras de los curiosos. Hay versos del duque de Nevers, del conde Antonio Hámilton, nacido en Francia <sup>1</sup>, que respiran ya el fuego poético, ya la dulce suavidad del estilo epistolar. Poseemos mil obritas encantadoras de Ussé, Saint-Aulaire, Ferrand, La Faye, Fleubet, del presidente Hénault y de tantos otros. Estas obritas de que os hablo bastaban en otro tiempo para formar la reputación de los Voiture, de los Sarasin y de los Chapelle. Esta clase de mérito era raro entonces. Hoy está más generalizado y da acaso menos reputación; pero no produce menos placer á los lectores delicados. Nuestras canciones valen más que las de Anacreonte, y su número es asombroso. Hasta se encuentran muchas que unen lo moral á lo entretenido, y que anunciadas con arte no perjudicarían de ninguna manera á un periódico serio. Contribuiría á perfeccionar el gusto, sin perjudicar á las costumbres, recordar una canción tan linda como esta, que es del autor de *Doble Viudez* <sup>2</sup>.

Phyllis, plus avare que tendre,  
Ne gagnant rien à refuser,  
Un jour exigea de Lisandre  
Trente moutons pour un baiser.

Le lendemain nouvelle affaire;  
Pour le berger le troc fut bon,  
Car il obtint de la bergère  
Trente baisers pour un mouton.

1. Mejor dicho en Irlanda.

2. Dufresny.

Le lendemain Phyllis plus tendre  
Craignant de déplaire au berger,  
Fut trop heureuse de lui rendre  
Trente moutons pour un baiser.

Le lendemain, Phyllis plus sage,  
Aurait donné moutons et chien  
Pour un baiser que le volage  
A Lisette donnait pour rien.

Como no hay todos los días libros nuevos que merezcan vuestro examen, estos trozos de literatura pueden llenar muy bien los huecos del periódico. Si hay algunas obras en prosa ó verso que hagan mucho ruido en París, que dividan la opinión del público y acerca de las cuales sea necesaria una crítica ilustrada, habrá que atreverse á servir de maestro al público sin parecerlo, y, llevándole como por la mano, hacerle notar las bellezas sin énfasis, y los defectos sin acritud. Entonces apreciarán en vos la crítica que se detesta y desprecia en otros.

Uno de mis amigos, examinando tres epístolas de Rousseau en versos decasilabos, que dieron mucho que hablar hace algún tiempo, hizo de la segunda, en la que se insulta á todos nuestros autores, un examen que parecía dictado por la exactitud y la moderación, y en que hacía comprender, sin amargura, toda la debilidad de semejantes epístolas. No había treinta versos en las obras de Rousseau publicadas en Alemania, que se librasen de su justa censura, y, para mayor instrucción de los jóvenes, comparaba con esta obra otra del mismo autor, relativa á un asunto literario casi semejante. Citaba versos de la epístola á las musas imitados de Despréaux, y este objeto de comparación lograba persuadir más que las discusiones más sólidas y sutiles.



De la exposición de todos estos versos decasílabos tomaba ocasión para hacer notar que no hay que confundir los versos de cinco pies con los versos maróticos. Demostraba que el estilo llamado de Marot no debe admitirse sino en un epigrama ó en un cuento, como las figuras de Callot no deben aparecer sino en cosas grotescas. Pero cuando hay que poner la razón en verso, pintar, conmover y escribir elegantemente, entonces esa mezcla monstruosa de la lengua que se hablaba hace doscientos años y de la de nuestros días, parece el abuso más condenable que haya podido deslizarse en la poesía. Marot hablaba su lengua y nosotros debemos hablar la nuestra. Ese abigarramiento es tan insoportable para los hombres de juicio como lo sería la arquitectura gótica mezclada con la moderna. Tendréis ocasión de destruir ese gusto falso. Los jóvenes cultivan ese estilo, porque es desgraciadamente fácil. Seguramente debió costar bastante á Despréaux decir elegantemente (*Arte poética* cap. IV):

Faites choix d'un censeur solide et salutaire,  
Que la raison conduise et le savoir éclaire,  
Et dont le crayon sûr d'abord aille chercher  
L'endroit que l'on sent faible, et qu'on se veut cacher.

Pero es muy fácil y muy elegante decir:

Donc si Phébus ses échecs vous adjuge,  
Pour bien juger consultez un bon juge.  
Pour bien jouer, hantez les bons joueurs;  
Surtout craignez le poison des loueurs  
Accostez-vous de fidèles critiques.

(*Epístola á Clemente Marot.*)

No quiere decir esto que haya de condenar los versos familiares en estas obras poéticas; por el contrario, son necesarios, como las articulaciones en el cuerpo humano, ó, mejor dicho, como las paradas en un viaje:

Et sermone opus est, modo tristí, sape jocosó,  
Defendente vices modo rhetoris atque poetæ,  
Interdum urbani parentis viribus, atque  
Extenuantis eas consulto,

(Hor., lib. I, sát. X.)

No todo debe ser objeto de adorno; pero no debe haber nada que cause repugnancia. Un lenguaje obscuro y grotesco no es la sencillez, sino la grosería rebuscada.

*De las misceláneas de literatura y de las anécdotas literarias.*

Reuno aquí bajo el nombre de misceláneas de literatura todos los trozos sueltos de historia, elocuencia, moral y crítica, y esas novelitas que aparecen con tanta frecuencia. Tenemos obras maestras en todos estos géneros. No creo que ninguna nación pueda vanagloriarse de tener tan gran número de lindas obras literarias. Es verdad que hoy día este género fácil produce una multitud de autores; de cien años á esta parte podrian contarse de cuatro á cinco mil. Pero el lector se conduce con los libros como el individuo de una ciudad con los demás hombres. No se vive con todos sus contemporáneos, sino que se escogen algunos amigos. No debe causarnos más asombro ver ciento cincuenta mil volúmenes en la biblioteca del rey, que setecientas mil almas en París. Las obras de pura literatura en que se encuentran con frecuencia cosas agradables, entretienen sucesivamente á la gente honrada, sirven de solaz al hombre serio en el intervalo de sus trabajos, y mantienen en la nación esa flor de ingenio y esa delicadeza de ingenio que constituyen su carácter.

No condenéis con dureza todo lo que no sea La Rochefoucauld, ó La Fayette, todo lo que no sea perfecto

como la *Conspiración de Venecia*, del abate Saint-Real, ni tan entretenido ni original como la *Conversación del tío Canaye y el mariscal de Hocquincourt*, escrita por Charleval, y á la que Saint-Évremond ha agregado un final menos entretenido y algo más lánguido; en fin, todo lo que no sea tan natural, tan delicado como el *Viaje*, si bien algo desigual, de Bachaumont y de Chapelle.

Non, si priores Mæonijs tenet  
Sedes Homerus, Pindaricæ latent  
Cææque, et Alcæi minaces,  
Stesichorique graves Camenæ;  
Nec, si quid olim lusit Anacreon  
Delevit ætas; spirat adhuc amor  
Vivuntque commissi calores  
Æoliæ fidibus pullæ.

(Hor., oda IX, lib. IV.)

En la exposición que hagáis de estas obras ingeniosas, bromeando, á su ejemplo, con vuestros lectores, y repartiendo flores al mismo tiempo que los autores de que habléis, no incurráis en la severidad de algunos críticos que quieren que todo esté escrito conforme al gusto de Cicerón ó de Quintiliano. Gritan que la elocuencia está enervada, que el buen gusto se ha perdido, porque se haya pronunciado en la Academia un discurso florido que no sentaría bien en el foro. Desearían que un cuento se escribiese en el estilo de Bourdaloue. ¿No han de distinguir nunca tiempos, lugares ni personas? ¿Pretenden que Jacob, en el *Aldeano enriquecido*<sup>1</sup>, se exprese como Pellison ó Patru? Á todas las grandes obras les conviene una elocuencia varonil, noble y enemiga de los adornos nimios. Un pensamiento demasiado delicado sería una mancha en el

1. Novela de Marivaux.

*Discurso sobre la historia universal* del elocuente Bossuet; pero en una obra de entretenimiento, en un cumplido, en una broma, tienen puesto adecuado todas las gracias ligeras, la inocencia y la delicadeza, y los más nimios adornos.

Hagamos examen de conciencia. ¿Hablamos de negocios en el mismo tono con que hablamos en una reunión entretenida ó de sobremesa? Los libros son la pintura de la vida humana; hacen falta sólidos, pero también se deben tolerar los agradables. Al citar los rasgos ingeniosos de todos esos libros, no olvidéis de indicar los que son casi semejantes á los de los otros pueblos ó á los de nuestros antiguos autores; se nos dan pocos pensamientos que no se encuentren en Séneca, en Luciano, en Montaigne, en Bacon y en el *Espectador inglés*; compararlos entre sí (y en eso consiste el gusto), equivale á excitar á los autores á decir cosas nuevas, y á mantener la emulación, que es la madre de las artes.

Qué satisfacción para un lector delicado ver de una sola ojeada las ideas que Horacio expresó en versos descuidados, pero con palabras tan expresivas, lo que Despréaux ha traducido de un modo tan correcto, y lo que Dryden y Rochester han renovado con el fuego de su ingenio. Sucede con estos paralelos como con la anatomía comparada, que hace conocer la naturaleza. De esta suerte lograréis hacer ver con frecuencia, no solamente lo que un autor ha dicho, sino lo que hubiera podido decir; porque si no hacéis sino repetir lo que él ha dicho, ¿qué falta hace el periódico?

*Acerca de las lenguas.* — Es preciso que un buen periodista sepa, por lo menos, inglés é italiano; porque hay muchas obras de genio escritas en estas lenguas, y el genio casi nunca se traduce. Creo que estas

son las dos lenguas de Europa más necesarias para un francés. Los italianos son los primeros que han sacado las artes de la barbarie; y hay tanta grandeza, tanta fuerza de imaginación hasta en las faltas de los ingleses que nunca podremos aconsejar demasiado el estudio de su lengua.

Es triste que el griego se vea desdeñado en Francia; pero un periodista no debe ignorarlo. Sin ese conocimiento, hay un gran número de palabras francesas, de que jamás tendría sino una idea confusa; porque desde la aritmética á la astronomía no hay ninguna palabra técnica que no se derive de esta lengua admirable. Apenas existe un músculo, un ligamento en nuestro cuerpo ni una enfermedad ó un remedio cuyo nombre no sea griego. Que me den dos jóvenes, uno de los cuales conozca esta lengua y el otro no, sin que ninguno de ellos tenga la menor tintura de anatomía; al oír decir que un hombre está enfermo de *diabetes*, que hay que hacer á tal individuo una *paracentesis*, y que tal otro tiene una *anquilosis* ó un *bubonocèle*; el que conoce el griego conocerá en seguida de qué se trata, porque ve lo que significan las palabras compuestas, mientras que el segundo no comprenderá absolutamente nada.

Algunos malos periodistas se han atrevido á dar la preferencia á la *Iliada* de La Motte sobre la de Homero. Seguramente si hubiesen leído á Homero en su lengua, hubieran visto que la traducción es tan inferior al original como Segráis á Virgilio.

Un periodista versado en la lengua griega no podrá menos de observar en las traducciones que Tourreil ha hecho de Demóstenes, algunas cosas muy flojas en medio de sus bellezas. « Si alguien, dice el traductor, os pregunta, señores atenienses, si estáis en paz, res-

ponderéis: No, vive Júpiter, estamos en guerra con Filipo. » El lector, en vista de esto, podría creer que que Demóstenes bromea á destiempo; que los términos familiares: *señores atenienses*, y *vive Júpiter*, reservados para la comedia vulgar, corresponden á expresiones griegas exactamente iguales. No hay nada de eso y la falta recae por completo en el traductor. Hay por el mismo estilo mil pequeños descuidos análogos, que un periodista ilustrado puede hacer observar con tal que al mismo tiempo haga notar las bellezas.

Pero conviene también que vuestra afición á las lenguas extranjeras no os haga despreciar lo que se ha escrito en vuestra patria. No seáis como aquel falso melindroso á quien hace decir Petronio:

Ales phasiacis petita Colehis  
Atque afro volueres placent palato...  
Quidquid queritur optimum videtur.

En la biblioteca del abate de Longuerue, no se halló más que un tomo de Malherbe en materia de poesía francesa. Desde el punto de vista de las bellas letras, desearía, repito, que fuésemos de todos los países, pero sobre todo del nuestro. Aplicaría á este propósito unos versos de M. de La Motte, que algunas veces los ha hecho excelentes:

C'est par l'étude que nous sommes  
Contemporains de tous les hommes  
Et citoyens de tous les lieux.

*Sobre el estilo del periodista.*—En cuanto al estilo de un periodista, Bayle es tal vez el primer modelo, si hace falta uno; es el más profundo dialéctico de todos los que han escrito; es casi el único compilador que tenido buen gusto. Sin embargo, en su estilo, siempre claro y natural, hay demasiada negligencia, demasiado olvido

de las conveniencias, y sobra de incorrección. Es difuso: en verdad suele conversar con sus lectores como Montaigne, y al hacerlo encanta á todo el mundo, pero se abandona á cierta molicie de estilo y á expresiones triviales propias de una conversación demasiado sencilla, y esto les repugna con frecuencia á los hombres de gusto.

Nul chef-d'œuvre par vous écrit jusqu'aujourd'hui  
Ne vous donne le droit de faillir comme lui <sup>1</sup>.

No debe emplearse nunca una palabra nueva á no ser que reúna estas tres cualidades: ser necesaria, inteligible y sonora. Las ideas nuevas, sobre todo en física, exigen expresiones nuevas; pero substituir á una palabra usada otra que sólo tenga el mérito de la novedad, no es enriquecer la lengua, sino echarla á perder. El siglo de Luis XIV merece este respeto por parte de los franceses, los cuales no deben hablar otra lengua que la que constituye la gloria de aquel brillante periodo.

Uno de los mayores defectos de las obras de este siglo consiste en la mezcla de estilos, y sobre todo en querer hablar de las ciencias como se hablaría de una conversación familiar <sup>2</sup>. Veo los libros más serios deshonrados por el uso de expresiones que parecen rebuscadas con relación al asunto, pero que en realidad son bajas y triviales.

Este defecto procede de un origen respetable, se teme incurrir en el pedantismo y se pretende adornar las materias más áridas; pero

In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.

(HOR.)

1. Parodia de dos versos de *Fedra*.
2. Voltaire critica aquí á Fontenelle.

Paréceme que todo hombre honrado prefiere cien veces más á una persona pesada, pero cuerda, á un gracioso de mal gusto. Las demás naciones no incurrir generalmente en este ridículo. La razón es que en ellas nadie se desdena, como en Francia, de parecer lo que es. En Alemania y en Inglaterra un físico es un físico; en Francia quiere ser, además, un hombre ocurente. Voiture fué el primero que logró fama por su estilo familiar. Eso se llama escribir como hombre de mundo y cortesano; ese es el tono de la buena sociedad. Se pretendió después escribir acerca de cosas serias con ese tono de la buena sociedad, que con frecuencia no se podría soportar en una carta.

Esta manía ha inficionado muchos escritos, por otra parte razonables. Hay en esto más pereza aún que afectación, porque esas expresiones humorísticas que nada significan, y que todo el mundo repite sin darse cuenta de ello; esos lugares comunes son más fáciles de encontrar que una expresión elegante. Las cuestiones filosóficas no se deben tratar con la familiaridad del estilo epistolar, sino con la familiaridad del estilo de Cicerón. Malebranche, menos puro que Cicerón, pero más enérgico y lleno de imágenes, me parece un gran modelo en este género, y ojalá hubiera empleado en plantear verdades tanta solidez como elocuencia en exponer sus opiniones.

Locke, menos elevado que Malebranche, y acaso demasiado difuso, pero más elegante, se expresa siempre en su lengua con nitidez y gracia; su estilo es encantador, *puroque simillimus amni*. En estos autores no se nota ningún deseo de brillar á destiempo, ninguna ironía ni artificio. No lo sigáis servilmente *o imitatores servum pecus*, sino á ejemplo suyo, penetraos de ideas profundas y justas. Entonces las palabras acudirán sin

violencia *rem verba sequuntur*. Observad que los hombres que mejor han pensado son también los que mejor han escrito.

Si la lengua francesa ha de corromperse muy pronto, esta alteración procederá de dos puntos: uno el estilo afectado de los autores que viven en Francia; otro, la negligencia de los escritores que residen en el extranjero. Los papeles públicos y los periódicos se hallan de continuo inficionados por impresiones impropias á las que el público se acostumbra á fuerza de leerlas.

Las construcciones viciosas, nacen también del estilo bárbaro que desgraciadamente se ha conservado en el foro y en algunos edictos en que se hace hablar al rey un lenguaje gótico. Este estilo gótico de los edictos y de las leyes se parece á una ceremonia en la que se llevan vestimentas antiguas; pero no hay que llevarlas fuera de ella. Hasta sería preferible que las leyes que se hacen para que todo el mundo las entienda fácilmente, empleasen el lenguaje ordinario. Debería imitarse la elegancia de la *Instituta* de Justiniano. Pero ¡cuán lejos estamos de la forma y del fondo de las leyes romanas!

Los escritores deben evitar este abuso en el que incurren todos los gacetistas del extranjero. Hay que imitar el estilo de la *Gaceta* que se escribe en París. Por lo menos dice correctamente cosas útiles.

La mayor parte de los literatos que trabajan en Holanda, centro del más activo comercio de libros, incurren en otra especie de barbarie que consiste en imitar el lenguaje y las expresiones de los comerciantes. He visto traducciones de excelentes libros llenas de dichas expresiones. La sola exposición de semejantes faltas, debe bastar para corregir á los autores. ¡Ojalá fuese tan fácil remediar el vicio que produce todos los

días tantos escritos mercenarios, tantos extractos infieles, tantas mentiras y tantas calumnias, con que inunda la prensa la república de las letras!

### AL SEÑOR MARQUÉS DE THIBOUVILLE

11 de Enero de 1776.

Mi querido marqués, os agradezco el que os hayáis humanizado al fin conmigo y me hayáis escrito cartas que hablan de algo. Tengo la desgracia, en medio de mi soledad, de no conocer ni el *Aldeano pervertido* ni el *Soltero*; pero me parece gracioso que no enseñe sino á Madama Denis lo que tenéis la complacencia de escribirme. Los señores de París se imaginan siempre que el resto de la tierra es como el faubourg Saint-Germain y el Palacio Real, y que al salir de la Ópera, los suizos cuentan las noticias del día, antes de cenar, con quince ó veinte amigos íntimos. Mi soledad sólo es interrumpida por las aclamaciones de diez ó doce mil habitantes que bendicen á M. Turgot.

Nuestra pequeña provincia es, al presente, la única provincia que se halla libre de los esbirros y de los arrendadores generales. Disfrutamos el placer de ser libres. No hay, entre nosotros, ni un solo aldeano pervertido, y no hay tal vez ninguno, sino yo, que sepa si han representado el *Soltero* ni el *Condestable de Borbón*.

Los desertores que vuelven en bandadas, y que pasan por nuestro país, cantan las alabanzas de M. de Saint-Germain, como nosotros cantamos las de M. Turgot.

No dudo que debe haber algunos financieros en París cuyas voces no forman coro con nuestras alabanzas; ya sabemos que las sanguijuelas no cantan, y á nos-

violencia *rem verba sequuntur*. Observad que los hombres que mejor han pensado son también los que mejor han escrito.

Si la lengua francesa ha de corromperse muy pronto, esta alteración procederá de dos puntos: uno el estilo afectado de los autores que viven en Francia; otro, la negligencia de los escritores que residen en el extranjero. Los papeles públicos y los periódicos se hallan de continuo inficionados por impresiones impropias á las que el público se acostumbra á fuerza de leerlas.

Las construcciones viciosas, nacen también del estilo bárbaro que desgraciadamente se ha conservado en el foro y en algunos edictos en que se hace hablar al rey un lenguaje gótico. Este estilo gótico de los edictos y de las leyes se parece á una ceremonia en la que se llevan vestimentas antiguas; pero no hay que llevarlas fuera de ella. Hasta sería preferible que las leyes que se hacen para que todo el mundo las entienda fácilmente, empleasen el lenguaje ordinario. Debería imitarse la elegancia de la *Instituta* de Justiniano. Pero ¡cuán lejos estamos de la forma y del fondo de las leyes romanas!

Los escritores deben evitar este abuso en el que incurren todos los gacetistas del extranjero. Hay que imitar el estilo de la *Gaceta* que se escribe en París. Por lo menos dice correctamente cosas útiles.

La mayor parte de los literatos que trabajan en Holanda, centro del más activo comercio de libros, incurren en otra especie de barbarie que consiste en imitar el lenguaje y las expresiones de los comerciantes. He visto traducciones de excelentes libros llenas de dichas expresiones. La sola exposición de semejantes faltas, debe bastar para corregir á los autores. ¡Ojalá fuese tan fácil remediar el vicio que produce todos los

días tantos escritos mercenarios, tantos extractos infieles, tantas mentiras y tantas calumnias, con que inunda la prensa la república de las letras!

### AL SEÑOR MARQUÉS DE THIBOUVILLE

11 de Enero de 1776.

Mi querido marqués, os agradezco el que os hayáis humanizado al fin conmigo y me hayáis escrito cartas que hablan de algo. Tengo la desgracia, en medio de mi soledad, de no conocer ni el *Aldeano pervertido* ni el *Soltero*; pero me parece gracioso que no enseñe sino á Madama Denis lo que tenéis la complacencia de escribirme. Los señores de París se imaginan siempre que el resto de la tierra es como el faubourg Saint-Germain y el Palacio Real, y que al salir de la Ópera, los suizos cuentan las noticias del día, antes de cenar, con quince ó veinte amigos íntimos. Mi soledad sólo es interrumpida por las aclamaciones de diez ó doce mil habitantes que bendicen á M. Turgot.

Nuestra pequeña provincia es, al presente, la única provincia que se halla libre de los esbirros y de los arrendadores generales. Disfrutamos el placer de ser libres. No hay, entre nosotros, ni un solo aldeano pervertido, y no hay tal vez ninguno, sino yo, que sepa si han representado el *Soltero* ni el *Condestable de Borbón*.

Los desertores que vuelven en bandadas, y que pasan por nuestro país, cantan las alabanzas de M. de Saint-Germain, como nosotros cantamos las de M. Turgot.

No dudo que debe haber algunos financieros en París cuyas voces no forman coro con nuestras alabanzas; ya sabemos que las sanguijuelas no cantan, y á nos-

otros no nos preocupa el que esos señores aplaudan ó no las operaciones del mejor ministro de Hacienda que ha tenido Francia.

Dícese que corre por París un libelo titulado *Conversación del padre Adán con Saint-Germain*. No tengo más noticia de semejante simpleza que del *Aldeano corrompido*. Madama Denis está muy delicada. El invierno me mata, y no logra enmendar su pereza.

El viejo enfermo de Ferney os escribe por ella, y ambos os profesamos cariñosa adhesión.

Á M. TURGOT

13 de Enero de 1776.

Perdonad á un viejo sus indiscreciones é importunidades. Uno de los deberes de vuestro cargo consiste en tener que soportar unas y otras.

Hacéis nacer un hermoso siglo, del que yo sólo veré la aurora. Preveo grandes cambios de que Francia tiene necesidad en todos los órdenes.

He sabido que en Toscana acaban de poner en práctica vuestros principios con el mayor éxito.

Dicenme que en Francia hay personas interesadas, y otras muy ingratas, que os deben su existencia, y que todas juntas forman una cábala contra vos. Me lisonjea la esperanza de que será disipada, y esta esperanza se funda en el carácter del rey y en los verdaderos servicios que prestáis á la nación.

El pequeño país de Gex es un punto casi imperceptible en el mapa, pero no podéis figuraros los felices efectos que vuestras últimas operaciones han producido en este humilde rincón. Las aclamaciones han llegado hasta las orillas del Rin. Á vos no os importa, pero á mí

me importa mucho, porque me inspira tanto interés vuestra gloria como á vos el bien público.

Triunfad, monseñor, de los bribones y de la gota; se-guid dispensando vuestras bondades al más viejo de vuestros servidores, y al más celoso de vuestros admiradores, cuyo profundo respeto no os ha de molestar mucho.

AL REY DE PRUSIA

17 de Enero de 1776.

Señor, había en otro tiempo, hacia los cincuenta y tres grados de latitud, una hermosa águila cuyo vuelo admiraba todo el mundo. Había salido un ratoncillo de su madriguera para ir á contemplar el águila, y experimentó una pasión violenta por aquella reina de las aves; envejeció el ratón en su madriguera y quedó reducido á roer libros; aun eso lo hacía mal, porque se le habían caído los dientes. El águila conservó siempre su hermoso pico, pero enfermaron sus reales patas.

Lo que nadie podía creer es que el águila, durante su enfermedad, se entretuviese á veces en hacer muy lindos versos que se dignaba enviar al ratón. Puesto que hablaban las encinas de Dodona, ¿por qué no había de hacer versos el águila? El ratón, llegado á la decrepitud, no podía hacer ya más que prosa; se tomó la libertad de enviar á su antiguo protector el águila algunas hojas de un antiguo libro que había encontrado en una biblioteca; estos fragmentos empezaban en la página 86.

Las cosas á que se refieren esos fragmentos son muy verdaderas y muy singulares, y el ratón se imaginó que tal vez podrían servir de distracción al águila. Si se

equivocó, es digno de perdón, porque en el fondo estaba animado de buenas intenciones. No veía la verdad con la penetrante mirada del águila, pero la amaba cuanto podía. Es más, á fin de cultivar esta verdad y contemplarla desde más cerca, había emprendido en otro tiempo un viaje á la región media del aire, para ponerse bajo la protección de su águila, á la que conservó la más respetuosa y cariñosa adhesión hasta que se lo comieron los gatos.

P. S. Si por casualidad Su Majestad el águila pudiese distraerse con estas frusterias, su viejo vasallo el ratón le enviaría toda la obra por la posta tan pronto como esté impresa.

Á M. TURGOT

18 de Febrero de 1776.

No hay, monseñor, enfermo más importuno que yo. Es preciso que os moleste desde mi lecho tanto como os molestan en Paris con reclamaciones.

Acabo de saber que encuentran mal el que nuestros Estados hayan tratado con Berna para poder echar sal en nuestro puchero. Os aseguro que nuestros Estados no han celebrado ningún tratado con Berna, pues no pertenecen al cuerpo diplomático.

Desde fines de Diciembre carecíamos en absoluto de sal; nos han vendido dos mil heminas, tanto en Nyón, en la misma Suiza, como en Ginebra. Yo he comprado, por mi parte, ocho quintales; porque si la sal se desvaneciera, ¿con qué se salaría?

Me atrevo á haceros observar que necesitaríamos próximamente cinco mil heminas, porque nos proponemos dar mucha sal á todos nuestros ganados ante el

temor muy fundado de la epizootia, y porque me voy á sembrarla en mis campos con el trigo para destruir la antigua preocupación que había en otro tiempo de sembrar de sal las tierras para hacerlas estériles.

Por el contrario, un poco de sal en las tierras gredosas es uno de los mejores abonos posibles: es un experimento de fisica y de laboreo.

Os pido por favor, monseñor, que no os incomodéis con vuestros Estados, que no han propuesto ni firmado ningún tratado con nadie. Os respondo de ello con mi vida, que sólo pende de un hilo, y que es vuestra con el mayor respeto y agradecimiento.

EL VIEJO ENFERMO.

Á M. VASSELIER,

EN LYÓN

Estoy encantado con los edictos sobre los pechos y los gremios de oficios. Cuando maese Seguíer dijo al rey que era de temer que el pueblo se rebelase porque le quitaban el placer de pechar y porque le libaban del excesivo impuesto de los gremios, el rey se echó á reír, pero con sonrisa muy desdenosa. El siglo de oro viene después de un siglo de hierro.

Á M. TURGOT

Ferney, 3 de Mayo de 1776.

M. de Trudaine, vuestro digno amigo, monseñor, me ha hecho ver un edicto sobre los vinos, que vale, en verdad, tanto como el del 14 de Septiembre sobre los



trigos. Estas dos piezas verdaderamente elocuentes, puesto que la razón y el bien público hablan en ellas, no tienen más que unirse al edicto de la caja de Poissy, y Francia está segura de comer bien. El lomo, que los ingleses llaman *rostbeef*, vale tanto como la gallina en el puchero. Creo que el Parlamento de Burdeos se incomodará un poco, pero el de Tolosa se alegrará mucho.

M. de Trudaine es testigo de los transportes de alegría que habéis causado en todos los países que nos rodean. Vemos nacer el siglo de oro; pero es muy ridículo que haya tanta gente del siglo de hierro en París. Me aseguran, para mi consuelo, que podéis contar con la firmeza de Sesostris. Era mi mayor preocupación.

No me atrevo á suplicaros que me confirméis esta feliz anécdota de que depende el destino de toda la nación; pero os confieso que desearía vivamente, antes de morir, estar seguro del caso y poder exceptuaros del número de los grandes hombres, de quienes ha dicho Horacio:

Diram qui contudit hydram  
Comperit invidiam supremo fine domari.

(Libro II, ep. I.)

En cuanto á nuestra sal, monseñor, no os importunaré más, puesto que veo que no olvidáis nada.

Respecto á la señora Lobreau, es claro que su dinero es tan bueno como el de los tenderos que quieren dar comedias sin tener actores.

Quisque suam exerceat artem.

(Libro I, cap. XIV.)

Respecto á vuestro arte, puede decirse:

Cum tot sustineas et tanta negotia solus.

(Libro II, p. I.)

Ya véis que me paso la vida entre vuestras obras y las de Horacio; no puedo acabar mejor mi carrera.

Madama Denis se halla penetrada del honor de vuestro recuerdo, y todos nosotros agradecemos en el alma vuestras extremadas bondades.

### AL SEÑOR BARÓN DE FAUGÈRES,

OFICIAL DE MARINA,

ACERCA DE UN MONUMENTO QUE PROPONE ERIGIR  
Á LOS GRANDES HOMBRES DEL SIGLO DE LUIS XIV,  
EN LA PLAZA DE MONTPELLER

3 de Mayo de 1776.

Proponéis, señor, que en torno de la estatua erigida en Montpellier á Luis XIV, después de su muerte, se erijan también monumentos á los grandes hombres que han ilustrado su siglo en todos los géneros. Este proyecto es tanto más hermoso cuanto que, desde hace algunos años, parece que se ha formado entre nosotros una cábala para rebajar todo lo que constituye la gloria de este tiempo memorable.

Ya se han cansado de las obras maestras del siglo pasado. Se procura empequeñecer á Luis XIV, y se le echa, sobre todo, en cara el haber querido ser grande. La nación, en general, da la preferencia á Enrique IV, y excluye á todos los demás reyes. No examino si es justicia ó inconstancia, si nuestra razón perfeccionada conoce mejor el verdadero mérito hoy que en otro tiempo; observo únicamente que en tiempo de Enrique IV no conocía en absoluto el mérito ni lo apreciaba.

« No me conocen, decia este buen príncipe al duque de Sully; ya me echarán de menos ». En efecto, señor, no hay que disimular; era odiado y poco respetado. El fanatismo, que le persiguió desde su cuna, conspiró cien veces contra su vida, y se la arrancó al fin en medio de sus oficiales por manos de un antiguo fuldense que se había vuelto loco y rabioso á causa de la Liga. Hoy nos arrepentimos y le preferimos á todos los reyes.

Pero si Enrique IV fué grande, su siglo no lo fué en ninguna cosa. No hablaré aquí de esa multitud de crímenes y de infamias con que la superstición y la discordia mancharon á Francia. Las artes eran ó ignoradas, ó muy mal practicadas, empezando por el arte de la guerra. Hacía cuarenta años que se guerreaba, y no hubo un solo hombre que dejase fama de general hábil, ni á quien la posteridad haya creído digno de poner al lado del príncipe de Parma ó del de Orange. En cuanto á la marina, vos, que os habéis distinguido en ella, sabéis que no existía entonces. Las artes de la paz, que forman el encanto de la sociedad, que embellecen las ciudades, que ilustran el espíritu y dulcifican las costumbres, nos eran extrañas, y no nacieron sino en la época que vió morir y nacer á Luis XIV.

Me cuesta trabajo concebir el encarnizamiento con que se persigue hoy la memoria del gran Colbert, que contribuyó tanto á hacer florecer todas esas artes, y sobre todo la marina, que es uno de los principales objetos de vuestro gran proyecto. Ya sabéis, señor, que creó esa marina tan largo tiempo formidable. Francia, dos años antes de su muerte, tenía ciento ochenta barcos de guerra y treinta galeras. Las manufacturas, el comercio, las compañías mercantiles en Oriente y Occidente, todo fué obra suya. Puede haber quien sea superior á él, pero no se podrá jamás eclipsarle.

Lo mismo sucederá con las artes del espíritu, como la elocuencia, la poesía, la filosofía, y aquellas en que el espíritu conduce la mano, como la arquitectura, la escultura y la mecánica. Los hombres que embellecieron el siglo de Luis XIV con su talento no serán jamás olvidados, cualquiera que sea el mérito de sus sucesores. Los primeros que inician una carrera quedan siempre á la cabeza de los demás en la posteridad. No hay gloria sino para los inventores, dijo Newton en su disputa con Leibnitz, y tenia razón. Hay que mirar como inventor á Pascal, que formó, en efecto, un género de elocuencia nuevo; á Pellisón, que defendió á Fouquet de la misma manera que Cicerón había defendido á Devotaro ante César; á un Corneille, que fué entre nosotros el creador de la tragedia, aun copiando el *Cid* español; á un Molière, que inventó realmente y perfeccionó la comedia, y si Descartes no se hubiera desviado en sus inventos de su guía la geometría, y si Malebranche hubiera sabido contener su vuelo, ¡qué hombres hubieran sido!

Todo el mundo conviene en que ese gran siglo pasado fué el del genio, pero después de los hombres á quienes se considera como inventores, vienen con frecuencia, no diré yo discípulos formados en la escuela de sus maestros, lo cual sería laudable, sino monos que se esfuerzan por echar á perder la obra de estos maestros inimitables. Así, después de Newton, que descubre la naturaleza de la luz, viene un Castel, que quiere hacer más, y propone un clavicordio ocular.

Apenas se descubre con el microscopio un nuevo mundo en pequeño, cuando un Needham imagina haber formado una república de anguilas; las cuales producen inmediatamente otras anguilas; todo ello con una gota de caldo ó de agua hervida con trigo dañado

por el cornezuelo. Los animales y los vegetales son producidos sin germen; y para colmo del ridículo, esto se llama lo sublime de la historia natural.

Inmediatamente que algunos verdaderos filósofos calcularon la acción del sol y de la luna sobre el flujo y reflujo de los mares, algunos novelistas, muy inferiores á Cyrano de Bergerac, escriben la historia de los tiempos en que dichos mares cubrían los Alpes y el Cáucaso y en que el universo estaba habitado por los peces. En seguida nos descubren la gran época en que los delfines, nuestros antepasados, se trocaron en hombres, y cómo se convirtió su cola ahorquillada en muslos y en piernas. Este fué el gran servicio que Tellamed<sup>1</sup> ha prestado recientemente al género humano. Así, pues, señor, en todas las artes, en todas las profesiones, los charlatanes suceden á los buenos maestros; y ¡quiera el cielo que no tengamos todavía charlatanes más funestos!

¡Ojalá que vuestro proyecto sea ejecutado, y ojalá puedan reaparecer en la plaza de Montpellier, en torno de la estatua de Luis XIV, é inspirar á los siglos venideros emulación eterna todos los genios que abrillanaron el siglo de dicho rey, etc.

Á M. DE VAINES

3 de Mayo de 1776.

Puesto que os dignáis, señor, admitir en vuestra biblioteca cuentos chinos, indianos y tártaros, tengo el honor de enviaros un ejemplar.

Pero acabo de leer un folleto que me ha hecho olvi-

Maillet.

dar todos los demás. Es un edicto sobre la libertad del comercio de vinos; es digno compañero del edicto del 14 de Septiembre en favor de los granos.

Concibo que haya gente admirada de ver tratados de política y de moral con la fórmula *porque así lo tenemos á bien*; pero no concibo que individuos que tienen pelos en la barba se asusten de las verdades que se les demuestran. Me parece que veo á los médicos del tiempo de Molière sostener tesis contra la circulación de la sangre. Es imposible que el partido de los que cierran los ojos á la luz pueda sostenerse largo tiempo. Todas las nuevas verdades son mal recibidas entre nosotros. Se siente tener que volver á la escuela cuando se creía uno doctor *et que imberbes didicere senes perenda fateri*<sup>1</sup>. En fin, señor, esos vinos me parece que tienen una savia y fuerza enteramente nueva. Aconsejo á esos señores que beban de lo lindo, en lugar de hablar mal de ellos. Estos buenos vinos de M. Turgot son capaces de reanimarme. Mi desgracia consiste en que no me queda mucho tiempo que beber.

Á M. DE VAINES

15 de Mayo de 1776.

Dios mío, señor, ¡qué funesta noticia acabo de saber! Francia ha sido demasiado feliz; ¿qué será de nosotros? ¿Seguís en vuestro puesto? ¿Tendriais tiempo de tranquilizarme con una palabra? ¿Puedo dirigirme á vos para hacer pasar este billete? Estoy aterrado y desesperado.

1. HORACIO, lib. II, epístola 1.

## Á M. DE LA HARPE

10 de Junio de 1776.

Mi muy querido colega, cuando los preparativos de vuestra recepción os dejen algún tiempo libre, os ruego que me hagáis saber si en la victoria que habéis logrado habéis tenido á M. Gaillard de vuestra parte. Os ruego, sobre todo, que me digáis dónde está el intrépido filósofo M. de Condorcet. ¿Está en París? ¿No se halla ocupado en consolar á M. d'Alembert? Ni ellos ni yo nos consolaremos nunca de haber visto nacer y morir la edad de oro que M. Turgot nos preparaba.

Ignoro aún lo que va á ser de mi pobre país de Gex y de este Ferney, que yo había convertido en una mansión encantadora. Desde que M. Turgot ha caído del ministerio, no veo más que la muerte ante mis ojos. No concibo cómo han podido deshacerse de él. Este rayo me ha herido en la cabeza y en el corazón.

Sí, en verdad; M. de Trudaine nos hacía el honor de estar en Ferney, y se dignaba proponerse embellecerlo cuando un correo le trajo la fatal noticia. Madama de Trudaine y Madama de Invau habían traído á nuestro Virgilio; y no diré *Virgilium vidi tantum*, porque lo he oído, y con el mayor placer. Sus versos se parecen á los vuestros. Veo que la Academia se fortifica. Es preciso que M. de Condorcet entre en ella, á fin de que seáis mucho más fuertes, y que los Clément se vayan con la música á otra parte.

Os estrecho entre mis débiles brazos.

1. La retirada de M. Turgot del ministerio el 11 de Mayo de 1776.

## A M. LAUJÓN

Ferney, 11 de Julio de 1776.

Un anciano de ochenta y tres años recibió días pasados, casi al mismo tiempo, un pasatiempo encantador, de que es muy indigno<sup>1</sup>, y reproches del señor conde de la Touraille, por haber tardado tan largo tiempo en daros las gracias. Me veo obligado á deciros que el paquete en que se hallaba encerrado tan lindo presente llegó á mi retiro antes de ayer. Es una desgracia que ocurre siempre á los pobres que viven lejos de la capital. Mi desgracia es tanto mayor, cuanto que estoy alejado de vos para siempre; y esto es lo que aumenta la obligación que he contraído con vos por haber tenido la amabilidad de pensar en mí en medio de los placeres y distracciones que os rodean. Aunque estoy mucho más cerca del *De profundis* que del *allegro*, comprendo, sin embargo, todo el mérito del favor que me hacéis. Soy tan sensible á las lindas canciones como si pudiese cantarlas. Cualquiera que sea, caballero, el género en que ejercitéis vuestro amable talento, estaréis siempre seguro de agradarme. Siento en el alma el retraso que me ha privado tan largo tiempo de vuestras bondades y que me ha impedido daros las gracias.

Tengo el honor de ser, con todos los sentimientos de estima y agradecimiento que os debo, vuestro, etc.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

1. A propos de société ou Chansons., de M. L.

## AL SENOR CONDE DE ARGENTAL

12 de Junio de 1776.

Mi querido ángel, tenéis en mí un corresponsal muy poco digno de vos. Sois prudente y tranquilo, y yo no puedo llegar á serlo. Por más que procuro el retiro, me encuentro á la edad de ochenta y dos años victima de distracciones que constituyen una verdadera fatiga, y que me obligan á importunaros. No es justo que padezcáis á causa de la frivolidad de mi juventud; sin embargo, tengo que proponeros que os dignéis participar algo de mis debilidades.

Un director de compañía, llamado Saint-Geran, muy protegido por madama de Saint-Julien y por el señor marqués de Gouvernet, su hermano, está acabando actualmente en mi colonia el más digno teatro de mi provincia. Se lisonjea con que Le Kain vendrá á pasar entre nosotros todo el mes de Julio, si el señor mariscal de Duras le da permiso para ello. Es un favor, mi querido ángel, que sólo vos podéis obtener. Ved si os podéis encargar de ello.

Me aseguran que el placer de oír á Le Kain podrá disminuir los sufrimientos con que mis continuas enfermedades me abrumen. Os deberé, no ya la salud, porque no puedo esperar tener á mi edad lo que no he tenido en mi vida, sino por lo menos algunas horas más tolerables; y me será muy agradable teneroslas que agradecer. Mis colonos dicen que basta con ellos para llenar el teatro, pero se engañan: necesito á Ginebra, y sólo Le Kain puede atraerla. Ganará más en una república que cerca del rey de Prusia. Arreglaré

con mucho gusto con Le Kain lo que me proponéis acerca de *Semiramis* y de *Tancredo*.

Lo que os he escrito acerca de las cartas chinas es muy exacto. No se sabe, al cabo de quince días, lo que es de todos esos folletitos; se van á provincias y á Alemania, y no se oye más hablar de ellos. Confieso que desearia con frecuencia que no se hubiese hablado jamás de mí, y que hubiera querido tomar por divisa: *Qui bene latuit, bene vixit*; pero no es posible sustraerse á su destino.

Estoy sumamente inquieto con la enorme colección que Panckouke ha tenido la imprudencia de tomar á su cargo. Todo mi recurso consiste en la esperanza de que no ha de vender ni un solo ejemplar. Si ocurriese una desgracia, sentiria muy vivamente la pérdida de los dos ministros que pensaban como vos, y que han abandonado su puesto en mal hora para los pobres filósofos. Mi alma está desasosegada. Quisiera saber cómo se encuentra la del señor duque de Richelieu debe estar ulcerada y trastornada. Me había escrito que se proponia publicar un resumen de todo su negocio; pero si ese resumen es hecho por el mismo abogado que él ha escogido<sup>1</sup>, valdría más á mi parecer no escribir nada. El público no perdona el fastidio en ningún género.

No puedo terminar mi carta sin deciros una palabra acerca de la idea que se le ha ocurrido á M. de Thibouville de hacer representar á *Olimpia*...

Acaso las dos señoritas Saintval podrian representar la madre y la hija; y estoy pensando que en tal caso debería exigir que esta pieza no fuese representada nuevamente sino en la temporada de Fontainebleau,

1. Target.

suponiendo que haya Fontainebleau. Porque no querría quedarme sin Le Kain para el mes de Julio. Sólo á vos en el mundo, mi querido ángel, me atrevo á hablar de estas fruslerías. Me las perdonaréis, porque sois mi consuelo en todo tiempo y en todas mis ocurrencias. Cuando pienso que os dignáis distinguirme con vuestro cariño, casi se desvanecen todos mis pesares.

ALERE FLAMMAM  
VOS  
A MADAMA DE SAINT-JULIEN

12 de Junio de 1776

Hermosa bienhechora nuestra, no soy yo seguramente el patrono de esta aldea; sois vos seguramente la verdadera patrona de la colonia. Colmáis á vuestro arquitecto de beneficios. Presumo que os habría puesto al corriente del estado brillante y algo equivoco de nuestra fundación. Os habría dicho sin duda que el otro protegido vuestro, Saint-Gerán, se ha convertido en uno de nuestros ciudadanos, y que ambos acaban de edificar y de embellecer un lindísimo teatro en el que se darán representaciones dentro de quince días. El mismo Saint-Gerán se lisonjeaba con hacer venir á Le Kain y á Mademoiselle de Saintval. Se proponía solicitar vuestra protección y la de M. de Argental para hacer venir de Paris á ambos personajes, que hubieran dado tanta gloria á nuestro país: pero tengo miedo que tan grandes esperanzas queden desvanecidas.

Mientras edificamos un circo como los antiguos romanos, estamos reconstruyendo el palacio Delfin; que, como sabéis, se había arruinado; y pertenece á dos de vuestros vasallos que están bajo las órdenes del

señor marqués de Gouvernet, vuestro hermano; son dos grandes negociantes de Macón.

Todo esto es algo romántico. Había en Lausana una viajera que pasaba entre los aficionados á grandes aventuras por la viuda del zarevitz asesinado por su padre Pedro I, héroe del Norte, y parricida. Esta dama, algún tiempo después, quedó reducida á condesa en lugar de ser emperatriz; más tarde le dieron el nombre de presidenta. Al fin ha venido á nosotros como simple consejera: es viuda de un consejero de Ruán llamado Fauvelles de Hacqueville, y el amigo Racle le está edificando una casa casi junto al castillo. Apenas cerrado el trato ha partido para Inglaterra ó para Rusia, dándonos palabra de volver luego que su casa esté dispuesta. Tenemos actualmente dieciocho casas en construcción. Esto se parece á las *Mil y una noches*; y lo que podría parecer más fabuloso aún es que el anciano que ha gastado sus fuerzas en todas estas bromas, no ha pedido el menor socorro al gobierno para el establecimiento de una colonia que hace un comercio de 500 ó 600.000 francos por año, y hace entrar dinero en el reino. Solamente ha implorado las bondades de M. de Trudaine para hacer empedrar dos grandes carreteras que atraviesan la colonia. M. de Trudaine nos ha concedido ya una parte de este favor, y ha dado las órdenes para el resto. Ya sabéis que estaba en Fernelly cuando llegó la fatal noticia. Ha habido ya grandes cambios en este mundo desde que me busqué un retiro entre el monte Jura y los Alpes. Llevo siempre en mi corazón el gusano roedor que me atormenta desde la aventura del gran Barmecida <sup>1</sup>. No me consuelo de la injusticia que este grande hombre me ha hecho al

1. El duque de Choiseul.

creerme ingrato. Es un crimen horrible de que soy incapaz. He creído siempre que los cargos del Areópago no debían venderse; lo he dicho cien veces, y lo repito más que nunca. Esto nada tiene de común con la generosidad de Barmecida. No podía yo adivinar, metido en mis cavernas, que el nuevo jefe de un areópago transitorio tuviese la desgracia de haberse indispuerto con el más magnánimo de los hombres. En una palabra, no he cesado de quemar mi incienso en el templo de Barmecida el bienhechor. Ya sabéis cuán grande ha sido mi dolor al saber que sospechaba que yo le había olvidado. He escrito algunas veces á madama de Barmecida para justificarme, y si estuviese para morir le escribiría aún.

Os advierto, mi querida protectora, que jamás dejaré de lamentarme con vos. Os pediré siempre con favor que pongáis bien en claro mi inocencia. Os importuno con frecuencia á este propósito; pero los que sufren mucho son dados á quejarse, y os ruego encarecidamente que digáis á ese hombre sublime que ha hecho á un hombre infortunado. Tendría aún cuatro páginas que llenar, pero me callo.

Á M. DE LA HARPE

Ferney, 4 de Julio de 1776.

El día de vuestra recepción <sup>1</sup>, ha sido un verdadero día de triunfo, porque fué precedido de batallas y de victorias. Los que ponen en la misma balanza la vida indolente y casi obscura con la activa y gloriosa, no

1. 20 de Junio de 1776.

piensan en que no se debe comparar á Ático con César.

Paréceme que me habría limitado á celebrar vuestros éxitos sin daros tantos consejos sobre la manera de gozar de ellos: pero, después de todo, ésta no es sino una nueva moda de asegurar los laureles en la cabeza de los triunfadores. Vuestra gloria es completa, mi placer también, y mi agradecimiento igualmente. ¡Cuánto no debo á vuestra amistad animosa, que comparte públicamente conmigo los florones de su corona, y que me hace sentar en su carro de triunfo á la vista de nuestros enemigos! Eso es lo noble, lo verdaderamente generoso y lo que revela la firmeza de un corazón inquebrantable.

Creo que abreviando mucho la *Farsalia* podréis sacar muy buen partido. Acordaos de la divisa á propósito de Felipe III. <sup>1</sup> *Cuanto más se le quita, más grande es.*

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

19 de Julio de 1776.

Mi querido ángel, acabo de saber que madama de Saint-Julien llega á mi desierto en compañía de Le Kain.

Si es cierto, estoy tan maravillado como lleno de júbilo; pero es preciso que os diga cuán incomodado estoy, por la honra del teatro, contra un tal Tourneur que se dice secretario de la librería, y que no me parece secretario de buen gusto. ¿Habéis leído por casualidad dos volúmenes de ese miserable, en los que pretende hacernos mirar á Shakespeare como el único modelo de la verdadera tragedia? Le llama el

1. Se trata de Felipe IV, y no de Felipe III. (N. del T.)

creerme ingrato. Es un crimen horrible de que soy incapaz. He creído siempre que los cargos del Areópago no debían venderse; lo he dicho cien veces, y lo repito más que nunca. Esto nada tiene de común con la generosidad de Barmecida. No podía yo adivinar, metido en mis cavernas, que el nuevo jefe de un areópago transitorio tuviese la desgracia de haberse indispuerto con el más magnánimo de los hombres. En una palabra, no he cesado de quemar mi incienso en el templo de Barmecida el bienhechor. Ya sabéis cuán grande ha sido mi dolor al saber que sospechaba que yo le había olvidado. He escrito algunas veces á madama de Barmecida para justificarme, y si estuviese para morir le escribiría aún.

Os advierto, mi querida protectora, que jamás dejaré de lamentarme con vos. Os pediré siempre con favor que pongáis bien en claro mi inocencia. Os importuno con frecuencia á este propósito; pero los que sufren mucho son dados á quejarse, y os ruego encarecidamente que digáis á ese hombre sublime que ha hecho á un hombre infortunado. Tendría aún cuatro páginas que llenar, pero me callo.

Á M. DE LA HARPE

Ferney, 4 de Julio de 1776.

El día de vuestra recepción <sup>1</sup>, ha sido un verdadero día de triunfo, porque fué precedido de batallas y de victorias. Los que ponen en la misma balanza la vida indolente y casi obscura con la activa y gloriosa, no

1. 20 de Junio de 1776.

piensan en que no se debe comparar á Ático con César.

Paréceme que me habría limitado á celebrar vuestros éxitos sin daros tantos consejos sobre la manera de gozar de ellos: pero, después de todo, ésta no es sino una nueva moda de asegurar los laureles en la cabeza de los triunfadores. Vuestra gloria es completa, mi placer también, y mi agradecimiento igualmente. ¡Cuánto no debo á vuestra amistad animosa, que comparte públicamente conmigo los florones de su corona, y que me hace sentar en su carro de triunfo á la vista de nuestros enemigos! Eso es lo noble, lo verdaderamente generoso y lo que revela la firmeza de un corazón inquebrantable.

Creo que abreviando mucho la *Farsalia* podréis sacar muy buen partido. Acordaos de la divisa á propósito de Felipe III. *¡Cuanto más se le quita, más grande es.*

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

19 de Julio de 1776.

Mi querido ángel, acabo de saber que madama de Saint-Julien llega á mi desierto en compañía de Le Kain.

Si es cierto, estoy tan maravillado como lleno de júbilo; pero es preciso que os diga cuán incomodado estoy, por la honra del teatro, contra un tal Tourneur que se dice secretario de la librería, y que no me parece secretario de buen gusto. ¿Habéis leído por casualidad dos volúmenes de ese miserable, en los que pretende hacernos mirar á Shakespeare como el único modelo de la verdadera tragedia? Le llama el

1. Se trata de Felipe IV, y no de Felipe III. (N. del T.)



*dios del teatro.* Sacrifica en aras de su idolo á todos los franceses sin excepci3n, como se sacrificaban en otro tiempo cerdos á Ceres. Ni siquiera se digna nombrar á Corneille y Racine; esos dos grandes hombres se hallan envueltos en la proscripci3n general, sin que siquiera se pronuncien sus nombres. Hay ya dos tomos impresos de ese Shakespeare, cuyas piezas parecen comedias de feria hechas hace doscientos años.

El tal escritor ha hallado medio de hacer que se suscriban á su obra el rey, la reina y toda la familia real.

¿Habéis oído su abominable farrago que aún parece debe tener dos volúmenes? ¿Sentís un odio bastante vigoroso contra ese imbécil desvergonzado? ¿Permitiréis la afrenta que se hace á Francia? Vos y M. de Thibouville sois demasiado blandos. No hay bastantes desaires, ni bastantes gorros de asno, ni bastantes medios de sacar á uno á la vergüenza, tratándose de semejante bandido. Al hablaros de él hierve la sangre en mis venas. Si no os ha irritado os tengo por un hombre impasible. Lo más terrible del caso es que el tal monstruo tiene un partido en Francia: y para colmo de calamidad y de horror, soy yo el primero que en otro tiempo hablé de ese Shakespeare, el primero que mostré á los franceses algunas perlas que había encontrado en su enorme basurero. No esperaba contribuir un día á que hollasen las coronas de Racine y de Corneille, para ornar la frente de un histrión bárbaro. Procurad, os suplico, encolerizaros tanto como yo; de otra suerte me creo capaz de hacer una barrabasada. Vuelvo á *Le Kain*. Dicese que representará seis piezas para los ginebrinos ó para mí. Preferiría que hubiera representado á *Olimpia* en París; pero no le gusta figurar en un papel cuando éste no eclipsa á

todos los demás. No sé si M. de Richelieu publicará el resumen de su proceso, que será su última palabra. Me había prometido enviármelo. No le he dicho bastante cuan importante era para él no fastidiar al público. Había escogido un abogado que él creía muy grave y que sólo era muy fastidioso. Hay muchos de esos señores que hacen grandes mamotretos, pero no los hay que sepan escribir.

Si queréis, mi querido ángel, curarme de mi mal humor, dignaos escribirme una palabrita.

Á M. DESMEUNIERS

24 de Julio de 1776

Dispensadme, señor, si mis ochenta y dos años y mis muchas enfermedades no me han permitido daros antes las gracias por el muy agradable presente que M. Panckoucke me ha hecho de vuestra parte <sup>1</sup>. Me maravillo mucho de que siendo tan joven hayáis tenido tiempo y paciencia para recorrer el mundo entero y poner en orden todos sus caprichos y sus ridiculeces. Nada hay más divertido que este cuadro lleno de movimiento; ha debido costaros mucho trabajo el proporcionarnos tanto placer.

Este inmenso cuadro del mundo moral vale más que las prodigiosas colecciones del mundo físico, y es mucho más interesante; porque no se vive con los animales grandes ó pequeños de que tanto han hablado los Plinios antiguos y modernos, mientras que está uno expuesto á vivir y tratar con hombres de todos los países. Nadie conoce mejor esta verdad que yo que me

1. *Esprit des usages des différents peuples.*

hallo colocado, desde hace veinticinco años, en un rincón de tierra, entre cuatro pueblos diferentes, en el camino real de todos los viajeros de Europa.

Aceptad, caballero, mis gracias, etc.

Á M. D'ALEMBERT

Ferney, 25 de Julio de 1776.

Secretario del buen gusto más bien que de la Academia, mi querido filósofo y amigo, acudid en mi auxilio. Leed mi trabajo contra nuestro enemigo M. Letourneur <sup>1</sup>. Haced que lo lean M. Marmontel y M. de la Harpe, que están interesados en ello. Ved si podéis y si os atrevéis á escribirme una carta ostensible; una palabra en vuestra calidad de secretario, en contestación á mi escrito.

Estoy algo indignado contra el tal Letourneur; pero hay que contener la cólera cuando se defiende una causa ante los jueces. Se pretende hacernos demasiado ingleses, y yo pleiteo por Francia. He dicho exactamente la verdad y por eso me dirijo á vos.

Os supongo actualmente muy ocupado con los premios; pero os pido medio cuarto de hora de audiencia. Siento en el alma pedirlos desde cien leguas de distancia. Conservadme un poco de amistad: es el consuelo de los últimos días de mi vida. No sé si la vuestra es más feliz; la mía sería menos deplorable si pudiera abrazaros.

1. Carta á la Academia francesa sobre Shakespeare.

AL SEÑOR ABATE PEZZANA

Ferney, el 30 de Julio de 1776.

Ecco il dotto Pezzana...

« ... Che gran speme

Mi da che ancor del mio nativo nido

Udir fara da Calpe agli Indi il grido. »

Es próximamente lo que dice *questo divino Ariosto nel canto XLVI, stanza 18*. Me colmáis de honores y satisfacciones, prometiéndome un *Ariosto* entero comentado por vos. *El huérfano de la China* no merecía vuestras bondades, mientras que el *Ariosto* merece todos vuestros cuidados. Seguramente necesita vuestros comentarios en Francia y hacéis un gran servicio á la literatura. Daréis á conocer á todos los personajes de la casa de Este, de que habla, y á todos los grandes hombres de su tiempo que están designados en el principio del último canto. Este canto es poco conocido en Florencia mismo, según me han dicho literatos toscanos que se dolían de ello. No me atrevo á daros gracias en vuestra hermosa lengua, ni encuentro en la mía expresiones para haceros saber la infinita estima con que tengo el honor de ser, etc.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL<sup>®</sup>

30 de Julio de 1776.

Mi querido ángel, reina en el templo del Señor la abominación de la desolación. Le Kain, tan irritado como vos os mostráis en vuestra carta del 24, me dice que casi toda la juventud de París está por Letourneur;

que no hay nada más grande ni decente en París que los *Giles de Londres*, y que por último, se va á representar una tragedia en prosa, en que hay una reunión de carniceros, que producirá maravilloso efecto. He visto acabar el reinado de la razón y del gusto; voy á morir dejando á Francia en estado bárbaro; pero felizmente vivís vos, y me lisonjeo con que la reina no permitirá que su nueva patria, de que es el encanto, sea presa de los salvajes y de los monstruos. Me lisonjeo con la idea de que el señor mariscal de Duras no nos habrá hecho el honor de ser de la Academia para vernos comidos por hotentotes.

Á veces me he quejado de los bárbaros galos; pero he querido vengar á los franceses antes de morir. He enviado á la Academia un ligero escrito en el que he intentado ahogar mi justo dolor para no dejar hablar sino á mi razón. Dicha Memoria se halla en manos de M. d'Alembert; pero me parece que no debo hacerla imprimir, sino en el caso de que la Academia le dé una aprobación algo auténtica. Desgraciadamente no hay precedentes. Sin embargo, éste es el caso en que debía dictar una sentencia contra la barbarie. Voy á procurar reunir las cuartillas de mi borrador para enviaros una copia en limpio. Sé que voy á crearme crueles enemigos, pero tal vez algún día me agradecerá la nación el haberme sacrificado por ella.

Secundad mi debilidad, mi querido ángel, y onedme á la sombra de vuestras alas

Á LA SEÑORA PRINCESA LE BENIN

1776.

Señora, madama de Saint-Julién me ha hecho el ho-

nor de escribirme que si disputaba Le Kain á la reina debía implorar vuestra protección. He corrido inmediatamente al templo de las Gracias para echarme á vuestros pies. Una de vuestras compañeras me ha dicho:

Imite-nous, tu feras bien,  
A cette reine si chérie  
Nous ne disputons jamais rien  
Et nous l'avons toujours servie.

Señora, heme aquí justamente como las Gracias; no disputo nada á Su Majestad; pero desgraciadamente no puedo hacer en el mundo nada que sea digno de sus miradas y de las vuestras. Os ruego únicamente que perdonéis á un anciano de ochenta y tres años el que os importune para deciros que si tuviese fuerza para ir á gritar: ¡Viva la reina! para haceros la corte, para veros y oiros antes de morir, moriría feliz.

Soy entre tanto, señora, con el mayor respeto, vuestro, etc.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 5 de Agosto de 1776.

Mi querido ángel, habéis velado sobre la primavera de mi vida y ahora veláis sobre su fin. Es preciso que os descubra el fondo de mi miseria: no debe uno ocultar nada á su ángel guardián.

Al echar una ojeada á mi carta dirigida á la señora princesa de Henin, y sobre mis versillos dirigidos á la reina, habréis creído que yo era un viejo loco que sólo pensaba en divertirme. La verdad es que en el fondo, aunque parecía alegre, estaba mucho más triste, porque ocultaba por un momento mis dolores para procurar mostrarme regociado.

Sabéis, tal vez, que un trovador ambulante llamado Saint-Gerán, protegido por madama de Saint-Julien, habiendo echado de ver que en mi pequeña ciudad, á medio edificar, había un gran almacén que se podía convertir en sala de comedia á la que haría venir á toda Ginebra, á toda Suiza, ha montado en seguida, á mis expensas, su teatro y ha hecho un contrato con Le Kain para venir á encantar á los trece cantones. Mientras él negociaba con Le Kain, y Madama Denis miraba esta operación como la más hermosa del reino, yo supliqué que trataseis de conseguir una licencia para Le Kain; pero me guardé muy bien de pedirla en mi nombre; esta temeridad me hubiera parecido demasiado fuerte. Todo ha salido mejor de lo que me hubiera atrevido á esperar. Le Kain ha venido y ha hecho célebre á Ferney. Han representado de un modo superior tanto en Ferney como en otro teatro situado á dos leguas de aquí, y perteneciente también al trovador Saint-Gerán. Por mi parte, es tal mi triste suerte, que apenas he podido asistir una vez á dichas fiestas. Atravesaba, y sigo atravesando una crisis no sólo de negocios y de pesares, sino también de enfermedades que abruman y asedian el fin de mis días. He dejado de ver representar á Le Kain, y por consiguiente estoy muerto; mientras tanto me creen un viejo loco que disputa á Le Kain á la reina. Os figuraréis tal vez que no estoy muerto porque os escribo con mi flaca mano; pero estoy muerto realmente desde que me han quitado á M. Turgot. Veo mi pobre país desolado, mis *Te Deum* convertidos en *De profundis*, mis nuevos habitantes dispersos y cien casas recién construídas que van á verse desiertas; todo esto trastorna y mata á un hombre, sobre todo cuando tiene ochenta y dos años. Sin embargo, no me quejo de estar muerto, sino de que no resucite mi *Olimpia*. Le tenía

cariño á esta *Olimpia*, pero ahora ¿á quién puedo querer? á ninguno de estos esperpentos.

Os lego á *Olimpia*, mi querido ángel, y á M. de Thibouville. Me pongo *sub umbra alarum tuarum*.

EL VIEJO ENFERMO.

Á M. D'ALEMBERT

13 de Agosto de 1776.

Comprendo muy bien, mi querido amigo, que no he trabajado bastante mi declaración de guerra á Inglaterra. Sólo puede tener éxito merced á vuestro arte, muy poco conocido, de hacer valer lo mediano y de escamotear lo malo substituyendo felizmente una palabra á otra, agregando una frase acertada, ó mediante una expresión sobreentendida, en fin, merced á todos los secretos que poseéis.

El punto esencial, mi querido filósofo, consiste en inspirar á la nación la repugnancia y horror que debe sentir hacia Gil Letourneur, preconizador de Gil Shakespeare, arrancar á nuestros jóvenes del abominable cenagal en que se precipitan, y procurar conservar nuestra honra, si alguna nos queda. Pongo el asunto en vuestras manos. Sed hoy mi ratón; cortad, quitad y sobre todo borrad. Pero os ruego encarecidamente que dejéis subsistir mi invocación á la reina y á las princesas. Hay que atraerlas á nuestro partido. Debo, sobre todo, tomar á la reina por protectora, puesto que se ha dignado renunciar á Le Kain durante un mes en mi favor. Le gusta el teatro trágico; distingue lo bueno de lo malo, como si comiese manteca y miel. Será el sostén del buen gusto.

Os ruego que, una vez que os hayáis dignado leer y

embellecer mi diatriba, me la enviéis de nuevo. Volveré á trabajar en ella, pues tengo materiales, y luego os la enviaré por medio de M. Devaines. Creo que es el librero de la Academia el llamado á imprimirlas. Aumentará el número de mis enemigos; pero debo morir combatiendo, puesto que sois mi general.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 27 de Agosto de 1776.

¿Qué os diré, mi querido ángel, acerca de vuestra carta, indulgente y amable, del 19 de Agosto? Os diré que si no fuese enteramente inválido, y si no hubiese cumplido ochenta y dos años, haría el viaje á Paris por la reina y por vos. Os confieso que tengo furiosos deseos de tenerla por protectora. Casi habia esperado que *Olimpia* fuese representada en su presencia. Consideraba esta protección declarada, de que me lisonjeaba, como una égida necesaria que me defendería de enemigos encarnizados, y á cuya sombra acabaría apaciblemente mi carrera. No he podido lograr esta pequeña satisfacción de hacer representar á *Olimpia*. Hay que confesar que á Le Kain no le gustan los papeles en que no eclipsa á los demás. Nos ha dado en Ferney un *Bayardo*<sup>1</sup>, en que no ha tenido otro éxito que el de aparecer en su cama medio cuarto de hora. No le he visto representar esta obra detestable. No puedo soportar los malos versos ni las tragedias de colegio que no tienen más mérito que el ser raras y curiosas. Le Kain, para acabar conmigo, representará á *Escévola* en Fontainebleau. Estoy persuadido de que una reina joven,

1. *Gaston et Bayard*, de de Belloy.

que tiene buen gusto, no se complacerá mucho con ese *Escévola*<sup>2</sup>, que no es más que una vieja declamación digna de los tiempos de Hardy.

Le Kain no me ha dado cuentas, como usted supone, de las razones que le mueven á preferir esa antigualla; no me ha dado cuenta de nada. Verdad es que tampoco se la he pedido. Había hecho un contrato con dos empresarios para venir á ganar dinero cerca de Ginebra y en Besançon. Actualmente está representando en Besançon; le recibí lo mejor que pude mientras estuve en casa, y no sé más.

Ignoro cómo habrán fallado el día de San Luis mi querrela contra Le Tourneur. No he tenido tiempo de enviar mi trabajo tal como lo he arreglado á última hora. Voy á hacer que tiren algunos ejemplares para someterlos á vuestra aprobación. Dicese, para vergüenza de nuestra nación, que hay un gran partido, compuesto de arregladores de dramas y tragedias en prosa, secundado por algunos galos que creen ser del Parlamento de Inglaterra. Todos esos señores, según cuentan, abominan de Racine y me inmolan en aras de su divinidad extranjera. No hay ejemplo de semejante trastorno de entendimiento ni de semejante torpeza. Los Giles y los Pericos de la feria de Saint-Germain, hace cincuenta años, eran *Cinmas* y *Pohutos* en comparación de los personajes de ese borracho de Shakspeare, á quien M. Le Tourneur llama *el dios del teatro*. Todo esto me tiene tan colérico, que no os hablo de la horrible decadencia en que va á caer de nuevo mi pequeña colonia. Pagamos muy caro el momento de triunfo que nos proporecionó M. Turgot. Heme aquí completamente vilipendiado en verso y prosa. Tengo

2. Tragedia de Duryer, 1646.

que renunciar á todas las partidas que había empezado. Hay que saber sufrir; es un oficio que estoy practicando desde hace muchos años, y ya soy maestro consumado.

Desearía saber cómo toma M. de Thibouville la barbarie en que hemos caído. Paréceme que no lo toma muy á pecho. En cuanto á vos, mi querido ángel, ya sé á qué atenerme en vista de vuestra noble cólera contra M. Le Tourneur.

Creo que muy pronto tendréis á Madama Denis, que emprende un viaje muy penoso para ir á consultar á M. Tronchin; y lo peor es que va á consultarle por una enfermedad que no tiene. ¡Dios quiera que este viaje no le proporcione una verdadera! La acompañará el grueso abate Mignot.

Después la traerá un caballero vecino nuestro que va con ellos. ¿Por qué no voy yo también? Porque tengo ochenta y dos años, ochenta casas que acabar y ochenta tonterías que hacer; en el fondo estoy más enfermo que ella, y hasta demasiado enfermo para hablar con médicos.

Mi querido ángel, á pesar de hallarme sepultado en la frontera de Suiza, comprendo, sin embargo, que vivó con vos.

Á M. DEVAINES

4 de Septiembre de 1776.

No sé, señor, si después de haber declarado la guerra á Inglaterra podré hacer la paz con ella. No tengo ningún Canadá que cederle ni ninguna compañía de Indias que sacrificarle; pero no le pediré perdón por haber sostenido las bellezas de Corneille y Racine con-

tra Gil y Perico, y no creo que el embajador de Inglaterra pida al rey de Francia la supresión de mi declaración de guerra.

No he podido encontrar aún en Ginebra el pequeño comentario histórico de que me habláis; ha sido impreso en Lausana, y creo que es Panckoucke el que tiene toda la edición. Creo, sin embargo, que podré hallarlo muy pronto.

Estoy en la actualidad muy malo y no salgo de la cama.

Permitidme que ponga en vuestro sobre una palabrita para M. d'Alembert.

Os suplico también que hagáis el favor de hacer llegar el adjunto paquete á M. Moureau, librero del muelle de Gèvres.

Á M. DEVAINES

7 de Septiembre de 1776.

Soy, señor, un viejo húsar inválido, pero he combatido solo contra un ejército entero de panduros. Me lisonjeo de que al fin habrá algunos bravos franceses que se unan á mí si hay galos bárbaros que me abandonen. M. de La Harpe responderá mejor que yo á M. Le Tourneur al dar su *Menzikof* y sus *Barmecidas*. Estoy muy contento de su periódico; escribe tan bien en prosa como en verso; seguramente la gente de buen gusto no echará de menos á su predecesor.

Estoy persuadido de que habéis sentido la mayor indignación contra la insolente mala fe de un secretario de nuestra librería, que tiene la bajeza de inmolar Francia á Inglaterra para obtener algunas subscripciones de los ingleses que van á Paris. Es imposible que

un hombre que no esté absolutamente loco haya podido á sangre fría preferir un Gil, como Shakespeare á Corneille y á Racine. Semejante infamia no puede cometerla sino una sórdida avaricia que corre tras de las guineas.

Sé que Garrick ha podido causar alguna ilusión por medio de su modo de representar, que, según dicen, es muy pintoresco. Habrá podido representar muy naturalmente las pasiones que Shakespeare ha desnaturalizado exagerándolas de una manera ridícula, y algunos ingleses se habrán imaginado que Shakespeare es superior á Corneille porque Garrick lo es á Molé.

He aquí, tal vez, el origen del extraño error de los ingleses. Los dejó entregados á su falta de sentido, y no he de retractarme por darles gusto.

Tampoco me retractaré, señor, con respecto á un grande hombre á quien, sin duda, seguís amando, y á quien os suplico, cuando lo veáis, que le hagáis presente mi respetuosa é inalterable admiración.

AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Ferney, 6 de Septiembre de 1776.

Supongo, monseñor, que en esta época de vacaciones no os ocupará vuestro proceso todo vuestro tiempo libre y que tendréis, tal vez, algunos ratos de ocio para echar una mirada al folleto que fué leído en la Academia el día de San Luis. Estoy persuadido de que nuestro fundador, que no quería á los ingleses, hubiera protegido este trabajito; y me atrevo á creer que nuestro decano, que les ha hecho pasar bajo las horcas caudinas, no tomará el partido de Shakespeare contra Corneille y Racine.

Ignoro si honrasteis la Academia con vuestra presencia el día en que se leyó en ella dicho trabajo. Puede perdonarse á los ingleses el que ensalcen á sus Giles y Polichinelas; ¿pero puede ser permitido á los literatos franceses atreverse á preferir chocarrerías tan bajas, ten repugnantes y absurdas á las obras maestras de *Cinna* y *Atalia*? Paréceme que toda la gente honrada de Paris (porque aun debe haber alguna) debe estar indignada ante tan despreciable insolencia. El tal Le Tourneur ha tenido la osadía de poner los nombres del rey y de la reina al frente de su edición, que debe deshonar á Francia á la vista de Europa. Corresponde seguramente al descendiente de nuestro fundador proteger á la nación en esta guerra; pero es preciso que empecéis por hacer que os hagan justicia antes de hacérsola. Vuestro proceso es tan extraordinario como la insolencia de Le Tourneur, y debe preocuparos mucho más; hasta debo pedir os perdón por hablarlos de otra cosa distinta de la que tan de cerca os interesa.

Madama de Saint-Julién se ha separado de mí para ir á las aguas de Plombières, y temo mucho que caiga gravemente enferma en el camino. Por mi parte, apenas tengo vida; creo que no viviré largo tiempo. De todos modos, moriré á lo menos como he vivido, profesándoos la más cariñosa afección.

Á M. HUME

Ferney 24 de Octubre de 1776 <sup>1</sup>.

He leído, señor, las piezas del proceso <sup>2</sup> que habéis

1. Impresa primero separadamente, esta carta fué unida á la *Lettre au docteur Pansophe*.
2. *L'exposé succinct* de Hume.

tenido que sostener ante el público contra vuestro antiguo protegido. Confieso que la grande alma de Juan Jacobo ha puesto en claro la maldad con que le habéis colmado de beneficios; y es inútil que se haya dicho que se trata del proceso de la ingratitude contra la beneficencia.

Yo me hallo implicado en el asunto. Rousseau me acusa de haberle escrito desde Inglaterra una carta en que me burlo de él, y acusa á M. d'Alembert del mismo crimen.

Aun cuando ambos fuésemos culpables en el fondo de nuestro corazón de semejante enormidad, os juro que no lo soy de haberle escrito. Hace siete años que no he tenido ese honor. No conozco la carta de que habla, y os juro que si hubiese dado alguna broma pesada acerca de Juan Jacobo Rousseau, no lo negaría.

Me ha hecho el honor de ponerme en el número de sus enemigos y de sus perseguidores. Íntimamente persuadido de que se le debe levantar una estatua, como lo dice en la cortés y decente carta de Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, á Cristóbal de Beaumont, arzobispo de París, cree que la mitad del universo está ocupada en colocar sobre el pedestal dicha estatua, y la otra mitad en echarla por tierra.

No solamente me ha creído *iconoclasta*, sino que se ha imaginado que yo había conspirado contra él con el consejo de Ginebra para hacer decretar su prisión, y en seguida con el consejo de Berna para hacer que le arrojaran de Suiza.

Ha persuadido estas lindezas á los protectores que cuenta aún en París, y me ha hecho pasar á los ojos de éstos como un hombre que perseguía en él la sabiduría y la modestia. He aquí, señor, cómo le he perseguido :

Cuando supe que tenía muchos enemigos en París, que amaba como yo el retiro, y presumí que podía prestar algunos servicios á la filosofía, le hice proponer por conducto de M. Marc Chapuis, ciudadano de Ginebra desde el año de 1759, una casa de campo llamada l'Ermitage, que yo acababa de comprar.

Mi ofrecimiento le conmovió tanto que me escribi6 las siguientes palabras :

« Señor, no os quiero, corrompéis mi república dando espectáculos teatrales en vuestro castillo, etc. »

Esta carta, que procedía de un hombre que acababa de dar en París una ópera <sup>1</sup> y una comedia <sup>2</sup>, no estaba, sin embargo, fechada en una casa de locos. No le contesté, como podéis suponer, y supliqué al médico M. Tronchin que tuviese á bien enviarle una receta para semejante enfermedad. M. Tronchin me respondió que, puesto que no podía curarme de la manía de escribir aún piezas para el teatro á mi edad, desesperaba de curar á Juan Jacobo. Nos quedamos, pues, cada uno con nuestra enfermedad.

En 1772, el consejo de Ginebra emprendió su cura y dictó una especie de orden, á fin de asegurarse de su persona para someterle á un régimen. Juan Jacobo, perseguido en París y en Ginebra, convencido de que un cuerpo no puede estar en dos lugares á la vez, se refugió en un tercero. Con su prudencia ordinaria dedujo que yo era su enemigo mortal, puesto que no había respondido á su cariñosa misiva. Supuso que una parte del consejo de Ginebra había estado comiendo en mi casa para resolver su pérdida y que la minuta de su sentencia había sido escrita en mi misma mesa al

1. *Le Devin de Village.*

2. *Narcisse, ou l'Amant de lui même.*



final de la comida. Logró persuadir á algunos de mis conciudadanos de una cosa tan verosímil, y la acusación adquirió tal gravedad, que me ví obligado al fin á escribir al consejo de Ginebra una carta muy fuerte, en que le decía que si había un solo individuo de aquel cuerpo que me hubiese hablado jamás del menor proyecto contra Rousseau, consentía en que te mirasen como un malvado y á mí también, y que detestaba demasiado á los perseguidores para ser uno de ellos.

El consejo me respondió, por conducto de un secretario de Estado, que yo no había tenido jamás, ni debido ni podido tener la menor parte, directa ni indirectamente en la condena del señor Juan Jacobo.

Ambas cartas se encuentran en los archivos del consejo de Ginebra.

Pero al hacer el oficio de delator y de hombre un tanto reñido con la verdad, hay que confesar que ha conservado siempre su carácter de modestia. Me hizo el honor de escribirme<sup>1</sup> antes que la mediación llegase á Ginebra, estas mismas palabras :

« Señor, si habéis dicho que yo no he sido secretario de embajada en Venecia, habéis mentido; y si no he sido secretario de embajada ni he tenido ese honor, soy yo quien ha mentido. »

Ignoraba que el señor Juan Jacobo hubiese sido secretario de embajada; y no había dicho nunca una sola palabra de ello, porque jamás había oído hablar de semejante cosa.

Ensené esta agradable carta á un hombre verídico, muy al corriente de los asuntos extranjeros, curioso y exacto; esta clase de gente es peligrosa para los que citan á la ventura. Rebuscó las cartas originales escri-

1. El 31 de Mayo de 1765.

tas de mano de Juan Jacobo el 9 y 13 de Agosto de 1743, á M. Du Theil, primer oficial de asuntos extranjeros, que era entonces su protector. Allí se leen estas mismas palabras :

« He estado dos años al servicio del señor conde de Montaigu, embajador en Venecia... he comido su pan... : me ha arrojado vergonzosamente de su casa... ; me ha amenazado con hacerme arrojar por la ventana... y, lo que es peor, si permanecía más largo tiempo en Venecia... etc. »

¡Qué secretario de embajada tan poco respetado! y ¡qué poca consideración con la altivez de una grande alma! Le aconsejo que haga grabar al pie de su estatua las palabras del embajador al secretario de embajada.

Ya véis, señor, que este pobre hombre no ha podido jamás mantenerse bajo la dependencia de ningún amo ni conservar ningún amigo; lo primero, porque el tener un amo es contrario á la dignidad de su ser; y lo segundo, porque la amistad es una debilidad á que no debe someterse un sabio.

Decís que escribe la historia de su vida; ha sido demasiado útil al mundo, y está llena de demasiado grandes acontecimientos para que no preste á la posteridad un servicio publicándola. Su afición á la verdad no le permitiría disfrazar la más insignificante de estas anécdotas, á fin de que sirvan para la educación de los principes que quieran ser carpinteros como Emilio.

Á decir verdad, señor, todas estas pequeñeces no merecen que se les consagren dos minutos; todo ello caerá muy pronto en un eterno olvido.

En este torrente inmenso que nos arrastra y traga á todos ¿ qué hay que hacer? atenernos al consejo que

M. Horacio Walpole da á Juan Jacobo, de ser sabio y feliz. Sois lo primero, señor, y merecéis ser lo segundo, etc.

### AL SEÑOR MARQUÉS DE VILLEVIEILLE

10 de Noviembre de 1776.

No hay que admirarse, caballero, de que un pobre hombre perseguido por ochenta y dos años, ochenta y dos enfermedades y otros tantos negocios desagradables, haya tardado tanto en contestaros. Mi pluma no ha podido seguir á mi corazón. No sé al presente en dónde os hallaréis; pero presumo que debéis estar aún en vuestra casa, puesto que no habéis pasado por vuestra posada de Ferney, que está en el camino de Paris. No habriais hallado la ciudad de Ferney completamente edificada y empedrada. No hace más que decaer desde la salida de M. Turgot. Las borrascas de la corte nos han alcanzado un poco, y hemos tenido que sufrir algunas granizadas. Hubiéramos sido demasiado felices si hubiéramos permanecido siempre ignorados. Nuestro desastre no me ha impedido interesarme en la fiesta que Monsieur ha dado en honor de su hermano y de su cuñada, y hasta haber tenido alguna parte en ella.

Dícese que todas las piezas nuevas representadas en Fontainebleau han sido fracasos, excepto la del joven Chamfort <sup>1</sup>. No me admira; es un joven que tiene talento, sensibilidad, gracia, y que hace versos muy felices. Merece ser afortunado y me han dicho que no lo

1. *Mustapha et Zeangir.*

es; pero ¿quién lo es en fin de cuenta? Dicen que M. Nécker: en efecto, parece que ha ganado el premio gordo en la lotería de este mundo.

Os deseo muy sinceramente algunos premios inmediatos. Vuestra dignidad suiza no me parece suficiente para vos. También le ha caído un premio gordo á M. de Montbarey. Dicen, aunque no lo aseguro, que ha sido nombrado secretario de Estado para la guerra. Si así es, todo es doble en Versalles, y hasta hay muchos corazones que lo son. El vuestro no es de esta clase: en cuanto al mío os pertenece cuanto me quede de vida, que no será mucho. Madama Denis agradece en el alma las pruebas de amistad que le dais.

### Á MONSEÑOR EL PRÍNCIPE DE CONDÉ

Ferney, 18 de Noviembre de 1776.

Monseñor, habito cerca de Ginebra, la última cabana de vuestra provincia de Borgoña; sin embargo, no soy menos súbdito vuestro que los señores de Chambertin y del Clos-Vougeot. M. de la Touraille me ha escrito que Vuestra Alteza serenísima se digna extender sus bondades hasta mí. La casualidad que hace muchas cosas ha hecho que lograrse trocar mi miserable aldea en un pueblo lindo. Los que más han contribuido á este restablecimiento son unos relojeros extranjeros, á quienes hice venir de Alemania, Suiza, Saboya y Ginebra. El difunto rey los eximió de todo impuesto y les permitió que trabajasen según la costumbre de sus países. Hoy quieren privarlos de esta ventaja; la mayor parte de ellos, intimidados, se han vuelto á su patria. Los que quedan se echan á los pies

de Vuestra Alteza serenísima y le suplican que se digne favorecer con su protección este memorial que presentan al rey. Vuestro nombre los salvará de la ruina, y un anciano de ochenta y tres años os deberá el poder morir en paz. Soy, con el más vivo agradecimiento y el más profundo respeto, monseñor, de Vuestra Alteza serenísima, etc.

### AL SEÑOR MARQUÉS DE CONDORCET

6 de Diciembre de 1776.

Me apena mucho, señor, el ver que en el *Journal de Politique et de Littérature*, la política ocupa mucho espacio y la literatura muy poco. Os confieso que me gustan mucho más los buenos versos y un elocuente discurso que todas las noticias del Norte y del Mediodía, que se ven destruidas al día siguiente por otras noticias.

Es verdad que la parte llamada política está escrita por un hombre superior; pero permitidme que dé la preferencia á las bellas letras, consuelo de mi vejez, á los intereses de los principes, de que nada entiendo.

Las disertaciones de M. de la Harpe no tienen para mi gusto más que un defecto: el de ser demasiado cortas. Encuentro en él una cosa muy rara, y es que tiene siempre razón y un gusto que no se equivoca. ¿Y por qué entiendo tanto de poesía? Porque hace excelentes versos.

Por todos lados salea personas instruidas, y que dicen su parecer; ¿pero dónde se hallan hombres de genio que se dignen consagrarse al triste y peligroso oficio de apreciar el genio de los demás? El abate Des-

fontaines no dejaba de tener ingenio y erudición; pero había traducido desgraciadamente los salmos en verso francés. El destino de esta obra, enteramente ignorada, alteró su humor y su gusto. El autor de *Mélanie* no se encuentra en este caso. Si Racine hubiese dejado algunos herederos de su estilo, pareceme que hubiera repartido su herencia entre M. de la Harpe y M. de Chamfort.

No he visto el *Mustapha* de este último, y siento que se llame así; pero recuerdo á una joven india que era sumamente linda, y que me pareció enteramente raciniana: porque, os lo aseguro; sin Racine no hay salvación. Fué el primero, y largo tiempo el único que llegó al corazón por el oído. *Componit furtim subsequiturque decor.*

Á propósito: es preciso que digáis quién ha definido mejor la gravedad, si el duque de La Rochefoucauld ó Confucio. El primero ha dicho: « La gravedad es un misterio del cuerpo, inventado para ocultar los defectos del espíritu. » El segundo, por su parte, ha afirmado que « la gravedad no es más que la corteza de la sabiduría, pero la conserva. »

No quiero ni me atrevo á dar mi parecer hasta que me hayáis dicho el vuestro.

### AL AUTOR DE UN PERIÓDICO

22 de Diciembre de 1776. <sup>®</sup>

El plan de vuestro periódico, señor, me parece tan bien estudiado como curioso é interesante: mi mucha edad y las enfermedades de que me hallo abrumado no me permiten abrigar la esperanza de poder producir alguna obra que merezca ser anunciada por vos.

Si pudiera dirigiros una súplica, sería la de desengañar al público acerca de todos los pequeños escritos que continuamente me achacan. Han llegado á mi retiro volúmenes enteros impresos con mi nombre, en los que no hay ni una sola línea que yo quisiera haber compuesto. Os suplicaría también, señor, que tuvieseis la bondad de librarne, por medio de una simple advertencia, de la multitud de cartas anónimas que me dirigen. Me veo obligado á rechazar todas las cartas cuyo timbre me es desconocido. Esta advertencia, inserta en vuestro periódico, me serviría de excusa para con las personas que se quejan de que no les he contestado, y os quedaría vivamente agradecido.

No dudo que vuestro periódico tendrá mucho éxito, y me cuento desde hoy en el número de vuestros suscriptores.

A S. A. S. MONSEÑOR EL PRÍNCIPE DE CONDÉ

Ferney, 17 de Enero de 1777.

Monseñor, dignese Vuestra Alteza Serenisima aceptar mi testimonio de gracias por haberse dignado favorecer mi súplica. Por muy pequeño que sea el país de Gex, resulta considerable, puesto que se halla en vuestra provincia y bajo vuestra protección.

Sólo de vuestras bondades espera, monseñor, la continuación de su existencia. No tengo otro interés en este asunto sino el haber empleado 600.000 francos en procurar al rey nuevos súbditos y colonos industriosos. Me atrevo á implorar principalmente el favor de Vuestra Alteza Serenisima para con el señor intendente de Borgoña. Si sólo tiene en cuenta los derechos del fisco

y los usos establecidos en el reino, la colonia está perdida, porque está compuesta de extranjeros, en favor de los cuales se han dispensado desde 1770 los derechos del fisco, y se han derogado los reglamentos ordinarios. Se les hacía la merced de no inquietarlos; estaban olvidados, y solicitaban únicamente seguir estándolo hasta que el gobierno haya tomado una resolución acerca de este establecimiento.

Sería duro ver en un desierto un miserable lugar convertido en una población floreciente, y destruida de pronto por los oficiales del marco de oro y de la marca de los hierros y cueros. Siendo la mayor parte de nuestros obreros alemanes que no entendían el francés, se han marchado ante el solo temor de ser objeto de grandes exacciones, y los demás nos abandonan de día er día; de 1.200 padres de familia útiles que había reunido sólo me quedan la mitad.

La única merced que hoy pido al señor intendente de vuestra provincia es que se digne impedir, hasta nueva orden, que los empleados del fisco vengán con sus embargos á desbandar á los artesanos que quedan, y que habían sido reunidos desde tan lejos y á costa de tantos gastos. En seguida adoptaría todas las medidas que el señor intendente me prescribiera para conservar lo que queda de esta desdichada colonia. Si Vuestra Alteza Serenisima se dignase enviarle la carta que he tenido el honor de escribiros, vuestra recomendación serviría por lo menos para retardar algún tiempo nuestra total ruina, y á la edad de ochenta y tres años moriría con menos dolor, consolado por vuestras bondades. Soy con profundo respeto y agradecimiento infinito, monseñor, de Vuestra Alteza Serenisima, etc.

## AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

7 de Abril de 1777.

Mi querido ángel. Sólo á vos me atrevo á escribiros en el harto desagradable estado en que me encuentro. He recibido, como sabéis, un ligero aviso de la naturaleza que me ha hecho recordar que tenía ochenta y tres años y que no estaba en edad de hacer el amor á Melpómene. Recordaréis sin duda la pequeña cena de tres servicios <sup>1</sup> que preparaba en su honor, en el vuestro y en el de M. de Thibouville. La noticia de esta fiestecilla que os tenía preparada había llegado á noticias de algunos cocineros que preparaban convites semejantes de más exquisito gusto que el mío. Esta competencia me había intimidado, y os destiaba otra cena de cinco servicios. <sup>2</sup>

Acaso los hornillos me calentaron demasiado la cabeza, y me veré obligado á renunciar á mi oficio de Martialo. <sup>3</sup>

Si estuviéseis cerca de las aguas de Bourbonen lugar de estar cerca de las Tullerías, os pediría permiso para llevar mi cena á vuestra casa, ó mejor dicho mis dos cenas: la compuesta de cinco servicios me parece bastante buena, aunque me esté mal el decirlo. Es una comida saludable, pero esto no basta. Dicese que actualmente hacen falta manjares rebuscados y novedades que nadie hubiera comido en otro tiempo. Parece que pertenezco al tiempo viejo y que la moderna cocina no es á propósito para mí.

Diríase que estoy obligado á despedirme de la socie

1. *Irene*, que notuvo en un principio sino tres actos.

2. *Agatocles*.

3. Autor del *Cocinero Francés*.

dad antes de verme en estado de consultaros. Sin embargo, confesaréis que sería una cosa bastante chrusca el que mi pequeña fiesta tuviese algún día buen éxito, y el que yo fuese bastante afortunado para poder ir á haceros depositario de todas mis confidencias en algún rinconcito. Es una idea que me anda con frecuencia por la cabeza y que me consuela.

Et cette illusion pour quelque temps répare  
Le défaut des vrais biens que la nature avare  
N'a pas accordés aux humains.

Debo confiaros mis escrúpulos acerca de los *Incas*, que me ha enviado mi compañero de Academia y de trabajo. Esperaba que los tales *Incas* me distrajesen mucho durante mi convalecencia; os confieso que he tenido un gran desencanto. Hay asuntos en que no hay nada que cambiar. El mayor interés consiste en lo sencillo del relato. El que agregase ficciones á las batallas de Arbelas y de Farsalia helaría al lector en lugar de entusiasmarlo. Nadie me ha hablado de los *Incas*, excepto el autor. Me ha maravillado este silencio después del ruido que hizo la obra. ¿Habría ocurrido lo mismo con los *Mánes de Luis XV*? ¿No promete demasiado este título algo fastuoso? ¿y no puede ocurrir que el incienso que prodiga á todo el mundo no haya sido del agrado de nadie? Sin embargo, el estilo es noble y no se parece al estilo insoportable que reina en el día. El autor parece reunir la elocuencia con la filosofía y con variados conocimientos. Os agradecería mucho, divino ángel mío, si tuviéseis á bien decirme qué éxito tienen estas dos obras en París. Paréceme que son dos piezas que tienen por escenario el universo entero. Por mi parte, viéndome obligado á dejar el teatro, os pido vuestro parecer desde el fondo de un oscuro palco.

¡Quién me diera, en efecto, poderme ocultar detrás de vos en algún palco y oír á vuestro amigo Le Kain! ¿Habremos de estar separados para siempre? Es una privación que no puedo soportar. Tengo muchos motivos de pena, pero el más sensible es para mí seguramente el de verme tan lejos de vos. Beso el extremo de vuestras alas con mi boca pálida y moribunda.

### AL SEÑOR BARÓN DE ESPAGNAC

Ferney, 9 de Mayo de 1777.

Señor, días pasados me encontré con Eustaquio Prévôt, alias *La Flamme*, uno de los inválidos que tuvisteis la bondad de cederme. Díjome que estaba casi ciego, y yo le respondí que no veía muy claro. Añadió que estaba muy enfermo, y yo le repliqué que hace cerca de dos meses había tenido un ataque de apoplejía, como es muy cierto. Me confesó, suspirando, que estaba abrumado por la vejez, y le dije en confianza que tenía ochenta y tres años. Por último, me rogó encarecidamente que obtuviese de vos el que os dignaseis admitirlo entre los inválidos de vuestro hotel.

Me hizo mil protestas de que deseaba tener el consuelo de morir bajo vuestra obediencia y á vuestra vista. Yo solicitaría la misma merced para mí; pero hay que dar la preferencia á un viejo soldado que ha estado más de una vez expuesto á las balas, mientras que yo no he tirado nunca sino á los conejos.

Permitidme, pues, que os presente una súplica en favor de *La Flamme*, que me parece en efecto muy cerca de apagarse. Añadid esta merced á las muchas con que me habéis honrado, y estad persuadido del respeto,

la adhesión y la profunda estima con que tengo el honor de ser señor, vuestro, etc.

### Á M. DUTERTRE

14 de Julio de 1777.

Teniendo aún, caballero, la debilidad de no morir, os envío, si no lo tomáis á mal, mi fe de vida que servirá para lo que haya lugar. A Dios gracias no entiendo nada de mis negocios; habéis tenido la bondad de encargarnos de ello, y este es mi único consuelo. El señor duque de Bouillon, Alteza Serenísima, se ha dignado escribirme cartas llenas de benevolencia, pero me ha declarado que no le tocaba á él pagarme 22 ó 33.000 francos que me debe Su Alteza Serenísima monseñor su padre.

Su Alteza Serenísima monseñor el duque de Wurtemberg, que me debe también mucho dinero, me paga con buenas palabras; pero en cambio mis albañiles, mis carpinteros y mis carniceros, que no son tan cortesés, me harían poner en la cárcel para cobrar si Dios no me hubiese concedido el beneficio de llegar á tener ochenta y tres años.

Presumo, señor, que en medio de mis apuros habéis tenido piedad de mí, que habéis pagado á los herederos de M. Laleu. Es una cosa extraordinaria que haya preferido prestarme de su bolsillo 22.000 francos á hacer que me los pagase el señor duque de Bouillon. Es más extraordinario aún que M. d'Ailly me haya hecho perder la hipoteca privilegiada que tenía sobre todos los bienes de este príncipe. Es una desgracia irreparable.

No tengo más esperanza y recurso que confiar en vuestra prudencia y exactitud, así como en la amistad de que me habéis dado pruebas. Iría á daros las gracias si mi edad, mi salud y el estado de mi bolsillo me permitiesen hacer el viaje. Tomaría una casita en vuestra vecindad para aprender á conocer durante algunos días esa ciudad que no he vuelto á ver desde hace treinta años.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

4 de Agosto de 1777.

Mi querido ángel, hace más de sesenta años que tenéis á bien quererme un poco; es preciso que os trace un croquis de mi situación, aunque esté prohibido hablar de sí mismo, y aunque se haya representado bien ó mal en vuestro teatro de París *El Egoísmo*.<sup>1</sup>

Tengo ochenta y tres años, como sabéis, y hace unos setenta y seis que trabajo. Todos los literatos de Francia, excepto yo, gozan de los favores de la corte y hasta me han quitado no sé cómo, ó por lo menos no me la pagan, una pensión de 2.000 libras que tenía antes de que fuese consagrado Luis XV.

Me he retirado desde hace treinta años ó poco menos á la frontera de Suiza. No tenía más que un protector en Francia, que era M. Turgot, y me lo quitaron; quedábame M. de Trudaine, y me lo quitaron también.

Tuve la imprudencia de edificar una ciudad, y esta noble tontería me ha arruinado.

Volvi á ejercer mi antiguo oficio de cocinero para

1. Comedia en cinco actos y en verso por Cailhava.

consolarme; pero después de pensarlo bien me he convencido de que no entiendo nada de la nueva cocina, y que la antigua ya no está de moda.

El pesar se ha apoderado de mí y me hace perder la cabeza. Me he vuelto imbecil hasta el punto de que he tomado por cosa seria la broma de M. de Thibouville, que me pedía pastillas de agracejo. Cometi la tontería de no entender el logogrifo; creí recordar que en otro tiempo se hacían pastillas de agracejo en Dijón, y envié una cajita á vuestro vecino en lugar de enviaros el mal pastel que os había prometido.

Este pastel está ya muy frío; sin embargo, lo enviaré á las señas que me habéis dado, á condición de que lo comáis en compañía de M. de Thibouville y de que me lo volváis á enviar, tal como está, dividido en cinco trozos.

No os diré los repugnantes que me han parecido todos los pasteles que me han enviado de vuestra nueva cocina; mi extremada aversión hacia ellos no hará, seguramente, mejor mi pastel. Tal vez, haciéndolo recalentar, podría servirse dentro de dos ó tres años; pero sería preciso, sobre todo, que fuese servido por las manos de una joven de dieciocho á veinte años, que supiese hacer los honores de él como los hacía mademoiselle Adrienne. Necesitaríamos también un maestra-sala, como el que es jefe ahora de la cocina antigua y que os hace la corte algunas veces. Aun con todas estas precauciones, dudo mucho que semejante pastel, que no tiene bastantes especias, fuese bien recibido. Sea como quiera, probadlo, mi querido ángel, y volvédmelo á enviar en seguida. No os hablo del viajero que suponíais debía pasar por mi casa<sup>1</sup>. No sé si sabéis que

1. Elemperador José II.

ha quedado muy descontento de la ciudad, que ha estado representada algunos años por un gran hacendista, y que dicha ciudad ha quedado aún más descontenta de él. Sea como quiera, no lo he visto, y no cuento esta desgracia entre los mil y un infortunios que os he manifestado al principio de esta carta quejumbrosa.

El resultado de todas estas habladurías es que querré siempre á mi querido ángel, y que me pondré á la sombra de sus alas hasta el último momento de mi ridícula existencia.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

15 de Agosto de 1777.

Helos ahí, en fin, los cinco pasteles demasiado frios y demasiado insípidos <sup>1</sup>, que no son á propósito para vuestro país, y que sólo os envío, divino ángel mio, por pura obediencia y pidiéndoos mil perdones. Volvedme á enviar por el mismo conducto las cinco piezas de pastelería, que no deben figurar en ninguna mesa. No las enseñéis á nadie. Tened compasión de vuestra antigua criatura, que ha perdido la cabeza, y á quien sólo le queda el corazón.

#### AL SENOR CONDE DE LA TOURAILLE

Ferney, 18 de Agosto de 1777.

Si Carlos IX, de quien me habláis, señor, hubiese ido junto á la casa de Ronsard y hubiese encontrado á

1. La tragedia de *Agatocles*.

un pobre oficialillo extranjero, que no se hubiese separado de la portezuela de su carroza, mirándole con la mayor curiosidad, y si un momento después se hubiesen presentado al mismo Carlos IX dos ginebrinos vecinos de Ronsard, en completo estado de embriaguez, y le hubiesen preguntado adónde iba, creo que Carlos IX hubiera hecho muy bien en incomodarse y en no ir á casa de Ronsard.

Es lo que le ha ocurrido al ilustre viajero de quien me habláis <sup>1</sup> en el camino de Ginebra; halló algunos jóvenes demasiado familiares y tuvo razón.

No comió ni durmió en Ginebra en casa de Ronsard. No vió á nadie. El residente de Francia se presentó ante él y no le habló una palabra. Estuvo de muy mal humor en todo el camino desde Lyon.

Confieso que el héroe de Chantilly es más afable y la vida más agradable en tan encantadora mansión. Si os halláis actualmente en el Palacio Borbón, habéis pasado de un cielo á otro.

Verdaderamente tendré que dirigir mis gritos al señor príncipe de Condé desde el fondo de mi purgatorio, si persiguen mi colonia, y os dirigiré mis quejas; pero en la actualidad no puedo quejarme sino de los males que la naturaleza me hace sufrir. Soy seguramente vuestro superior en materia de tormentos, así como también soy vuestro decano.

Me pongo á vuestros pies en todo lo demás, altamente penetrado de vuestras bondades y vuestras mercedes, recomendándome por otra parte á Dios, en medio de mi miseria, y sintiendo hacia vos la mas respetuosa adhesión <sup>2</sup>.

1. José II.

2. Esta carta contesta á una del señor conde de la Tourail, en que éste hace mención de la visita de Carlos IX á Ronsard.



Á M. DEVAINES

Ferney, 3 de Octubre de 1777.

Os creo, señor, administrador de correos, y siempre amigo de M. de Argental, porque sé, por experiencia, que cuando se quiere se quiere por toda la vida.

Me tomo, pues, la libertad de remitiros este paquete para él.

No me consuelo de haber visto frustrada vuestra peregrinación. Será una gran casualidad el que yo me encuentre en estado de recibiros el año que viene. Desearia yo mismo evitaros la molestia del camino é ir á visitaros; pero, ¿de qué sirven los deseos? De hacernos sentir nuestras necesidades sin poder satisfacerlas; tengo verdaderamente necesidad de veros; paréceme que tendria muchas cosas que deciros en este mundo antes de salir de él.

Acabo de leer con la mayor satisfacción *L'Hôpital*<sup>1</sup>, de M. de Condorcet. Todo lo que sale de sus manos lleva el sello de un hombre superior. ¡Ojalá pudiera pasar algunos días entre vos y él!

Mis respetos y mi profundo pésame á Madama Devaines.

en los siguientes términos: Carlos IX, queriendo colmar de alegría á su buen amigo Ronsard, había formado el propósito de ir á verle *en su casa de campo*. Esta prueba de protección, dijo el poeta, es muy hermosa para mí, pero no hará que mis versos sean mejores.

1. *Elogio de Michel de V'Hôpital, canceller de Francia*. Obra presentada á la Academia Francesa.

AL SENOR MARQUÉS DE CUBIERES,

CABALLERIZO DEL REY, ETC.,  
EN RESPUESTA Á UNA CARTA EN VERSO.

Ferney, 5 de Octubre de 1777.

Un beau siècle commence et vous me l'annoncez.

Un jeune Titus le fait naître,  
Et c'est vous qui l'embellissez:  
L'écuyer est digne du maître.  
Pégase ayant su qu'aujourd'hui  
Vous commandez dans l'écurie,  
Vient s'offrir á vous, et vous prie  
De vous servir souvent de lui;

Il aime votre grâce et votre humeur légère;  
Sous d'autres écuyers il fit plus d'un faux pas;  
Sous vous, il vole, il sait nous plaire;  
Il ne vous égarera pas.

Veo, señor, que habéis recobrado vuestro derecho de mayorazgo, y que hacéis tan lindos versos como vuestro hermano el caballero. No puedo daros las gracias á mi edad sino en mala prosa rimada, y habria ya que decirme á mi: *solve senescentem*, etc.

Tengo el honor de ser con respeto, etc.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

Á MADAMA NÉCKER

Ferney, 22 de Octubre de 1777.

Señora, me hicisteis una vez el honor de escribirme, y yo respondí á M. Nécker por pura tontería, pues

equiviqué vuestra carta con la suya. Hoy me honra M. Nécker con una carta muy bella y muy consoladora, y os contesto á vos.

Os pido, señora, una grandísima merced, y es la de que le déis las gracias en mi nombre. Tenéis más tiempo que él, por más que no tengáis mucho, y os habéis siempre mostrado bondadosa conmigo. No quiero exponerme á que reciba una carta en que se hable de *Zaira*, entre una multitud de cuentas relativas á los arrendamientos generales. Os suplico únicamente, señora, que le digáis cuán agradablemente me ha afectado todo lo que me ha escrito.

Estad muy persuadida de que iría á formar en las filas de vuestros cortesanos si mis ochenta y cuatro años, mis ochenta y cuatro enfermedades, y mis ochenta y cuatro tonterías, no me retuviesen á orillas de vuestro lago, que no volveréis á ver, á Dios gracias.

Acordaos, siquiera sea ligeramente, de vuestro respetuoso y fiel servidor.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 22 de Octubre de 1777.

Señores y ángeles míos, os juro una vez más que ningún mortal sabía de qué se trataba.

Hoy mi locura es pública. Á vuestra bondad y sabiduría corresponde el dirigirla. Hubiera deseado que esta locura hubiera sido más tierna y hubiera podido hacer derramar algunas lágrimas; pero será para otra vez. Me ocupo actualmente en una nueva extravagancia <sup>1</sup> que hará llorar. Hay no sé qué de filosófico en la

1. *Irene*.

que vos protegéis. Tiene cierto atractivo y no está mal escrita; pero no bastan la elegancia y la razón. No es bastante que se excite la curiosidad, sino que hace falta un interés palpitante. Creo que la pieza está hecha con prudencia, pero creo que esto no vale gran cosa. Salid del caso como pudieréis.

Dícese que los actores, excepto Le Kain, y aquellos y aquellas á quienes os dignáis honrar con vuestros consejos, son sumamente malos. Parece que la mayor parte de esos señores dicen los versos como el que lee un periódico.

Os rogaré, pues, señores, cuando llegue la ocasión, que impidáis que me estropeen y me llenen de barbarismos.

Acabo de escribir al señor mariscal de Duras, como me lo habéis ordenado. Le he dicho con razón que mi suerte estaba entre sus manos. Porque, habéis de saber, mis queridos ángeles, que no puedo tener la dicha de volver á veros sino en Sicilia <sup>1</sup>, y que si viviese lo suficiente para llegar á Constantinopla, no podría hacer este segundo viaje sino después de haber pasado por Siracusa <sup>2</sup>. No he dicho al señor mariscal de Duras precisamente de qué se trataba. Le he avisado únicamente que le haríais ver alguna cosa que tendría mucha necesidad de su protección. Me he guardado muy bien de decirle que le dejaríais dicha cosa entre las manos. Estoy seguro de que mi *Siracusa* no saldrá de las vuestras; si saliese de ellas, todo estaría perdido. Sería lo mismo que arrojar á Agatocles é Idacio en el monte Etna. En cuanto á mí, me parece que me echo de cabeza en el lago de Ginebra, si no tenéis

1. Es decir, os volveré á ver si se representa *Agatocles*.

2. Es decir, que hay que representar *Agatocles* antes que *Irene*.

éxito en vuestra empresa. Hemos tenido dos muchachas que se han ahogado días pasados; iré á unirme con ellas en lugar de ponerme á la sombra de vuestras alas; pero á qué hablar de matarme; mi edad, mis trabajos forzados, mis males insoportables y Sicilia, y Constantinopla bastan para matarme; y si muero será recomendándome á mis ángeles.

A MADAMA DU BOCCAGE

Ferney, 2 de Noviembre de 1777.

Señora, vos sois el genio; yo no soy sino un pobre anciano medio poeta, medio filósofo y más que medio perseguido, aunque sólo hubiera debido inspirar compasión por hallarse abrumado por ochenta y cuatro años y ochenta y cuatro enfermedades, y casi á punto, por consiguiente, de ir á ver á mis antiguos maestros Sócrates y Sófoles, á quienes tan mal he imitado. Cuando vea á Corinna no repararé en decirle que no valia tanto como vos, ya en cuanto á brillar en la sociedad, ya en cuanto á sobrepujar á los hombres en el arte de escribir.

No me admiro de que Alzira me haya valido vuestra carta, que me ha conmovido en el alma. Habéis recorrido de nuevo el pais que habiais embellecido. Vos, señora, y los insurrectos, hacéis que América sea inestimable para mí.

Madama Denis agradece en el alma vuestro recuerdo; pero está muy lejos aún de poder representar *Alzira*. Ha estado casi tan enferma como yo, lo cual es mucho decir. Si tuviese ánimos para desear algo, desearia hallarme en París para gozar del honor de

vuestra compañía, siempre que me lo permitierais, para aficionarme cada vez más á esa naturalidad encantadora, esa igualdad y esa sencillez que realzan vuestro talento, y para deciros con la misma sencillez que seré siempre, desde lo íntimo de mi corazón con el más sincero respeto, señora, vuestro muy humilde y muy obediente servidor hasta el último momento de mi vida.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

5 de Noviembre de 1777.

Mi querido ángel, os importuno con mis fruslerías. He aquí una fe de erratas para Sicilia y Constantinopla<sup>1</sup>. Comprendo que me diréis que debía ser doscientas veces más larga; y yo responderé, que es mucho más fácil hacer faltas que corregirlas, y que hay que tolerar á sus amigos con sus defectos, sobre todo cuando se hallan abrumados por la vejez y las enfermedades: entonces ya pasó el tiempo de la enmienda; es posible arrepentirse, pero no corregirse. ¿Qué piensa de ello M. de Thibouville? ¿No se compadece de mí? Cuidaremos mucho, Madama Denis y yo, de conservarle en cuanto de nosotros dependa, sus habitaciones en el hotel de Fées-Villette. Nuestra cabaña de Ferney no es á propósito para guardar doncellas. Ya llevamos tres casadas: mademoiselle Cornille, su cuñada mademoiselle Dupuits y mademoiselle Varicour, que se casa con M. de Villette. No tiene un céntimo, pero su marido hace un buen negocio, pues

1. *Agatocles é Irene.*

se lleva un tesoro de inocencia, de virtud, de prudencia, de gusto para todo lo bueno, de inalterable igualdad de alma y de sensibilidad; todo ello realizado por la juventud y la belleza.

Me pongo á la sombra de vuestras alas.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

À M\*\*\*

Ferney, 9 de Noviembre de 1777.

Habéis presenciado aquí el matrimonio de M. de Florián; hoy veréis el del señor marqués de Villette: ligo *marqués*, porque posee una tierra erigida efectivamente en marquesado, como señor de siete grandes parroquias, según las leyes de la antigua caballería. Es además poseedor de cuarenta mil escudos de renta. Todo esto lo va á compartir con Mademoiselle de Vari-court, que vive en casa de Madama Denis. Dicha joven lleva en dote diecisiete años, ilustre nacimiento, gracias, virtud y prudencia. M. de Villette hace un excelente negocio, y este acontecimiento álega un poco mi vejez.

AL SEÑOR MARQUÉS DE THIBOUVILLE

10 de Noviembre de 1777.

De mis dos ángeles hay uno que se ha convertido en ángel exterminador. En efecto, extermina á mi pobre *Irene*: pretende que será echada al basurero y colgada por los pies, porque se ha matado siendo cristiana. El ángel exterminador tendría razón si la emperatriz de

Constantinopla pretendiese haber hecho bien matándose; pero pide perdón á Dios, y le dice:

Dieu, prends soin d'Alexis et pardonne ma mort.

Hasta añade haciendo un último esfuerzo:

Pardonne j'ai vaincu ma passion cruelle;  
Je meurs pour t'obéir; mourrais-je criminelle?

Siendo su última palabra un acto de contrición, es claro que se salva.

Tened en cuenta que mientras pronuncia estas últimas palabras con suspiros entrecortados, se hallan de rodillas á su lado su padre y su amante, y mojan sus moribundas manos con sus lágrimas. Creo firmemente que toda persona honrada llorará también.

He dirigido, creo, al ángel exterminador algunas correcciones que me han parecido necesarias; pero no creo que sean excesivas en número. Me he apresurado temiendo que el señor mariscal de Duras estuviese de vuelta. Cuando se está de prisa no se hace nada bien.

Vamos á ensayar *Irene* para las bodas de Madama de Villette; se representará sin decoraciones, y apreciaremos su efecto tan bien como si nos encontráramos en un gran teatro.

Confieso á M. Barón que pienso como él. Creo que esta tragedia es verdaderamente trágica, y tal vez la más favorable á los actores que se haya escrito. Creo que el tránsito frecuente de la violencia al remordimiento, y de la esperanza á la desesperación, suministra á la declamación todos los recursos posibles. Hasta me atreveré á decir que el teatro necesita este nuevo género, si se quiere sacarle del envilecimiento en que empieza á caer y de la barbarie en que se pretende sumirlo.

No he dicho al señor mariscal de Duras de qué se

trataba. Á mi edad no quiero exponerme á los caprichos é impertinencias de algunos cómicos. Si os he divertido un poco, señores, doy por bien empleados mis trabajos. Es verdad que no hubiera sentido el ser bien recibido en París, á consecuencia de la representación de *Irene*; pero temo mucho morir sin haber tenido ese consuelo.

AL SENOR CONDE DE ARGENTAL

17 de Noviembre de 1777.

No seáis el ángel exterminador, sino más bien el ángel salvador. Socorredme vos que os dignáis amarme desde hace cerca de setenta años, é impedid que muera de dolor á los ochenta y cuatro.

Todo lo que solicito es que el señor mariscal de Duras pueda leer *Irene* en su verdadero cuadro.

Permitid que os envíe algunos emplastos para curar todas las heridas de *Irene*. Me atrevé á suplicar con el más vivo interés á la amable secretaria que habéis educado, que se digne colocar convenientemente los papeitos que envío. Basta leer la indicación que hay en cada uno; en seguida cortad dicha indicación con las tijeras y pegad la corrección en su sitio con cuatro obleitas.

Por ejemplo, en el acto segundo se corta la pequeña advertencia que termina diciendo: *póngase así*, y se pegan cuidadosamente los versos añadidos, que empiezan por estas palabras: *au premier coup porté*, y que acaban con las palabras: *de mes scrupules vains*. Una vez hecho esto, la pieza se halla en disposición de ser leída sin trabajo; los ojos del lector quedan satisfechos,

pues es preciso que lo estén para que pueda juzgar con acierto.

No me he apresurado por nada; quiero únicamente agradaros á vos y al señor mariscal de Duras. Después de haber gustado esta satisfacción, moriré lleno de consuelo si la pieza puede servir algún día para restablecer el único espectáculo que honra verdaderamente á Francia. Es una desgracia que no haya ningún actor digno de este nombre, y que ninguno, excepto Le Kain, sepa matizar sus papeles. Los hemos hecho sentir en Ferney estos matices, sin lo cual todo está perdido.

Adiós, mi querido ángel; si no me sostenéis, soy yo quien estoy perdido.

N. B. Ved cómo al fin pide Irene á Dios perdón por su suicidio, y adivinad el efecto prodigioso que han producido con sus dolorosos gritos un padre respetable y cariñoso, y un amante desesperado regando con sus lágrimas á Irene, mientras que ésta pide dos veces perdón á Dios con voz moribunda. Todo es frío en vuestro teatro al lado de esta catástrofe.

Á M. DELAUNAY

EL VIEJO ENFERMO, CASI MORIBUNDO,  
AL BRILLANTE Y SÓLIDO AUTOR DEL PANEGÍRICO  
DE LA PIEDAD

8 de Diciembre de 1777.

Si, la piedad es un dón de Dios; si, su panegirista tiene razón, y tanta más, cuanto que es muy elocuente; porque, si no lo fuera, ¿de qué le serviría tener razón?

Si, la piedad es el contraveneno de todos los asuntos

de este mundo. Por eso Juan Racine adoptó por divisa en la edición de sus tragedias : Φόβος καὶ ἔλεος, *Temor y piedad*. He aquí por qué se dice en nuestra misa el *Kirie eleison* de los griegos. Todos los predicadores procuran inspirar piedad hacia los pobres y desgraciados; y la mayor parte de dichos oradores inspiran lástima ellos mismos.

El ilustre maestro de la Asamblea literaria y fraternal inspirará siempre más envidia que lástima.

Si pudiese, en medio de mi triste estado, hacer un viaje á París, mi mayor deseo sería que el panegirista de la piedad emplease alguna conmigo.

En cuanto á M. de Villette se muestra despiadado con su nueva conquista y no le deja tiempo de respirar.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

16 de Diciembre de 1777.

Señores ángeles míos. Basta una crítica verosímil, hecha por un hombre de ingenio y respetable, para seducir á veces los ingenios más ilustrados y los corazones más sensibles. Somos todos en nuestro retiro de un parecer absolutamente contrario al vuestro. Juzgad vos mismo. Se cree aquí, unánimemente, que si Alejo no fuera culpable, Irene no sería sino una devota impertinente que se mataba por pura lástima.

Se cree, y es muy cierto, que el ejemplo de Masinisa, en *Sofonisbe*, no tiene nada de común con Alejo. En otro tiempo, *Sofonisbe* triunfó en Italia y en Francia. Hasta fué nuestra primera tragedia regular, y la *Sofonisbe* de Mairét triunfó siempre de la *Sofonisbe* de Cor-

neille. La gente se ha hecho mucho más refinada y menos natural. La *Sofonisbe* de Mairét, aunque corregida con el mayor cuidado, ha desagradado á una nación que no quiere ver á un rey tratado como un esclavo por un romano, obligado por dicho romano á abandonar á su esposa, y deshonorándose con la muerte de ésta para no verse deshonrado al verla seguir en triunfo el carro de su vencedor.

Aquí sucede todo lo contrario. Os ruego, señores ángeles, que tengáis bien en cuenta esta verdad, y que os penetréis bien de que toda la tragedia de Irene es de amor, y de amor desesperado. La muerte de Nicéforo no es más que la ocasión y no el asunto. El corazón no razona, y una crítica reflexiva, por muy plausible que sea, no destruye nunca el sentimiento.

Seguramente el amor de *Irene* debe producir cien veces más efecto, siendo representado por una actriz apasionada cuentas, que el amor de mi pequeña Idacia, la cual, en resumidas, no es sino una Inés trágica. Idacia es muy honrada, pero Irene es desgarradora ó mucho me equivoco.

He aquí los versos que me han parecido necesarios en esta pieza y que parecen satisfacer, en cuanto es posible, á vuestra crítica. Se resienten tal vez de mi vejez y de los dolores que me atormentan. Los he hecho en la cama, de la que no salgo, y si no son hermosos, por lo menos son razonables. Confieso que no destruirán nunca la censura. Siempre se dirá que Alejo hace mal en pretender casarse con Irene inmediatamente después de haber matado á su marido. Diré, como los demás, que hace muy mal, y que por eso he querido ponerlo en el teatro, porque he querido pintar á un hombre embriagado de pasión y no á un hombre razonable.

Hay en la pieza un razonador y eso basta; este razonador hace, según creo. un contraste bastante hermoso con el fogoso, atolondrado y tierno Alejo. Es un papel que yo desearia representar en mi teatrillo de campo si tuviese veinticuatro años en lugar de ochenta y cuatro.

Lo que no ofrece duda, mi querido ángel, es que os quiero en mi vejez como os quería en mi juventud.

Á M. DE LA HARPE

14 de Enero de 1778.

Mi muy querido colega, siento en el alma, y me avergüenzo, que hayan mostrado en el salón de la Comedia Francesa el bosquejo de que hubiera podido hacer un cuadro si me hubiera sido posible consultaros. No era seguramente mi propósito el que ese pobre engendro de mi ancianidad gozase en Paris semejante celebridad. Teofrasto, á la edad de cien años, decía que aprendia todos los días, y yo digo á los ochenta y cuatro que aún puede uno corregirse.

La pieza no había sido hecha sino para las bodas de vuestro amigo; pero, puesto que se trata hoy del público, la cosa se pone seria. No quiero combatir la hidra del público sin estar armado de pies á cabeza.

Además, no estaria bien, de mi parte, el pretender adelantarme á vos. Esto sería altamente injusto y torpe. Os corresponde á vos, permitidme que os lo diga, exponeros el primero á las fieras, porque sois un excelente gladiador; pero tengo miedo de que no os cause repugnancia esa impertinente arena en la que dicta su fallo la más desenfrenada canalla que no quiere sino piezas que se le parezcan. Paréceme que nuestra querida na-

ción camina desde hace algunos años sin freno ninguno al oprobio y al ridiculo. He visto el fin del siglo de Augusto, y me encuentro ya en el Bajo Imperio. Vos, que sois *spes altera Romæ*, haced revivir el buen gusto. Combatid osadamente en verso y en prosa; llevad á los franceses, ya á Siberia, ya á Babilonia; adonde quiera que los llevéis encontrarán flores.

Os lo digo muy seriamente; no pasaré antes que vos, aunque sea mucho más viejo.

M. de Villette agradece en el alma las frases lisonjeras de vuestra carta. Espero con fiadad que será siempre fiel al cariño de su esposa y á la amistad que os profesa. Uno y otra merecéis que se os ame, y os aseguro que yo cumplo con este deber.

Espero con impaciencia la continuación de vuestra respuesta acerca de Shakespeare. Os confieso que la barbarie de De Belloy y consortes me es casi tan insoportable como la de Shakespeare. De Belloy es cien veces más inexcusable, puesto que tenia modelos, mientras que el autor inglés no los tenia.

No hablaría tan libremente á otro que no fueseis vos; pero ambos pertenecemos á la misma religión y no debemos ocultarnos nuestros misterios.

Adiós, mi querido colega, os abrazo con todo mi corazón.

AL SENOR MARQUÉS DE THIBOUVILLE

17 de Enero de 1778.

Os he escrito ayer, ilustre y generoso Barón, y me veo obligado á escribiros de nuevo hoy porque acabo de recibir una carta vuestra del 8 de Enero, que al pa-

recer ha dado la vuelta á Francia antes de llegar á mis manos.

Más maravillado estoy aún de lo que me escribe M. de Argental. No concibo lo relativo á Le Kain, ni comprendo nada de lo que pasa; veo únicamente lo muchísimo que os debo por el grandísimo ardor y bondad que habéis manifestado en este asunto tan esencial para mí. Veo que será preciso que vaya por Pascua para daros las gracias, si vivo aún.

No he podido leer la línea en que me decís: Mad... tendrá el manuscrito hoy por la mañana. No sé quién es esa señora; es tal vez un señor, porque no hay sino una letra mayúscula muy mal hecha. No me admira que en un siglo en que todos nuestros autores escriben para que nadie les entienda, los que escriben á sus amigos lo hagan para que éstos no puedan leer lo escrito.

Persisto en la súplica que os he hecho de retirar todos los papeles y la pieza, y de echarlo todo en el más profundo olvido ó en el fuego, hasta tanto que yo pueda ir á daros testimonio de mi tierno agradecimiento.

Sospecho que el nombre que no he podido leer es Suard. Sospecho también que debe haber hecho la crítica con M. de Condoreet, y que podría suceder que se imprimiese, á pesar mío, dentro de poco tiempo, lo cual sería muy cruel; sospecho que es preciso en absoluto que trabaje con la mayor aplicación y que me anticipe á todas las impertinencias que preveo, y que me he de ver muy embarazado.

Agrego á todas mis sospechas que no he oído hablar de Madama Vestris, ni de Mademoiselle Saintval, que no conozco á nadie excepto á Le Kain, el cual debería portarse algo más atentamente conmigo, siquiera por agradecimiento.

Me echo en vuestros brazos; porque verdaderamente

sois un hombre esencial. Madama Denis os dirige los más cariñosos cumplidos.

A M. LE KAIN

Ferney, 19 de Enero de 1778.

Os había avisado, señor. Es cierto que había enviado á unos amigos á quienes respeto el bosquejo de una obra que no convenia á mi edad, pero que, una vez terminada, y sobre todo corregida mediante un trabajo asiduo, conforme á las prudentes críticas de esas mismas personas cuya amistad estimo en el más alto precio, hubiera podido hacer menos desagradables los últimos días de mi vida.

Trabajaba en ella noche y día á pesar de mi mala salud, y esperaba que para Pascua hubiera podido, gracias á mi docilidad y á mi deferencia con sus luces, hacer la pieza menos indigna de vos. Hasta me lisonjeaba con que podríais desempeñar el papel de Leoncio, que no es fastidioso, y que hubiera resultado imponente merced á vuestro sublime talento. Los amigos respetables de que os hablo no han hecho leer á la asamblea de vuestros compañeros ese bosquejo, informe aún, sino á fin de conocer vuestro parecer y el suyo, á fin de darme cuenta de él y de que todo estuviese dispuesto para Pascua.

Conviene, sin duda, que se entreguen la pieza y los papeles en manos de los que se han dignado honrarme con su benevolencia en esta ocasión, y ponerse al corriente de los detalles de este asunto.

Los periódicos dicen que os casáis nuevamente. Os doy mis más sinceros plácemes, pero dudo de este



matrimonio porque no os habéis dignado anunciármelo.

Si fuera cierto, creo que la fatiga de vuestra boda no os impediría el representar el papel del ermitaño Leoncio, que no tiene esas pasiones que arruinan el pecho, y habla de la virtud de una manera que parece adaptarse mucho á vuestro gusto. Si hubieseis dado este papel á otro temería oponerme á ello, porque estoy seguro de que habréis hecho buena elección.

He contado siempre con vuestra amistad desde que os conocí en vuestra juventud. El tiempo ha justificado todos los sentimientos que abrigo hacia vos. Ya sabéis cuánto os estimamos Madama Denis y yo para que no haya necesidad de emplear aquí la fórmula ordinaria que nunca es dictada por el corazón.

EL VIEJO ENFERMO.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 20 de Enero de 1778.

Mi querido ángel. ¡Esta es otra que bien baila! No tengo más remedio que echarme en los brazos de vuestra providencia, cordura y constante amistad, que son el consuelo de mi vida. Soy demasiado joven, y no sé conducirme como no sea á la sombra de vuestras alas.

He creído que tenía el deber de enviaros la carta que recibo de uno de vuestros protegidos y la respuesta que le doy. No dudo que excitaréis á vuestro amigo M. de Thibouville á no hacer caso de este olvido de todas las conveniencias. Le digo que en otro tiempo M. de Ferriol, vuestro tío, embajador en Constantinopla decía, si mal no recuerdo, que *con los turcos no había honra que perder ni ganar.*

Si halláis mi respuesta á vuestro antiguo protegido conveniente y mesurada, me permitiré suplicarle que la hagáis llegar á sus manos lo mismo que las que he tenido que escribir á M. Suard, á madama Vestris y á un señor Monvel, que dicen que tiene mucho ingenio, sensibilidad y talento, pero poco pecho.

Aún hay algo más importante para mí; y es pedir muy humildemente perdón á vuestra señora secretaria por haberle hecho hacer cosas que probablemente no subsistirán porque no acabaré hasta Pascuas, y en dicho santo tiempo pienso aparecerme á mis amigos como Lázaro saliendo de su tumba: os ruego encarecidamente que retiréis la copia que está en el teatro y los papeles que pueda haber en poder de los cómicos. Estoy realmente perdido si queda por ahí el menor rastro de estos papeles. Ya comprenderéis que la publicidad de estas pequenezes sería sumamente sensible, porque cortaría por completo la carrera de un joven; pero sea al principio ó sea al fin, es lo cierto que me causaría un daño irreparable.

Pensad, mi divino ángel, que paso los días y las noches desempeñando la tarea tan difícil como necesaria que me habéis confiado. Pensad que camino sobre carbones encendidos, y que me atrevo á esperar que no me quemaré la planta de los pies, porque os invocaré mientras me hallo sometido á una prueba que excede sus fuerzas.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Martes por la mañana, 3 de Febrero de 1778.

Mi querido ángel, soy yo quien os escribo hoy, y no Madama Denis; estoy desesperado por no poder acom-

pañar á nuestros viajeros. He tenido ánimo para hacer diez actos y no lo tengo para andar cien leguas. El alma soporta las fatigas mejor que el cuerpo; pero con el tiempo todo se logra, y cuando las cien leguas conducen á vuestra vecindad se andan alegremente. No estoy, sin embargo, demasiado alegre. Un hombre de mi edad que acaba de edificar noventa y cuatro casas, que está arruinado y tiene diez procesos y diez actos de tragedia á cuestas, no tiene motivos para reír. ¡Cuándo tendrá este pobre estropeado la dicha de abrazaros á vos y á vuestra amable secretaria!

Voy á acompañar á Madama Denis hasta la primera posta. No tengo tiempo de escribir á M. de Thibouville. Las señoras le hablarán con más elocuencia que yo y llegarán antes que mi carta.

#### AL SEÑOR CABALLERO DE LISLE

París, 10 de Febrero de 1778.

El viejo enfermo agradece en el alma el recuerdo de M. de Lisle. Si su triste estado se lo permitiese, correría á su encuentro; no hay momento en que no sienta el mayor placer en ver al más estimable de los hombres.

#### A LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

París, 11 de Febrero de 1778.

Llego muerto y no quiero resucitar, sino para echarme á los pies de la señora Marquesa Du Deffand.

#### Á MADAMA DE ÉPINAY

1778.

El viejo enfermo acaba de llegar moribundo; pero siente los dolores de madama d'Épinay más que los suyos, y es más sensible aún al honor de su recuerdo. Si no acompaña á Le Kain, irá seguramente á renovarle el antiguo homenaje de su respetuoso cariño.

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

París, 19 de Febrero de 1778.

El señor mariscal de Richelieu acaba de salir de mi casa. Le han conmovido las lágrimas de M. Molé, y me ha asegurado que Madama Molé no era absolutamente detestable. Ha dicho y ha hecho tanto, que he tenido que enviar el papel de Zoe á Madama Molé. Me aseguran que aún se puede dar este papel á otra, pues en el quinto acto tiene la mayor importancia; que el cuadro que traza del estado de Irene es un trozo principal que exige una gran actriz, y que sería muy esencial obtener de la señorita Saintval que se dignase representarlo, como hizo mademoiselle Clairón con el papel de Mérope; que esto sólo podría hacer triunfar la pieza, y que M. Molé no debería oponerse á ello, puesto que Zoe no es una simple confidenta, sino una princesa favorita de la emperatriz, de donde resulta que Madama Molé quitaría el papel á mademoiselle Saintval.

Ya veis en qué berenjenal estamos, mi querido án-

gel; tengo necesidad más que nunca de vuestra bondad y de vuestras órdenes.

El mismo día, á las diez y media de la noche.

Mademoiselle Arnould vuelve de casa de mademoiselle Saintval, la menor, que le ha prometido representar el papel de Zoe. Sólo se trata de obtener de M. Molé la conversión de su esposa, á la que se promete un papel á propósito para ella en *Le droit du Seigneur*, que ha sufrido notables cambios, y que se podría representar después de *Irene*, si es que ésta tiene algún éxito, porque si no, diría como Sosias:

O juste ciel, j'ai fait une belle ambassade.

Á M. DE LA DIXMERIE

QUE LE HABÍA DIRIGIDO UNOS VERSOS SOBRE SU LLEGADA  
Á PARÍS

París, 19 de Febrero de 1778.

Si fuese posible rejuvenecerse, el anciano á quien M. de la Dixmerie honra con una epístola tan lisonjera, se hubiera rejuvenecido con esta lectura. Ha llegado extremadamente enfermo. M. Tronchin le prohíbe escribir; pero no le prohíbe agradecer en todo lo que valen las bondades que M. de la Dixmerie le dispensa con tanto ingenio.

AL SEÑOR CONDE DE TRESSAN

París, 19 de Febrero de 1778.

El viejo enfermo de Ferney es incapaz de pasar tres días sin corresponder á las bondades del señor conde

de Tressan, y sin haberle dado pruebas de su cariño y respetuoso agradecimiento.

Me encuentro entre las manos de M. Tronchin; pero aunque me lo ha prohibido todo, no podrá impedirme que os escriba. Estoy en un torbellino que no conviene ni á mi edad ni á mi debilidad. Para mis años sería mucho más conveniente Franconville.

Vuestro amigo M. de Villette tiene razón en amar la sociedad donde brilla, en medio de su admirable casa, que ha purificado con la llegada de una mujer tan honrada como bella. La abandonaré muy pronto á su nueva dicha: pero también espero ser testigo de la vuestra si puedo disponer de un momento para ir á vuestro retiro. Hace largo tiempo que aspiro á este consuelo. Seré, hasta el último momento de mi vida, señor conde, el más adicto y respetuoso de vuestros servidores.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Marzo de 1778.

Perdón, mi querido ángel; mi cabeza de ochenta y cuatro años no tiene más que quince; pero debéis tener piedad, compasión de un hombre herido que grita, porque no puede hablar. Pensad que me muero, y que al morir dejo acabados *Irene*, *Agatocles*, el *Derecho del Señor* y cuatro actos de *Atreo*. Pensad que Molé me ha mutilado inicua, necia é insolentemente; que no quiere desempeñar su papel en el *Derecho del Señor*, etc. Estoy muerto, y tengo que andar visitando á los primeros gentileshombres de cámara; ved si no me es permitido gritar: sin embargo, confieso que no debería gritar fuerte.

Soy vuestro, ángel mío, en todo momento.

AL SEÑOR CURA DE SAN SULPICIO <sup>1</sup>

4 de Marzo de 1778.

El señor marqués de Villette me ha asegurado que si me hubiese tomado la libertad de dirigirme á vos mismo para la diligencia necesaria que he hecho, hubierais tenido la bondad de abandonar vuestras importantes ocupaciones para venir, y que os hubierais dignado llenar conmigo funciones que creí no convenían sino á subalternos, tratándose de viajeros que se hallan bajo vuestra jurisdicción.

El señor abate Gaultier empezó por escribirme apenas tuvo noticia de mi enfermedad. Vino en seguida á ofrecerse en persona, y pude creer que viviendo en vuestra parroquia venía de vuestra parte.

Os considero, señor, como un hombre de primer orden en el Estado. Sé que aliviáis á los pobres como apóstol, y que trabajáis como un ministro subalterno. Cuanto más respeto vuestra persona y vuestro estado, más temo abusar de vuestra bondad extremada. No he tenido en cuenta sino lo que debo á vuestro nacimiento, á vuestro ministerio y á vuestro mérito. Sois un general á quien he pedido un soldado. Os suplico que me perdonéis no haber previsto la condescendencia con que estabáis dispuesto á descender hasta mí. Dispensadme también la importunidad de esta carta, que no os impone la molestia de una respuesta, pues vuestro tiempo es demasiado precioso. Tengo el honor de ser, etc.

AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN

EN FERNEY

Paris, 15 de Marzo de 1778.

El viejo enfermo no ha podido escribir á los señores

1. Faydit de Tersac.

de Florián. Ha estado á la muerte durante más de quince días; después de su accidente ha tenido que pasar por todos los horrores que acompañan á este estado. Aprovecha un momento en que sufre algo menos, para decir á los señores de Florián que habría muerto amándoles con todo su corazón y contando con su recuerdo.

Ya sabéis que todos hablan de guerra en Paris; el rey ha declarado por medio de su embajador en Londres que quiere la paz, pero que hará respetar su pabellón y el comercio de sus súbditos. El tratado con los americanos es público. He visto á M. Franklin en mi casa, hallándome muy enfermo: quiso que diese mi bendición á su nieto. Se la he dado, diciendo: *Dios y la libertad*, en presencia de veinte personas que había en mi habitación. <sup>1</sup>

El embajador de Inglaterra llegó una hora después. Cuánto me han hecho experimentar las bondades de la corte y de la ciudad ha excedido todas mis esperanzas y aun mis deseos; pero no creo que el momento sea oportuno para pedir favores pecuniarios en favor de mi colonia. El rey está lleno de deudas y la marina cuesta mucho dinero. Los billetes de la lotería de M. Nécker pierden un ochenta por mil. Hay aún cinco mil disponibles, y nadie los quiere. No se trata de economías, sino de venganza. M. d'Estaing, manda una escuadra formidable y M. de la Motte-Piquet, otra.

Ya sabéis que M. Dupuits está en Paris y espera ser empleado. Es de creer que sin declararse la guerra habrá escaramuzas. Por mi parte, soy muy pacífico, y sólo pienso en deshacerme de todos los tunantes que

<sup>1</sup> Voltaire pronunció estas palabras en inglés: *God and liberty.*

me hablan de Shakespeare, de Faxhall, de rostbeat y de los saltarines y milores ingleses.

Pido mil perdones á M. de Florián por entrar en estos detalles. Mucho me alegraría de hacer empedrar delante de su casa; pero veo que es más fácil curar de un vómito de sangre, que obtener dinero de un gobierno apurado que ni siquiera tiene medios de pagar al pobre Racle. Hay aquí un lujo irritante y una miseria horrible. Paris es el punto de cita de todas las locuras, de todas las tonterías y de todos los horrores posibles.

¿Cuándo podré volver á ver á Ferney y abrazaros tiernamente á vos y á vuestra esposa?

#### AL SEÑOR CONDE DE LALLY,

HIJO DEL GENERAL QUE HABÍA ANUNCIADO AL AUTOR  
LA CASACIÓN DE LA SENTENCIA DEL  
PARLAMENTO QUE CONDENÓ Á MUERTE Á SU PADRE. <sup>1</sup>

26 de Mayo de 1778

El moribundo resucita al saber esta gran noticia, y abraza muy cariñosamente á M. de Lally; ve que el rey es el defensor de la justicia y morirá contento.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1. Voltaire se hallaba en su lecho de muerte cuando le comunicaron la noticia. Pareció reanimarse para escribir este billete, y después de haberlo escrito cayó en la mayor postración, y expiró el 30 de Mayo de 1778, á la edad de ochenta y cuatro años y algunos meses.

### ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Año	Pág.
1 Á M. Duclos.....	1761	1
2 Al señor conde de Argental.....	—	5
3 Á Madama de Fontaine.....	—	8
4 Al abate d'Olivet.....	—	0
5 Al señor presidente Hénault.....	—	10
6 Al señor conde de Argental.....	—	11
7 Al señor duque de Choiseul.....	—	13
8 Al señor abate d'Olivet.....	—	17
9 Á la señora marquesa du Deffand.....	—	19
10 Á M. Duclos.....	—	22
11 Al abate d'Olivet.....	—	24
12 Á M. d'Alembert.....	—	30
13 Á M. Duclos.....	—	31
14 Á —.....	1762	36
15 Al Sr. Mayáns y Sicar.....	—	38
16 Á M. de Cideville.....	—	40
17 Al señor conde de Argental.....	1763	41
18 Á M. Lekain.....	—	43
19 Á la empeeatriz de Rusia.....	1765	44
20 Al señor conde d'Autray.....	—	45
21 Al señor abate du Vernet.....	—	47
22 Al señor marqués de Miranda.....	—	48
23 Á la señora marquesa du Deffand.....	1776	50
24 Al señor conde d'Estaing.....	—	52
25 Al señor conde de Argental.....	—	54
26 — —.....	—	55
27 Al señor marqués de Villette.....	—	57
28 Al Cardenal de Bernis.....	—	59
29 Á M. de Chabanón.....	—	58

me hablan de Shakespeare, de Faxhall, de rostbeat y de los saltarines y milores ingleses.

Pido mil perdones á M. de Florián por entrar en estos detalles. Mucho me alegraría de hacer empedrar delante de su casa; pero veo que es más fácil curar de un vómito de sangre, que obtener dinero de un gobierno apurado que ni siquiera tiene medios de pagar al pobre Racle. Hay aquí un lujo irritante y una miseria horrible. Paris es el punto de cita de todas las locuras, de todas las tonterías y de todos los horrores posibles.

¿Cuándo podré volver á ver á Ferney y abrazaros tiernamente á vos y á vuestra esposa?

#### AL SEÑOR CONDE DE LALLY,

HIJO DEL GENERAL QUE HABÍA ANUNCIADO AL AUTOR  
LA CASACIÓN DE LA SENTENCIA DEL  
PARLAMENTO QUE CONDENÓ Á MUERTE Á SU PADRE. <sup>1</sup>

26 de Mayo de 1778

El moribundo resucita al saber esta gran noticia, y abraza muy cariñosamente á M. de Lally; ve que el rey es el defensor de la justicia y morirá contento.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

DIRECCIÓN GENERAL DE

1. Voltaire se hallaba en su lecho de muerte cuando le comunicaron la noticia. Pareció reanimarse para escribir este billete, y después de haberlo escrito cayó en la mayor postración, y expiró el 30 de Mayo de 1778, á la edad de ochenta y cuatro años y algunos meses.

### ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Año	Pág.
1 Á M. Duclos.....	1761	1
2 Al señor conde de Argental.....	—	5
3 Á Madama de Fontaine.....	—	8
4 Al abate d'Olivet.....	—	0
5 Al señor presidente Hénault.....	—	10
6 Al señor conde de Argental.....	—	11
7 Al señor duque de Choiseul.....	—	13
8 Al señor abate d'Olivet.....	—	17
9 Á la señora marquesa du Deffand.....	—	19
10 Á M. Duclos.....	—	22
11 Al abate d'Olivet.....	—	24
12 Á M. d'Alembert.....	—	30
13 Á M. Duclos.....	—	31
14 Á —.....	1762	36
15 Al Sr. Mayáns y Sicar.....	—	38
16 Á M. de Cideville.....	—	40
17 Al señor conde de Argental.....	1763	41
18 Á M. Lekain.....	—	43
19 Á la empeeatriz de Rusia.....	1765	44
20 Al señor conde d'Autray.....	—	45
21 Al señor abate du Vernet.....	—	47
22 Al señor marqués de Miranda.....	—	48
23 Á la señora marquesa du Deffand.....	1776	50
24 Al señor conde d'Estaing.....	—	52
25 Al señor conde de Argental.....	—	54
26 — —.....	—	55
27 Al señor marqués de Villette.....	—	57
28 Al Cardenal de Bernis.....	—	59
29 Á M. de Chabanón.....	—	58

	Año	Pág.
30 Al señor conde de Argental.....	1767	60
31 — — — — —	—	62
32 Á M. de Pezay.....	—	64
33 Al señor marqués de Florian.....	—	67
34 Al señor conde de la Touraille.....	—	68
35 Á la señora marquesa de Bouffers.....	—	69
36 Al señor conde de Rochefort.....	—	71
37 Á M. de Chabanón.....	—	71
38 Al señor Cardenal de Bernis.....	—	72
39 Al señor conde de la Valliere.....	—	74
40 Al señor marqués de Chauvelin.....	—	75
41 Al señor mariscal de Richelieu.....	—	77
42 Á M. Lekain.....	—	78
43 Á M. Linguet.....	—	80
44 Á la emperatriz de Rusia.....	—	84
45 Á M. de Parcieux.....	—	85
46 Á M. Collini.....	—	86
47 Á M. de Chabanón.....	—	90
48 Á M. Moreau.....	1768	91
49 Á la señora duquesa de Choiseul.....	—	92
50 Á M. Thiriot.....	—	93
51 Al señor presidente Hénault.....	—	98
52 Al señor marqués de Villeveille.....	—	100
53 Á M. Deparcieux.....	—	101
54 Á M. Sa. rin.....	—	102
55 Á M. Penekoucke.....	—	103
56 Á M. Horacio Walpole.....	—	105
57 Á M. Bouret.....	—	11
58 Á M. Maillet Duboullay.....	—	116
59 Á M. Vernes.....	—	118
60 Á M. Thiriot.....	1769	119
61 Á M. Linguet.....	—	120
62 Á M. Thiriot.....	—	122
63 Á Madama la marquesa du Deffand.....	—	123
64 Al señor conde de Argental.....	—	125

	Año	Pág.
65 Á Madama la marquesa du Deffand.....	1770	127
66 Á M. D'Alembert.....	—	128
67 Á M. de Laborde.....	—	129
68 Á Madama Nécker.....	—	131
69 Á M. de la Sauvagère.....	—	132
70 Á Madama Nécker.....	—	132
71 Al señor marqués de Condorcet.....	—	134
72 Al señor mariscal duque de Richelieu.....	1771	135
73 Á la señora marquesa du Deffand.....	—	135
74 Al señor mariscal duque de Richelieu.....	—	136
75 Á la señora princesa de Talmont.....	—	138
76 Á M. de la Harpe.....	—	139
77 Á los señores de la Academia francesa.....	—	140
78 Al señor conde de Rochefort.....	—	142
79 Al señor marqués de Florian.....	—	143
80 Al señor príncipe de Beauvau.....	—	144
81 Á la señora marquesa du Deffand.....	—	145
82 Al señor Cardenal de Bernis.....	—	147
83 Á M. Dubelloi.....	—	148
84 Á M. Laurent.....	—	148
85 Al señor mariscal duque de Richelieu.....	1772	152
86 Á uno de sus colegas de la Academia.....	—	155
87 Á M. Debelloy.....	—	156
88 Á M. de la Harpe.....	—	157
89 Á M. d'Alembert.....	—	160
90 Á M. de la Harpe.....	1773	162
91 — — — — —	—	164
92 Á la emperatriz de Rusia.....	—	169
93 Á M. Dideroi.....	—	171
94 Al señor caballero Hamilton.....	—	173
95 Al señor mariscal duque de Richelieu.....	—	174
96 Al señor conde de Milly.....	—	176
97 Á M. de Marmontel.....	—	176
98 Al señor barón de Espagnac.....	—	177
99 Al señor conde de Argental.....	—	188

	Año	Pág.
100 Al señor marqués de Florian.....	1774	179
101 Al señor conde de Argental.....	—	182
102 Al señor marqués de Florian.....	—	183
103 Al señor conde de Argental.....	—	185
104 Al señor marqués de Florian.....	—	187
105 — — —.....	—	189
106 Á M. Rosset.....	—	190
107 Al señor marqués de Condorcet.....	—	193
108 Al señor mariscal de Richelieu.....	—	194
109 Al señor conde de Argental.....	—	196
110 Á la señora marquesa du Defland.....	—	197
111 Al señor caballero Delisle.....	—	198
112 Al señor conde de la Touraille.....	—	200
113 Al señor conde de Argental.....	—	201
114 Al señor conde Campi.....	—	201
115 Al señor conde de Argental.....	—	204
116 Á la emperatriz de Rusia.....	—	205
117 — — —.....	—	207
118 Á M. de Champfort.....	—	208
119 Á M. de Lafande.....	—	210
120 Al señor conde de Argental.....	—	211
121 Á M. Devaines.....	1775	213
122 Á M. Thibouville.....	—	214
123 Á la señora marquesa du Defland.....	—	215
124 Á M. Devaines.....	—	216
125 Á la señora marquesa du Defland.....	—	216
126 Al señor abate Duverney.....	—	218
127 Al señor abate Baudeau.....	—	219
128 Á M. de la Harpe.....	—	221
129 Á M. de Fabri.....	—	222
130 Á M. Dupsnti Nemours.....	—	223
131 Á la emperatriz de Rusia.....	—	225
132 Á M. de Malesherbes.....	—	226
133 Á M. Lekain.....	—	227
134 Á M. de Thivouville.....	—	22

	Año	Pág.
435 Á la señora marquesa du Defland.....	—	229
436 Al señor conde de Argental.....	—	231
437 Á M. Thurgot.....	—	232
438 Al señor abate de Vitrac.....	—	233
439 Al señor secretario perpetuo de la Academia.....	—	234
440 Á M.***.....	—	249
441 Á un periodista.....	—	251
442 Al señor marqués de Thivouville.....	1776	275
443 Á M. Turgot.....	—	276
444 Al rey de Prusia.....	—	277
445 Á M. Turgot.....	—	278
446 Á M. Rasselier.....	—	279
447 Al señor marqués de Faugeres.....	—	281
448 Á M. Devaines.....	—	284
449 — — —.....	—	285
450 Á M. de la Harpe.....	—	286
451 Á M. Lajon.....	—	287
452 Al señor conde de Argental.....	—	288
453 Á Madama de Saint-Julien.....	—	290
454 Á M. de la Harpe.....	—	292
455 Al señor conde de Argental.....	—	293
456 Á M. Desmeuniers.....	—	295
457 Á M. d'Alembert.....	—	296
458 Al señor abate Pezzana.....	—	297
459 Al señor conde de Argental.....	—	297
460 Á la señora princesa de Henin.....	—	298
461 Á M. d'Argental.....	—	299
462 Á M. d'Alembert.....	—	301
463 Al señor conde de Argental.....	—	302
464 Á M. Devaines.....	—	304
465 — — —.....	—	305
466 Al señor mariscal duque de Richelieu.....	—	306
467 Á M. Hume.....	—	307
468 Al señor marqués de Villevielle.....	—	312
469 Á monseñor el principe de Condé.....	—	313



	<u>Año</u>	<u>Pág.</u>
170 Al señor marqués de Condorcet.....	—	314
171 Al autor de un periódico.....	—	315
172 Á S. A. S. monseñor el príncipe de Condé....	1777	316
173 Al señor conde de Argental.....	—	318
174 Al señor barón de Espagnac.....	—	320
175 Á M. Dutertre.....	—	321
176 Al señor conde de Argental.....	—	322
177 —————	—	324
178 Al señor conde de la Touraille.....	—	324
179 Á M. Devaines.....	—	326
180 Al señor marqués de Cubieres.....	—	327
181 Á Madama Nécker.....	—	327
182 Al señor conde de Argental.....	—	328
183 Á Madama de Boccage.....	—	330
184 Al señor conde de Argental.....	—	331
185 Á M.***.....	—	332
186 Al señor marqués de Thibouville.....	—	332
187 Al señor conde de Argental.....	—	334
188 Á M. Delaunay.....	—	335
189 Al señor conde de Argental.....	—	336
190 Á M. de la Harpe.....	1778	338
191 Al señor marqués de Thibouvillé.....e.....	—	339
192 Á M. Lekain.....	—	341
193 Al señor conde de Argental.....	—	342
194 —————	—	343
195 Al señor caballero de E'Isle.....	—	344
196 Á la señora marquesa du Deffand.....	—	344
197 Á Madama du Deffand.....	—	345
198 Al señor conde de Argental.....	—	345
199 Á M. de la Duxmerie.....	—	346
200 Al señor conde de Tressin.....	—	346
201 Al señor conde de Argental.....	—	347
202 Al señor cura de San Sulpicio.....	—	348
203 Al señor marqués de Florian.....	—	348
204 Al señor conde de Lally.....	—	350

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

AUTÓNOMA

UANL

DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL

DE BIBLIOTECAS

®

